LEVI ROACH

NORMANDOS

LOS VIKINGOS QUE CREARON EUROPA

CRÍTICA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
1. Los comienzos: hombres extraños de una tierra extraña, el bajo Sena, c. 911-942
2. La consolidación de una colonia: los herederos de Rollo, Normandía, 942-1026
3. La reina Emma, la joya de los normandos: Inglaterra, 1002-1042
4. Eduardo el Confesor: un rey al otro lado del mar, Inglaterra, 1041-1066
5. Guillermo I: un rey conquistador, Normandía e Inglaterra, 1035-1066
6. La propaganda de la corte: los argumentos en favor de la Conquista, 1066-1084
7. El tapiz de Bayeux: historia ornamentada, 1066-1097
8. El destino de los ingleses: conquista y colonización, 1066-1084
9. Iglesia y Estado en la Inglaterra conquistada:pulir la piedra, 1066-1087
10. El asentamiento en el sur: «Brazo de Hierro»en Italia, c. 1030-1045
11. Roberto Guiscardo: un conde astuto, c. 1040-1085
12. Bajo el estandarte bizantino: en Asia Menor, 1038-1077
13. Bohemundo y los Balcanes: «Una maravilla digna de contemplar», 1081-1085
14. La primera cruzada: promesas orientales, 1096-1108
15. ¿Un puente demasiado lejano? África del Norte, 1142-1159
16. Gales del Norte: un lobo con piel de lobo, 1068-1098
17. Gales del Sur: dejar una marca, 1068-1098

18. La península ibérica: «La raza de los normandos no escatima esfuerzos», 1147-1148
19. Escocia: huéspedes de honor, 1072-1153
20. El poder detrás del trono: Escocia con Ada de Warenne, 1153-1178
21. Arco Fuerte en Leinster: tomar la delantera, 1167-1171
22. Hugo de Lacy: señor de Meath, 1171-1177
23. ¿El fin del imperio? Juan y Normandía, 1204
24. «Asombro del mundo»: el emperador Federico II, 1198-1250
Agradecimientos
Créditos de las imágenes
Láminas
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

De la mano del joven medievalista Levi Roach, esta obra nos acerca a una de las civilizaciones que más alteraron el rumbo de la historia medieval europea. Desde sus inicios como saqueadores vikingos y más tarde mercenarios y vasallos francos a las órdenes del temible y legendario Rollo, los normandos se propagaron por toda Europa, asimilándose a las principales culturas cristianas para servir a sus caprichosos príncipes y duques con su emblemático afán de guerra, gloria y riqueza. Roach nos lleva junto a estos personajes diluidos por la historia para conocer sus peripecias, y como estas derrumbaron y reedificaron los cimientos de la cultura europea.

No hubo pueblo ni frontera a la que estos guerreros no llegasen, desde la lluviosa Inglaterra hasta las impresionantes urbes bizantinas, pasando por la Iberia almorávide o la Italia fracturada del medievo. Cualquiera que fuese su destino, los normandos hacían sentir su presencia, derrocando dinastías, conquistando tierras y ciudades, trazando el rumbo del catolicismo o desafiando a los grandes imperios de la época. De paganos a cristianos, de piratas y vándalos a príncipes y reyes, la ascendencia meteórica de los normandos no solo muestra su capacidad camaleónica como pueblo, sino ejemplifica la turbulenta y sinuosa historia medieval, donde la traición, la guerra, la intriga y la diplomacia eran moneda de cambio en cada pueblo con los que trataban.

Normandos

Los vikingos que crearon Europa

Levi Roach

Traducción de castellana de Yolanda Fontal

CRÍTICA

Para Clara y Lettie

Prólogo

Cuando Federico II entró con diecisiete años en Maguncia a principios de diciembre de 1212, la multitud lo recibió entre aclamaciones. Varias facciones enfrentadas se habían disputado durante años el trono alemán. Parecía que la sucesión del joven Federico, «el niño de Apulia», como se le conocía cariñosamente, iba a resolver el problema. Federico iba ataviado con sus mejores galas: pieles y una pesada capa con la que protegerse del frío invernal, al que no estaba acostumbrado. El archidiácono local lo guio hasta el interior de la ciudad y la multitud se apartaba a su paso. Su destino era la gran catedral ubicada en el centro de la ciudad. Dos obispos con reliquias colgadas del cuello recibieron a Federico en las grandes puertas de bronce, a los que se unió el arzobispo Sigfrido, que condujo al séquito imperial al interior.

Mientras entraba la multitud, Federico dejó sus armas y su capa ante el altar. Luego se postró de forma efusiva adoptando la forma de la cruz para implorar la misericordia divina. Todos los obispos y clérigos hicieron lo mismo, mientras otros recitaban letanías invocando la ayuda de los santos. Una vez que Federico se hubo levantado, el arzobispo Sigfrido le preguntó si iba a cumplir los deberes que le correspondían como rey (defender a la Iglesia y a su pueblo), a lo que Federico asintió gustosamente. Al escucharlo, todos los asistentes expresaron a gritos su aprobación: «¡Amén! ¡Amén! ¡Que así sea! ¡Que así sea!». Tras una serie de rezos adicionales, la ceremonia alcanzó su punto culminante cuando Sigfrido consagró a Federico con el óleo santo y lo ungió solemnemente como rey. A continuación, confió a Federico las insignias reales, los símbolos de su cargo: la espada para que Federico pudiera defender a la Iglesia y castigar a los injustos; el anillo como signo distintivo de la fe cristiana; el cetro y el bastón para que pudiera pronunciar juicios justos; y la corona como símbolo de la gloria y la santidad de su cargo. Tras más oraciones, Sigfrido guio al recién coronado Federico desde el altar

hacia el coro, hasta el trono allí erigido, donde pronunció el juramento de coronación, la solemne promesa de ofrecer paz y justicia, y mostrar la misericordia apropiada, antes de recibir el ósculo de paz del arzobispo. Finalmente, Federico ascendió al trono, y sentado con majestuosidad, asistió a la misa posterior con profunda satisfacción. Había entrado en Maguncia siendo príncipe y la abandonaba siendo un monarca ungido. Ahora era rey por la gracia de Dios, gobernante de los alemanes (y acabaría convirtiéndose en emperador del Sacro Imperio Romano Germánico).

Federico fue el último monarca de un linaje distinguido, que se remontaba a su abuelo, el legendario emperador alemán Federico Barbarroja. Sin embargo, la impresión de continuidad es engañosa, ya que el joven Federico no era en realidad alemán. De hecho, apenas conocía el país. Era un normando italiano (conocido como «el niño de Apulia»), que antes de eso nunca había puesto un pie al norte de los Alpes. Y como demostraría su reinado, Federico le debía mucho más al sur normando que a sus raíces alemanas, ya que en sus relaciones con su hijo y cogobernante, Enrique (VII), insistió reiteradamente en imponer costumbres sicilianas más rigurosas en el norte de los Alpes.

Federico no era ni mucho menos el único monarca normando. Inglaterra, la mayor parte de Gales y grandes zonas de Irlanda, por no mencionar una serie de posesiones clave en Francia, estaban sometidas a la autoridad del infame «mal rey» Juan, descendiente directo (por línea materna) del gran conquistador normando Guillermo I («el Conquistador»). Al norte de Juan, Guillermo el León, monarca de los escoceses desde hacía mucho tiempo, era tres cuartas partes normando y estaba respaldado por una aristocracia mayoritariamente normanda. Y en el Mediterráneo, Federico controlaba Sicilia y el sur de Italia, mientras que casi la mitad de Tierra Santa estaba en manos de Bohemundo IV de Antioquía, el tataranieto del famoso mercenario italonormando Bohemundo de Tarento.

Con la coronación de Federico, el poder y la influencia normanda habían alcanzado su cénit. De una u otra forma, los normandos habían llegado a dominar Europa occidental y el Mediterráneo. Su impacto difícilmente se podría exagerar. A Normandía habían llevado una nueva aristocracia y una dinastía gobernante; a Gran Bretaña e Irlanda, castillos, la cultura caballeresca, la arquitectura románica y la

lengua francesa (que todavía hablaban los aristócratas en los tiempos de Federico); al sur de Italia, los lazos con Roma y la Iglesia católica; y a Alemania, nuevas actitudes hacia el orden público. Sin embargo, los logros de los normandos fueron extraordinariamente frágiles, ya que, en todas estas regiones, se establecieron y se adaptaron a la sociedad local. El resultado fue un mundo reconociblemente normando, pero en el que los propios normandos se habían vuelto más locales. En el Mediterráneo, los normandos se identificaban desde hacía mucho tiempo como sicilianos, pulleses y calabreses; en las Islas Británicas, también habían comenzado a verse a sí mismos como ingleses y escoceses (aunque de una clase aristocrática francófona). Estaban al mismo tiempo en todas partes y en ninguna: eran un pueblo con un pasado glorioso, pero con poco futuro.

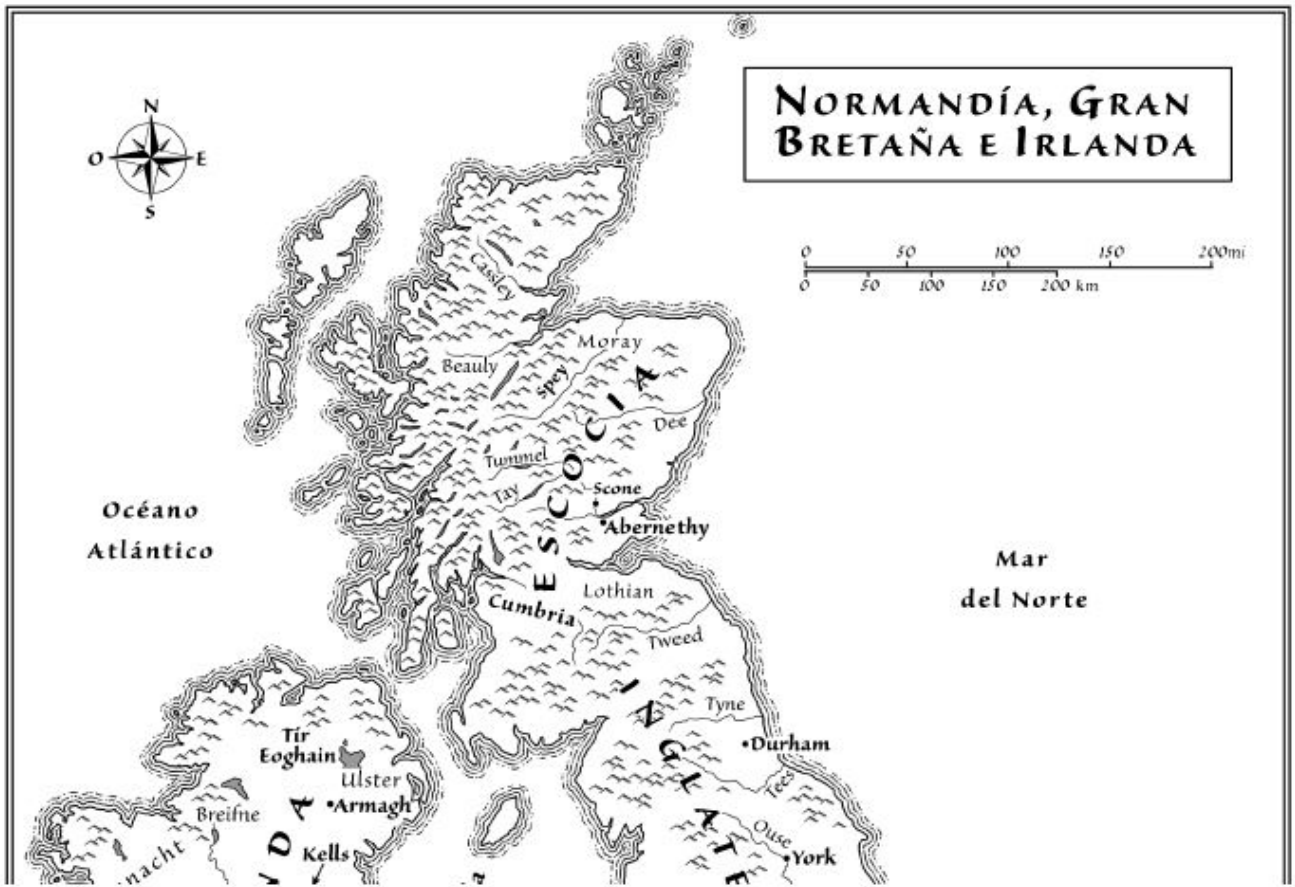
Durante estos años de predominio normando surgió por primera vez una cultura europea común y los normandos fueron una parte esencial de este proceso.[1]Gracias a ellos, las Islas Británicas y el sur de Italia pasarían a formar parte de la Europa occidental (católica). Su influencia tampoco se limitó a las zonas donde su dominio fue directo. Los normandos participaron en momentos cruciales durante la conquista cristiana de la Iberia islámica. Establecieron un reino efímero en el norte de África, que amenazó a los gobernantes fatimíes de Egipto y a los señores almohades de Marruecos, y desempeñaron un papel esencial en el desmoronamiento de la autoridad bizantina en Asia Menor, acontecimientos que allanarían el camino a la Primera Cruzada.

Para ser los descendientes de unos pocos vikingos que se habían asentado en el tramo septentrional del río Sena en torno al año 911, los normandos habían recorrido un largo camino. Las siguientes páginas están dedicadas a explicar cómo, gracias a una combinación de suerte, valor y piedad, lo consiguieron. Es una historia de aventuras ambiciosas y piratas feroces, de fortunas amasadas y reinos perdidos. Comenzaremos por el legendario Rollo, cuyas incursiones piratas en el Sena sentaron las bases del futuro ducado de Normandía. Después seguiremos con sus descendientes mientras consiguen dominar el norte de Francia defendiéndose de las amenazas de los vecinos de Flandes y Anjou. En los años siguientes, los veremos emprender iniciativas más audaces, primero en Inglaterra, donde Guillermo el Conquistador se apoderó de una de las coronas más valiosas de

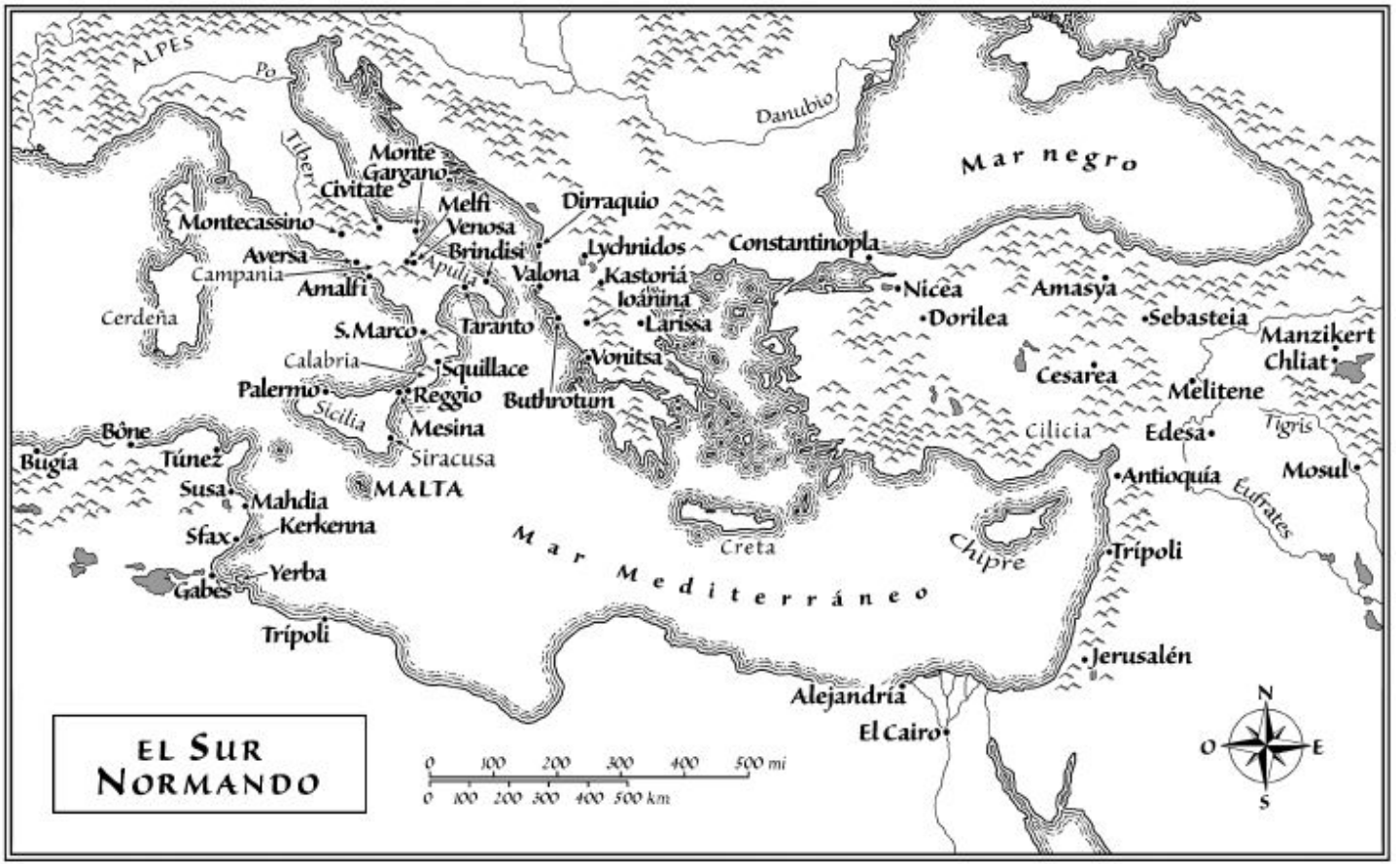
Europa; luego en el sur de Italia, donde los hijos de un poco conocido Tancredo de Altavilla crearon un reino igual de glorioso. Desde estas nuevas bases, los normandos ampliaron aún más su influencia al establecerse en Escocia y conquistar grandes zonas de Gales e Irlanda. Más espectacular aún, aunque efímero, fue su impacto en el Mediterráneo oriental, donde estuvieron a punto de derrocar el imperio bizantino. En el momento de la coronación de Federico en diciembre de 1212, incluso facilitaron al siguiente rey alemán. En una época abundante en personajes que sobresalieron, los normandos destacaron reiteradamente: sus iglesias eran más grandes, sus dirigentes más audaces y sus tropas más feroces. Esta es su historia.

CONDADO DE LAS ORCADAS
NORUEGA
SUEC
ESCOCIA
Mar del Norte
DINAMARCA
IRLANDA
INGLATERRA
Durham
York
Chester
GALES
Hamburgo
Sajonia
Rin
Magdeburgo
Elba
Londres
Canterbury
Brujas
Winchester
Exeter
Hastings
Flandes
Colonia
Bouvines
Normandía
ALEMAN
Bayeux
Ruan
Worms
Bohemia
Hauteville
Caen
Le Bec
Reims
París
Champagne
Ratisbona
Sena
Rin
Baviera
Anjou
Angers
Borgoña
Océano Atlántico
Poitou
Loira
FRANCIA
BORGOÑA
REPÚBLICA DE VENECIA
Alpes
Venecia
Lombardía
Po
Aquitania
Rodano
Génova
Pisa
Languedoc
Provenza
Toscana
PIRINEOS
NAVARRA
ITALIA
León
Tudela
Aragón
Cataluña
Roma
CASTILLA-LEÓN
Zaragoza
Barcelona
PATRIMONIO PAPAL
Capua
Oporto
PORTUGAL
Duero
Tortosa
Cerdeña
Tajo
REINO
Lisboa
Islas Baleares
AL-ÁNDALUS
Mar Mediterráneo
Palermo
Sicilia
Túnez
Mahdia
IFRIQUÍA
Trípoli

EL MUNDO DE LOS NORMANDOS
N
O
E
S
0 100 200 300 400 500 mi
0 100 200 300 400 500 km
Mar Báltico
DUQUES POLACOS
Oder
Vistula
PRINCIPADOS DE LA RUS
Oniéper
Don
A Volga
MONTES CÁRPATOS
Danubio
HUNGRÍA
Croacia
Danubio
Mar Negro
IMPERIO BIZANTINO
Benevento
Bari
Salerno
Dirraquio
Valona
Tracia
Constantinopla
Nicea
Armenia
Manzikert
Cesarea
Tarsos
Mesina
DE SICILIA
Antioquía
Tigris
Eufrates
Creta
Chipre
Mar Mediterráneo
ESTADOS CRUZADOS
Jerusalén
Alejandría
El Cairo
Nilo


Normandía, Gran Bretaña e Irlanda
N
O
E
S
0 50 100 150 200mi
0 50 100 150 200 km
Océano Atlántico
Mar del Norte
Cassley
Beauly
Moray
Spey
Dee
Tummel
Tay
Scone
Abernethy
ESCOCIA
Cumbria
Lothian
Tweed
Tyne
Durham
INGLATERRA
Tees
Ouse
York
Tír Eoghain
Ulster
Armagh
Breifne
Kells
IRLANDA

Tuam
Clonmacnoise
Meath
Dublín
Mar de Irland.
Rhuddlan
Mersey
Chester
Bangor
Trent
Lincoln
Limerick
Shannon
Barrow
Leinster
Shrewsbury
Peterborough
Norwich
Cashel
Suir
Montgomery
Munster
Wexford
Huntingdon
Ely
Bury St Edmunds
Lismore
Waterford
Cardigan
Hereford
Worcester
Gran Ouse
Cork
Saint David
Talgarth
Gloucester
Oxford
Thames
Cardiff
Bristol
Bath
Londres
Rochester
Canterbury
Wells
Brujas
Mar
Céltico
Exe
Salisbury
Winchester
Dover
Ghent
Battle
Exeter
Hurst Head
Boulogne
FLANDES
Dartmouth
Canal de la Mancha
Saint-Valéry
Amiens
Fécamp
Cherburgo
Dives-sur-Mer
Ruan
Bayeux
Caen
Le Bec
St-Clair-sur-Epte
Reims
Coutances
NORMANDÍA
Évreux
Mantes
Marne
Avranches
Falaise
Paris
Océano
Atlántico
Mont-Saint-Michel
Domfront
Alençon
Chartres
Sena
BRETAÑA
Sarthe
Le Mans
ANJOU
Loira
Angers


ALPES
Po
Tiber
Danubio
Mar negro
Monte Gargano
Civitate
Melfi
Venosa
Dirraquio
Montecassino
Brindisi
Lychnidos
Constantinopla
Aversa
Campania
Apulia
Valona
Kastoriá
Amalfi
Ioánina
Nicea
Amasya
Cerdeña
Larissa
Dorilea
Sebasteia
S. Marco
Taranto
Manzikert
Calabria
Vonitsa
Chliat
Squillace
Cesarea
Palermo
Reggio
Buthrotum
Melitene
Sicilia
Mesina
Cilicia
Edesa
Tigris
Bône
Siracusa
Bugía
Túnez
MALTA
Antioquía
Mosul
Susa
Mahdia
Eufrates
Sfax
Kerkenna
Creta
Chipre
Trípoli
Mar Mediterráneo
Yerba
Gabes
Trípoli
Jerusalén
Alejandría
El Cairo
EL SUR NORMANDO
0 100 200 300 400 500 mi
0 100 200 300 400 500 km
N
O
E
S

1

Los comienzos: hombres extraños de una tierra extraña, el bajo Sena, *c*. 911-942

Dos ejércitos se enfrentaron a ambos lados del río Epte, en el norte de Francia. El ambiente era tenso. En una orilla se encontraba la corte del rey francés (o franco-occidental) Carlos el Simple, que contaba con la ayuda de su principal magnate Roberto de Neustria. En la otra estaban desplegadas las huestes de Rollo, el saqueador vikingo que se había convertido en un incordio en el Sena en los últimos años. No obstante, el terreno estaba preparado para la concordia. Poco antes, Roberto había derrotado a Rollo cuando este intentaba tomar Chartres, una importante ciudad catedralicia situada a unos 90 kilómetros al sudoeste de París. Después, Carlos había entablado contactos diplomáticos. Le ofreció a Rollo la mano de su hija Gisela y los territorios costeros situados al norte si Rollo y sus hombres se comprometían a prestar servicio en el futuro y adoptaban la fe cristiana. Se trataba de una oportunidad excepcional y el caudillo escandinavo aceptó de buen grado. Solo quedaba ratificar el pacto o, al menos, eso es lo que parecía.

Se dice que cuando las fuerzas militares convergieron en Saint-Clair-sur-Epte, Rollo envió al arzobispo de Ruan con un mensaje para el rey francés. El arzobispo le explicó a Carlos que Rollo y sus hombres ya no iban a aceptar solo las tierras que les habían asignado originalmente (las situadas entre el Andelle y el mar) y que exigían todo el territorio situado entre el Epte y la costa, una franja unos cincuenta kilómetros más ancha. Sin embargo, lo que tratándose de cualquier otra persona habría sido puro descaro, se toleraba a regañadientes cuando se trataba del poderoso Rollo. Roberto de Neustria, que estaba dispuesto a ejercer de padrino del caudillo vikingo, advirtió a Carlos de que no conseguiría el vasallaje de un

guerrero tan importante sin hacer concesiones y el rey fue reculando paulatinamente. Primero intentó ofrecer a Rollo Flandes y Bretaña en su lugar, pero Rollo se mantuvo en sus trece. Al final, Carlos transigió y Rollo consiguió todas las tierras situadas entre el Epte y el mar.

Por fin, Rollo estaba listo para someterse. Colocó en público sus manos entre las del rey en un acto ritual de encomio (u homenaje, como se conocería más tarde). Ninguno de los antepasados de Rollo había estado dispuesto a someterse a otro de esta manera, pero ninguno de ellos había tenido a su alcance tan valiosas recompensas. No obstante, Rollo no perdió su orgullo. Se negó a besar los pies del rey en señal de gratitud, como era la costumbre, y envió a uno de sus hombres a hacerlo. Sin embargo, este tampoco estaba dispuesto a ir tan lejos. En lugar de arrodillarse para besar los pies del monarca, como cabía esperar, el audaz vikingo alzó la pierna de Carlos sin contemplaciones hasta su propia cabeza y el rey acabó rodando por el suelo. La superioridad de Rollo y sus hombres frente a sus homólogos franceses difícilmente podría haber sido más evidente.

O eso es lo que quiere hacernos creer Dudon de Saint-Quentin, nuestro principal cronista de los primeros asentamientos normandos.[1]El problema es que Dudon escribió su obra cuando ya habían transcurrido más de noventa años desde estos acontecimientos (concluyó su *Historia* a mediados de la década de 1010) y muchas veces es imposible saber dónde termina la realidad y donde comienza la fértil imaginación del autor. Por poner solo dos ejemplos, Dudon llama al arzobispo de Ruan Franco, mientras que en el momento del asentamiento de Rollo el arzobispo no era Franco, sino un hombre llamado Guy; y Gisela, si es que alguna vez existió, no podía tener más de tres o cuatro años. Ni siquiera es seguro que el acuerdo se concertara en St-Clair-sur-Epte. El Epte era la última frontera entre Normandía y Francia, y la autoridad ducal normanda no se extendió a esta zona probablemente hasta los años treinta del siglo x. En St-Clair se celebró un importante encuentro entre el nieto de Rollo y el rey francés en 942. Puede que Dudon simplemente se hubiera inspirado en este para su crónica.[2]

Por desgracia para nosotros, Dudon es prácticamente todo lo que tenemos. Es evidente que se alcanzó algún tipo de acuerdo con los vikingos en esa época, pero es difícil saber algo más. La falta de interés contemporáneo por el temprano acuerdo vikingo es

comprensible. A pesar de las afirmaciones de Dudon, el pacto de St-Clair no fue nada especial. Los vikingos (o nórdicos) habían irrumpido en escena a finales del siglo VIII, cuando emprendieron una serie de incursiones relámpago a las expuestas costas de Europa occidental. Sigue siendo objeto de debate qué fue lo que los inspiró a ir en busca de fortuna allende los mares, pero es indudable que había varios incentivos. Se estaban creando reinos nuevos dentro de Escandinavia, lo que provocó el descontento de un grupo de jefezuelos (y sus hombres), que habían salido perdiendo. Las crecientes capacidades marítimas también hacían que las operaciones en el exterior fueran más fáciles que nunca. A ello se sumaba la inestabilidad política en muchas zonas de Europa (especialmente en las Islas Británicas). Las incursiones, cada vez más intensas, comenzaron en la segunda mitad del siglo VIII (quizá ya en los años sesenta o setenta del siglo VIII) y acabaron culminando en la conquista de grandes zonas de la Europa continental y las Islas Británicas.[3]

En vista de las circunstancias, no es de extrañar que los gobernantes de Europa occidental empezaran a reclutar vikingos para sus propios ejércitos. Con ello no solo eliminaban una posible amenaza, sino que con frecuencia se convertían en la mejor línea defensiva; se trataba de poner a un ladrón para atrapar a un ladrón. Sin embargo, los nórdicos no solo querían ganar dinero fácil y no tardó en volverse una práctica habitual ofrecer tierras a cambio de un servicio más amplio. Una táctica particularmente popular era asentar grupos de vikingos en las comarcas costeras y dejar que las defendieran de sus propios compatriotas.[4]Así fue como se concedieron en repetidas ocasiones partes de Flandes y es posible que se basaran en esta tradición los intentos de Carlos de endosar a Rollo la región.

El propio Rollo podría haber llegado de Noruega e iniciado su carrera formando parte del «gran ejército vikingo» que conquistó amplias zonas de Inglaterra en los años sesenta y setenta del siglo IX. Es probable que no participara en las primeras etapas de estas conquistas, pero está claro que ya se había incorporado a este ejército cuando este se desplazó de Inglaterra al norte de Francia a principios de los años ochenta y estuvo presente en 885 y 886, durante el famoso asedio de París. Mientras la futura capital de Francia resistía, miembros del ejército procedieron a invadir gran parte de Bretaña y el norte del Sena. Y Rollo fue uno de los cabecillas que optó por el Sena.

Al no disponer de fuentes más detalladas, resulta difícil conocer la naturaleza exacta de las actividades de Rollo durante esos años. Los arqueólogos suelen sentirse tentados a asociar los primeros indicios del asentamiento de escandinavos en lo que se convertiría en Normandía con las historias de Dudon sobre las hazañas de Rollo en los años noventa del siglo IX, que ofrecen una descripción pormenorizada del crecimiento temprano del nuevo poder vikingo. No obstante, la narración vívida (pero claramente fantástica) de Dudon se ha de tomar con cautela.[5]Es probable que Rollo y su ejército estuvieran activos y quizá incluso se hubieran asentado en el bajo Sena antes de sellar su pacto con Carlos en torno a 911. Más tarde, en algún momento, estas incursiones se formalizaron mediante un acuerdo con el rey Carlos (tal vez en St-Clair). Las primeras pruebas sólidas de ello no provienen de Dudon, sino de cartas (es decir, documentos jurídicos para otorgar tierras o derechos) promulgadas en nombre del rey Carlos.[6]La primera de ellas, de 905, revela que en ese momento las zonas centrales de lo que se convertiría en Normandía todavía estaban en manos reales, ya que Carlos concedió once siervos en Pitres (al sur de Ruan) a su canciller, un hombre llamado Ernustus. Sin embargo, hay indicios de que la región ya estaba sometida a presión. Otra carta del año siguiente documenta que los monjes de Saint-Marcoulf, en el oeste de lo que sería Normandía, habían trasladado las reliquias de su santo patrón Marculfo a Corbény (al norte de Reims) por culpa de los ataques de los paganos (es decir, los vikingos). Es evidente que los hombres del norte estaban haciendo notar su presencia y es probable que Rollo y sus socios figuraran entre ellos. No obstante, la situación distaba mucho de ser catastrófica, ya que la carta también menciona la posibilidad de que Marculfo regresara.

El documento más importante es una carta fechada en marzo de 918 a favor del monasterio parisino de Saint-Germain-des-Prés en la que se menciona el pacto de Rollo con el rey Carlos. Esta concede a Saint-Germain las tierras de una comunidad religiosa más pequeña, la de La Croix-Saint-Ouen, situada en el Eure, en la actual La Croix-Saint-Leufroy, a 43 kilómetros al sur de Ruan. La razón era que La Croix, al igual que Saint-Marcoulf, había sufrido a manos de sus vecinos vikingos (la carta menciona de forma dramática la «ferocidad de los paganos»), hasta el punto de que su situación era insostenible, por lo

que se asignaban sus propiedades a la abadía de Saint-Germain, que estaba lejos del peligro en París. No obstante, se hace una importante salvedad. El rey Carlos no concede todas las tierras de La Croix al monasterio parisino, sino solo las que no están situadas en «esa parte de las posesiones de la abadía que concedimos a los nórdicos del Sena, a saber, Rollo y sus seguidores, para la protección del reino». Es evidente que la presencia vikinga ya estaba arraigada en el bajo Sena y el decreto real no se aplicaba a sus dominios.

Para principios del año 918 ya se había cedido una parte importante de lo que se convertiría en Normandía a Rollo y sus hombres. Aunque según Dudon el rey y su principal magnate, Roberto de Neustria, obraban en perfecta armonía, es casi seguro que la realidad fue más complicada. Dudon escribió en un momento en el que los descendientes de Roberto habían adquirido estatus real con el apoyo de los herederos de Rollo, que los habían respaldado en repetidas ocasiones en las disputas entre facciones de esos años. A Dudon le resultaba conveniente pretender que las familias habían sido aliadas desde el principio. En realidad, en aquel momento el asentamiento de Rollo perjudicó al duque Roberto. Durante más de medio siglo, Roberto y su familia habían dominado la marca de Neustria, una gran región del noroeste de Francia. Los territorios entregados a Rollo pertenecían a esta y cuesta creer que el duque estuviera contento y mucho menos que fuera él quien convenció al rey para que le concediera las tierras (como quiere hacernos creer Dudon). La carta de La Croix lo confirma. Las abadías de La Croix y Saint-Germain estaban bajo control de Roberto, y toda la transacción fue una medida para limitar el daño causado al duque, concediendo las posesiones de una abadía desprotegida a otra más segura.

Desde el punto de vista político, el pacto de Carlos con Rollo fue un éxito. Los hombres del norte de Rollo no solo demostraron ser eficaces a la hora de disuadir a otros grupos de vikingos, sino que también fueron unos acérrimos aliados en la política interna de la Francia del siglo X. La mayor amenaza para Carlos era el duque Roberto, cuyo hermano mayor había sido brevemente rey en los años noventa del siglo IX, y por eso permitió a Rollo y a sus hombres asentarse en las tierras de Roberto. Estos continuarían ayudando a Carlos en el futuro. A finales de 922 y principios de 923 se produjo un acontecimiento decisivo: Roberto se rebeló y reclamó la corona. Y

aunque murió en la batalla de Soissons en 923, su bando se impuso y acabó capturando a Carlos. Como resultado de ello, el yerno de Roberto, el duque Raúl de Borgoña, heredó el trono de Francia. Fue en este momento cuando Carlos pidió ayuda a sus aliados vikingos. Rollo empuñó gustoso las armas en nombre del monarca depuesto, pero la estrategia de Carlos fracasó, ya que Rollo fue incapaz de liberarlo y su intervención enturbió aún más la relación del rey con sus súbditos franceses. Los pactos con los vikingos paganos eran impopulares en el mejor de los casos y los daños causados por Rollo y sus hombres perduraban en la memoria.

Sin embargo, aunque Carlos cosechó pocos beneficios inmediatos, Rollo pudo sacar provecho de la confusión resultante. La fuente principal aquí son los *Annales* de Flodoardo, un registro contemporáneo de la cercana Reims. En ellos se habla de Rollo como «príncipe de los hombres del norte» (*princeps Nordmannorum*), en alusión al pacto anterior que había sellado con Carlos, un acuerdo que los adversarios del rey afirmaban (bastante tendenciosamente) que Rollo había roto al acudir en ayuda de Carlos, ya que se había hecho en contra de los deseos del nuevo rey Raúl. Se trata de una clara referencia al acuerdo original de Rollo de alrededor de 911, mencionado tanto en la carta de 918 como en la crónica de Dudon. No obstante, no solo fue la lealtad lo que impulsó a Rollo y sus hombres, ya que Flodoardo también afirma que Carlos prometió a Rollo «un soplo de tierra», un giro que probablemente hace referencia a una ampliación del acuerdo original. Cuando Raúl selló posteriormente la paz con Rollo en 924, tuvo que sobornarlo con Maine y el Bessin al oeste.[7]

En los años siguientes hubo una mayor expansión de la nueva política vikinga en el Sena. Rollo fue derrotado por los aliados de Raúl en 925, pero en 933 su hijo Guillermo «Larga Espada» estuvo en condiciones de exigir nuevas concesiones. A cambio de la sumisión de Guillermo, Raúl concedió al duque normando el este de Bretaña oriental (al parecer, el Cotentin y Avranchin). De forma lenta pero segura, el territorio ocupado por los hombres del norte del Sena comenzaba a adquirir las dimensiones del futuro ducado de Normandía. Poco a poco, los nórdicos paganos se estaban convirtiendo en normandos cristianos. Sin embargo, aún tendría que transcurrir otro medio siglo de esfuerzo y sudor para que el proceso se

completara.

Aunque las informaciones de Flodoardo y las cartas de Carlos confirman lo esencial de la crónica de Dudon, también ponen de relieve sus problemas. Según Dudon, el ducado de Normandía surgió como Atenea, completamente formado, de las cabezas de Rollo y Carlos. Sin embargo, el asentamiento inicial era mucho más pequeño de lo que Dudon quiere hacernos creer y solo alcanzó su dimensión total en los años treinta del siglo x, como muy pronto. En su *Historia Remensis Ecclesiae*, Flodoardo (un observador contemporáneo con pocas razones para tergiversar sobre esto) cuenta que la concesión inicial se refería solo a Ruan y los *pagi* (un *pagus* era un distrito administrativo local francés) en la costa norte y alrededor de la ciudad (Talou, Caux, Roumois y partes del Vexin y Evrencin). Esto concuerda con otras pruebas que sugieren que el ducado fue creciendo lentamente hacia afuera desde Ruan y sus alrededores.[8]

Estas fuentes pueden arrojar luz sobre temas que no aborda Dudon, pero contribuyen poco a revelar la cruda realidad de los primeros asentamientos. Es aquí donde el estudio de los nombres de los lugares (la toponimia) resulta muy útil. La gente tiende a referirse a los nuevos asentamientos y a las características del paisaje en su lengua natal, y trazar la presencia de formas y nombres escandinavos es un medio útil de evaluar la naturaleza de la presencia nórdica temprana. Es posible identificar un número significativo de topónimos de derivación escandinava en lo que se convertiría en Normandía, a diferencia de en las demás regiones del norte de Francia. Y se concentran a lo largo de la costa, precisamente en aquellas regiones entre el Sena y Bresle que, según Flodoardo, comprendían el asentamiento inicial de Rollo. La mayoría de los nombres en cuestión consisten en un nombre personal nórdico y un sufijo francés (p. ej., Toqueville, «La *ville* de Toki»), o en la adición de un sufijo escandinavo como -tot («propiedad») a un nombre francés o escandinavo (p. ej., Robertot, Hatteintot). Estas formas mixtas sugieren una importante interacción entre los hablantes de francés y de nórdico desde una fecha temprana. Los topónimos terminados en -tuit o -thuit, del nórdico antiguo tala (*tveit*), indican que al menos algunos de los colonos eran (o llegarían a ser) agricultores, que comenzaron a labrar tierras nuevas para sí mismos. Puede que incluso algunos topónimos sean anglo-escandinavos, es decir, los acuñaran

vikingos que habían vivido anteriormente en Inglaterra. Y la presencia de nombres personales celtas también podría apuntar a elementos tomados de otras partes de las Islas Británicas (tal vez Man o las islas escocesas). Esta influencia lingüística se extiende al dialecto normando del francés, que conserva una serie de préstamos del nórdico antiguo, sobre todo términos para denominar actividades marítimas.

Todo ello constituye una prueba de la considerable presencia del habla nórdica desde una fecha temprana y de que el bilingüismo era frecuente. El francés no tardaría en convertirse en la lengua dominante (aunque perdurarían unos pocos nombres y términos técnicos nórdicos fosilizados).[9]Es evidente que hubo un contacto temprano entre los hablantes de francés y de nórdico. Pero pese al número relativamente elevado de topónimos escandinavos (comparable a lo que se puede apreciar en partes del norte y el este de Inglaterra), los préstamos en el dialecto normando local del francés siguen siendo mucho menos frecuentes que en inglés. Aquí debemos tener en cuenta que el inglés antiguo era mucho más cercano al nórdico de los colonos, una situación que habría alentado la interacción lingüística.[10]En cambio, el francés antiguo y el nórdico antiguo no eran comprensibles entre sí, por lo que es probable que el contacto se limitara al préstamo de términos técnicos y nombres de asentamientos.

Aunque los topónimos no son una guía segura del número de colonos, sí dan al traste con la idea de que la influencia escandinava fue superficial o efímera. Rara vez surgen nuevos nombres de asentamientos si no existe un número significativo de hablantes nativos. Y la naturaleza y la difusión de estos nombres indican que entre los colonos había agricultores y artesanos, además de guerreros y aristócratas. Dicho esto, es poco probable que los hablantes de nórdico antiguo fueran una mayoría, excepto en algunos enclaves pequeños. Y junto a las señales de cambio se han de analizar las pruebas significativas de continuidad administrativa. Los sistemas de gobierno de los francos sobrevivieron en gran parte intactos en Normandía, y Rollo y sus herederos desempeñaron un papel muy similar al del los condes y duques de las regiones vecinas. Hay señales de una perturbación algo mayor de las estructuras de la Iglesia, como cabría esperar de la llegada de piratas paganos, pero incluso en este

caso hay indicios de continuidad y vitalidad. El arzobispo de Ruan desempeñó un papel especialmente importante. Dudon atribuye a Franco un papel central en el asentamiento original. Y aunque es evidente que confundió el nombre del arzobispo, es significativo que el territorio de lo que se convertiría en Normandía corresponda casi directamente con la provincia eclesiástica de Ruan. Los contemporáneos eran muy conscientes de ello y, a mediados de los años noventa del siglo x, Richer de Reims equipara la provincia (eclesiástica) de Ruan con la región del asentamiento vikingo.[11]

Por desgracia, poco se sabe de la mecánica del asentamiento y la aculturación. Sin duda, la conversión a la fe cristiana habría sido una parte importante del proceso. Dudon dice que Rollo fue bautizado en St-Clair-sur-Epte y que Roberto de Neustria fue el padrino. Los términos de este relato evocan claramente la conversión anterior del emperador romano Constantino el Grande (m. 337). Sin embargo, aunque podemos dudar de Dudon en cuanto a los detalles, hay muchas razones para creer que la conversión habría formado parte del trato. El bautismo había sido durante mucho tiempo un requisito para incorporarse al servicio real en Francia y Flodoardo informa igualmente de que a Rollo y a sus hombres les habían concedido tierras para que «cultivaran la fe [cristiana] y mantuvieran la paz».[12]

No obstante, el bautismo por sí solo no es garantía de una conducta cristiana. Cabe imaginar que tuvo que pasar al menos una generación o dos para que el proceso de adoptar las costumbres cristianas se completara. Allí donde los obispos locales mantuvieron sus cargos, desempeñaron un papel esencial en la promoción de la nueva fe. Dos actores clave fueron Guido de Ruan (arzobispo de Ruan en el momento del asentamiento de Rollo) y Heriveo (o Hervey) de Reims. Flodoardo cuenta que este último había «trabajado incesantemente para aplacar y convertir a los hombres del norte, hasta que finalmente comenzaron a aceptar la fe tras la batalla que el conde Roberto [de Neustria] libró contra ellos en Chartres».[13]Se trata, sin duda, de una referencia a las circunstancias que rodearon el asentamiento original. Y Flodoardo debe el conocimiento de estos detalles a una colección de veintitrés declaraciones autorizadas (*capitula* en latín) sobre el tema de la conversión y la fe, extraídas de los escritos de los Padres de la Iglesia. La había elaborado Heriveo como respuesta a una petición del arzobispo Guido, quien,

evidentemente, estaba al frente de esta tarea. Juntas, constituyen una especie de manual misionero. Una de las principales preocupaciones de Heriveo eran aquellas personas que habían sido bautizadas, pero volvían a sus costumbres paganas. La apostasía (abandono de la fe) era un problema común dentro del ámbito misionero.[14]

Sin embargo, todo indica que la mayoría de los que se asentaron con Rollo adoptaron la fe cristiana con suficiente rapidez. No hay indicios de enterramientos escandinavos claramente paganos en Normandía, como sí se aprecia en otras partes de Europa en esos años. Tampoco hay ejemplos de esculturas o trabajos de orfebrería que invoquen deidades nórdicas, como era habitual en grandes franjas del norte y el este de Inglaterra. A la hora de ganarse los corazones y las mentes, la integración social entre los recién llegados y los francos/franceses cristianos debió ser tan importante como la Iglesia institucional. El imaginativo relato de Dudon podría ser de más ayuda. Según este, durante sus primeros ataques Rollo se llevó a una muchacha local llamada Poppa, con la que después se casó y quien más tarde dio a luz a Guillermo, el eventual sucesor de Rollo. Suena a leyenda y, como en el caso del enlace posterior de Rollo con Gisela, hay buenas razones para dudar de su veracidad histórica. No obstante, es perfectamente factible que la primera esposa de Rollo fuera francesa, ya que Guillermo es un nombre francés. Es evidente que Rollo no debió ser el único en tomar una esposa nativa. Aunque es posible que algunos de los recién llegados se hubieran llevado consigo a sus mujeres e hijos, los hombres habrían superado a las mujeres en número y los matrimonios mixtos debían ser frecuentes. Dado que las madres desempeñan un papel especialmente importante en el aprendizaje del lenguaje, estas habrían sido un poderoso motor de integración, asegurando que la segunda generación de escandinavos del valle del Sena fuera en su mayoría francófona.[15]Puede que Rollo hubiese sido poco más que un pirata pagano, pero su hijo Guillermo tenía todos los atributos de un noble francés: era piadoso, cristiano y, lo más importante, francófono.

El grado de integración de los hijos de Rollo en la sociedad francesa es evidente en sus matrimonios. Su hijo Guillermo se casó con Luitgarda (o Leyarda), la hija de Herberto II de Vermandois, el magnate más poderoso del norte de Francia en los años veinte del siglo x (y vecino inmediato de Guillermo al este), mientras que su hija

Gerloc se casó con Guillermo «Cabeza de Estopa» (III) de Poitiers y Aquitania, el personaje más importante del sudoeste, y adoptó el nombre francés de Adela. Su visión religiosa y cultural, plenamente francesa, queda atestiguada en el canto fúnebre poético (*Planctus*) compuesto tras la muerte de Guillermo, al parecer a instancias de Adèle (Adela). Está escrito en verso en latín y se dirige a ellos en los mismos términos que a cualquier otro miembro de la aristocracia francesa local.[16]

Eso no significa que los hombres de Rollo se olvidaran por completo de sus orígenes. Como revelan el relato de Dudon y las continuaciones de Guillermo de Jumièges y otros en los siglos XI y XII, los que se convertirían en normandos siguieron estando orgullosos de su linaje pagano durante siglos, aunque se narrara en prosa y verso en francés o latín. Tampoco interrumpieron el contacto con Escandinavia, como se desprende de las sucesivas oleadas de asentamientos. El catalizador de estas fue la primera crisis importante del poder ducal, causada por la muerte de Guillermo en 942. Guillermo no tuvo hijos con Liutgarda y Ricardo, su hijo de un enlace anterior con una noble bretona, no tenía más de diez años en ese momento.

Hay indicios de que en los años siguientes el ducado se estaba desmoronando. Llegaron nuevos grupos de vikingos, atraídos por las posibilidades de saquear y asentarse, y se consolidaron nuevas personalidades dentro del territorio de Guillermo, sobre todo el caudillo Haroldo en y alrededor de Bayeux. Las divisiones que surgieron fueron en parte de carácter religioso. Algunos hombres del norte habían abandonado recientemente la fe cristiana (tal como Heriveo había temido que sucedería), convocando a aliados del extranjero, mientras que otros mantuvieron su compromiso con la corte ducal y la integración en la sociedad franca.

Los primeros asentamientos vikingos en Bretaña y el Loira se habían extinguido después de una generación o dos; la historia parecía repetirse en el Sena. Esta inestabilidad política también sirvió para atraer a los gobernantes franceses vecinos. Tanto el rey Luis IV, hijo de Carlos el Simple, como el duque Hugo «el Grande», hijo de Roberto de Neustria, intentaron aprovecharse de la debilidad de Ricardo. Roberto se aseguró gran parte del territorio occidental adquirido por Rollo y Guillermo, y solo levantó el prometedor sitio de Bayeux por orden real. Luis, por su parte, logró imponer el control real en el este

hasta Ruan, el centro principal del poder y la autoridad de Ricardo.

Solo una pequeña parte de los nórdicos locales seguía rindiendo cuentas ante Ricardo, que era demasiado joven para desempeñar un papel activo en los acontecimientos. Sin embargo, justo cuando todo parecía perdido, una combinación típicamente normanda de suerte y heroicidad salvó a Ricardo y a sus hombres. Las relaciones entre Luis y Hugo habían sido siempre tensas, y poco después de que el rey insistiera en que Hugo levantara el sitio de Bayeux, estas se rompieron irreparablemente, lo que permitió a Ricardo y sus asesores formar una alianza con el duque agraviado. También entablaron relaciones amistosas con Haroldo de Bayeux. Este último movimiento resultó crucial, ya que el propio Luis fue capturado por los hombres de Haroldo durante los conflictos de 945, lo que puso fin a los planes del rey de expandirse hacia el norte. Luis fue entregado al duque Hugo, quien se convirtió en el poder detrás del trono francés. Una vez desaparecido el peligro inmediato, Ricardo y sus asesores pudieron centrarse en la reconstrucción del poder y la autoridad ducal.[17]Habían estado a punto de no lograrlo, pero los descendientes de Rollo tuvieron éxito donde otros vikingos habían fracasado. ¿Cómo ejercerían ahora su nuevo poder e influencia?

2

La consolidación de una colonia: los herederos de Rollo, Normandía, 942-1026

Cuando en diciembre de 942 el duque Guillermo acudió a reunirse con el conde Arnulfo de Flandes en Picquigny, una isla en el Somme, no tenía razón alguna para sospechar de juego sucio. Guillermo y Arnulfo llevaban enemistados algún tiempo. Cuando los normandos, expertos en barcos, se asentaron, pasaron a representar un problema para los condes de Flandes, que habían controlado tradicionalmente el lucrativo comercio a lo largo de la costa septentrional de Francia. Y mientras Rollo y Guillermo comenzaban a expandir sus dominios, el conde Arnulfo de Flandes se había dedicado a ampliar su influencia por el sur y el oeste. No tardó mucho en estallar un conflicto entre ellos. No obstante, pese a su rivalidad, Guillermo y Arnulfo eran miembros destacados de la aristocracia del norte de Francia y se esperaba que se comportaran como tales, lo que significaba tratarse el uno al otro con respeto y acatar lo convenido en la negociación.

Y así fue que Guillermo acudió al encuentro con Arnulfo. No se escatimaron esfuerzos para que la reunión fuera un éxito. Ambas partes se habían comprometido ya con el proceso de paz y acordaron reunirse en Picquigny, en Picardía, situada aproximadamente a medio camino entre sus respectivas zonas de influencia. Las islas eran lugares privilegiados para esa clase de cumbres. Eran territorio neutral, del que cualquiera de las partes podía retirarse al primer indicio de juego sucio. Sin embargo, incluso los planes mejor trazados pueden fracasar miserablemente, como no tardó en comprender Guillermo. Aunque él y Arnulfo lograron acordar las condiciones (o eso pensaba el duque), tan pronto como Guillermo partió uno de los hombres de Arnulfo le pidió que volviera a la orilla. Al regresar, los compañeros de Arnulfo cogieron las armas que habían guardado para este fin y liquidaron al

duque normando. Los doce hombres que habían acompañado a Guillermo solo pudieron observar su muerte con impotencia desde sus propios barcos en el Somme.[1]

En la década siguiente, el asentamiento normando estuvo al borde de la extinción, cuando el poder se fragmentó y grupos escandinavos rivales se establecieron dentro de la región. Este período tuvo una importancia crucial para el desarrollo de Normandía (como pronto se conocería al ducado), ya que a partir de la coyuntura del desastre y la derrota se forjó una entidad política unificada, una más grande y más centralizada que la de Rollo y Guillermo. Uno de los principales desafíos a los que se enfrentó el hijo y heredero de Guillermo, Ricardo, fue cómo integrar a los nuevos grupos de vikingos que habían acudido al ducado en sus primeros años. A diferencia de los ejércitos de Hugo o Luis, a estos hombres no se los podía expulsar; Ricardo tendría que ganarse su lealtad. Y lo hizo siguiendo un planteamiento, que resulta cada vez más claro a partir del año 960, y que consistió en hacer hincapié en su propia herencia escandinava, en enorgullecerse del legado nórdico (o más bien normando, como lo conocemos ahora) que compartían.[2]Al parecer, la estrategia tuvo éxito y la propia longevidad de Ricardo demostró ser otra ventaja importante. Tras la agitación inicial de la década de 940, el hecho de que ocupara durante medio siglo el trono ducal brindó una amplia oportunidad para que arraigara esa identidad nórdica/normanda. En las últimas décadas de Ricardo, Normandía fue un principado territorial bien consolidado a la par con Flandes o Aquitania. Puede que Rollo y Guillermo conquistaran Normandía, pero fue Ricardo I quien aseguró su futuro.

Sin duda, quedaba mucho por hacer. La autoridad ducal siempre había gravitado en torno a Ruan y el bajo Sena. Después de la década de 940, Ricardo tuvo que afrontar la tarea nada envidiable de reafirmar y reconstruir (a menudo, en la práctica, afirmar y construir por primera vez) su poder e influencia en otros lugares. Un paso inicial importante fue lograr un *modus vivendi* con Haroldo de Bayeux, lo que supuso renunciar al control directo de las partes occidentales del ducado a cambio del reconocimiento de su señorío. Con ello dio comienzo un proceso de integración lento, pero constante, que fue claramente visible por primera vez en los últimos años de Ricardo y también recogen las páginas de la célebre *Historia* de Dudon.[3]Los

esfuerzos de Ricardo contaron con la ayuda de una serie de matrimonios dinásticos estratégicos. El primero de ellos fue el de Emma, la hija del duque Hugo el Grande. Hugo había sido el dirigente principal en el norte de Francia tras la muerte de Heriberto de Vermandois y su zona de influencia limitaba directamente con la de Ricardo al sur y al oeste. También tenía desde siempre intereses en el Bessin, donde sus antepasados habían ejercido durante mucho tiempo su autoridad, y había ayudado a Ricardo en su lucha contra Luis después del asedio de Bayeux a mediados de los años cuarenta; el matrimonio formalizó esta alianza. Es probable que el casamiento en sí fuera negociado poco después de que Ricardo venciera a Luis, pero no fructificó hasta 960. Para entonces, Hugo ya había muerto, pero el poder y la influencia de su familia eran tales, que el matrimonio seguía siendo muy conveniente. Cuando Emma murió sin hijos en 968, Ricardo se casó con Gunnora, la hija de un potentado local de Cotentin. Esta maniobra contribuyó a asegurar la posición de Ricardo en los confines occidentales del ducado, donde su autoridad era más débil.

Una muestra de la creciente madurez de Normandía es el florecimiento repentino de la literatura y las obras históricas en y en torno a la corte ducal. El lugar de honor corresponde, obviamente, a Dudon de Saint-Quentin. Dudon provenía del vecino Vermandois (más tarde Picardía) y había mantenido su primer contacto con la corte normanda cuando fue enviado a Ruan como parte de una delegación por el conde Alberto I, hijo y sucesor de Heriberto II. En virtud de su título de conde, Alberto, al igual que su padre, controlaba las comunidades religiosas de sus dominios, incluida la de Saint-Quentin, a la que pertenecía Dudon. Al parecer, recibió allí gran parte de su educación, tal vez con estancias para realizar estudios posteriores en Lieja, Laón o Reims. Fuera cual fuera su formación, en 987 Dudon era un destacado canónigo de Saint-Quentin, una persona digna de que le fuera encomendada una delicada misión diplomática.[4]

Corrían tiempos turbulentos en Francia. La dinastía carolingia tradicional se había extinguido en 987 y había sido reemplazada por la de Hugo Capeto, hijo y sucesor de Hugo el Grande (y, por tanto, nieto de Roberto de Neustria). La familia de Hugo mantenía una vieja rivalidad con los carolingios y su ascensión no fue bien acogida por todos. Entre los disidentes figuraban los condes de Vermandois. Fue en

este contexto que Dudon fue enviado a reunirse con Ricardo. El duque había sido un socio cercano de Hugo el Grande y ahora respaldaba a su hijo; Alberto confiaba en que Ricardo ejerciera de intermediario con el nuevo monarca. Al parecer, la misión de Dudon fue un éxito y no tardó en entablar amistad con el duque Ricardo. En los siguientes años disfrutó de estancias regulares en la corte ducal normanda. Y dos años antes de la muerte de Ricardo, recibió el encargo de escribir una historia del ducado. En los años posteriores, Dudon pasó gran parte de su tiempo en Ruan. Fue nombrado capellán ducal con el hijo de Ricardo, el duque Ricardo II, y como tal elaboró cartas en nombre del duque. Se han preservado dos de ellas en su formato original, conservando su puño y letra.[5]Dudon también se dedicó a recopilar información para su obra magna, en la que trabajó de forma intermitente: la *Historia normannorum*, que le había prometido a Ricardo I y que concluyó finalmente en torno a 1015, aunque ya había escrito antes grandes partes.

Ya hemos visto que Dudon es un cronista muy poco fiable de los orígenes de Normandía. Sin embargo, lo que hace que no sea una buena fuente sobre principios del siglo X es precisamente lo mismo que lo convierte en una buena fuente sobre los años noventa y principios del siglo XI, ya que su visión del pasado normando es fundamentalmente anacrónica. Proyecta hacia el pasado la situación de su propia época al examinar los orígenes del ducado desde el punto de vista de su constitución posterior.[6]Este anacronismo tan creativo ya lo anuncia el propio título elegido por Dudon. Escribe una *Historia* de los normandos (en latín: *Historia normannorum*; en letra redonda para dar énfasis). Sin embargo, en 911 no había normandos, había vikingos asentados en el bajo Sena, pero no eran diferentes de los muchos otros grupos de merodeadores escandinavos que se encontraban en Francia (sobre todo en el valle del Loira), a todos los cuales sus contemporáneos llamaban *nor(d)manni*, es decir «hombres del norte». Sin embargo, en la época de Dudon este término latino (y su equivalente francés) había adquirido un significado muy diferente. Por entonces, en Normandía era un nombre propio que hacía referencia a los habitantes del ducado; de los hombres del norte paganos habían surgido los normandos cristianos. Esta relación se mantiene en el francés y el alemán modernos, donde para «normandos» y «hombres del norte» se utiliza la misma palabra (en francés: *normands*; en

alemán: *Normannen*).

El hecho de que Dudon pudiera concebir la historia en estos términos revela lo lejos que habían llegado los descendientes de Rollo. De los grupos vikingos dispares que se habían establecido por primera vez en la región había surgido un único pueblo cristiano (francófono): los normandos. Esta no es la única vez en que Dudon empieza la casa por el tejado. Del mismo modo que sus normandos existen *avant la lettre* en su historia, lo mismo ocurre con su principado. En la crónica de Dudon, Normandía no se va ensamblando lentamente a lo largo de ochenta años, sino que se le concede directamente a Rollo. Lo mismo es válido para los títulos que Dudon otorga a Rollo y Guillermo. Hasta ahora me he referido, por conveniencia, a todos los primeros gobernantes normandos como duques, pero, en realidad, a los primeros caudillos normandos se los conocía como «príncipes» o (más a menudo) «condes». Ricardo I es el primero en ser llamado «duque» (hasta donde sabemos) y Ricardo II es el primero en llevar el título rutinariamente, detalles que Dudon, como escribano, habría conocido de primera mano.[7]Sin embargo, en el relato de Dudon, los gobernantes normandos son todos duques desde Rollo en adelante.

Por tanto, la *Historia* de Dudon da voz al desarrollo de un sentimiento de identidad normanda. Habla de una nueva confianza en los pasillos del poder en Ruan y hay bastantes probabilidades de que estuviera concebida para ser recitada en la corte ducal.[8]No obstante, Dudon no es nuestra única evidencia de estos cambios. Las cartas ducales también revelan un creciente sentimiento de una identidad normanda colectiva: Ricardo I y Ricardo II recibían habitualmente el título de «duque/conde de los normandos» (*dux/comes Normannorum*). Aún más llamativas son las señales de que se estaba empezando a considerar al ducado una unidad territorial. El término latino para Normandía, *Normanni(c)a*, aparece por primera vez en cartas ducales de 1014 y 1015, justo cuando Dudon estaba dando los toques finales a su *Historia*. Uno de estos documentos se conserva en su formato original, escrito (quizá no por casualidad) por el propio Dudon.[9]

Las relaciones entre Normandía y sus vecinos también reflejan estos cambios. Durante el reinado de Guillermo, la familia ducal se integró en las altas esferas de la sociedad aristocrática del norte de Francia; su hijo y sus nietos se convirtieron en actores importantes de una escena verdaderamente europea. De haber vivido, la primera

esposa de Ricardo I, Emma, habría visto a su hermano coronado rey de Francia. Y en los últimos años de Ricardo, su hija Matilde se prometió con el conde Odón II de Blois, otro actor importante de la política francesa. Sin embargo, el golpe maestro fue el enlace en 1002 de la hija de Ricardo, la hermana del duque Ricardo II, con el rey inglés Etelredo. Los motivos inmediatos para el matrimonio fueron las tensiones entre los dos reinos, primero por el trato de los exiliados políticos y luego porque Ricardo II diera refugio a los invasores vikingos.[10]En el año 1000, una fuerza vikinga especialmente numerosa buscó refugio en el «reino de Ricardo» (es decir, Normandía) y Guillermo de Jumièges habla de una incursión inglesa en el Cotentin, que podría haber sido una represalia.[11]Sin embargo, no tardaría en surgir un acuerdo. Etelredo necesitaba el mayor número posible de amigos, sobre todo aquellos que, como Ricardo II, contaban con puertos y barcos. Así fue como se forjó la alianza matrimonial. No sabemos con certeza quién propuso el enlace, pero cabe sospechar que fue el rey inglés. Durante algún tiempo, la familia de Ricardo se había estado codeando con la realeza; ahora se unía a sus filas.

Una cuestión discutible es en qué medida se mantuvo escandinavo el ducado normando. En la primera mitad del siglo x hubo importantes asentamientos vikingos, reforzados por nuevas llegadas en los años cuarenta. Sin embargo, los hablantes de nórdico debían ser una minoría salvo en algunos reductos. Dudon cuenta que a Ricardo I lo enviaron a Bayeux en su juventud para que pudiera cultivar el conocimiento de la lengua danesa. Y aunque esto no significa necesariamente que la lengua se hubiera extinguido en otros lugares, sí sugiere que el francés era la lengua de la corte ducal.[12]Que las partes occidentales del ducado siguieron siendo más nórdicas también lo evidencia el matrimonio de Ricardo con Gunnora, la hija de un noble local, un matrimonio concebido para garantizar la lealtad de la región. Como su nombre sugiere, Gunnora era de origen escandinavo y con toda probabilidad el nórdico era su lengua natal. Los topónimos también apuntan al uso continuado de la lengua hasta el siglo xi, con una fuerte presencia en el Cotentin.

Igualmente significativos son los indicios de un contacto constante con las patrias escandinavas de los normandos. Ricardo I

utilizó mercenarios escandinavos cuando reconstruyó su sistema de gobierno en los años sesenta del siglo x, y todavía en 1013-1014 vemos a Ricardo II recurrir a sus aliados vikingos durante los conflictos con sus vecinos. (No obstante, esta sería la última vez que un duque normando lo haría.) Por tanto, si bien en muchos aspectos los normandos se habían «vuelto nativos», seguían siendo distintos de sus vecinos franceses. La célebre crónica de Dudon así lo atestigua. Aunque está escrita en el latín característico de la cultura docta francesa, su relato hace mucho hincapié en los orígenes escandinavos de sus protagonistas. Puede que los normandos fueran culturalmente franceses, pero continuaron celebrando sus raíces escandinavas. Este sentimiento de diferenciación no se limitaba a los círculos alrededor de la corte ducal. El historiador francés Richer, que escribió en Reims a mediados de los años noventa, se refiere a Ricardo I como «duque de los piratas» (*dux piratae*), un ingenioso juego de palabras sobre su verdadero título «duque de los normandos (es decir, nórdicos)» (*dux Normannorum*). A los ojos de Richer, y probablemente de muchos miembros de la corte ducal, normando y nórdico seguían significando lo mismo.[13]De este modo, los normandos se convirtieron en los australianos del mundo medieval al sentirse orgullosos de su pedigrí criminal.

Dudon fue una parte esencial de esta transición. Su historia ofrece a los normandos un medio para enorgullecerse de su paganismo pasado, mientras aún hacen alarde de sus credenciales cristianas. En su crónica, el asentamiento y la conversión de los normandos formaban parte de un plan divino. El verdadero héroe de la historia no era Rollo, sino Ricardo I, el mecenas de Dudon; y todo apunta a que Ricardo II y su corte continuaron promoviendo un tipo de identidad cristiana normanda distintiva.[14]Así pues, el ducado normando del siglo xi produce una doble impresión. Debía su existencia a un asentamiento escandinavo y se enorgullecía mucho de ello, pero solo se pueden entender su evolución y su vitalidad en el marco de la cultura política del norte de Francia en esa época. Cuanto más insiste Dudon en el carácter distintivo de los normandos, más parece una defensa especial. Los normandos eran diferentes de sus vecinos, pero por rango, no por naturaleza.

3

La reina Emma, la joya de los normandos: Inglaterra, 1002-1042

Cuando Emma pisó en Inglaterra a principios de 1002, debió sentirse intimidada por el porvenir que la aguardaba. Iba a casarse con Etelredo, el poderoso (aunque voluble) rey de los ingleses, un hombre al que nunca había visto y que hablaba una lengua que ella no entendía. Emma había sido educada con la expectativa de que llegara a contraer algún tipo de matrimonio dinástico, pero nada podía haberla preparado para aquello. Al ser hija del duque Ricardo I, cabía esperar que se casara con un potentado del norte de Francia, un conde de Flandes o tal vez de Anjou. El enlace con Etelredo era considerablemente más elevado, pero también mucho más arriesgado. En Inglaterra, Emma tenía pocos partidarios y aún menos amigos.

Los motivos de dicha unión se han de buscar en las dificultades políticas del reinado de Etelredo, que había visto a los vikingos regresar a las costas de Inglaterra con fuerza. El propósito de dicha alianza era cerrar los puertos normandos a los invasores vikingos, que habían encontrado refugio allí en el año 1000. En este sentido, la unión también constituía una novedad para la familia real de Sajonia Occidental que gobernaba Inglaterra. Sus miembros habían casado desde siempre a sus hijas y hermanas con gobernantes continentales, pero rara vez (si alguna) habían tomado esposas extranjeras. La única excepción fue Ethelwulfo, el tatarabuelo de Etelredo, un precedente que se había olvidado hacía mucho tiempo.

El título de reina era en sí de nueva creación. Por razones que siguen siendo desconocidas, a las consortes reales de Sajonia Occidental se las llamaba tradicionalmente «esposa del rey» o «madre del rey», títulos que remarcaban su dependencia y subordinación a los hombres. Esto no comenzó a cambiar hasta los años sesenta del siglo x

con la madre de Etelredo, Elfrida. Fue la primera esposa real a la que se llamó «reina». También fue la primera consorte real de la dinastía en ser coronada y consagrada oficialmente, y aparece de manera destacada en registros de litigios, presentando peticiones al rey y apoyando demandas.[1]

En el momento de su enlace con Emma, Etelredo tenía algo más de treinta años y al menos seis hijos y tres hijas de un matrimonio anterior, pero aunque Emma no fue su primera esposa, sí parece que fue su primera reina. La primera consorte de Etelredo es prácticamente invisible en las fuentes: nunca se la menciona por su nombre y solo sabemos que es probable que se llamara Elgiva gracias a crónicas muy posteriores. Se puede atribuir parte de este silencio a la misoginia tradicional de los cronistas medievales, pero no todo. Existen comentarios sobre Elfrida en una serie de fuentes de los años sesenta y setenta del siglo x, al igual que sobre Emma.[2]De hecho, puede que Elfrida fuera parte del problema. En una corte medieval solo podía haber una verdadera reina y mientras Elfrida, que murió a finales de 1001, siguiera siendo la reina madre, no quedaba mucho espacio para una segunda mujer principal.

Cuando Emma llegó a Inglaterra en 1002, poco después de la muerte de Elfrida, el terreno estaba listo para la aparición de una nueva matriarca familiar. Como muchas novias medievales, era joven: no tenía más de veinte años, y es posible que tuviera unos quince.[3]Al igual que su padre y su hermano, Emma era culturalmente (y lingüísticamente) francesa. Puede que estuviera familiarizada con el nórdico antiguo, probablemente el idioma nativo de su madre Gunnora, pero debía saber nada o poco inglés antiguo, la lengua vernácula de su nuevo reino. La respuesta de Emma a estos obstáculos culturales y lingüísticos fue adaptarse a las nuevas circunstancias. Adoptó (o recibió) un nombre inglés adecuado, Elgiva, y comenzó a forjar alianzas con los nobles locales. El hecho de que su nuevo nombre (que significa «regalo de los elfos») hubiera sido el nombre de la primera esposa de Etelredo podría sorprender. Sin embargo, aunque un psicólogo moderno se habría divertido de lo lindo, el historiador debe conformarse con observar que se trataba del nombre aristocrático femenino más popular de la época.

Ya en su primer año en el trono, Emma firmó como testigo (con su nuevo nombre) cartas reales de Etelredo, un honor que se le negó a

su predecesora. Y apreciamos nuevos signos de actividad política al año siguiente. La *Crónica anglosajona*, los anales más pormenorizados del período, informa de que los vikingos saquearon Exeter en 1003 por culpa del seguidor normando (o «francés») que Emma había nombrado para regir la ciudad. Se trata de una crítica velada a la nueva reina y su séquito, y al hombre en cuestión se le denomina *churl* (es decir, «palurdo»), un término despectivo en los círculos aristocráticos.[4]No obstante, la crítica denota poder, un poder que aumentaría con el paso de los años.

No es ninguna sorpresa que hubiera quien no acogiera a Emma con los brazos abiertos. Las cortes medievales eran lugares cosmopolitas y políglotas, pero también estaban plagadas de facciones e intrigas, y ese era el caso en la corte de Etelredo. Desde 991, el reino inglés había sufrido reiterados ataques vikingos cuya fuerza y gravedad iba en aumento. En 1002, las tensiones estaban empezando a pasar factura. Un primer indicio de la creciente desesperación de Etelredo es la infame «matanza del día de san Bricio» perpetrada ese año, uno de los primeros acontecimientos políticos importantes que presenciaría Emma. Según la *Crónica*, el rey ordenó que «todos los hombres daneses que estuvieran en Inglaterra fueran asesinados» el día de la festividad del santo francés Bricio (13 de noviembre), órdenes dadas como respuesta a los rumores de una conspiración. No se trató tanto de un acto de limpieza étnica en el sentido moderno como de un ataque contra los propios mercenarios vikingos del rey, que habían demostrado ser muy poco fiables en los últimos años. En cualquier caso, no fue en modo alguno el acto de un monarca que fuera dueño de su propio destino.[5]

No obstante, los vikingos solo fueron la mitad del problema, ya que a medida que fue aumentando la presión, el régimen de Etelredo comenzó a desmoronarse desde dentro. Uno de los factores que lo agravaron fue la propia Emma. Cuanto más se acrecentaba su popularidad, más decaía la de los hijos mayores de Etelredo, fruto de su primer matrimonio. Y después de que Emma diera a luz en algún momento antes de 1005 a su primer hijo, Eduardo, varias líneas sucesorias comenzaron a competir por el trono, causando división en la corte, ya que había diferentes facciones que respaldaban a los distintos aspirantes. Emma tendría que mantenerse alerta si quería sobrevivir.

Y Emma no solo sobrevivió, sino que destacó. A pesar de estas divisiones entre las distintas facciones, o quizá más bien a causa de ellas, no tardó en convertirse en una presencia habitual junto a Etelredo. Puede que Emma figurara entre quienes aconsejaron la matanza del día de san Bricio, no para desairar a sus antiguos compatriotas, sino como una medida necesaria, aunque extrema, para poner fin a la amenaza vikinga. Es casi seguro que fue una de las personas que aconsejaron a Etelredo distanciarse de sus consejeros tradicionales algunos años más tarde, durante lo que los historiadores modernos han denominado la «revolución palaciega» de 1005 y 1006. La posición de Emma se vio aún más reforzada con el nacimiento de su segundo hijo, Alfredo, más o menos por esa misma época (*c*.1008). Y en algún momento también dio a luz a una hija, Godgifu (que significa «regalo de Dios»). En el invierno de 1013-1014 se produjo un momento decisivo. Al comprender que el trono inglés estaba maduro para la cosecha, el rey danés Sven «Barba Partida» encabezó una enorme invasión aquel verano. Para diciembre, la posición de Etelredo se había vuelto insostenible, por lo que él, Emma y sus hijos huyeron a exiliarse en la corte de su cuñado en Normandía.[6]Puede que la alianza normanda no fuera capaz de impedir la conquista de Sven, pero al menos ofrecía un refugio seguro desde el que planear el regreso de Etelredo.

La suerte hizo que Etelredo y Emma regresaran muy pronto a Inglaterra. El 2 de febrero de 1014, durante la festividad de la Purificación de María, la Candelaria, Sven murió fulminado por una enfermedad (que una leyenda inglesa posterior atribuyó a san Edmundo) y Etelredo pudo aprovechar la incertidumbre resultante para recuperar el trono. Volvió a Inglaterra y expulsó al hijo adolescente de Sven, Canuto, a quien el ejército danés había intentado elegir rey para sustituir a su padre. No obstante, la calma duró poco. Canuto regresó al mando de un gran ejército al año siguiente (1015) y Etelredo, que llevaba enfermo algún tiempo, murió en la primavera de 1016 (el 23 de abril), mientras las fuerzas de Canuto seguían al acecho.

Esto dejaba a Emma en una situación difícil. Con la muerte de Etelredo, su posición en Inglaterra peligraba. El principal interés de Emma era la eventual sucesión de sus hijos, Eduardo y Alfredo, para quienes los hijos mayores de Etelredo representaban una amenaza tan

grave como el aspirante a conquistador Canuto. Al principio, el mayor de ellos, Edmundo Ironside (Costilla de Hierro), encabezó una enérgica resistencia. No obstante, Emma debió tener sentimientos encontrados y, al final, Edmundo murió el 30 de noviembre de 1016, probablemente a causa de las heridas que sufrió durante la batalla con Canuto. El camino estaba allanado para el acceso del conquistador danés, el primero de una larga lista de monarcas extranjeros que ocuparían el trono inglés.

En vista de estas incertidumbres, los hijos de Emma buscaron refugio en la corte de su tío, Ricardo II de Normandía. Al parecer, la reina se quedó en Londres, quizá en contra de sus deseos. Edmundo tenía todas las razones del mundo para vigilar de cerca a su madrastra, que había pertenecido a una facción rival en la corte, una facción que maniobraba para lograr la sucesión de los hijos de esta con Etelredo. Canuto tenía todavía menos motivos para dejarla marchar, porque si Emma se iba y se volvía a casar, su nuevo marido tendría derecho al trono por ser su cónyuge (el marido de la legítima reina). Y quizá más preocupante aún era que podía intentar apoyar a sus hijos exiliados, los principales rivales de Canuto. Así pues, Canuto pidió a Emma en matrimonio. Las versiones varían en cuanto a los detalles: unas afirman que Canuto cortejó a Emma, otras que recibió presiones para que aceptara el enlace, pero todas coinciden en que al final dio su consentimiento.[7]Para Canuto fue una victoria importante. Podía conquistar Inglaterra, pero no podía gobernar solo por la fuerza. Casarse con la esposa del rey anterior le permitía presentarse como una especie de heredero de Etelredo. De este modo, el enlace atemperaba la *realpolitik* dura. Y lo más importante, al poner a Emma de su lado, Canuto había neutralizado la amenaza que representaban los hijos de esta, el mayor de los cuales, Eduardo, ya estaba cerca de la madurez y tenía pocas razones para estar agradecido a su nuevo padrastro.

Canuto tenía mucho que ganar con el enlace, pero Emma tenía mucho que perder. Su futuro en Inglaterra dependía de su acercamiento al nuevo régimen, pero su matrimonio con Canuto, sobre todo si engendraban herederos, podría provocar la exclusión de sus propios hijos de la sucesión (lo que, de hecho, pretendía Canuto). Emma, ante una elección imposible, y probablemente sometida a cierto grado de coacción, optó por Canuto y una posición en lugar de

por sus hijos y el exilio. La decisión no debió ser fácil, y Eduardo y Alfredo nunca la perdonaron. Las tensiones resultantes determinarían la política inglesa durante buena parte del medio siglo siguiente.

Que Emma no se enorgullecía de sus actos queda patente en la crónica del período que encargó posteriormente. Esta obra propagandista, con el apropiado título de *Encomio de la reina Emma* (en latín, *Encomium Emmae reginae*), fue escrita por un clérigo flamenco a principios de los años cuarenta del siglo XI. Resulta significativo que el autor evitara cualquier mención del primer matrimonio de Emma con Etelredo, pese a las contorsiones narrativas que esto entraña. No era posible ignorar tan fácilmente la existencia de Eduardo y Alfredo, pero se guarda un cuidadoso silencio sobre la naturaleza de su nacimiento y filiación. Evidentemente, era mejor no decir ciertas cosas.

Sin embargo, aunque Emma había sido relevante en los últimos años de Etelredo, con Canuto destacaría por méritos propios. Al ser el enlace tan esencial para la legitimación del régimen de Canuto, Emma quedó situada en una posición de poder y dignidad poco comunes. Atestigua sus cartas más a menudo y de forma más destacada que con Etelredo (y no había sido ninguna timorata entonces).Y hay indicios de que le fueron confiadas tareas políticas importantes. Muchos documentos están dirigidos a Canuto y Emma conjuntamente; y se puede ver a la pareja realizando juntos actos de mecenazgo cultural y religioso.[8]Tal vez el monumento más duradero a su cooperación es la llamativa ilustración de la portada del *Liber Vitae* (*Libro de la vida*) del New Minster de Winchester. Se trata de un registro de las personas por las que rezaban los monjes del New Minster. Fue realizado en el monasterio durante el reinado de Canuto y la ilustración inicial muestra a Emma (aquí con su nombre inglés, Ælfgifu) y a Canuto ofreciendo juntos una cruz a la abadía. Las dos figuras no solo tienen el mismo tamaño y prominencia, sino que Emma aparece en el lado derecho de la composición (es decir, a la izquierda cuando se mira). Era una convención muy arraigada situar a la persona más importante a la derecha (o en el centro) de una iluminación. Por consiguiente, Emma ocupa un lugar más prominente que Canuto.[9]En este caso, está más que justificado su apelativo posterior de «joya de los normandos».[10]

Sus propios orígenes escandinavos y su (posible) conocimiento

del nórdico antiguo podrían haber facilitado la integración de Emma en el nuevo régimen anglodanés, que, sin duda, se vio alentada por el nacimiento de sus dos hijos con Canuto, Hardeknut y Gunhilda. Por su parte, Canuto tuvo que lograr un cuidadoso equilibrio entre recompensar a sus seguidores escandinavos y ganarse a la aristocracia inglesa oriunda (o al menos a una parte de la misma).[11]Por un lado, ascendió a seguidores leales concediéndoles condados clave en toda Inglaterra. Por otro, trató de acercarse a miembros de la élite local consolidada. Fue aquí donde Emma demostró ser muy valiosa. Su matrimonio con ella aportaba un vínculo importante con el régimen anterior.

Esta fue solo una de las ramas de olivo que Canuto ofreció a los ingleses. Otra fue la fundación de una iglesia en Ashingdon (Assandun), el lugar donde se produjo su victoria definitiva frente a Edmundo Ironside. Igual de significativo fue un encuentro que mantuvo en Oxford en 1018, en el que se comprometió a defender las «leyes de Edgardo». La voluntad de Canuto de acomodarse a la política local queda también ilustrada por el hecho de que los decretos promulgados en Oxford los redactó el arzobispo Wulfstan de York (m. *c*. 1023). Wulfstan había sido un importante consejero de Etelredo en sus últimos años al que se habían encomendado todos los actos legislativos importantes; ahora hacía lo mismo para Canuto.[12]La decisión concreta de adoptar las «leyes de Edgardo» también es significativa. No solo alineó a Canuto con la ley y el gobierno ingleses anteriores, sino que también lo identificó específicamente con el padre del gobernante al que había reemplazado. El mensaje es claro: Edgardo es una fuente de legitimidad, no su hijo, ni, por ende, los herederos de este último.

Wulfstan y Emma también aportaron conocimientos prácticos al nuevo régimen danés. Canuto seguía teniendo intereses en el amplio mundo del mar del Norte y necesitaba representantes de confianza que gobernaran Inglaterra durante sus repetidas ausencias. En el invierno de 1019-1020 estuvo en Dinamarca, asegurando allí la sucesión a su hermano. Y volvió a estar ausente en 1023, entre 1025 y 1026, 1027 y entre 1028 y 1029, tomando el control de Noruega y partes de Suecia. El hijo de Canuto con Emma, Hardeknut, tenía un papel que desempeñar y fue enviado a Dinamarca para ejercer de regente de su padre, posiblemente poco después de su primera aparición pública en

Inglaterra en 1023. Allí representaría a su padre y aprendería el arte de gobernar.

Aunque Emma cobró más prominencia con Canuto de la que había tenido con Etelredo, no tardó en tener que afrontar problemas similares, ya que, como había sucedido con Etelredo, Canuto no llegó solo al matrimonio. Tenía dos hijos mayores, Swein y Haroldo (por su abuelo y su bisabuelo), ambos nacidos de Ælfgifu de Northampton. Fuentes cercanas a Emma describen a Ælfgifu como una humilde concubina y a Swein y Haroldo como bastardos (de hecho, el *Encomium* incluso afirma que se había falsificado el nacimiento de este último y no era vástago de Canuto), pero es evidente que exageran. Ælfgifu era en realidad una destacada noble de las Midlands, cuyo padre y hermanos habían tenido problemas con el régimen de Etelredo. Todo indica que se trató de un matrimonio de buena fe, celebrado en 1013 o 1014 con el fin de garantizar el apoyo de una región poderosa. (Aunque la Iglesia desaprobaba el divorcio y las segundas nupcias, tendrían que transcurrir otros dos siglos antes de que estuviera en situación de imponer condiciones a los monarcas y aristócratas.)[13]

Emma tenía razón al sentirse amenazada por Swein y Haroldo, y el Encomiast (como se conoce a su historiador favorito) afirma que una de las condiciones de su matrimonio con Canuto fue que cualquier hijo suyo tendría preferencia a la hora de la sucesión. Esta clase de acuerdo es creíble, pero como el Encomiast es el portavoz de Emma, debemos considerar sus declaraciones con cautela. Escribe después de que Hardeknut hubiera accedido al trono inglés en 1040 y lo hace para el público de su corte. Le interesaba presentar a Hardeknut como el heredero natural de Canuto, y a Swein y Haroldo como advenedizos usurpadores.

Lo que es seguro es que Emma trabajó incansablemente para asegurar los intereses de Hardeknut, si era necesario en perjuicio de sus hermanastros. Bien pudo haber sido quien presionó para que Swein quedara a cargo de Noruega a principios de los años treinta (bajo la tutela de Ælfgifu de Northampton), una medida que eliminó, convenientemente, a dos rivales de la corte. Y cuando Canuto murió por causas desconocidas en Shaftesbury en 1035, Emma se apresuró a hacer campaña a favor de la sucesión de Hardeknut frente a las reivindicaciones de su hermanastro mayor Haroldo. A Emma se sumó

el poderoso conde de Wessex, Godwin, quien debía su meteórico ascenso al patrocinio de Canuto. Sin embargo, el principal competidor de Godwin por el poder y la influencia, el conde Leofric de Mercia, respaldó a Haroldo (que pasaría a la posteridad como Haroldo «Pie de Liebre»).[14]Haroldo tenía dos ventajas principales: era mayor que Hardeknut y, lo más importante, estaba a mano en Inglaterra cuando Canuto falleció inesperadamente.

La situación se complicó aún más debido a la lentitud de la reacción de Hardeknut, quien había gobernado Dinamarca en nombre de Canuto durante más de una década. Allí, como en Inglaterra, la muerte de Canuto suscitó dudas sobre la sucesión. En concreto, Magnus Olafsson, que se había hecho recientemente con el trono noruego, estaba intentando reconfigurar el imperio en el mar del Norte de Canuto desde esta base septentrional (como lo haría brevemente en los años cuarenta).[15]En estas circunstancias, Hardeknut no podía permitirse un viaje especulativo a Inglaterra, una tierra de la que sabía poco. A pesar de su ausencia, las reivindicaciones de Hardeknut fueron tomadas en serio. Al principio se decidió dividir el reino entre Haroldo, que tomaría el norte del Támesis (la zona de influencia de Leofric), y Hardeknut, que gobernaría al sur (el condado de Godwin), pero cuando se hizo evidente que este último no podía separarse de Dinamarca, sus partidarios comenzaron a ponerse nerviosos. Emma se acercó entonces a sus hijos con Etelredo, Eduardo y Alfredo, que permanecían en el exilio en Normandía. Las relaciones entre ellos debían ser gélidas, pero la perspectiva de una corona era suficiente para ablandar incluso el corazón más frío. Pronto, tanto Eduardo como Alfredo iban camino de Inglaterra, el primero navegando rumbo a Southampton y el segundo dirigiéndose hacia el norte, a través de Flandes, hasta Kent.

Godwin, sin embargo, tenía otros planes. Tenía poco que ganar con el regreso del linaje sajón occidental. Si no podía ver a Hardeknut en el trono, Godwin respaldaría a cualquier hijo de Canuto antes que a uno de Etelredo. Al ser el conde de Wessex, una región que por entonces abarcaba todo el sur de Inglaterra, se hallaba en una posición única para rechazar a los príncipes ingleses. Eduardo tuvo que enfrentarse a la resistencia armada nada más desembarcar y se vio obligado a retirarse a Normandía. Alfredo, por su parte, fue recibido por el conde, antes de que este matara y arrancara la cabellera o

esclavizara a sus compañeros, y después lo envió al monasterio de Ely (al parecer, a instancias de Haroldo). Allí cegaron a Alfredo y murió poco después a causa de las heridas. El conde había programado su defección a la perfección. Puede haber sido un enemigo de Haroldo hasta entonces, pero favor con favor se paga, y pocos favores son más apreciados que eliminar a un posible rival.

El Encomiast tiene mucho interés en absolver a Emma de cualquier participación en estos hechos. Afirma, de forma bastante inverosímil, que todo el asunto fue una complicada trampa que tendió Haroldo, que fue él quien envió una carta en nombre de Emma a Eduardo y Alfredo, pensada para atraerlos a Inglaterra; y que fue por orden suya que Godwin se opuso violentamente a ellos. La historia es tan creíble como un artículo del *Pravda* en tiempos de la guerra fría, pero dice mucho sobre la sombra proyectada por estos acontecimientos. Emma quería desesperadamente lavarse las manos y negar cualquier implicación.[16]Fuentes cercanas a Godwin, incluida la posterior *Vita* de Eduardo y una de las versiones de la *Crónica anglosajona*, también tratan de restar importancia al papel del conde e intentan culpar todo lo posible a Haroldo.

Cualesquiera que fueran los aciertos y los errores de estos acontecimientos, la sucesión estaba resuelta. Haroldo sería rey. Por su buen servicio, Godwin seguiría siendo el conde dominante. Emma fue la única que salió perdiendo. No solo se había impedido la sucesión de Hardeknut, sino que había perdido a otro de sus hijos (Alfredo) y había dañado irreparablemente sus relaciones con el otro (Eduardo). Al no poder sostener su posición, huyó al exilio en Flandes.

Flandes, al otro lado del canal de la Mancha desde Kent, había mantenido durante mucho tiempo unos lazos sociales, políticos y económicos estrechos con Inglaterra.[17]Sin embargo, era un lugar de exilio muy extraño para Emma. La opción obvia habría sido regresar, como hizo en 1013, a su Normandía natal, donde los parientes de Emma seguían conservando el trono ducal. La razón de su reticencia debió ser la presencia allí de su hijo Eduardo. Eduardo siempre había sido bien recibido en la corte ducal, donde era tratado como a un rey en el exilio, una alternativa a la línea anglodanesa que Emma había aceptado. Tras los tumultuosos acontecimientos ocurridos el año anterior, Eduardo debió regresar con historias sobre la perfidia de Emma. No iba a encontrar ningún auxilio para ella allí. En cambio, en

Flandes, Emma fue recibida calurosamente. La región estaba situada directamente en las rutas marítimas entre la Inglaterra de Haroldo y la Dinamarca de Hardeknut. Desde allí, Emma podía planear su regreso.

No tuvo que esperar mucho. A finales de 1039, Hardeknut estuvo por fin en condiciones de hacer su jugada. Navegó hasta el puerto flamenco de Brujas para unirse a Emma. Esperaban atacar al régimen de Haroldo en Año Nuevo.[18]Al final, la fuerza no fue necesaria. A mediados de marzo de 1040, Haroldo murió y los principales magnates ingleses enviaron a buscar a Hardeknut para ofrecerle la corona. Este aceptó de inmediato. Con Hardeknut llegó su madre, que una vez más se consolidó como el poder tras el trono inglés. Sin embargo, el momento de mayor triunfo de Emma no tardaría en convertirse en una crisis creciente, ya que Hardeknut insistió en enemistarse con la élite anglodanesa local, exigiendo unos impuestos exorbitantes y profanando en público el cadáver de su predecesor Haroldo. Para empeorar aún más las cosas, puede que ya hubiera síntomas de la dolencia desconocida que acabaría con Hardeknut dos años más tarde.

Fue en medio de esta situación incómoda cuando Emma volvió a acercarse a Eduardo, quien había visitado a su madre mientras estaba exiliada en Brujas, pero las relaciones seguían siendo tensas. Por entonces fue poco lo que pudo (o quiso) hacer por ella; ahora, con el régimen de Hardeknut tambaleándose, esperaba que Eduardo respondiera a su llamamiento y regresara a su tierra natal. La idea era colocar a Eduardo como co-gobernante para que pudiera suceder a Hardeknut llegado el momento. De este modo, un hijo de Emma sucedería al otro y ella seguiría moviendo los hilos entre bastidores. Se trataba de un plan arriesgado, pero era bueno. Es probable que Emma encargara en relación con esto el *Encomium*, una obra pensada para calmar los ánimos. Un símbolo del acuerdo deseado es la llamativa ilustración inicial de este encomio, en la que Emma aparece sentada en el trono con majestuosidad mientras sus hijos Hardeknut y Eduardo esperan detrás (un triunvirato natural si es que alguna vez hubo uno), y el Encomiast le entrega su obra.[19]

Sin embargo, Emma ya le había dado la espalda a Eduardo en más de una ocasión. No muy lejos de la superficie acechaban los celos, la ira y el resentimiento generados por años de feroces disputas políticas entre facciones. ¿Acudiría esta vez a su rescate?

4

Eduardo el Confesor: un rey al otro lado del mar, Inglaterra, 1041-1066

Mientras contemplaba el puerto de Fécamp una fría mañana de la primavera de 1041, a Eduardo le asaltaron de repente algunas dudas. Tenía buenos motivos para estar preocupado. Cinco años antes, a él y a su hermano menor Alfredo los habían embaucado para que regresaran a Inglaterra con la promesa de su restauración para acabar encontrando a otro rey elegido en su lugar. Eduardo corría un gran riesgo al volver. No obstante, aunque se exponía mucho, tenía poco que perder. Había sido muy bien acogido durante su largo exilio en la corte normanda, pero, sin tierras ni corona, era un monarca fantasma. En Normandía infundía simpatía, no respeto.

Además, esta vez había razones para un mayor optimismo. Para favorecer a Haroldo Harefoot, y probablemente a instancias suyas, habían cegado a Alfredo. Desde entonces, había ascendido al trono el hermanastro menor de Haroldo, Hardeknut. Este último pertenecía al mismo linaje danés, pero no era amigo de Haroldo y su actitud hacia la dinastía inglesa originaria era más conciliadora. Además, el propio Hardeknut necesitaba apoyos. Se había creado enemigos al poco tiempo de llegar a Inglaterra. La restauración de la línea de su hermanastro mayor inglés, el único aspirante serio al trono, prometía calmar las aguas.

La travesía del canal de la Mancha transcurrió sin incidencias. La tripulación de Eduardo avistó tierra cerca de la isla de Wight, un antiguo refugio vikingo muy conocido por los marineros normandos. Desde allí, navegaron bordeando la costa hasta atracar en Hurst Head (el moderno Hurst Point), en la costa sur de Hampshire. Habían elegido el sitio cuidadosamente. Hurst Head se encuentra en el extremo de un promontorio costero situado sobre el puerto natural de

Keyhaven. Era un lugar del que cualquiera de las partes se podía retirar rápidamente a la primera señal de traición.[1]

Al final, las precauciones resultaron innecesarias. La oferta de Hardeknut había sido sincera. El joven danés, una persona ajena a la escena política de Inglaterra, había encontrado oposición desde su llegada la primavera anterior. El problema de Hardeknut era que era doblemente extranjero. Hijo de un conquistador danés (Canuto) y de una reina normanda (Emma), había tenido poca relación con los ingleses. La propia impetuosidad de Hardeknut no contribuyó mucho a mejorar la situación. Había llegado con un ejército y su primera medida como rey fue exigir un impuesto masivo para pagar a sus hombres. La segunda había consistido en ordenar desenterrar el cadáver de su hermanastro y arrojarlo sin miramientos a una ciénaga (o quizá al Támesis; las fuentes no concuerdan en los detalles), un acto de profanación intencionada. No eran las acciones de un hombre capaz de hacer amigos o ganarse a la gente. En mayo de 1041, Hardeknut tuvo que hacer frente a una grave revuelta fiscal en las Midlands Occidentales. Al parecer, su mala salud tampoco ayudó a que la situación mejorara.[2]

Así pues, Eduardo fue recibido con entusiasmo y no tardaron en ponerse en marcha los acuerdos formales para compartir el poder. Juró acatar las leyes de Canuto y sus hijos y, a cambio, fue aceptado como rey. Hardeknut continuaría gobernando, pero Eduardo sería corregente (solo de título) y no tomaría posesión plenamente del cargo hasta la muerte de Hardeknut. Había esperado toda la vida ese momento. Los años en el exilio (la esperanza, el dolor, la miseria) habían merecido la pena. Eduardo se sentaba en el trono de su padre.

A Eduardo el Confesor (como se le llegaría a conocer) se le suele recordar por ser el último rey de la línea inglesa originaria, una venerable dinastía que se remontaba al gobernante de Wessex Egberto, el abuelo de Alfredo el Grande. Sin embargo, Eduardo no fue solo el último soberano de la Inglaterra anglosajona, también fue el primer monarca normando del reino. Mitad normando por parte de su madre Emma, había pasado gran parte de su adolescencia y toda su vida adulta en Normandía antes de ascender al trono. Y como revelaría su reinado, en muchos aspectos era más normando que

inglés.

No se puede subestimar la importancia del exilio de Eduardo. Los primeros años del mismo los pasó bajo la protección de su tío, el duque Ricardo II. Ricardo había acogido a Emma y a sus hijos tras ser expulsados de Inglaterra en 1013-1014. Cuando Canuto tomó posesión del reino en 1016-1017, el duque también acogió a Eduardo y Alfredo, y a su hermana Godgifu. Ricardo no sentía ningún afecto especial por Canuto y el hecho de hacerse cargo de sus sobrinos no fue solo un gesto amable propio de un tío (que también lo fue), sino un medio para mantener en vilo a los vecinos norteños del duque. Mientras Eduardo y Alfredo estuvieran vivos y sanos, representarían una amenaza para Canuto y sus posibles herederos. Además, en caso de que los príncipes ingleses consiguieran alguna vez restablecerse, estarían en deuda con Ricardo y sus hijos. El apoyo ducal a los dos hermanos encuentra su expresión más clara en las cartas promulgadas por los hijos de Ricardo. En ellas, Eduardo y Alfredo aparecen periódicamente como testigos dentro del séquito ducal. Y cuando lo hacen, a veces llaman a Eduardo «rey» y en una ocasión incluso «rey de los ingleses». Eduardo es un rey en el exilio a la espera de su legítimo regreso.[3]

Para entonces Eduardo tenía casi cuarenta años y había sobrevivido a tres duques normandos (y a dos reyes daneses de Inglaterra). Los años de espera pesaban mucho. En su opinión, había sido traicionado en serie: por su pueblo, que había aceptado a Canuto y a sus hijos en su lugar; por el conde Godwin, su hombre de confianza, que había impedido su acceso al trono y entregado a su hermano a la muerte; y, sobre todo, por su madre, que había abandonado a los hijos de su primer matrimonio para ir en busca de su propia fama y fortuna. Las únicas personas que se habían portado bien con Eduardo habían sido su tío y sus primos, los duques normandos. La corte normanda era su hogar y los normandos eran sus amigos. Así pues, cuando Hardeknut murió a finales de la primavera de 1042 y Eduardo se convirtió en el único soberano, buscó ayuda al otro lado del canal.

Antes siquiera de que el cuerpo de Hardeknut yaciera bajo tierra, Eduardo ya se había proclamado rey en Londres. En la Pascua siguiente, fue coronado y consagrado oficialmente rey en Old Minster, la catedral de Winchester, por Eadsige, el arzobispo de Canterbury.

Los lugares elegidos para estos actos son significativos. La oposición a Canuto y a sus hijos había tenido su centro en Londres (donde está enterrado Etelredo, el padre de Eduardo); en cambio, Winchester había sido su base de operaciones. Con ello Eduardo se estaba asegurando el apoyo desde una posición de fuerza en el Támesis, que luego presentaría (cuando le viniera bien) a un público potencialmente hostil en el centro de Hampshire. Los acontecimientos ocurridos durante el otoño siguiente revelan que los viejos rencores no habían caído en el olvido. El 16 de noviembre Eduardo regresó apresuradamente a Winchester con un grupo de seguidores armados, cogió desprevenida a su madre Emma y procedió a despojarla de la riqueza que había acumulado como venganza por su anterior deslealtad.

Ya en el trono, Eduardo tuvo que afrontar muchas de las mismas dificultades que Hardeknut. También era nuevo en la escena política de Inglaterra. Y aunque las vastas haciendas que recibió con la corona lo convirtieron en el principal terrateniente del reino, tendría que seguir la corriente de la política local, al menos inicialmente, lo que significaba tratar con aquellos hipócritas que habían puesto a Canuto y sus herederos en el trono, sobre todo con el influyente conde de Wessex, Godwin.[4]Desde principios de los años treinta del siglo XI, Godwin había sido el poder detrás del trono de Inglaterra. Había ejercido en dos ocasiones de hacedor de reyes: abandonó a Hardeknut por Haroldo Harefoot en 1036, cuando quedó claro que este último se impondría, para luego dar la bienvenida con los brazos abiertos a Hardeknut tras la muerte de Haroldo en 1040. A diferencia de Emma, Godwin era indispensable. Había que llegar a un acuerdo. Ambos hombres tenían razones para ser cautelosos. Eduardo culpaba a Godwin de la muerte de Alfredo; también estaba molesto por los lazos del conde con su madre, con quien aún seguía dolido por su abandono. Godwin, por su parte, había pasado gran parte de la última década tratando de impedir el ascenso de Eduardo al trono. Sin embargo, ahora Eduardo y Godwin se necesitaban. El apoyo del conde era necesario para que el régimen de Eduardo pudiera despegar, mientras que la continuidad de la influencia de Godwin dependía del favor de Eduardo.

Como ocurriría tan a menudo en la Edad Media, se alcanzó un acuerdo mediante un matrimonio: Eduardo aceptó tomar como esposa a la hija de Godwin, Edith. Es posible que el enlace estuviera planeado desde el principio del reinado de Eduardo, pero no se celebró hasta comienzos de 1045, quizá para permitir que Edith fuera más mayor. Se trataba de un matrimonio de conveniencia, pero sin duda era ventajoso. Si Edith tenía un hijo, uniría a las familias enfrentadas: el interés de Godwin y Eduardo estribaría entonces en la sucesión de su progenie común, lo que suscitaba bastantes expectativas. La situación se vio agravada por el hecho de que, en el momento de su coronación (la Pascua de 1043), Eduardo era bastante mayor para lo que era habitual en tiempos medievales: tenía como mínimo treinta y ocho años, tal vez cuarenta. Solo un rey, que se recuerde, había superado esa edad, el propio padre de Eduardo, Etelredo, y no había pasado de los cincuenta. Para empeorar las cosas, Eduardo no tenía ni una esposa ni un hijo. La expectativa general era que su reinado iba a ser corto y la duda, qué pasaría después. Por tanto, la sucesión fue desde el primer día una cuestión definitoria del reinado de Eduardo. Todas las miradas estaban puestas en él y en Edith: necesitaban un heredero y rápido. Los riesgos que comportaba el fracaso eran elevados. Edith podría ser apartada y sustituida por una esposa más fértil. Y la posición de Eduardo seguiría siendo precaria hasta que tuviera un sucesor viable.

Mientras la perspectiva de un heredero se mantuviera viva, las relaciones entre Eduardo y Godwin seguirían siendo cordiales (aunque no amistosas). El conde prestó todo su apoyo al nuevo rey y fue recompensado por ello. En 1043, el hijo mayor de Godwin, Swein, llamado así por el padre de Canuto, obtuvo un condado en Hereford, en las Midlands Occidentales. Poco tiempo después, el segundo hijo de Godwin, Haroldo (otro nombre danés), fue recompensado con otro condado en Anglia Oriental. En 1045, Beorn, su primo danés, fue nombrado conde en las Midlands Orientales. A excepción del gran condado noroccidental de Leofric, el clan Godwin controlaba todo el sur y el centro de Inglaterra, una concentración sin precedentes de poder e influencia en manos de una única familia. Sin embargo, su destino estaba estrechamente ligado al de Edith y este todavía estaba en el aire. A finales de los años cuarenta ya era evidente que la pareja tenía dificultades para concebir. Se ha especulado mucho sobre las

causas, pero lo que importa son las consecuencias. Empezaron a surgir desavenencias entre Eduardo y Godwin. Al rey nunca le había gustado su suegro y si no podía tener un hijo con Edith, había pocas razones para mantener la farsa de una íntima camaradería.

La máscara empezó a caer en serio en 1049. Ese año, Eduardo desterró por segunda vez a Swein, el primogénito de Godwin. Swein era la oveja negra de la familia Godwin. Nada más ser nombrado conde de Hereford en 1043, comenzó a trastocar el equilibrio de poder en la frontera galesa. En 1046 empeoró las cosas al secuestrar a la abadesa de la cercana abadía de Leominster, al parecer en un intento de apoderarse de las tierras de la misma, lo que le valió el destierro. Swein regresó para hacer las paces en 1049, pero no hizo sino agravar sus problemas al matar a su primo Beorn de camino a la corte (una pelea que terminó mal, según se dice). Swein volvió a ser desterrado y el condado de Beorn pasó a manos de Raúl de Mantes, que no era miembro del clan Godwin (de hecho, ni siquiera era inglés), sino el sobrino del Confesor, el hijo de Godgifu. Esta última había acompañado a Eduardo y Alfredo al exilio, y se había casado con el conde francés Drogo de Vexin, una región estratégica situada en la frontera normanda. Es probable que Raúl llegara a Inglaterra con Eduardo en 1041 y su ascenso fuera una recompensa por sus leales servicios. No obstante, se trató de un gesto simbólico: por primera vez, se dejaba un condado en manos franconormandas. Era un intento de parar los pies a los Godwin y el conde sajón occidental era lo suficientemente astuto para saberlo. Raúl formaba parte de un grupo pequeño pero significativo de magnates franceses y normandos que empezaban a ejercer su influencia.[5]

Finalmente, la sucesión al arzobispado de Canterbury hizo que los acontecimientos se precipitaran. A finales de octubre de 1049 murió su titular, Eadsige, quien pertenecía a la élite anglodanesa establecida, de la que Godwin era un destacado exponente. Sin embargo, era impopular entre los monjes locales de la catedral de Canterbury, a los que molestaban sus esfuerzos por vender las tierras de la Iglesia (sobre todo a sus mecenas, los Godwin). Así pues, los Godwin tenían un interés especial en la sucesión y se apresuraron a hacer campaña a favor de Etelrico, un monje local que casualmente era pariente suyo. No obstante, Eduardo no iba a dejar escapar la oportunidad de seguir limitando el dominio del poder que ejercían los

Godwin, sobre todo porque era el máximo cargo eclesiástico de Inglaterra. Por tanto, el rey insistió en el nombramiento de Roberto de Jumièges, otro de los caballeros normandos que lo habían acompañado en su travesía por el mar en 1041. Desde 1044, Roberto había sido obispo de Londres, una sede pobre pero importante desde el punto de vista estratégico, donde yacía enterrado Etelredo, el padre de Eduardo.[6]El escenario estaba listo para un enfrentamiento.

Puede que Godwin fuera un conde excepcional, pero no era rival para un monarca ungido, al menos en los asuntos eclesiásticos. El nombramiento de Roberto fue debidamente confirmado en un concilio eclesiástico muy concurrido celebrado en marzo de 1051. A continuación, viajó a Roma, donde recibió el palio (un ornamento blanco en forma de cruz que simbolizaba su cargo arzobispal) de manos del papa reformista León IX. En junio, Roberto estaba de vuelta en Inglaterra con el respaldo papal a su disputada sucesión. Eduardo estaba dispuesto a liberarse de la influencia de los Godwin. La falta de hijos del rey resultó muy útil, ya que no había nada que lo atara al conde. Fuentes normandas posteriores afirman que Eduardo prometió al joven duque normando Guillermo (el futuro Conquistador) la sucesión del trono de Inglaterra. Guillermo era el nieto de Ricardo II (y, por tanto, primo de Eduardo), por lo que es fácil ver por qué el rey inglés podría haberlo hecho. Para entonces estaba claro que Eduardo no tendría hijos, al menos con Edith, y Guillermo era uno de sus parientes vivos más cercanos. Eduardo no solo tenía un motivo, también tuvo la oportunidad. El viaje de Roberto a Roma llevó al nuevo arzobispo por el norte de Francia, lo que le brindó la posibilidad de contactar con Guillermo. La mayoría de las fuentes que mencionan estas promesas provienen de Normandía después de 1066, cuando había gran necesidad de justificar la conquista de Inglaterra (de dudosa legalidad) por parte de Guillermo, por lo que se han de tratar con suma cautela. No obstante, no solo el adulador Guillermo de Poitiers, sino también Guillermo de Jumièges, más serio, han dejado constancia de esta promesa, y es mencionada por el monje inglés posterior Eadmer de Canterbury.[7]

Fuera cual fuera el carácter de los contactos entre Eduardo y Guillermo, no beneficiaban a Godwin. Y, a su regreso a Inglaterra, el arzobispo Roberto también empezó a actuar contra el conde. Exigió la devolución de las tierras a Canterbury, alegando, quizá con cierta

razón, que los Godwin se las habían apropiado indebidamente en años anteriores. Las tensiones acabaron estallando a finales del verano, cuando el cuñado de Eduardo, Eustaquio de Boulogne, el segundo marido de Godgifu tras la muerte de Drogo en 1035, acudió a visitarlo. No está claro cuál fue el propósito exacto del viaje, pero es de suponer que la finalidad era apuntalar al grupo normando. Es indudable que la presencia de Eustaquio generó alarma entre los Godwin. Cuando desembarcó en Dover, en el condado de Godwin, se produjeron enfrentamientos entre los hombres del conde y los lugareños. Como respuesta, Eduardo ordenó a Godwin castigar a los ciudadanos rebeldes. El conde se negó, haciendo inevitable el conflicto armado.

El rey reclutó un ejército contra el conde rebelde. El sobrino de Eduardo, Raúl, se unió a la causa, al igual que Leofric de Mercia y Siward de York, los únicos otros condes que no eran parientes de Godwin. Sus fuerzas se fueron agrupando poco a poco en Gloucester, en las Midlands Occidentales. Godwin y sus hijos también reunieron un ejército, que convergió en Beverston, a unos 29 kilómetros, o alrededor de un día de marcha, al sur del de Eduardo. El resultado fue una falsa guerra. Ninguno de los dos bandos tenía la confianza suficiente para enfrentarse al otro, pero ninguno estaba dispuesto a retroceder. Al final, se tomó la decisión de trasladarse a Londres, donde Godwin tendría que enfrentarse a un juicio. Sin embargo, mientras los ejércitos marchaban hacia el este, el apoyo a Godwin se fue evaporando lentamente. Para cuando el conde llegó a su residencia en Southwark, sus fuerzas ya no eran rivales para las de Eduardo.[8]El rey había ganado, al menos de momento.

Eduardo no estaba de humor para hacer concesiones. Cuando Godwin preguntó acerca de reparar los agravios, el rey respondió que el conde podría tener la paz y el perdón cuando devolviera a Alfredo sano y salvo.[9]Las cicatrices de 1036 seguían abiertas. Eduardo no quería la conciliación; quería la erradicación de los Godwin. Al comprender que la partida había terminado de momento, el conde huyó a Flandes con tres de sus hijos (Gyrth, Swein y Tostig), mientras que otros dos, Haroldo y Leofwine, partieron hacia el oeste, a Irlanda. Como sugiere esta división de fuerzas, la intención siempre fue regresar. En este sentido, la elección de los destinos es significativa. En Irlanda, Haroldo y Leofwine buscaron la corte de Diarmait mac

Máel na mBó de Leinster, el gobernante más poderoso de la isla, que había obtenido recientemente el control del puerto estratégico de Dublín. En Flandes, el propio Godwin pudo asegurarse el respaldo de una de las grandes potencias marítimas del norte de Francia, los condes de Flandes. Durante su estancia (si no antes), su hijo Tostig se casó con Judith, la hermanastra del conde.

Eduardo aprovechó la ausencia de Godwin para declarar al conde y a sus hijos proscritos y redistribuir sus tierras y cargos. Entre los que se beneficiaron figuraban Odda de Deerhurst, que fue nombrado conde del West Country, una región que hasta entonces controlaba Godwin; Raúl de Mantes, que obtuvo el condado de Swein en las Midlands Occidentales; y Alfgar, el hijo del conde Leofric, a quien se le confió el título de Haroldo en Anglia Oriental. El rey también envió a Edith a un convento, a Wilton o (más probablemente) a Wherwell, ambos con estrechos vínculos con la familia real.[10]Es probable que Eduardo estuviera contemplando disolver la unión, una estrategia propugnada por su nuevo hombre de confianza, el arzobispo Roberto. Era habitual que los monarcas medievales se separaran de las esposas que no habían podido tener hijos varones (Enrique VIII no fue un innovador en esto). Y los actos de Eduardo no resultan muy diferentes de los de su homólogo francés de más edad, Roberto el Piadoso, que tuvo tres esposas seguidas en su búsqueda (finalmente exitosa) de un heredero. Es evidente que aún no había perdido la esperanza de tener un sucesor biológico y cualquier promesa al duque Guillermo debió de ser provisional.

En realidad, estos planes fueron superados por los acontecimientos. En la primavera de 1052, Godwin y sus hijos regresaron. Haroldo y Leofwine hostigaron el sudoeste, mientras que Godwin y el grueso del ejército desembarcaron en el sudeste. Los lugareños, que habían opuesto resistencia a Eustaquio un año antes, esta vez se volvieron a levantar para respaldar a su antiguo conde. En septiembre, los Godwin estaban en condiciones de marchar sobre Londres. Esta vez, Leofric y Siward no se unieron al rey. Tenían poco que ganar con el regreso de Godwin, pero desconfiaban de la creciente influencia del grupo de normandos. Y así, en un vuelco de la suerte del año anterior, fue Eduardo quien se vio obligado a tragarse su orgullo. Se acordó conceder a Godwin y sus hombres el indulto, siempre que el conde se sometiera públicamente a Eduardo y pidiera

perdón. Se trató de una maniobra para salvar las apariencias, ya que la realidad de la victoria de Godwin era evidente para todos. Varios cortesanos normandos fueron expulsados de la corte, mientras que Roberto huyó para salvar su vida y fue reemplazado en Canterbury por Stigand, el obispo de Winchester, un estrecho aliado de Godwin. El nombramiento de Stigand iba en contra del derecho canónico (es decir, de la Iglesia), pero a Godwin le importaba muy poco. Para Eduardo, se trataba de minimizar los daños. Había perdido la lucha y todo lo que podía esperar era salvaguardar su dignidad.

Se trataba de disputas entre facciones, pero tenían un trasfondo claramente étnico. Fuentes cercanas a Godwin hacen hincapié en la extranjería de los normandos de Eduardo, a los que se llama invariablemente «franceses» en el inglés vernáculo, aprovechando el sentimiento popular contra los inmigrantes. El tufillo a sofistería es evidente. Godwin era de buen linaje inglés (provenía de Sussex), pero su esposa era danesa, sus hijos eran medio daneses y muchos de sus colaboradores más cercanos también eran escandinavos. Sin embargo, eso no significa que dicha retórica fuera menos eficaz, como revela la respuesta al regreso de Godwin. Puede que la élite anglodanesa fuera de cosecha reciente, pero estaba mejor establecida que los recién llegados normandos. En esto, las experiencias de Eduardo contrastan con las de Canuto. Este último había llegado a Inglaterra con un ejército tras de sí, capaz de imponer su voluntad, y tuvo pocos problemas para situar a los magnates daneses en puestos de poder y autoridad. El Confesor había llegado sin un ejército y había tenido dificultades para colocar a sus socios normandos. Los aristócratas locales recelaban de la creciente presencia normanda en la corte. No es que Leofric y Siward fueran fanáticos de los Godwin, pero tenían poco que ganar con el ascenso de personas como Roberto y Raúl.

Es fácil explicar los últimos años de Eduardo como una historia de estancamiento y posterior decadencia. Y en cierto sentido, es justo. Después del fracaso de 1052, el rey ya no hizo mucho por agitar las aguas. Tomó de nuevo a Edith como esposa (y reina); restableció en sus puestos a Godwin y a sus hijos; y dejó a Stigand en la sede arzobispal en Canterbury. No obstante, sería un error dar por acabado al viejo Eduardo. Continuó equilibrando hábilmente los intereses de la corte, utilizando a los condes de Mercia y Northumbria como contrapeso a los Godwin cuando fue necesario.[11]Y aunque puede que

Eduardo dejara de favorecer tan ostentosamente a sus compañeros normandos, Raúl y otros permanecieron en su lugar y siguieron aportando un toque continental a la vida aristocrática inglesa. Es posible que en esos años se construyera en Oxford, dentro de los dominios de Raúl, un singular torreón de piedra, una especie de protocastillo.[12]Y en el seno de la Iglesia, la influencia francófona se intensificó. Los normandos eran infrecuentes, pero hubo una afluencia de obispos de las regiones francófonas situadas entre los ríos Mosa y Rin (conocidas como Lotaringia).[13]Asimismo, magnates franceses y normandos de menor importancia siguieron desempeñando un papel local tanto dentro como fuera del ámbito de influencia de Raúl.[14]Y más importante aún, Eduardo continuó buscando soluciones al problema de la sucesión. Un nuevo matrimonio quedaba descartado y también el nombramiento del duque Guillermo. Godwin y más tarde sus hijos se postularon claramente al trono, pero Eduardo hizo todo lo posible para obstaculizar sus esfuerzos. Los Godwin podrían seguir siendo hacedores de reyes, pero no serían reyes, al menos mientras Eduardo tuviera algo que decir al respecto.

Fue en este contexto que Eduardo decidió recurrir a la última rama que quedaba de su familia, su sobrino Eduardo el Exiliado. Este último era hijo de Edmundo Ironside, el hermanastro mayor del Confesor, que había muerto a finales de 1016. Al carecer de los contactos normandos de su tío, el joven Eduardo se había visto obligado a exiliarse más lejos tras la conquista de Canuto, cuando no tenía más de un año de edad. Eduardo acabaría dirigiéndose al reino de Hungría, que se había convertido recientemente. De camino, pasó por el territorio de la Rus de Kiev; y allí o en la corte húngara conoció y se casó con una noble llamada Ágata. La identificación de esta última ha causado muchos quebraderos de cabeza, pero es evidente que era de alto rango y estaba emparentada con una o con ambas casas reales alemana y húngara (y quizá también con el zar de la Rus). Eduardo el Exiliado era una solución conveniente al dilema del rey. Era al menos diez años más joven que el Confesor, por lo que tenía todas las posibilidades de sucederle de forma natural. Y lo que era aún mejor: Eduardo estaba casado con una mujer de la alta nobleza con la que tenía un hijo, Edgardo Ætheling (*ætheling* significaba en la lengua anglosajona «príncipe»).

Hacer volver al exiliado Eduardo llevó su tiempo. El rey envió al

obispo Ealdred en su búsqueda en 1054, pero el Exiliado y su hijo no llegarían hasta 1057. Sin embargo, si el Confesor creía haber resuelto por fin el problema de la sucesión, sufrió una profunda decepción. Eduardo apenas había puesto un pie en Inglaterra cuando murió antes siquiera de reunirse con el rey. En este punto, se piensa tradicionalmente que el Confesor aceptó lo inevitable: que Haroldo, el hijo y sucesor de Godwin como conde de Wessex (y paterfamilias dinástico), sería su heredero. No obstante, la prueba principal de ello proviene de una obra posterior sobre la vida de Eduardo encargada por Edith, la hermana de Haroldo. Y habla en retrospectiva, con pleno conocimiento del reinado posterior de Haroldo. Además, en realidad no dice que Eduardo designara a Haroldo como su heredero, sino que le confió el reino en su lecho de muerte (términos que pueden simplemente sugerir el papel de guardián).[15]

Debería otorgarse mayor peso a una prueba de la época. Se trata de la entrada de Eduardo, Edith y Edgardo en el *Liber vitae* del New Minster de Winchester. La entrada en cuestión tiene que provenir de algún momento entre la llegada de Edgardo a Inglaterra (1057) y la propia muerte del rey (el 5 de enero de 1066), ya que todas las entradas son de personalidades vivas y probablemente data de los últimos tres años del Confesor en el trono. Lo importante es que el nombre de Edgardo está incluido aquí junto al del rey y el de la reina, precisamente donde cabría esperar un hijo. Además, a Edgardo se le otorga el título latino de *clito* o «príncipe», un término reservado para la descendencia real merecedora del trono. A los ojos de algunos, Edgardo había heredado claramente el papel de su padre como heredero.[16]

La muerte del Exiliado había sido un desafortunado revés, pero Eduardo seguía decidido a bloquear el camino de los Godwin al trono, de ser posible. Esto, y no alguna promesa concreta al duque Guillermo, fue lo que allanó el camino a los dramáticos acontecimientos de 1066. Cuando Eduardo murió a principios de enero de ese año, Haroldo aprovechó la juventud de Edgardo a su favor. Tras convencer a los principales magnates del reino, muchos de ellos sus hermanos, de que hacía falta una mano experimentada, fue capaz de tomar las riendas del poder para sí mismo. Sus esfuerzos se beneficiaron del hecho de que estuviera en el lugar cuando Eduardo murió en Londres. Contra toda convención, Haroldo fue elegido y

coronado al día siguiente. (En cambio, el Confesor había esperado más de nueve meses tras la muerte de Hardeknut antes de ser coronado.) El ascenso de Haroldo fue un ataque sorpresa rápido, apresurado con la esperanza de silenciar la disidencia.

Si la elección de Eduardo el Exiliado y su hijo Edgardo para la sucesión había tenido por finalidad asegurar el legado material del Confesor, en los últimos años el rey también hizo esfuerzos similares para ocuparse de su bienestar espiritual. Los monarcas sin hijos emprendían con frecuencia grandes proyectos religiosos. Al no tener herederos biológicos, miraban de manera natural al otro mundo, a obras que sirvieran a la Iglesia en el presente y a sus almas en el más allá. En los primeros años del siglo, el emperador alemán sin hijos Enrique II había fundado un nuevo e imponente obispado en Bamberg; Eduardo hizo algo similar en Westminster.[17]Ya era un monasterio reconocido situado al oeste de la ciudad principal de Londres (de ahí el nombre, literalmente «la casa religiosa al oeste»). Eduardo hizo que fuera reconstruido por todo lo alto. Se desconoce cuándo comenzó la construcción, pero en los años cincuenta del siglo XI estaba en pleno apogeo.

La abadía fue construida en un estilo nuevo, conocido como románico. Este se caracteriza por sus muros gruesos y sus grandes arcos de medio punto. En comparación con el estilo gótico posterior que solemos asociar con la Edad Media, exhibe una elegante simplicidad. La arquitectura románica llevaba algún tiempo ganando popularidad en el continente, pero esta fue la primera iglesia de este tipo que se construyó en las Islas Británicas. La innovación no pasó inadvertida para sus contemporáneos y Guillermo de Malmesbury observa con aprobación que fue realizada «en una nueva forma de construcción».[18]La inspiración provenía claramente de Normandía, donde Eduardo se había aficionado a esta clase de arquitectura y el edificio resultante revela grandes similitudes con el monasterio de Jumièges, que también fue construido en esos años. No es una coincidencia que Roberto, que había sido monje en Jumièges, fuera obispo de Londres cuando se planeó la iglesia.[19]

Westminster fue el mayor logro de Eduardo. Consagrada el 28 de diciembre de 1065, justo antes de la muerte del rey, era con mucho la iglesia más grande de las Islas Británicas; de hecho, era una de las más grandes de la cristiandad occidental. Para entonces Eduardo ya estaba

a las puertas de la muerte. Empezó a enfermar antes de la Navidad de 1065 y ni siquiera pudo asistir a la consagración. Con su legado ya asegurado, o eso debió parecer, Eduardo ya podía morir feliz. El 6 de enero de 1066, al día siguiente de su muerte, fue enterrado con toda la pompa en su nueva iglesia.

En tanto que su lugar de descanso final, Westminster simboliza el gobierno de Eduardo. Puede que fuera construida con materiales ingleses y por manos inglesas, pero en espíritu y estilo se parecía a Normandía. De hecho, es sorprendente lo normanda que se había vuelto Inglaterra. Casi todas las características que asociamos tradicionalmente con la posterior Conquista de 1066 (aristócratas francófonos, prelados reformadores, torreones de piedra y arquitectura románica) ya se pueden observar en tiempos del Confesor. No debería sorprender; al fin y al cabo, era normando, tanto por nacimiento como por elección. No se había disparado una sola flecha, pero la «normandización» de Inglaterra había comenzado.

5

Guillermo I: un rey conquistador, Normandía e Inglaterra, 1035-1066

Mientras el cadáver de Guillermo el Conquistador era trasladado hasta Caen, la multitud se fue agolpando a su alrededor. Su destino era la iglesia de la abadía de Saint-Étienne, la fundación religiosa preferida de Guillermo. Sin embargo, cuando los restos del rey entraron en la ciudad, se declaró un incendio, aterrorizando a los espectadores y entorpeciendo la comitiva fúnebre. No sería el único contratiempo. Una vez dentro de la abadía, la misa transcurrió sin incidentes, seguida de un elocuente sermón pronunciado por el obispo Gilberto de Évreux. Pero cuando llegó el momento de enterrar el cuerpo, un seglar local se levantó y se quejó de que la tierra sobre la que se levantaba la iglesia le pertenecía de pleno derecho, ya que se la había confiscado el duque un cuarto de siglo antes, en el momento de la fundación de la abadía. El clero oficiante, deseoso de evitar el bochorno, pagó rápidamente al hombre. Aun así, los problemas continuaron. Cuando fueron a bajar el cadáver de Guillermo a la tumba, descubrieron que el sarcófago era demasiado pequeño. El torso del corpulento duque estalló, dejando escapar un pestilente hedor.[1]

Fue un final muy poco glorioso, y merecido, al menos según algunos, ya que Guillermo había hecho del terror su oficio. En una época ya de por sí violenta, el Conquistador destacó. E incluso los escritores afines estaban preocupados por los malos augurios que jalonaron su funeral. Se suponía que los hombres temerosos de Dios debían morir en paz y ser enterrados con pompa. La muerte de Guillermo había sido dolorosa y prolongada, y su funeral una comedia de las equivocaciones. Se decía que la tierra se abría para acoger los restos de los santos; su rechazo de Guillermo dejaba pocas dudas de que era un pecador. Incluso en su muerte, Guillermo fue un personaje

conflictivo y controvertido. Las emociones que suscitó reflejan la magnitud tanto de sus logros como de los sacrificios que estos exigieron.

El comportamiento severo de Guillermo era producto de su educación. Tras nueve décadas de paz y prosperidad, Normandía se vio sumida en el caos en 1035 debido a la repentina muerte del padre de Guillermo, el duque Roberto I, el segundo hijo de Ricardo II, mientras peregrinaba. El resultado fue una crisis que recordaba a la de los años cuarenta del siglo x. Surgieron tendencias centrífugas cuando los señores locales intentaron establecer sus propios dominios independientes. Vecinos celosos también aprovecharon la incertidumbre para repartirse partes del territorio normando.

Uno de los problemas era que Guillermo era hijo de una unión informal. Al parecer, ya en vida se le conocía como «el bastardo» y surgirían leyendas en torno a ello, según las cuales Guillermo era el fruto del concubinato entre el duque Roberto y la hija de un simple curtidor. Debemos ignorarlas. El término en francés antiguo *bâtard* no designaba a un niño nacido fuera del matrimonio (un bastardo en el sentido moderno), sino más bien a un hijo nacido de una *mésalliance* (una unión desigual, por lo general entre un noble y una mujer de rango inferior). En el caso de Guillermo, solo significaba que su madre era hija de un comerciante o de un aristócrata menor (hay motivos para creer que su padre era un enterrador).[2]En circunstancias normales, un bastardo no sería el primero en la línea de sucesión, pero estos niños podían llenar un vacío y, de hecho, lo hicieron.[3]Es lo que había sucedido con Ricardo I en 942 y no tuvo ninguna consecuencia duradera para el poder ni la autoridad ducales; Guillermo estaba dispuesto a hacer lo mismo. El mayor problema era su edad, como había ocurrido con Ricardo en 942, ya que, en el momento de la muerte de Roberto, Guillermo no tenía más de ocho años, y puede que tan solo seis. En los últimos años ya había habido indicios de inestabilidad y el ascenso al trono de un niño sirvió para exacerbarlos.

No debemos subestimar los efectos de subir al trono a tan tierna edad. Guillermo creció en un mundo en el que la violencia y la traición eran endémicas. Los amigos resultaban ser pasajeros y ni siquiera se podía contar con los familiares. En los primeros años del

duque Guillermo, fueron otros los que gobernaron en su nombre, pero en torno a 1040 dos de estos tutores fueron asesinados en una primera oleada de violencia. En los dos años siguientes hubo mucha inestabilidad en el ducado y hasta 1042 no hay indicios de que Guillermo empezara a salir de la refriega y tuviera las riendas del poder firmemente en sus manos. Con ayuda ducal, se instituyó en la provincia la Tregua de Dios, un movimiento concebido para limitar la violencia aristocrática haciendo que los laicos juraran abstenerse de cometer actos violentos en determinados días. La Tregua era popular en el norte de Francia y en los Países Bajos, y su introducción fue, sin duda, una respuesta a la reciente agitación. Más tarde, en torno a 1043, se produce la primera actividad militar documentada de Guillermo, cuando le arrebató Falaise a Thurstan Goz, el vizconde de Avranches. Falaise era una importante residencia ducal (en la que había nacido el propio Guillermo) y su reconquista simbolizaba el nuevo poder y autoridad de la corte.[4]

No obstante, el respiro fue breve. Solo unos años más tarde, el primo de Guillermo, Guido de Brionne, inició una rebelión más seria. Es posible que Guido tuviera las miras puestas en el trono ducal y su rebelión fuera una respuesta a la creciente asertividad de Guillermo. Pese a cierto éxito inicial, Guido y sus aliados fueron derrotados en la batalla de Val-ès-Dunes, a las afueras de Caen, en 1047. Fuentes normandas posteriores dan mucha importancia a la destreza de Guillermo, pero crónicas anteriores atribuyen la mayor parte del mérito al rey francés Enrique I, que acudió en ayuda de Guillermo, quien había solicitado oficialmente la ayuda de Enrique en tanto que su señor feudal. Y como este tenía poco que ganar con la inestabilidad en su frontera norte, estuvo encantado de proporcionársela. En los años siguientes prosiguió la cooperación entre el duque y el rey.

Es en este momento cuando muchos de los amigos y familiares más cercanos de Guillermo comienzan a aparecer en las fuentes. Por ejemplo, desde mediados de los años cuarenta del siglo XI, Guillermo Fitz Osbern, Roger de Montgomery y Roger de Beaumont empiezan a atestiguar cartas ducales, lo que da una idea del tipo de alianzas políticas que Guillermo cultivaría en sus años de madurez. Y en 1049, su hermanastro Odón fue nombrado obispo de Bayeux. Odón era el hijo de Herleva, la madre del Conquistador, con su segundo esposo, Herluin de Conteville (un indicio más de que Herleva no era hija de

un humilde curtidor, como contaba la leyenda posterior). Odón estaba a lo sumo en los últimos años de la adolescencia y difícilmente podría haber estado preparado para los deberes espirituales y pastorales del cargo, pero la medida sirvió para fortalecer la posición de Guillermo en la segunda ciudad del ducado, en una región en la que la autoridad ducal había sido con frecuencia débil, y eso era lo que importaba.

Guillermo no fue el primer duque normando en aprovecharse de la Iglesia de esta manera. Ricardo I había nombrado a su hijo menor Roberto para el arzobispado de Ruan en 989 y cuando Roberto murió en 1037, los regentes de Guillermo eligieron a su tío Malger (un hijo de Ricardo II) para el cargo. Guillermo estaba extendiendo esta política a Bayeux, en la mitad occidental del ducado. Era la clase de nombramiento con motivaciones políticas que los reformistas posteriores reprobarían, pero no se presentaron quejas en ese momento o, si las hubo, fueron ignoradas. El propio Odón pasó a convertirse en un personaje claramente secular dentro del episcopado normando. Prosiguió con su estilo de vida aristocrático y participó en la conquista de Inglaterra de Guillermo, incluida la batalla de Hastings.

Con la política interna resuelta de momento, Guillermo estaba en condiciones de comenzar a centrarse en las relaciones con sus vecinos. En 1049 participó en la campaña de Enrique I contra el conde Godofredo de Anjou. Dos años más tarde, Godofredo contraatacó y se aseguró los castillos de Domfront y Alençon, situados a ambos lados de la frontera y en manos de la familia Bellême (que había decidido compartir su suerte con Godofredo). Guillermo respondió a la amenaza en persona, asediando ambos castillos. Se dice que, en este último, los defensores se burlaron del duque golpeando pieles de animales sobre la muralla y gritando «pellejero», en alusión a sus orígenes humildes. Este fue el comienzo de la leyenda de que Herleva había nacido de un curtidor. Sin embargo, la broma original era más sutil: como enterrador (o embalsamador), el padre de Herleva había tratado con pieles (humanas).[5]Guillermo no lo pasó por alto y cuando tomó el castillo, se cobró una venganza espantosa: hizo cortar en público las manos y los pies a treinta y dos de sus defensores. En cuanto los defensores de Domfront se enteraron de esto, se apresuraron a rendirse. Fue también en esos años cuando Guillermo se casó con Matilde (*c*.1050), la hija del conde Balduino V de Flandes, lo

que significaba que el duque estaba emparentado por matrimonio con los condes de Flandes, los principales partidarios de los enemigos del rey inglés, los Godwin.

Las relaciones con Inglaterra fueron de particular importancia para el futuro. A principios de los años cincuenta, estaba claro que Eduardo el Confesor no tendría hijos con su esposa Edith. Como respuesta, Eduardo comenzó a romper con la familia de Edith con la ayuda de un grupo de normandos y franceses que probablemente habían llegado en su séquito en 1041, sobre todo Roberto de Jumièges y Raúl de Mantes. El duque Guillermo debió de ser consciente de estos hechos. Es casi seguro que Roberto pasó por el ducado mientras se dirigía y regresaba de la corte papal en 1051 y puede que aprovechara la ocasión para plantear la posibilidad de la sucesión de Guillermo a la corona inglesa. Es en este sentido que debemos interpretar la visita de Guillermo a Inglaterra en 1051, como se indica en la versión D de la *Crónica anglosajona*. Algunos han sospechado que el viaje fue una invención posterior, pero el manuscrito D es un relato contemporáneo de esos años y la entrada formaba parte probablemente de una crónica (perdida) más amplia de las Midlands Occidentales.[6]

Aunque a principios de los años cincuenta del siglo XI se abrieron nuevas posibilidades al otro lado del canal, no tardarían en reclamar la atención de Guillermo asuntos más urgentes. En agosto de 1052, el rey Enrique de Francia formó una alianza con el mismo Godofredo de Anjou contra el que había luchado con Guillermo tres años antes. Fue un hecho preocupante, ya que el duque normando y el conde angevino eran viejos enemigos. Al percibir debilidad, Guillermo de Arques, un destacado vizconde normando, aprovechó la ocasión para rebelarse. Guillermo era tío del duque, un hermano del arzobispo Malger de Ruan. Había sido un firme aliado del Conquistador durante sus primeros años y la rebelión probablemente refleja la frustración que generó el ascenso de nuevos favoritos en la corte (hombres como Roger de Montgomery). Fuera cual fuera el motivo de queja, Godofredo se apresuró a unirse a la causa del vizconde. Los motivos del rey Enrique son más difíciles de adivinar, pero es probable que tuvieran que ver con la creciente importancia y las ambiciones de Guillermo en Inglaterra. Como revelarían los acontecimientos, el rey de Francia tenía poco que ganar si uno de sus duques ocupaba el trono inglés.

Como respuesta, el duque Guillermo actuó rápidamente para sitiar el castillo de su tío en Arques, de reciente construcción. Una vez allí, logró repeler a una fuerza de socorro. Al año siguiente, Enrique y Godofredo regresaron con más fuerza con un ataque por dos frentes, pero los aristócratas normandos hicieron huir al segundo de los ejércitos en Mortemer, forzando a los invasores a retirarse una vez más.[7]

Fue una victoria importante para el duque Guillermo. En Val-ès-Dunes, solo había podido derrotar a los rebeldes normandos con la ayuda del rey Enrique. Siete años más tarde, había logrado vencer a las fuerzas conjuntas del rey de Francia y el conde de Anjou. Esto dejó a Guillermo en una posición de fuerza para ampliar su poder e influencia sobre sus vecinos. Uno de los primeros objetivos fue Guido de Ponthieu, cuya zona de influencia se encontraba al este. Guido había caído en manos de Guillermo durante la campaña y el duque pudo asegurarse la influencia normanda en el condado de Ponthieu. Las tierras de Guillermo de Arques también fueron redistribuidas entre los partidarios ducales, mientras que el arzobispo Malger fue destituido de su cargo en Ruan y desterrado a Guernsey.

Tres años más tarde (en 1057), Godofredo y Enrique resucitaron su alianza. Aunaron sus fuerzas y marcharon por Hiémois hasta Bessin, en el oeste de Normandía, quizá con ayuda del obispo local de Sées, Yvo. A partir de allí siguieron el río Dives hasta la costa, donde giraron hacia el este, hacia Lisieux y el País de Auge. Parece que la invasión fue una operación para salvar las apariencias. Enrique y Godofredo habían sido humillados en 1054 y buscaban venganza. Sin embargo, el duque Guillermo era demasiado astuto para morder el anzuelo. Siguió de cerca la pista a la fuerza invasora a la espera del momento de atacar. La oportunidad se presentó mientras Enrique y Godofredo atravesaban el Dives en Varaville. La marea sube rápidamente en las marismas de Varaville y esto sirvió para distraer al rey y al conde mientras cruzaban. Mientras tanto, Guillermo atacó su retaguardia varada. Ya en la otra orilla del río, Godofredo y Enrique solo pudieron observar impotentes como una parte importante de su ejército era aniquilada.[8]

La victoria en Varaville resultó decisiva. Aunque la fuerza invasora fue más pequeña que la de 1054, según reconocen fuentes normandas, era la segunda vez consecutiva que el duque vencía a las

fuerzas conjuntas de sus vecinos más poderosos. El mensaje era claro: no se podía tomar Normandía ni derrotar a Guillermo. Esta sería la última invasión hostil del ducado durante su vida. En los años siguientes, Guillermo pudo asegurar su frontera sudoeste sin apenas oposición. Concertó el matrimonio de la heredera de Bellême, Mabel, cuyas tierras se extendían por las disputadas regiones de Normandía y Maine, con su estrecho aliado Roger de Montgomery. Con ello también se aseguró el apoyo de Yvo de Sées, el hermano de Mabel. Los asuntos internos habían mantenido ocupado a Guillermo desde 1053, pero ahora podía atreverse a soñar.

Vistos *a posteriori*, los años transcurridos entre 1057 y 1066 hacen pensar en la calma antes de la tormenta. Sin embargo, la impresión es engañosa. Puede que estemos mal informados sobre los actos de Guillermo, pero todo apunta a una preparación febril. Su principal preocupación era asegurar su posición al sur y al oeste. En 1063, dispuso que su hijo mayor fuera el sucesor en Maine y al año siguiente (o quizá en 1065) encabezó una expedición al interior de Bretaña. Es difícil no ver en estos actos un preludio de los dramáticos acontecimientos de 1066. El Confesor era por entonces un anciano, más viejo que ningún rey inglés reinante desde Egberto a principios del siglo IX. Solo era cuestión de tiempo que el trono quedara vacante.

A mediados de los años treinta, Guillermo, fortalecido por las recientes victorias contra el rey de Francia y el conde de Anjou, se hallaba en la cúspide de su poder. Al tomar Maine e intimidar a Bretaña, preparó el terreno para una ausencia prolongada. Es revelador que en ese momento eligiera designar como heredero a su primogénito Roberto. Era costumbre que los duques normandos nombraran a sus sucesores en vida, pero normalmente lo hacían en sus últimos años, a menudo cuando enfermaban. Una excepción era si tenían planeado llevar a cabo algún proyecto especialmente arriesgado. El propio padre de Guillermo había designado (fortuitamente, como se desprende) a Guillermo para que le sucediera antes de partir en 1035 a Tierra Santa para una peregrinación de la que nunca regresaría. Es significativo que Guillermo hiciera lo mismo con Roberto en 1062 o 1063 (cabe señalar que en un momento en que padecía una enfermedad grave).[9]Existían riesgos y Guillermo se cubría

las espaldas.

El interés de Guillermo por la corona inglesa podría haberlo alentado también otro hecho: la visita, probablemente en 1064, de Haroldo Godwinson a la corte ducal. Se desconocen los motivos concretos de esta. Fuentes normandas posteriores afirman (de forma bastante inverosímil) que a Haroldo lo había enviado Eduardo para que confirmara las promesas anteriores sobre la sucesión de Guillermo. La explicación de Eadmer de Canterbury es más plausible. Según él, Haroldo quería conseguir la liberación de su hermano menor y su sobrino, que habían sido enviados a la corte ducal como rehenes a principios de los años cincuenta.[10]

Es posible que Haroldo también esperara hacer un pacto por su cuenta con Guillermo. En 1064, no estaba nada claro que la sucesión fuera a reducirse a una carrera de dos caballos entre ambos.[11]Haroldo debía ser consciente de las ambiciones de Guillermo, aunque puede que su propio hermano Tostig (conde de Northumbria) representara una amenaza más inmediata. Si bien Tostig era más joven (y más pobre) que Haroldo, disfrutaba del favor de la reina y estaba casado con Judith de Flandes, cuyo hermano Balduino era regente del infante rey Felipe I de Francia. Cabía la posibilidad de que Guillermo optara por respaldar a Tostig en lugar de reclamar el trono para sí mismo, una maniobra que uno imagina que Matilda habría alentado gustosa.

Independientemente de cuáles fueran los planes de Haroldo, salieron mal. Su barco se desvió de su rumbo y, al desembarcar, fue capturado por Guido de Ponthieu, quien solo lo liberó a instancias del duque Guillermo. Esto cambió la dinámica del poder entre Haroldo y Guillermo. En lugar de llegar como un igual, el conde inglés estuvo en deuda con Guillermo desde el principio. En las semanas siguientes, Haroldo fue llevado a la campaña militar de Bretaña, probablemente como una demostración de fuerza, antes de que Guillermo le exigiera que prestara el famoso juramento. Fuentes normandas posteriores afirman que Haroldo prometió respaldar las aspiraciones de Guillermo al trono inglés, como Eduardo siempre había querido, pero es probable que exageren. No obstante, es evidente que se llegó a algún tipo de acuerdo, ya que la crónica posterior de Eadmer, que normalmente se compadece de la difícil situación de los ingleses, también lo menciona. Y lo mismo hace el tapiz de Bayeux (una obra de artesanía inglesa, aunque para un señor normando), que alude a un

juramento (en latín, *sacramentum*) de Haroldo en este sentido. Puede que fuera un juramento de fidelidad, tal vez relacionado con un acto de homenaje, una interpretación que respalda el hecho de que Haroldo aparezca recibiendo armas de Guillermo en la escena anterior del tapiz (y también en la crónica de Guillermo de Poitiers), como haría un vasallo a cambio de su lealtad. De ser así, se trataba de un acto lo suficientemente ambiguo como para permitir un margen de interpretación a ambas partes, como era sin duda la intención. Desde el punto de vista de Guillermo, Haroldo se había convertido en su hombre y le debía lealtad absoluta en caso de ser necesario que apoyara sus aspiraciones al trono inglés. Desde el de Haroldo, reconocía el dominio de Guillermo sin formular ninguna promesa concreta de conducta en el futuro.[12]

El año 1065 fue mejor para Haroldo. Tras largos años de descontento, el pueblo de York se levantó contra su hermano Tostig en octubre, lo que brindó una excusa para destituir a este último. Es probable que Haroldo tuviera sentimientos encontrados, pero fue capaz de aprovecharlo al máximo y selló una alianza con Edwin y Morcar, los hijos del conde Ælfgar de Mercia. Y lo que era aún mejor, el Confesor estaba enfermo. Haroldo era claramente el poder detrás del trono, sustituyendo a Eduardo en lo que respecta al levantamiento del norte. De forma lenta pero segura, se iban despejando los obstáculos de su camino. La consagración de la preciada abadía de Eduardo en Westminster se adelantó al 28 de diciembre, pero, aun así, el rey estaba demasiado enfermo para asistir y murió el 5 de enero.

Las posibilidades de Haroldo eran muy buenas. Su principal rival local había sido expulsado del reino y acababa de sustituir con éxito al hombre que esperaba suceder. Era rey en todo menos en el título. Lo mejor de todo fue que estaba presente en Londres cuando Eduardo murió. Eso significaba que podía aprovechar su ventaja para asegurarse de que la sucesión se produjera conforme a sus propias condiciones y hacer los preparativos para ser elegido y coronado al día siguiente, tal vez en la misma ceremonia del entierro de Eduardo.[13]

La razón de esta prisa indecente radicaba en los desafíos a los que se enfrentaba Haroldo. Aunque Tostig se había exiliado en Flandes, buscaba la restitución (al igual que su padre en 1052), mientras que el duque Guillermo y el rey noruego Harald Hardrada tenían sus propias

aspiraciones en relación con la corona. También existían amenazas más cercanas, personificadas en Edgardo Ætheling. Puede que Edgardo careciera de la riqueza y las conexiones de Haroldo, pero sus credenciales dinásticas eran insuperables.

Por tanto, todo indica que el ascenso al trono de Haroldo fue apresurado con el fin de crear un hecho consumado. No podía permitirse pasar los seis meses siguientes enzarzado en disputas, por lo que optó por actuar de inmediato. Al ser el estadista principal del reino, Haroldo estaba en excelentes condiciones para hacerlo. Tras la caída de Tostig, había respaldado la reclamación de Morcar del condado de Northumbria. Morcar era el hijo menor de Ælfgar, quien durante mucho tiempo había encabezado la facción contra Godwin en la corte. Al apoyar las pretensiones de Morcar, sacó el máximo partido a lo que, de otro modo, podría haber sido una situación incómoda: utilizó el exilio de su hermano para asegurarse el apoyo de sus rivales tradicionales. Puede que también con este fin Haroldo contrajera matrimonio con Edith, la hermana de Ælfgar, que había estado previamente casada con el rey galés Gruffydd ap Llywelyn. Así pues, cuando Haroldo procedió a reclamar su derecho al trono a principios de 1066, no quedaba nadie que se opusiera a él.

Es posible que, en el momento de su muerte, el Confesor hubiera aceptado lo inevitable. La mayoría de las fuentes inglesas coinciden en que el rey designó a Haroldo como heredero (o al menos le confió el reino). De haber vivido algunos años más, las probabilidades de que Eduardo apoyara a Edgardo como heredero no habrían sido malas. Pero al existir la amenaza de una invasión extranjera y Edgardo no ser más que un adolescente (a lo sumo), era preferible una persona más experimentada.

Aunque es posible que la sucesión no fuera una sorpresa, porque fue un golpe de Estado (descarado), sí planteó serias dudas sobre la legitimidad del nuevo régimen. A Guillermo le proporcionó la excusa que necesitaba. Independientemente de la naturaleza de las promesas anteriores de Eduardo, Guillermo podía presentarse ahora como el legítimo heredero del rey muerto, al que había desairado el ambicioso conde de Wessex. Sin embargo, el invierno no era un buen momento para luchar, por lo que Guillermo puso en marcha el aparato diplomático. Es posible que una de las primeras maniobras fuera contactar con el papa en Roma. Guillermo era muy consciente de que

una toma hostil sería polémica, por lo que intentó en la medida de lo posible socavar la legitimidad del régimen de Haroldo (y lustrar la suya). Al asegurarse el apoyo papal (simbolizado por un estandarte, según fuentes posteriores),[14]Guillermo podía conferir a su planeada invasión la apariencia de una guerra santa. Era una lucha contra un usurpador y un incumplidor de juramentos, un enemigo de Dios y del hombre.

La causa de Guillermo se vio favorecida por el hecho de haber apoyado las iniciativas papales en Normandía durante los últimos años. Desde principios de los años cincuenta, los papas habían estado haciendo llamamientos cada vez más estridentes para que se llevara a cabo la reforma de la Iglesia y ahora Guillermo se erigía en un posible aliado papal en Inglaterra. La irregular posición de Stigand en lo más alto de la jerarquía de la Iglesia inglesa beneficiaba a Guillermo. El nombramiento había sido rotundamente condenado por sucesivos papas y Guillermo se presentaba como un Hércules cristiano dispuesto a limpiar los establos de Augías ingleses.

Con la llegada de la primavera se intensificaron los preparativos en el ducado. El día 18 de junio Guillermo consagró la nueva iglesia abacial de la Trinidad en Caen, fundada por su esposa Matilde (e iglesia hermana de Saint-Étienne). El duque y la duquesa eran conscientes de los peligros que entrañaba la próxima expedición e intentaban de nuevo procurar el favor de Dios. La ayuda divina sería tan importante como la fuerza (o más) si Guillermo quería vencer. De hecho, Matilde y Guillermo también decidieron que su hija Cecilia se entregara a la vida monástica. Al ser la hija mayor de la pareja, lo normal habría sido que tuviera reservado contraer un matrimonio dinástico ventajoso; Guillermo y Matilde estaban dispuestos a renunciar a ello en honor de la Trinidad.[15]Para una pareja piadosa, estas cuestiones no eran triviales.

En la primavera y el verano, Guillermo dejó el gobierno de Normandía en manos de Matilde, consiguiendo el apoyo de sus amigos y aliados Roger de Beaumont y Roger de Montgomery. También recorrió el ducado y sus inmediaciones, asegurando las fronteras. De especial importancia fue el apoyo de Guido de Ponthieu y Eustaquio de Boulogne. Ninguno de ellos tenía la costumbre de ayudar al duque. Hacía poco tiempo que Guido se había sometido a Guillermo, en 1052, y Eustaquio era un viejo enemigo de los condes de Flandes (ahora

parientes de Guillermo a través de Matilde), quien recientemente había respaldado la reclamación de su hijastro Walter del condado de Maine frente al primogénito del Conquistador. Sin embargo, la rivalidad no había reportado hasta la fecha ningún beneficio ni a Guido ni a Eustaquio y las perspectivas que les esperaban en Inglaterra eran demasiado buenas para ignorarlas. El apoyo a Guillermo garantizaba un resultado ganador. Si el plan fracasaba, serviría para debilitar a un vecino poderoso; si tenía éxito, Guido y Eustaquio disfrutarían de una parte del botín.

De hecho, la visita de Guillermo a Normandía y sus vecinos fue tanto una campaña de reclutamiento como una medida defensiva. El duque necesitaba un ejército mucho más grande de lo habitual y tenía que convencer a muchos de sus barones principales para que se comprometieran con ello. Buena parte de los reclutas del ejército definitivo también provenían de fuera del ducado, atraídos por el dinero y la promesa de grandes recompensas. Para el verano, Guillermo había conseguido el apoyo de nobles desde Flandes hasta Bretaña. Tan apremiante como la necesidad de hombres era la de barcos para transportarlos por el canal. Un enigmático texto conocido como la «Lista de barcos» es un testimonio esencial. Se trata de un listado de las naves adeudadas al duque Guillermo, que fue agregado a un manuscrito en el siglo XII. Indica que el duque tenía a su disposición más de 700 barcos (de diferente tamaño y calidad), una flota poderosa para lo que era habitual en esa época.[16]Hay muchas razones para creer que la lista es una copia fiel de un documento anterior redactado para ayudar a reunir naves.

El ejército se congregó inicialmente en el Dives, justo al norte de Caen, a finales de la primavera de 1066. Hacer un cálculo del tamaño de los ejércitos medievales es arriesgado en el mejor de los casos y aquí dependemos en gran medida de cronistas normandos posteriores. Los historiadores creen que el ejército de Guillermo contaba con entre 7.000 y 14.000 hombres, y la opinión general sitúa la cifra más cerca del extremo inferior de este espectro.[17]Lo cierto es que se trataba de una fuerza excepcionalmente grande, digna de un rey. ¿Qué atrajo a tantos hombres a combatir bajo el estandarte de Guillermo? En parte, su historial. El duque había vencido dos veces al rey de Francia y al conde de Anjou en los últimos años; también se había apoderado de Maine y devastado Bretaña. Era un hombre que podía lograr cualquier

cosa o eso parecía. Las conquistas normandas en otros lugares también jugaron a favor de Guillermo. En los años treinta y cuarenta, los compatriotas de Guillermo se habían apoderado de extensos territorios (y granjeado un reconocimiento aún mayor) en el sur de Italia. El duque era muy consciente de estas conquistas. De hecho, Guillermo de Malmesbury cuenta que a Guillermo le movía el deseo de igualar las proezas de su homólogo del sur, Roberto Guiscardo.[18]Desde el punto de vista del reclutamiento, estas conquistas demostraban que los planes de Guillermo podían ser arriesgados, pero distaban mucho de ser temerarios. Y aunque era mucho lo que había en juego, los riesgos merecían la pena. Inglaterra era uno de los reinos más ricos de Europa occidental. Se jactaba de tener un gobierno cada vez más centralizado, capaz de recaudar enormes cantidades de impuestos.

Una cosa era reclutar un ejército y otra muy distinta era conseguir que cruzara a salvo el canal. En los meses de verano las condiciones meteorológicas suelen ser mejores, pero Guillermo no tuvo suerte. Parece que hizo un intento inicial de cruzar el Canal desde el Dives, probablemente justo después de la consagración de la Trinidad. Sin embargo, los vientos desfavorables desviaron a la flota hacia el este, obligándola a trasladarse a Saint-Valéry-sur-Somme, en el condado de Guido de Ponthieu.[19]Fue algo fortuito, ya que Saint-Valéry ofrecía una serie de ventajas con respecto al Dives. Poseía un gran puerto natural y estaba mucho más cerca de las costas inglesas. La forja anterior de alianzas de Guillermo ya estaba dando sus frutos.

Guillermo tuvo los vientos en contra durante todos los meses de julio y agosto, y hasta bien entrado septiembre. Sin embargo, es posible que hubiera nuevos intentos de cruzar. La versión E de la *Crónica* habla de un conflicto naval y hay una vaga referencia a ello en el Little Domesday.[20]Aun así, la mayor parte del ejército permaneció escondida en Ponthieu. El mantenimiento de la disciplina durante estos meses de inactividad debió suponer un inmenso desafío, al igual que aprovisionar a un ejército tan grande.[21]Que Guillermo lo consiguiera es poco menos que increíble; de hecho, es probable que fuera su mayor logro ese año.

Haroldo estaba al tanto de las aspiraciones de Guillermo y se aseguró de vigilar de cerca la costa meridional. Era imposible mantener en secreto durante mucho tiempo la concentración de semejante flota y la noticia no tardó en llegar a las costas inglesas.

Haroldo ya estaba muy ocupado. Su hermano Tostig había aparecido frente a la isla de Wight a finales de abril y procedió a devastar las costas meridional y oriental antes de buscar refugio en la corte del rey de Escocia. Tras la primera incursión de Tostig, Haroldo reclutó un ejército y una flota «más grandes que los que hubiera reunido ningún otro rey antes en esta tierra», listos para enfrentarse a Guillermo. Los apostó en Wight y a lo largo de la costa meridional, donde Tostig había recalado antes (y justo enfrente del lugar en el que Eduardo había desembarcado en 1041). Sin embargo, Haroldo no había tenido en cuenta la meteorología más que Guillermo y, a medida que se alargaban las semanas, las provisiones comenzaron a escasear peligrosamente. Al final, el 8 de septiembre Haroldo se vio obligado a disolver el ejército y trasladar la armada a Londres.

Sin embargo, apenas había regresado Haroldo a la metrópoli del río Támesis cuando llegaron noticias preocupantes del norte. Tostig había aunado fuerzas con el rey noruego, Harald Hardrada, quien tenía un derecho residual al trono de Inglaterra por ser el heredero de Hardeknut. Se encontraron en el Tyne para después obligar a huir a los viejos enemigos de Tostig, Edwin y Morcar, y ocupar York, la capital de Northumbria. Como respuesta, Haroldo llevó a cabo una de las grandes hazañas de la logística medieval. Reclutó un ejército y marchó hacia el norte a una velocidad de vértigo hasta alcanzar a la fuerza enemiga en Stamford Bridge en menos de dos semanas, avanzando a un ritmo de más de 40 kilómetros al día. El 25 de septiembre Haroldo cogió por sorpresa a Harald y Tostig (al parecer, a sus tropas ni siquiera les dio tiempo de ponerse la armadura) y no tardó en hacerlos huir. En la matanza resultante, cayeron tanto Harald como Tostig.

Sin embargo, Haroldo y los ingleses no tenían tiempo para descansar. Solo dos días después de esta impresionante victoria, los vientos cambiaron en el canal, lo que permitió a Guillermo y sus hombres cruzarlo durante la noche del 27 al 28 de septiembre. Paradójicamente, el largo retraso provocado por la meteorología había jugado a favor del duque. Ahora prácticamente no tenía oposición. Desembarcó en Pevensey y luego se dirigió hacia el este, hasta Hastings, donde los terraplenes de la Edad de Hierro podían servir como defensa. Guillermo montó allí el campamento y ordenó la construcción de una mota de estilo normando, un terraplén elevado

rematado con una fortificación de madera, para incrementar la protección. A continuación, arrasó el campo circundante, en parte por necesidad. Guillermo y sus hombres no podrían haber cruzado con raciones para poco más que algunos días, por lo que tendrían que vivir del campo. Pero también fue una táctica astuta, concebida para atraer a Haroldo al combate. El padre de Haroldo provenía de Sussex y Guillermo estaba prendiendo fuego a tierras tradicionales de la familia Godwin. Ya era el final de la temporada de las campañas militares y el duque estaba ansioso por forzar un desenlace. La llegada del invierno favorecería a Haroldo y a los ingleses, ya que Guillermo difícilmente podría aprovisionar a semejante ejército en territorio hostil durante los meses de escasez.

Afortunadamente para Guillermo, Haroldo picó el anzuelo. Tras partir hacia el sur, hacia Londres, reclutó otro ejército. Puede que algunos integrantes del mismo hubieran luchado en Stamford Bridge, pero el grueso debían ser fuerzas nuevas, procedentes probablemente del ejército disuelto un mes antes. Este ejército se dirigió al sur y acampó cerca de la actual ciudad de Battle, a unos 12 kilómetros al norte del ejército de Guillermo en Hastings. El terreno estaba abonado para la confrontación. La razón por la que Haroldo quiso presentar batalla sigue siendo en cierto modo un misterio. Las batallas entrañaban muchos riesgos en el mejor de los casos y Haroldo no podía permitirse una derrota. Tal vez la decisión de atacar las tierras ancestrales de Haroldo enervó a un rey normalmente sosegado. Lo más probable es que confiara en repetir el triunfo en Stamford Bridge cogiendo a Guillermo desprevenido. En cualquier caso, el error resultó fatal.

Haroldo y Guillermo se enfrentaron en combate la mañana del 14 de octubre. Como en los meses anteriores, Guillermo estaba muy ansioso por obtener ayuda divina e igualmente deseoso de que le vieran haciéndolo, por lo que empezaba el día oyendo misa y luego llevaba consigo unas reliquias al campo de batalla (según se dice, sobre las que Haroldo había prestado juramento dos años antes). Fuera cual fuera la realidad de las promesas de Haroldo, se trató de una victoria de las relaciones públicas, que sirvió para recordar a los hombres de Guillermo que Dios estaba de su lado.

Pese a las muchas crónicas de la batalla, seguimos teniendo un conocimiento fragmentario de sus pormenores. Ninguno de los relatos

que se han conservado fue escrito por un combatiente y los dos más detallados, el poema *Carmen de Hastingae Proelio* de Guido de Amiens y la obra en prosa *Gesta Guillelmi II ducs Normannorum* de Guillermo de Poitiers, fueron escritos algún tiempo después para el público de la corte ducal normanda. Lo que está claro, sin embargo, es que las fuerzas estaban más o menos igualadas. El ejército de Haroldo estaba desplegado en una colina, probablemente en el terreno elevado que atraviesa el centro de la actual ciudad de Battle, lo que le confería una ventaja estratégica frente a los hombres a caballo de Guillermo, que de otro modo podrían haber tenido mejor las cosas. No obstante, no había mucho que distinguiera a los ejércitos, ni táctica ni tecnológicamente.[22]Puede que Guillermo tuviera una ligera ventaja con los arqueros. En el tapiz de Bayeux, los normandos disponen de muchos más que los ingleses, mientras que fuentes posteriores afirman (lo que es bastante improbable) que los ingleses no tenían ni idea del uso del arco. Es posible que los arqueros de Haroldo todavía estuvieran marchando hacia el sur desde Londres cuando los ejércitos se enfrentaron o que, con la premura, hubiera tenido dificultades para reclutar suficientes. Los arqueros son especialmente eficaces contra los ataques frontales de la infantería y, puesto que la única oportunidad de Haroldo era defender el terreno más elevado, esto los dejaba expuestos. Aun así, es poco probable que los arqueros fueran el factor decisivo en la batalla. Gracias a su posición elevada, los ingleses estaban protegidos de las flechas normandas, al menos al principio.

Guillermo intentó primero debilitar a los ingleses con sus arqueros y después hizo avanzar a la infantería para atacar, pero lograron pocos avances ante el cerrado muro de escudos de los ingleses. A la caballería de Guillermo no le fue mucho mejor cuando se sumó a la refriega y no tardó en verse obligada a retirarse de forma desordenada. Guillermo de Poitiers insinúa que los bretones encabezaron la huida, pero el *Carmen* culpa (más plausiblemente) a los normandos. Parecía avecinarse una derrota total. Circulaban rumores de que el propio Guillermo había caído y la disciplina comenzó a desintegrarse. Como respuesta, el duque se levantó el yelmo y se dirigió a sus hombres, arengándolos para que se volvieran contra los ingleses que los perseguían, que estaban sufriendo pérdidas importantes. En formación en la cima de la colina, las líneas inglesas eran prácticamente inexpugnables, pero dispersas por la llanura, eran

presa fácil para los caballeros normandos. Según Poitiers, esta se convirtió en la táctica principal del duque Guillermo. Él y su caballería atacaron dos veces más a los ingleses en la colina y después fingieron retirarse antes de matar a sus perseguidores en las laderas.

Era bien entrada la tarde y los hombres de Haroldo estaban cansados. Con las filas mermadas, se encontraban cada vez más aislados unos de otros y más vulnerables. Fue entonces cuando los arqueros normandos comenzaron a lograr avances significativos. No obstante, mientras Haroldo viviera, las perspectivas a largo plazo de los ingleses seguirían siendo buenas. Los normandos continuaron avanzando y entraron (literalmente) a matar. El momento decisivo llegó con la muerte de Haroldo en algún momento de la tarde. Las circunstancias siguen siendo un misterio. Según la fuente más antigua de que disponemos, el *Carmen*, Haroldo fue asesinado por un «escuadrón de la muerte» normando encabezado por el duque Guillermo, Eustaquio de Boulogne, Hugo de Ponthieu y Roberto Gilfard. Y una de las dos posibles escenas de muerte del tapiz de Bayeux podría representar esto. No obstante, es sospechoso que personajes tan prominentes estuvieran directamente involucrados en la muerte de Haroldo, sospechas que alienta el hecho de que Guido de Amiens (el poeta) incluyera a su propio hermano Hugo en el grupo.[23]A principios de los años ochenta del siglo XI circulaba una versión de los hechos alternativa, que tal vez sea más veraz. Se trata de la famosa historia según la cual Haroldo encontró la muerte tras ser herido con una flecha en el ojo y todavía se enseña en la mayoría de las escuelas británicas. El primero en documentarla es Amatus de Montecassino, que escribió desde dentro de los dominios normandos del sur de Italia hacia 1080. El texto de Amatus solo se ha conservado en una traducción al francés de principios del siglo XIV (y, por tanto, alejada del original en latín) y no se suele tener en cuenta en este sentido, pero la traducción es bastante fiel: las principales intervenciones del traductor adoptan la forma de glosas y omisiones ocasionales. Lo que incluye exige respeto. Esta escena de muerte también parece estar representada en el tapiz, aunque la sección en cuestión ha sido restaurada.[24]

Al final, el hecho de la muerte de Haroldo es más importante que la forma en que ocurrió. Con el rey muerto, la derrota pasó a ser aplastante y los caballeros normandos hicieron valer sus méritos.

Junto a Haroldo cayeron dos de sus hermanos, así como un grupo significativo de la aristocracia inglesa. Lo más importante fue que se impidió al ejército inglés reagruparse, algo tan decisivo que podía significar la victoria en la Edad Media. Ya nada se interponía entre Guillermo y la corona que codiciaba.

6

La propaganda de la corte: los argumentos en favor de la Conquista, 1066-1084

En diciembre de 1066, Guillermo entró henchido de satisfacción en Londres, listo para ser coronado y ungido rey de los ingleses. Desde el desastre de Hastings, el ejército inglés se había desvanecido y, con él, la resistencia inglesa. Sin embargo, el camino hasta Londres no había sido del todo fácil. Tras la victoria, Guillermo se había quedado inicialmente en Hastings a la espera de que los ingleses se rindieran. Solo cuando vio que esto no sucedía, se dedicó a seguir arrasando los *home counties* y planeó marchar sobre la capital.

En Londres se pergeñaban otros planes. Haroldo y sus hermanos habían caído, pero los condes Edwin y Morcar, que habían estado eliminando los focos de resistencia en el norte durante la campaña de Hastings, seguían sanos y salvos. Junto con los arzobispos Stigand y Ealdred, propusieron a Edgardo Ætheling como rey. Lo que a Edgardo le faltaba en edad, lo compensaba con creces en legitimidad. Las acciones de los monjes de Peterborough, que habían perdido recientemente a su abad, revelan que algunos, quizá muchos, pensaban que Edgardo iba a disfrutar de un reinado largo y fructífero. Eligieron a uno de los suyos, un tal Brand, y solicitaron el consentimiento de Ætheling para su nombramiento, que el recién elegido rey dio enseguida (un acto que Guillermo no olvidaría). Sin embargo, aunque en ese momento las perspectivas de Edgardo no parecían demasiado malas, no cabía la menor duda de que tendría que afrontar una ardua lucha. Los ingleses acababan de sufrir una gran derrota y permanecían a la defensiva. Lo que se necesitaba era una acción rápida y decisiva. Cuanto más devastaba Guillermo, más sopesaban sus opciones los magnates ingleses locales. La mayoría habría preferido a Edgardo, pero apostar por el caballo equivocado era

peligroso y el pragmatismo superaba al idealismo. La juventud e inexperiencia de Edgardo tampoco fueron de mucha ayuda. Es posible que también hubiera divisiones en el seno del bando inglés, ya que Guillermo de Malmesbury cuenta que Edwin y Morcar tenían sus propios planes para el trono.[1]

Con el Conquistador cada vez más cerca, estas divisiones acabaron sellando el destino de Inglaterra. Solo Guillermo ofrecía unas posibilidades realistas de estabilidad, una estabilidad que muchos anhelaban. Una vez que Guillermo cruzó el Támesis en Wallingford y rodeó Londres, la mayoría de los ingleses accedieron a someterse en Berkhamsted, en Hertfordshire.[2]No fue del todo una capitulación «nacional» por la sencilla razón de que los ingleses carecían de un liderazgo claro, pero incluyó a casi todos los que habían apoyado a Edgardo en las semanas transcurridas: Edwin y Morcar; el arzobispo Ealdred de York; los obispos Wulfstan de Worcester y Walter de Hereford; los hombres de Londres; y el propio Edgardo. Seguiría habiendo resistencia en algunas regiones, pero el corazón del reino pertenecía ahora a Guillermo.

Merece la pena mencionar una ausencia significativa, la del arzobispo Stigand, al que habían nombrado tras la huida de Roberto de Jumièges en 1052. En ese momento, supuso una gran victoria para el clan Godwin. Sin embargo, causó un alboroto descomunal en Roma, ya que iba en contra de las normas de la Iglesia destituir a un obispo sin la aprobación papal y sin seguir el procedimiento debido. El rey Eduardo no iba a desvivirse por ayudar al hombre que había reemplazado a su querido amigo. La situación seguía sin estar resuelta cuando Eduardo murió en 1066. Stigand ejercía como arzobispo *de facto* sin haber sido reconocido por el papa. Los ingleses eran muy conscientes de los problemas y cabe suponer que esta mácula persistente fue la razón por la que Haroldo eligió ser consagrado por Ealdred de York.[3]Normalmente, habría sido el arzobispo de Canterbury quien ungiera al nuevo monarca, pero un nuevo rey cuyas propias credenciales dinásticas eran cuestionables no podía permitirse correr este riesgo.

Consciente de esta lacra, Stigand se había sometido a Guillermo unas semanas antes en Wallingford, pero al duque no se le podía engañar fácilmente. Conocía muy bien la naturaleza del nombramiento del arzobispo y también sabía que Stigand había sido

un hombre de Haroldo. Es probable que los partidarios de Guillermo estuvieran difundiendo rumores de que Stigand, y no el intachable Ealdred, había presidido la coronación de Haroldo. Se trataba de un usurpador ungido ilegalmente por otro. Esta es la versión de los acontecimientos consignada hacia 1070 por el capellán del Conquistador, Guillermo de Poitiers, y casi con toda seguridad se remonta a los propios intentos del duque de obtener el apoyo papal a principios de 1066. Al asociar el ascenso al trono de Haroldo con este acto de usurpación anterior, Guillermo y sus simpatizantes se aseguraban una buena acogida en Roma. Propusieron a Alejandro II una solución simple a un problema espinoso: el duque Guillermo debía reemplazar a Haroldo y poner orden en la Iglesia inglesa.[4]

Como revelan estas acrobacias retóricas, el principal problema de Guillermo después de Hastings era cómo presentar una apropiación de tierras oportunista como un acto legítimo de sucesión. Y aunque el nombramiento de Stigand facilitaba una parte de la solución, las promesas anteriores del Confesor aportaban otra. Una vez más, Guillermo de Poitiers nos ofrece la información más directa sobre la forma de pensar en la corte ducal y su entorno. Cuenta que, en 1051-1052, Eduardo celebró una importante asamblea en la que el rey prometió el trono a Guillermo *in absentia* y después hizo que todos los principales magnates ingleses juraran defender los derechos del duque. No hay indicios de que ningún rey inglés anterior hubiera designado a su heredero de esta manera. Y, de hecho, los detalles de la ceremonia concuerdan sospechosamente con las prácticas de la sucesión ducal normanda que documentan Dudon de Saint-Quentin y Guillermo de Jumièges. No obstante, lo importante no es tanto el engaño en sí como que este se considerara necesario. Tanto antes como después de Hastings, Guillermo y sus asesores se esforzaron al máximo para justificar la Conquista.[5]

Por si se hubiera pasado por alto, Guillermo de Poitiers, que nunca es sutil a sabiendas, retoma el tema de las promesas de Eduardo en el marco de la visita de Haroldo a Guillermo alrededor de 1064. Según su versión de los hechos, el rey inglés quería fortalecer sus compromisos anteriores vinculando a Haroldo a ellos, por lo que envió al conde de Wessex a Normandía para que jurara solemnemente defender el derecho de Guillermo al trono del reino.[6]Una vez más, lo más importante no es la falta de veracidad de la historia (Eduardo no

estaba en condiciones de dar órdenes a Haroldo en los años sesenta), sino que se difundiera por todas partes. Esta clase de historias eran una poderosa herramienta de reclutamiento para un duque que intentaba reunir un ejército. Haroldo se convirtió en un antirrey, en lo contrario de todo aquello que era correcto y apropiado, por lo que quienes ayudaran a reemplazarlo podían esperar beneficiarse no solo en el aquí y ahora, sino también en el más allá. La victoria en Hastings demostraba de una vez por todas a cualquier escéptico en el bando normando que Dios estaba del lado de Guillermo.

Podemos encontrar más información sobre las pretensiones de Guillermo en la llamada Ordenanza Penitencial, publicada a su regreso a Normandía en 1067. Fue redactada por los obispos normandos locales y promulgada con la aprobación del legado (representante) pontificio Ermenfrido de Sion. El texto detalla las penitencias que debían cumplir quienes habían servido a Guillermo en Inglaterra. No los exonera del todo de la culpa (matar era un pecado aunque la causa fuera justa) y estamos a unos pasos del tipo de pensamiento que inspiraría la Primera Cruzada varias décadas más tarde. Sin embargo, no puede quedar ninguna duda sobre la justicia fundamental de la causa de Guillermo. A todos los que han servido al duque de buena fe se les ofrece una reducción de la penitencia por matar y solo se debe tratar como asesinos comunes a quienes han obrado por avaricia o cometido actos violentos después de la consagración de Guillermo el día de Navidad de 1066. Se trata de una enérgica afirmación del apoyo papal a la Conquista. También es significativo que se conciba que el período de guerra justa había durado desde la usurpación de Haroldo en enero de 1066 hasta la consagración de Guillermo a finales de año. Entre estas fechas, los ingleses se habían rebelado contra su legítimo señor (es decir, Guillermo), por lo que se trataba de juego limpio.[7]

Como revela la Ordenanza Penitencial, la necesidad de justificar el derecho al trono de Guillermo no terminó con la Conquista. En todo caso, se volvió más apremiante. Al igual que había descubierto Canuto, una cosa era conquistar un reino y otra muy distinta conservarlo. Un primer paso fue colocar a hombres leales en puestos de poder e influencia, pero la duración de un reinado depende de su legitimidad y en ese sentido quedaba mucho trabajo por hacer. No es casualidad que Guillermo de Poitiers escribiera su historia en aquellos

años y expusiera algo parecido a una versión «oficial» de los hechos. Fue también más o menos por esa misma época cuando Guillermo de Jumièges actualizó su impresionante *Gesta Normannorum ducum* (*Hazañas de los duques de Normandía*) a la luz de los espectaculares éxitos del Conquistador.

Sin embargo, los testimonios más importantes y duraderos de los intentos de Guillermo por legitimar su nuevo régimen provienen de Inglaterra. El primero de ellos es un documento (o auto) promulgado para el pueblo de Londres poco después de la coronación de Guillermo. Este asegura a los ciudadanos sus derechos y se compromete a defender las leyes del reino como «en los días del rey Eduardo». Podría parecer algo poco espectacular: Canuto se había comprometido en 1018 a respetar las leyes de Edgardo y el propio Confesor había prometido mantener las de Canuto cuando desembarcó en 1041. Guillermo estaba haciendo lo mismo. Sin embargo, lo que es significativo aquí es la omisión de Haroldo. Lo que se da a entender, y pronto se expresará más plenamente, es que Haroldo nunca fue un verdadero rey y que Guillermo sucedió directamente a Eduardo.[8]

Pero por más que Guillermo lo intentara, Haroldo seguía siendo un problema serio. Todo el mundo sabía que había sido rey y, a los ojos de la mayoría, uno perfectamente legítimo. De haber un usurpador, ese era Guillermo. Sin embargo, fue precisamente esta desconexión entre la realidad política y la doctrina jurídica lo que llevó a Guillermo y sus partidarios a defender su causa de manera tan estridente. Haroldo fue rey durante la mayor parte del año, pero ahora había un esfuerzo concertado para ignorarlo. No se le menciona casi nunca en los documentos oficiales de Guillermo y solo en circunstancias excepcionales se ratifican sus leyes. De hecho, de los muchos centenares de documentos que Haroldo debió expedir, solo se conserva uno: un auto para el obispo francófono (lotaringio) Giso de Wells, que pasó a disfrutar del favor del Conquistador.[9]Para las iglesias que trataron de asegurar sus derechos en los años posteriores a 1066, las cartas en nombre de Haroldo eran peor que inútiles: fueron decididamente perjudiciales.

El mayor monumento a las pretensiones de Guillermo es, sin embargo, el Domesday Survey, un compendio masivo de información sobre el nuevo reino del monarca, redactado a toda prisa entre la Navidad de 1085 y 1086. Como saben quienes han hojeado sus

páginas, es cualquier cosa menos una lectura fascinante. A menudo llamado simplemente «Domesday Book», consta en realidad de dos volúmenes independientes: el Little Domesday, que cubre Norfolk, Suffolk y Essex; y el más voluminoso Great Domesday para el resto de Inglaterra al sur del Tees. Los dos son claramente complementarios y un solo escriba fue el responsable de todo el texto, que consta de más de dos millones de palabras a lo largo de 832 páginas o folios manuscritos grandes, cada uno escrito por las dos caras con una letra pequeña pero claramente legible. Desde la conversión de los ingleses a finales del siglo VI, solo se habían impreso biblias a esta escala y después en raras ocasiones. En parte, era necesario que el libro tuviera estas dimensiones si se quería incluir todo el material, pero también es evidente que el Great Domesday tenía la intención de impresionar.[10]Y lo hizo. En años posteriores, fue conocido como «el gran libro» y con el tiempo pasó a ser conocido como «el libro del Día del Juicio» (o Domesday Book, para abreviar).

En una entrada típica del Domesday se enumeran las propiedades de un señor particular en una región determinada «en tiempos del rey Guillermo» (es decir, en 1086; *tempore regis Willhelmi*, abreviado «TRW»), normalmente agrupadas y catalogadas dentro de la región de quién las poseía en el momento de la muerte de Eduardo (es decir, el 5 de enero de 1066 o «TRE», *tempore regis Edwardi*). Por poner un ejemplo al azar, sobre las posesiones reales en Tiverton, en Devon (donde el rey era el principal terrateniente), se dice lo siguiente (listadas bajos las tierras que una vez estuvieron en manos de la condesa Gytha, la madre de Haroldo Godwinson): «TIVERTON. TRE pagó un impuesto por 3,5 pieles. Hay tierra para 36 arados. Hay 35 vasallos y 24 siervos, y 19 esclavos con 30 arados. Hay 3 porquerizas que pagan 10 cerdos. Hay 2 molinos que pagan 66 peniques».[11]Si se lee detenidamente, no tarda en convertirse en un remedio contra el insomnio, pero tras esas cifras áridas y tediosas subyace una visión fascinante de la vida y la sociedad locales. En el caso de Tiverton, revela que se trataba de una población de cierta importancia, con dos molinos y cientos de habitantes. Estos registros pueden decirnos mucho sobre la Inglaterra anterior a la Conquista, la naturaleza del régimen de Guillermo y las transformaciones que se produjeron entre 1066 y 1086. Los motivos de Guillermo para encargar el censo siguen siendo objeto de debate, pero es evidente en todo momento un

profundo interés por la tenencia de la tierra, los señoríos y las cuotas adeudadas al rey.[12]Juntos, el Little y el Great Domesday constituyen el censo más completo conservado de cualquier sociedad preindustrial, un verdadero tesoro para el historiador moderno.

Desde nuestro punto de vista, el interés del censo radica en su presentación de la Conquista. Aunque nunca se describe minuciosamente el proceso real de conquista y colonización, impregna el material. En la mayoría de los casos, el titular en TRW no era el mismo que en TRE, de ahí la necesidad del censo; e incluso cuando sí era así, como en el caso de muchas propiedades reales y eclesiásticas, la cesura de la conquista es clara. Sin embargo, como en el caso de otros documentos oficiales de Guillermo, el Domesday evita cuidadosamente reconocer la realidad del reinado de Haroldo o los acontecimientos de la Conquista, y sigue fingiendo que Guillermo sucedió directamente a Eduardo. Por ejemplo, al hablar de dos haciendas de Regenbald, que sirvió a Eduardo, Haroldo y Guillermo sucesivamente (tal vez como canciller), el Great Domesday comenta de forma elíptica que «dos hombres poseían [estas] como dos señoríos en tiempos del rey Eduardo; el conde Haroldo se sumó a ellos en uno». No cabe duda de que fue Haroldo quien, como rey, unió las propiedades y se las otorgó a Regenbald, pero un lector que no lo supiera podría pensar que Haroldo simplemente actuó como conde de Wessex.[13]Solo ocasionalmente el avezado escriba se despista: en las más de 1.600 columnas de texto meticulosamente copiado, solo en dos ocasiones reconoce la realidad del reinado de Haroldo (e incluso entonces le llama usurpador).

No obstante, el intento más fundamental de eliminar a Haroldo lo refleja el marco temporal del censo. Los puntos de referencia en todo el texto son la muerte de Eduardo y el presente (TRE y TRW), lo que crea la impresión de que el reinado de Guillermo comenzó cuando terminó el de Eduardo. No era simplemente el derecho de Guillermo al trono lo que estaba en juego aquí. La premisa para confiscar las tierras de los ingleses era que habían roto el juramento, que habían aceptado traicioneramente a Haroldo como rey en lugar de a Guillermo. Esta es la razón por la que Guillermo de Poitiers insiste tanto en que los ingleses aceptaron que Eduardo propusiera que el sucesor fuera Guillermo en 1051-1052; es también por eso por lo que la Ordenanza Penitencial los trató como rebeldes hasta el momento de la coronación

de Guillermo.

Si cuando ha transcurrido casi un milenio es evidente el carácter tendencioso de las afirmaciones de Guillermo, aún debió serlo más en su época. Sin embargo, el objetivo no era persuadir, sino imponer. Y una vez impuestas con la suficiente firmeza, las mentiras políticas se convirtieron poco a poco en un hecho jurídico. Mucho antes de la aparición de la propaganda moderna, Guillermo entendió que si se va a contar una mentira, es mejor que sea una grande. El problema era que, una vez que se comenzaba a adornar la historia, era poco probable dejar de hacerlo.

7

El tapiz de Bayeux: historia ornamentada, 1066-1097

Cuando se visita Bayeux en pleno verano, uno se encuentra con una multitud. La ciudad solo tiene 14.000 habitantes, pero cada verano recibe muchas veces esa cantidad de visitantes. Unos acuden para visitar su catedral gótica, muy bien conservada, y otros, el Museo de la Batalla de Normandía. Sin embargo, el mayor atractivo se encuentra en una sala poco iluminada pero bien distribuida del Musée de la Tapisserie, situado en el centro de la ciudad. Allí se congrega mucha gente y es aconsejable ir temprano. Tras pagar la entrada y unirse a la creciente cola, uno se encuentra con un tesoro mucho mayor que cualquier manuscrito, memorial de guerra o catedral.

Se trata, naturalmente, del tapiz de Bayeux. A pesar de su denominación moderna, el tapiz es una pieza bordada elaborada en el último tercio del siglo XI para conmemorar los dramáticos acontecimientos de 1066. Es, con mucho, el monumento más icónico de la Conquista y sirve como adorno de toda clase de objetos, desde corbatas hasta tarjetas de felicitación, en todo el mundo. Es también el medio con el que miles de escolares aprenden cada año sobre Guillermo y la Conquista normanda en Gran Bretaña y en otros lugares. Conscientemente o no, el tapiz influye en nuestra manera de pensar en estos acontecimientos, por lo que ha suscitado el interés de centenares de estudiosos, desde historiadores hasta críticos literarios e historiadores del arte. Rara vez pasa un año sin que se proponga una nueva interpretación.

Sin embargo, pese a toda su fama, sabemos muy poco sobre la historia temprana del tapiz. La primera constancia de su existencia procede de un inventario de 1476 de Bayeux. En ese momento, el tapiz se exhibía cada año en la catedral durante ocho días (el

octavario) antes de la Fiesta de las Reliquias (el 5 de noviembre), una tradición que perduró hasta 1728. A partir de entonces, el tapiz tuvo una existencia bastante accidentada. Se libró por poco de la destrucción durante la Revolución francesa y estuvo a punto de ser transportado a Berlín por los nazis durante la segunda guerra mundial. Afortunadamente, salió de estos aprietos (en gran parte) indemne y halló su actual hogar en el Musée de la Tapisserie en 1983, donde ha recibido a más de 14 millones de visitantes.[1]

Los tapices y los bordados eran muy populares en la Europa medieval. Adornaban las paredes de castillos y residencias nobles, conmemorando proezas pasadas e inspirando hazañas futuras. Sin embargo, por su escala y ambición, el tapiz supera a todos los demás tejidos conservados de la época. En su forma actual, alcanza unos imponentes 68 metros. Y dado que se han perdido varias escenas del final, debía medir aún más. En vista de la magnitud de la obra, no sorprende que los responsables optaran por un lienzo bordado en lugar de un tapiz tejido. El bordado se realiza directamente sobre una base, lo que permite avanzar con mucha más rapidez, pero, en las manos adecuadas, no es menos elegante.

Nuestro conocimiento del tapiz es fragmentario, como el propio tejido. Parte del problema es que sabemos muy poco acerca de su historia temprana. Fue realizado casi con toda seguridad en Inglaterra, pero ha estado en Bayeux de manera más o menos continua desde 1476. Y la hipótesis es que llegó allí probablemente a comienzos del reinado del Conquistador (y con certeza antes de que el rey Juan perdiera Normandía en 1204). Son muchas las vías imaginables por las que el tapiz podría haber llegado a la catedral, pero el intermediario más probable con diferencia es el obispo Odón, hermanastro del Conquistador y colaborador cercano.

La prueba fundamental de la participación de Odón proviene del propio tapiz. Su diseño revela una estrecha relación con la iluminación de manuscritos de Canterbury y el lugar más probable de producción (o al menos de inspiración artística) es la abadía de San Agustín de esta ciudad.[2]Por tanto, se trataría de una obra realizada en el condado de Kent de Odón para celebrar la Conquista y conservada en su catedral. Trabajos recientes sugieren que las dimensiones originales del tapiz habrían encajado perfectamente en la nave de la nueva iglesia catedralicia del siglo XI en Bayeux, justo detrás del coro

alto.[3]Es probable que el tapiz fuera diseñado para ser expuesto allí por alguien que conocía bien las dimensiones de la catedral. Sabemos que Odón mantuvo buenas relaciones con los monjes de San Agustín (a diferencia de con los canónigos catedralicios de la vecina Iglesia de Cristo, con los que tuvo encontronazos en repetidas ocasiones), por lo que su mecenazgo es casi seguro.

Igual de significativo es el relato presente en el tapiz. Odón es aquí mucho más importante que en cualquier otra crónica de la Conquista. Solo este tapiz muestra a Odón desempeñando un papel destacado en los preparativos de la invasión y también es el único que muestra a Haroldo prestando juramento al duque Guillermo en Bayeux (otras fuentes lo sitúan en Bonneville-sur-Touques o Ruan). Asimismo, el tapiz es el único que describe la participación de Odón en la batalla de Hastings, donde ayuda a estabilizar las filas en el decisivo momento en que es repelida la primera carga de la caballería normanda. Y por si fuera poco, en el texto se menciona por su nombre a tres vasallos de Odón: Turold, Wadard y Vitalis. Además de la misteriosa Ælfgyva (Ælfgifu), estos son los únicos personajes menores que se nombran.[4]

La elaboración del tapiz debe ser posterior a la batalla de Hastings y cabe suponer que anterior a 1082, el año en el que Odón caería en desgracia. Dado que es probable que fuera diseñado para ser exhibido en Bayeux, seguramente fue realizado poco antes o poco después de la consagración de la nueva catedral en 1077. Este período coincide con el abadiato de Scotland (1072-1087) en la abadía de San Agustín, en Canterbury, el primer abad normando de la misma. Scotland había sido antes monje en el Mont-Saint-Michel, un monasterio con una orgullosa tradición de ilustración e iluminación de manuscritos, y se le ha identificado durante mucho tiempo como el posible responsable de la visión artística que hay detrás de la composición.[5]

En muchos aspectos, el tapiz es una crónica encomiástica de la Conquista, una obra de propaganda que se aproxima bastante a los relatos de Guido de Amiens y (en particular) de Guillermo de Poitiers. Está claramente diseñado para celebrar los acontecimientos que describe: comienza con la expedición normanda de Haroldo hacia 1064 y concluye (probablemente) con la coronación de Guillermo el día de Navidad de 1066. En varios lugares, sigue la versión

«normanda» de los acontecimientos y presenta a Haroldo al principio prestando un juramento solemne a Guillermo (¡en Bayeux!) y al controvertido Stigand presidiendo la coronación posterior de Haroldo. Hay otros detalles que también revelan la simpatía por los normandos. Se describe en todo momento a Guillermo de manera elogiosa y la representación de los intentos del duque por frenar la huida de su caballería, quitándose el yelmo y arengando a sus hombres, recuerda mucho a los relatos de los panegiristas normandos de Guillermo.

En otras escenas, sin embargo, el tapiz revela una tendencia más «inglesa». Guillermo es el protagonista del espectáculo, pero el foco está centrado principalmente en Haroldo, al menos en las secciones que se han conservado: el tapiz comienza con la expedición del conde a Normandía y luego sigue a Haroldo de vuelta al lado de Eduardo para regresar a Normandía solo después del ascenso al trono de Haroldo. Y se describe al propio Haroldo con una simpatía que no se aprecia en absoluto en las demás crónicas normandas. En la campaña bretona, salva heroicamente a uno de los hombres de Guillermo, por lo que el duque le concede el título de caballero, un episodio que no mencionan ni Guillermo de Poitiers ni Guillermo de Jumièges. Y lo que es más significativo: los artistas y el diseñador no dejan ninguna duda de que Haroldo era un rey legítimo. Se presenta a Eduardo en sus últimas horas conversando con su esposa y sus magnates antes de extender el brazo y tocar la mano de Haroldo en lo que aparentemente es un gesto de designación. Esto recuerda mucho a lo narrado en la *Vita* de Eduardo el Confesor, una obra encargada por la reina Edith (hermana de Haroldo) y completada en los años posteriores a la Conquista. (Recuerda tanto, de hecho, que podría ser que se basara en ella.) Y aunque la presencia de Stigand en la coronación posterior podría desvirtuar sutilmente este acto, a Haroldo se le otorga el título real completo (en latín, *rex*).

En realidad, lo que más impresiona del tapiz es su estudiada ambigüedad. En parte, se trata de una función de su forma. Al ser una representación visual, provista únicamente con un brillo narrativo mínimo, se presta a la interpretación. Pensemos en el famoso juramento de Haroldo. Los observadores familiarizados con las historias surgidas en la corte ducal verían aquí enseguida una confirmación de la versión normanda de los acontecimientos: Haroldo promete a Guillermo el trono inglés. Sin embargo, el tapiz en realidad

no dice eso y el texto que lo acompaña simplemente afirma que «Haroldo hizo un juramento» (pero ¿sobre qué?). El tapiz tiene un doble sentido. Lo mismo se puede apreciar en la escena de la muerte de Eduardo y la consagración de Haroldo. Un público normando habría visto de inmediato en ella un golpe de Estado de Haroldo, cuyas terribles consecuencias no tardaría en presagiar la aparición del cometa Haley.[6]En cambio, unos espectadores ingleses podrían ver simplemente la designación de Haroldo por parte de Eduardo y el desafortunado (pero totalmente legítimo) ascenso al trono de este último.

De todos los relatos sobre el año 1066, el tapiz es probablemente el más importante y, sin duda, el más convincente. Debido precisamente a su forma visual, aporta detalles que no podría proporcionar ninguna crónica escrita. Gracias a ella, conocemos la costumbre inglesa de lucir bigotes largos y la preferencia normanda por afeitarse la parte inferior del cabello, justo por encima del cuello. El tapiz también aporta información valiosa sobre la abadía de Westminster, de estilo románico temprano. La escena más famosa (y controvertida) de todas es la de la muerte de Haroldo. Aquí la dificultad estriba en que se muestran dos figuras en el momento decisivo: en primer lugar, un hombre de pie que agarra lo que parece ser una flecha clavada en el ojo; y en segundo, un hombre a punto de que lo atraviese con la espada un jinete a caballo. Sobre la primera aparece escrito el nombre «Haroldo», mientras que encima de la segunda están las palabras «fue asesinado» (en latín, *interfectus est*). Normalmente, cabría esperar que fueran de ayuda otras fuentes, pero también son dispares en cuanto a la causa de la muerte de Haroldo. En el texto más antiguo (el *Carmen*) es asesinado por un grupo de los principales magnates de Guillermo, encabezados por el propio duque. El siguiente en proporcionar alguna información, Amatus de Montecassino (*c*.1080), cuenta la famosa historia de la flecha en el ojo. Para empeorar las cosas, esta sección del tapiz ha sido objeto de una profunda restauración. Es concebible que la primera figura tuviera originalmente una lanza o una jabalina en el ojo (en lugar de una flecha), pero, de ser así, es difícil de explicar por qué tantas fuentes escritas tempranas hablan de una flecha.

Una solución popular ha consistido en aceptar y combinar ambas versiones. Primero le alcanzó una flecha en el ojo y luego fue abatido

por una carga de caballería comandada por el duque. Sin embargo, ninguna fuente escrita incluye una doble escena de muerte y también hay motivos para dudar de que fuera esto lo que tenían en mente quienes diseñaron el tapiz. Para empezar con lo obvio, las dos figuras moribundas están representadas de manera muy diferente. Las medias del hombre que cae son de un color diferente a las de la figura con una flecha en el ojo, y el primero lleva un escudo y una lanza, mientras que el segundo acaba de soltar un hacha. A menos que seamos capaces de imaginar un cambio de vestuario y de armas en el momento de la muerte, resulta difícil creer que se tratara del mismo hombre. Obviamente, la pregunta del millón es quién de los dos es Haroldo. Aunque es imposible saberlo con certeza, sigue habiendo argumentos convincentes a favor del hombre con la flecha clavada en el ojo. Es su cabeza la que interrumpe el nombre de Haroldo en el texto; y es él quien sufre el destino que documentan la mayoría de las primeras fuentes, incluido Baudri de Bourgueil, que escribió para la propia hija de Guillermo, Adela.[7]

En cualquier caso, la búsqueda de una única solución podría ser un error. Las batallas medievales eran caóticas y pocos de los presentes en Hastings debieron tener la menor idea de lo que estaba pasando fuera de su campo visual inmediato. Es perfectamente posible que nadie supiera quién había sido el responsable de la muerte de Haroldo o cómo había sucedido.[8]Sin embargo, como este fue el momento decisivo de la batalla, no tardaron en surgir historias contrapuestas para colmar esa laguna.

El tapiz tiene mucho que decir sobre los acontecimientos de 1066, pero aún más sobre la carrera y las ambiciones de Odón, su mecenas. Como ya se ha mencionado, Odón era hermanastro de Guillermo, probablemente el primer hijo nacido del matrimonio de Herleva con Herluin, el vizconde de Conteville. Está claro que Herluin y Herleva disfrutaban de independencia económica y, a lo largo de su reinado, Guillermo recibió de buena gana el apoyo que ellos y sus hijos (sus hermanastros) le ofrecieron. Uno de los primeros votos de confianza fue el nombramiento de Odón para que se hiciera cargo del estratégico obispado de Bayeux en 1049 y este siguió siendo uno de los partidarios más leales de Guillermo durante las tres décadas siguientes.

Como revelaba su temprano ascenso a la dignidad episcopal,

Odón no era un prelado ascético, era un obispo cortesano, un hombre que se sentía igualmente cómodo en los círculos seculares y eclesiásticos. Eso no quiere decir que no fuera devoto a su manera: donó generosamente a la Iglesia y supervisó un impresionante programa de construcción en Bayeux, pero combinaba sus obligaciones religiosas y seculares de un modo que a los reformadores posteriores les resultaba preocupante. Para Guillermo, fue una bendición. Odón había sido nombrado para que ayudara a asegurar la autoridad ducal en el Bessin; desde un principio, su trabajo consistió en estar activo más allá de los claustros de la catedral.

Sabemos poco de las primeras actividades de Odón, pero todo indica que obtuvo buenos resultados. Orderico Vital cuenta que él y Guido de Ponthieu fueron los comandantes durante la conquista de Le Talou, Bray y el país de Caux en 1054.[9]Odón comienza a recibir más atención durante la campaña de Hastings. Tal vez el tapiz exagere su participación en ella, pero otras fuentes confirman que desempeñó un papel importante. Las cartas ducales le sitúan frecuentemente en presencia de Guillermo durante la primavera y el verano de 1066, a menudo junto a su hermano menor Roberto de Mortain.[10]Y en la lista de los barcos suministrados a Guillermo en ese momento figuraba que Roberto y Odón habían aportado 120 y 100 naves respectivamente, más que ningún otro magnate normando. (En comparación, Roger de Montgomery y Roger de Beaumont, dos de los aliados más antiguos de Guillermo, solo habían proporcionado sesenta cada uno.)[11]

Odón fue uno de los dos obispos normandos que marcharon con el ejército: el otro fue Godofredo de Coutances. Juntos, fueron los consejeros espirituales de Guillermo durante la campaña. El tapiz muestra a Odón bendiciendo la primera comida de que disfrutó el ejército a su llegada a Inglaterra. Y Guillermo de Poitiers cuenta que Odón y Godofredo celebraron conjuntamente la misa la mañana de la fatídica batalla. Sin embargo, no está tan claro si la participación de Odón trascendió la esfera espiritual. El tapiz muestra a Odón junto a Guillermo estabilizando las filas cuando en la primera carga la caballería vaciló. Y se ha sugerido con frecuencia que blande una maza para eludir las restricciones de la Iglesia al combate clerical y el derramamiento de sangre. No obstante, el tapiz evita representar a Odón participando en la contienda y se limita a decir que ha «consolado a los muchachos» en el texto que lo acompaña, un acto de

aliento y no de combate. Además, lo que empuña Odón no es una maza, sino un báculo (o al menos eso afirma el texto), el símbolo tradicional de la autoridad episcopal. Sin embargo, aunque no está en medio de la refriega, lleva armadura y casco. De hecho, tiene que ser identificado por el nombre porque no podemos ver su tonsura distintiva. Y muy bien podría haber cierta ambigüedad estudiada, ya que el duque Guillermo también empuña el mismo tipo de báculo (¿o tal vez maza, al fin y al cabo?) en algunos momentos de la batalla. Estas no serían las primeras maniobras militares del obispo, ni tampoco las últimas.[12]

Tras la Conquista, Odón fue recompensado generosamente por sus servicios. En el Domesday Book es el magnate más rico de Inglaterra después de Guillermo y como conde de Kent controlaba el castillo estratégico de Dover, con vistas a la ruta marítima a Boulogne, el hogar del inquieto conde Eustaquio.[13]La versión D de la *Crónica* presenta a Odón como uno de los regentes *de facto* de Guillermo en 1067, cuando el duque regresó a Normandía.

Al igual que su hermanastro mayor, destinó gran parte de la riqueza obtenida en Inglaterra a su tierra natal normanda. Es probable que iniciara su ambicioso proyecto de construcción en Bayeux antes de partir, pero la nueva catedral no comenzó a tomar forma hasta los años posteriores a 1066. La relación con Guillermo siguió siendo estrecha y, en el verano de 1080, Odón comandó un ejército para asolar la región situada entre el Tees y el Tyne en nombre del rey.

Todas estas muestras de continua cooperación hacen que la repentina caída en desgracia de Odón en 1082 sea aún más sorprendente. Se dice que ese año se despojó al obispo del título de conde de Kent, que fue privado de sus tierras inglesas y encarcelado en la capital ducal de Ruan. Al parecer, su traición consistió en apropiarse de hombres que estaban al servicio de Guillermo para intentar satisfacer sus propias aspiraciones al trono papal. Es difícil dar crédito a estas historias, pero todas las fuentes más cercanas a los hechos coinciden. Y la única explicación alternativa, la ofrecida por Guibert de Nogent, es todavía menos creíble: Guibert ordenó destituir a Odón por intentar despojar al propio Guillermo de la corona.[14]No obstante, lo que conecta estas versiones es que en todas ellas Odón cae por su propio orgullo.

Al igual que Guillermo, era un hombre extraordinariamente

ambicioso, dispuesto a arriesgarlo todo por la fama y la fortuna. Era muy consciente de que sus compatriotas habían estado haciendo incursiones en el sur de Italia en los últimos años y tal vez esperaba encontrar apoyo para su futuro papado en estos círculos. Más concretamente, había señales inquietantes para él en Inglaterra. En 1082, Guillermo era un anciano y comenzaban a formarse facciones en torno a sus hijos. Odón era partidario del mayor de ellos, Roberto Curthose, pero este solo iba a ser el sucesor de Guillermo en Normandía, una situación que podría privar a Odón de ricas tierras y cargos en Inglaterra. Justo el año anterior (1081), Matilde había sustituido a Guillermo en Inglaterra, una función que anteriormente había desempeñado Odón. Si a esto se añaden las tensas relaciones entre Odón y el arzobispo reformista de Canterbury Lanfranc, la suerte estaba más que echada.

Odón pasaría los cinco años siguientes en prisión. Solo en su lecho de muerte Guillermo excarceló a su medio hermano y le devolvió su antiguo cargo de dignidad, pero para entonces Odón era un hombre con pocos amigos. Al año siguiente se unió a los rebeldes en contra de Guillermo Rufo, que había heredado los dominios ingleses del Conquistador. El plan era reemplazar a Rufo por su hermano mayor Curthose, pero la rebelión fracasó y no tardó en regresar a Bayeux muy menoscabado. Aun así, todavía no iba a rendirse. Cuando algunos años más tarde (1096) se anunció la primera cruzada, tomó la cruz con el duque Roberto, atraído por las nuevas posibilidades de saqueo y conquista. Sin embargo, para entonces Odón tenía más de sesenta años y el viaje tuvo consecuencias. Murió a principios de 1097, mientras pasaba el invierno con sus parientes normandos en Sicilia, sin haber podido llegar a Tierra Santa. Aventurero hasta el final, recibió sepultura en la catedral de Palermo.

La opinión sobre Odón de sus contemporáneos estaba dividida. Hasta 1082, su lealtad había sido inquebrantable, y su astucia y generosidad eran legendarias, pero olvidó el viejo proverbio: la soberbia precede a la caída. No obstante, no fue el único que se rebeló contra su hermano. En los años posteriores a 1066, los ingleses se sublevarían en repetidas ocasiones contra su nuevo monarca.

8

El destino de los ingleses: conquista y colonización, 1066-1084

En la primavera de 1068 llegaron a oídos de Guillermo noticias preocupantes. Edwin y Morcar, los únicos condes ingleses que habían sobrevivido ilesos a la Conquista, habían enarbolado la bandera de la rebelión en las Midlands Occidentales y el norte. La población local se adhirió a su causa y no tardaron en sumarse los gobernantes de Gwynedd (en el norte de Gales) y de Escocia. También circulaban rumores de una invasión danesa. Todos los enemigos de Guillermo estaban convergiendo e incluso era posible que Edgardo Ætheling se hubiera unido brevemente a sus filas.

Guillermo respondió con su característico determinismo de hierro, marchando directamente hacia Warwick en cuanto tuvo noticia de la insurrección. Su rapidez cogió a los rebeldes por sorpresa, lo que les impidió contactar con sus aliados galeses. Tras cosechar una primera victoria, Guillermo procedió a construir un castillo, un gesto tan simbólico como estratégico. La situación estaba empezando a cambiar. Por entonces, si no antes, Edgardo Ætheling se había exiliado en la corte de Malcolm III de Escocia. Al verse superados, los condes Edwin y Morcar buscaron un acuerdo y, como en 1066, se sometieron al rey a cambio del perdón. Guillermo se dirigió al norte, donde se apoderó de más tierras rebeldes y construyó castillos en Nottingham y York. En el trayecto de regreso al sur, hizo lo mismo en Lincoln, Cambridge y Huntingdon. De forma lenta pero segura, los castillos se estaban convirtiendo en el símbolo del señorío normando (y en la clave para controlar la nueva colonia), ya que para mantenerlos bastaban un puñado de hombres entrenados, lo que permitía a la reducida élite normanda dominar con relativa facilidad a una población inglesa mucho más numerosa.

El Conquistador había esquivado el peligro, pero por muy poco. De haber esperado más, si Edwin y Morcar se hubieran reunido con sus aliados galeses o si la flota danesa hubiera llegado antes, el resultado podría haber sido muy distinto. Las conquistas de Guillermo seguían pendiendo de un hilo. Como estaba descubriendo, las tierras ganadas con la espada podían perderse fácilmente de la misma forma.

Que el régimen de Guillermo distaba mucho de ser estable en aquellos primeros años lo demuestra el trato brindado a Edgardo y los demás magnates ingleses. Estos hombres se habían rendido en Berkhamsted en diciembre de 1066. La primavera siguiente, Guillermo se los llevó con él cuando regresó a Normandía. El miedo era que los ingleses no se quedaran al lado de Guillermo con un candidato al trono suelto, temores que pronto resultaron ser fundados. En realidad, lo realmente sorprendente no es que Guillermo mantuviera bajo llave a Edgardo, Edwin y Morcar, sino que los hubiera dejado vivir. Cuando Canuto conquistó Inglaterra, liquidó rápidamente al último hijo de Etelredo que había permanecido allí (Eadwig Ætheling) e hizo lo mismo con varios magnates ingleses importantes. El duque normando optó por una táctica muy diferente.

Que Guillermo hiciera esto es un reflejo de las ideas sobre la caballerosidad surgidas en la Europa continental. En la Inglaterra anterior a la Conquista, al igual que en gran parte de la Europa altomedieval, la norma era matar o esclavizar a los rebeldes y adversarios capturados en la batalla. Sin embargo, a mediados del siglo XI, las convenciones comenzaron a cambiar en el continente. Allí los nobles preferían salvarse entre ellos en las batallas y pedir un rescate (aunque estas cortesías no se extendían a los combatientes no cristianos).[1]Desde esta perspectiva, habría sido profundamente deshonroso para Guillermo matar a Edgardo a sangre fría. Tampoco habría ayudado mucho a su causa. Guillermo había prometido a sus hombres riquezas en Inglaterra, pero tenía que cooperar con los poderes locales, al menos inicialmente. La propia naturaleza de las pretensiones de Guillermo dificultaba la ejecución de Edgardo. A diferencia de Canuto, Guillermo se había presentado como el legítimo heredero de su predecesor inglés, Eduardo; si ejecutaba a Edgardo, se arriesgaba a reconocer que el emperador estaba desnudo. Sus

contemporáneos eran muy conscientes de que Guillermo estaba rompiendo con la tradición y su panegirista Guillermo de Poitiers pone de relieve el contraste entre la clemencia de Guillermo y la brutalidad de Canuto.[2]

Guillermo logró al principio neutralizar la amenaza de Edgardo, pero no fue capaz de sofocar la oposición más cercana a casa. Poco después de su partida, Eustaquio de Boulogne aprovechó la ocasión para atacar Dover, en la costa de Kent. Eustaquio no era normando y hasta ese momento había mantenido unas relaciones dispares con Guillermo. Había desempeñado un papel importante en la campaña de Hastings, lo que le había granjeado elogios de Guy de Amiens, y puede que estuviera decepcionado por las recompensas ofrecidas. También cabe imaginar que estuviera pensando en sus propias posibilidades de hacerse con el trono. (Al ser el segundo marido de Godgifu, la hermana del Confesor, sus pretensiones dinásticas eran como mínimo tan fundadas como las del Conquistador.) Fuera cual fuera el motivo, el plan de Eustaquio fracasó debido a la firme oposición de Odón de Bayeux (el nuevo conde de Kent) y fue despojado de sus derechos en Inglaterra. Sin embargo, en 1071 volvió a luchar al lado de Guillermo y, según el Domesday Book, era uno de los magnates más ricos de Inglaterra.[3]

No tardaría en surgir una amenaza mayor entre los ingleses. Hacia finales de 1067, se empezó a fraguar una rebelión en el West Country. La madre de Haroldo, Gytha, era una rica terrateniente en Exeter, la población más importante al sur y el oeste de Winchester. En ausencia de Guillermo, ella y sus aliados comenzaron a propugnar la sucesión de los hijos de Haroldo, que se habían exiliado en Irlanda, a solo una corta travesía en barco desde la costa norte de Devon. Se trataba de una amenaza que Guillermo no podía ignorar. En cuanto tuvo noticia de la creciente insurrección, optó por la vía de la campaña bélica, arriesgándose a cruzar el canal y a emprender operaciones militares en pleno invierno.

Guillermo ya estaba de vuelta en Inglaterra a principios de diciembre y no tardó en actuar contra Exeter. Sin embargo, Gytha logró escapar cuando comenzó el asedio. Guillermo trató de someter la ciudad, arrasando el campo circundante y cegando a un rehén inglés cerca de las murallas. Pero Exeter era un hueso duro de roer y el asedio se prolongó durante otras tres semanas. Cuando la ciudad

por fin capituló, lo hizo con condiciones.[4]La población de Exeter accedió a jurar lealtad a Guillermo tras acordar que los impuestos y las tasas se mantendrían en los niveles previos a la Conquista. El hecho de que los ciudadanos pudieran imponer condiciones revela lo precaria que era la posición de Guillermo. Con Gytha libre y el más que probable regreso de los hijos de Haroldo, Guillermo no se podía permitir ofender a la ciudad principal (y fortaleza clave) del sudoeste. Este acercamiento entre el gobernante y la ciudad se reflejó en una carta redactada el año siguiente para el obispado de Exeter. A primera vista parece casi idéntica a uno de los diplomas del Confesor, lo que, de hecho, era la intención; en ella Guillermo es en todo el heredero de Eduardo. Sin embargo, tras esta aparente continuidad subyacen importantes diferencias: el séquito real es ahora en su mayoría normando, Odón está por encima de cualquiera de los obispos ingleses en la lista de testigos y Roberto de Mortain es el primero entre los condes en atestiguar. Como en el Domesday Book, es un cambio disfrazado de inmovilismo.[5]

Guillermo tuvo que ceder terreno, pero fue una victoria estratégica importante. Se había asegurado el apoyo de Exeter y desde allí podía esperar extender el control al resto del sudoeste. Para acelerar el proceso, comenzó a construir un castillo dentro de las murallas de la ciudad. Después marchó a Cornualles (en una clara demostración de fuerza en una región poco acostumbrada a las visitas reales), antes de regresar a Winchester para celebrar la Pascua. Luego viajó a Londres para Pentecostés, donde su esposa Matilde fue coronada oficialmente reina.

Sin embargo, las amenazas a su reinado no habían desaparecido. Los hijos de Haroldo intentaron desembarcar en los meses de verano tras haber viajado por el estuario del Severn hasta Bristol. Tras ser repelidos allí por los lugareños, procedieron a hostigar la costa norte de Somerset antes de sufrir una derrota decisiva a manos de Eadnoth el Condestable, que formaba parte de un grupo reducido pero significativo de aristócratas ingleses que habían apostado por el nuevo régimen.[6]

Aun así, los nuevos señores normandos no podían hacer mucho para disimular la realidad de la conquista. Y también se avecinaban problemas en las Midlands y el norte donde, como hemos visto, Edwin y Morcar no tardaron en recibir una calurosa acogida. El problema era

que Guillermo no podía mantener bajo llave para siempre a Edgardo Ætheling y a los principales magnates ingleses. En cuanto estos quedaron a su suerte, comenzaron a sembrar la discordia. Los cabecillas eran los hermanos Edwin y Morcar. Ninguno de los dos se había tomado bien el viajecito forzoso del año anterior. Otro motivo de queja más inmediato fue el nombramiento de una serie de nuevos condes y *sheriffs* normandos en sus antiguos dominios. Edwin y Morcar seguían teniendo el título de condes, pero les habían cortado claramente las alas.[7]

En cuanto Edwin y Morcar decidieron oponer resistencia a sus nuevos señores, la rebelión se extendió con rapidez. Consiguieron sacar partido al descontento ya existente, ya que el magnate de las Midlands Occidentales Eadric el Salvaje había organizado una rebelión más pequeña en 1067. Tanto Eadric como el gobernante galés de Gwynedd, Bleddyn ap Cynfyn (antiguo aliado de Eadric), se sumaron a la causa y pronto todas las Midlands Occidentales y el norte se levantaron en armas. Esta rebelión era mucho más importante que las de Eadric o los Godwin y representaba una amenaza directa para el régimen de Guillermo, sobre todo porque contaba con el apoyo del rey escocés Malcolm III, en cuya corte buscaría refugio Edgardo en algún momento del año (lamentablemente, no sabemos si antes o después de la rebelión).[8]Sin embargo, Guillermo, consciente del peligro, logró cortar de raíz la rebelión con su marcha forzada a Warwick.

Una vez más, una acción decisiva había enderezado el rumbo. No obstante, aunque la situación parecía estable (y Guillermo y Matilde se sentían lo suficientemente seguros como para regresar a Normandía en el otoño de 1068), esta impresión no tardaría en desvanecerse. A finales de año, Guillermo envió al flamenco Roberto de Comines al norte para reemplazar a Gospatric como conde de Northumbria. Gospatric había participado en la rebelión del año anterior y por entonces estaba exiliado en la corte escocesa con Edgardo. Sin embargo, lo que se suponía que iba a señalar el fin de la rebelión acabó impulsando su reanudación, ya que Roberto fue asesinado en Durham el 31 de enero, poco después de su llegada. Lo que siguió fue, en la práctica, una repetición del levantamiento del año anterior. La difícil situación se vio agravada por la revuelta contra la autoridad de Guillermo en Maine. Guillermo decidió atinadamente centrar sus energías en el mayor premio (y la mayor amenaza) de Inglaterra. Una

vez más, actuó con rapidez y llegó a York en febrero, donde el comandante normando local se había atrincherado en el castillo construido el verano anterior. Al coger desprevenidos a los sitiadores, Guillermo asestó una gran derrota a los rebeldes antes de proceder a saquear la ciudad y, según se cuenta, profanar la catedral durante el proceso. El contraste con el trato misericordioso dispensado a Exeter un año antes es sorprendente. Guillermo estaba perdiendo la paciencia con los ingleses.

El Conquistador había sofocado la rebelión en el norte, pero la situación política seguía siendo volátil, lo que probablemente explica el regreso en Pascua de Matilde a la calma relativa de Normandía, mientras que Guillermo se dispuso a capear un verano de revueltas. Los hijos de Haroldo regresaron por segundo año consecutivo. Navegaron por el canal de Bristol y esta vez desembarcaron en el norte de Devon, donde fueron derrotados por los hombres de Guillermo, probablemente cerca de Northam. También hubo disturbios en la frontera galesa, y los rebeldes ingleses de las Midlands Occidentales volvieron a pedir ayuda desde el otro lado de la frontera.[9]El régimen de Guillermo parecía claramente inestable y eran muchos los que estaban dispuestos a cosechar los beneficios de derrocarlo.

La situación se complicó aún más durante el verano con la llegada de una gran flota danesa. Los rebeldes ingleses llevaban algún tiempo solicitando ayuda al rey danés Svein. Al ser descendiente de Canuto, tenía derecho al trono inglés. La amenaza danesa se acabó materializando y una gran flota comandada por el hermano de Svein, Asbjørn, y dos (o posiblemente tres) de sus hijos arribó a las costas inglesas. Al principio atacaron Dover, Sandwich, Ipswich y Norwich, antes de navegar hacia el norte. Allí se unieron a los rebeldes de los años anteriores y marcharon juntos hacia York, donde la guarnición presentó batalla, pero sufrió una contundente derrota.

Como en ocasiones anteriores, Guillermo respondió con decisión y marchó hacia el norte. En vista de la fuerza del Conquistador, los invasores decidieron que la mejor parte del valor era la prudencia y se retiraron de la ciudad de York. Era la tercera rebelión del norte en una rápida sucesión y Guillermo estaba decidido a imponer su autoridad en la región. Volvió a dejar que sus hombres arrasaran York, causando daños aún mayores que anteriormente ese mismo año (el Domesday

Book afirma que dos tercios de las viviendas seguían siendo inhabitables). En Navidad, en el aniversario de su triunfal consagración en Westminster tres años antes, Guillermo pidió que le llevaran su corona, que cabe imaginar que lució triunfalmente entre las ruinas de la ciudad. Fue una demostración de fuerza bruta.

En esos meses de invierno fue cuando Guillermo acometió su acto más infame: la llamada «devastación del norte» (Harrying of the North). En parte se trató de un intento de perseguir a sus enemigos después de la rebelión, pero también de una demostración de fuerza simbólica. Los hombres de Guillermo arrasaron de forma sistemática el campo circundante, buscando infligir el mayor daño posible. Incluso a los partidarios del rey les horrorizó la destrucción resultante. Guillermo de Malmesbury, que escribió medio siglo después, cuenta que en muchas regiones las tierras se volvieron baldías.[10]Como sugiere esta afirmación, lo importante, además de la pérdida de vidas y de ganado (que fue considerable), fue el daño causado a la ecología de la región. Murieron muchas más personas de hambre de las que habían caído nunca víctimas de la espada de los caballeros normandos. Se usó la política del terror en un esfuerzo concertado para aplastar la voluntad de resistir.[11]Fue también un movimiento estratégico. La marcha de los ejércitos medievales dependía de los estómagos de sus tropas y Guillermo se aseguró de que los rebeldes no encontraran sustento en el norte. En el plano político, tuvo el efecto deseado. La mayoría de los rebeldes se sometieron en Año Nuevo y el norte no se volvió a levantar. En términos humanos, fue una catástrofe de la que la región aún se estaba recuperando décadas más tarde.

A pesar del sometimiento de los ingleses, la flota danesa permaneció intacta hasta el Año Nuevo. Guillermo había sobornado a los daneses en diciembre, cuando centraba todas sus energías en los rebeldes ingleses, pero esto solo garantizó un aplazamiento temporal y Svein no tardó en navegar desde Dinamarca para unirse a la flota. Sin embargo, al no contar con apoyo local, las posibilidades del rey danés eran escasas. Intentó establecer vínculos con los elementos rebeldes que quedaban, que habían empezando a congregarse en los Fenlands. Fue allí donde Hereward el Proscrito, que inspiraría muchas leyendas posteriores, asaltó la abadía de Peterborough. El año anterior Guillermo había destituido al abad Brand como venganza por el nombramiento de este último por Edgardo Ætheling. Su sustituto sería

un normando, Turold de Fécamp. Sin embargo, esta decisión no fue del agrado de todos y, como respuesta, Hereward y sus hombres procedieron a saquear la abadía antes de la llegada del nuevo abad.

Fue para unirse a estos insurrectos que Svein envió a Asbjørn al sur de Ely, que pronto se convirtió en la base rebelde principal. Sin embargo, Hereward y su pequeña banda de proscritos no podían proporcionar un campamento adecuado desde el que los daneses pudieran operar. Cuando Guillermo le hizo más tarde una propuesta a Svein (que bien podrían haber incluido dinero), este aceptó encantado. La confianza de Guillermo era tal, que regresó a Normandía para la Navidad. Tras haber pasado casi dos años en Inglaterra, la estancia más larga de Guillermo en la región, estaba listo para regresar a casa.

Sin embargo, la rebelión continuó en Ely. Gracias a su ubicación fácil de defender (en ese momento todavía era una isla en las marismas), resultó ser una pesadilla para los normandos y pronto se convirtió en un polo de atracción de nueva resistencia. En el invierno de 1070-1071, Edwin y Morcar instigaron la que sería la rebelión final. Cuando esta no logró consolidarse, huyeron: Edwin al norte de Escocia y Morcar al este para unirse a las fuerzas de Hereward en Ely. Durante el trayecto, Edwin fue traicionado por tres de sus hombres, que lo asesinaron; Morcar, en cambio, logró unirse a los rebeldes de los Fenland. No sería el único en hacerlo. Æthelwine, el obispo de Durham que había participado en las revueltas anteriores en el norte, llegó al sur desde su exilio en la corte escocesa. Lo que empezó siendo una revuelta regional amenazaba con convertirse en algo mucho más grave, por lo que en 1071 Guillermo regresó a Inglaterra y dirigió un exitoso ataque contra la isla de Ely. Æthelwine y Morcar se rindieron y vivieron el resto de sus días confinados. No a todos los rebeldes les fue tan bien. A algunos (cabe suponer que a los plebeyos) les cortaron las manos y les arrancaron los ojos. Como en York, el Conquistador estaba haciendo una declaración.

Guillermo salió de estos conflictos con su poder considerablemente reforzado. No había manera de saber si la revuelta de los Fenlands sería la última, pero el rumbo a seguir estaba claro. Ninguno de los levantamientos posteriores había conseguido igualar en escala al de 1068 y, con Svein fuera de escena, las amenazas inmediatas eran escasas. Sus últimos años no estarían totalmente

exentos de problemas: uno de los pocos condes ingleses que quedaban, Waltheof, planeó una rebelión en 1075 y, al parecer, Odón fue culpable de socavar el régimen de Guillermo en 1082, pero nunca más se volvería a desafiar el control de Inglaterra ejercido por el Conquistador. La corona que el duque normando había conseguido contra todo pronóstico en 1066 seguiría siendo suya. No obstante, aunque el régimen de Guillermo sobrevivió en gran parte indemne, eso no significa que no se viera afectado por estos hechos. En los actos que llevó a cabo en 1069 y 1070 hay una ira y una frustración palpables que desentonan con la fría racionalidad de años anteriores, unos sentimientos que explican otros acontecimientos ocurridos en aquellas fechas.

Es en esos años cuando empezamos a ver esfuerzos constantes para reemplazar a la élite gobernante inglesa. Hasta cierto punto, la Conquista sigue su curso natural. Guillermo nunca habría podido reasignar todas las tierras de los rebeldes ingleses en los tres meses transcurridos entre su consagración el día de Navidad de 1066 y su partida a Normandía en el mes de marzo siguiente. Era evidente que se avecinaban nuevas confiscaciones. No obstante, el carácter integral del asentamiento normando le debe mucho a las experiencias de Guillermo entre los años 1067 y 1070. En 1070, todos los condes ingleses habían cambiado de bando y muchas personas menos prominentes también lo habían hecho. No es difícil ver por qué Guillermo buscaba reemplazar a estos hombres por normandos y flamencos. Al hacerlo, mataba dos pájaros de un tiro: recompensaba a los que habían sido leales y castigaba a los que seguían amenazando su régimen. Solo tras el primer regreso de Guillermo a finales de 1067 empezamos a ver a normandos reemplazando a ingleses en los rangos medio a bajo del funcionariado real, un proceso que se intensificó en los años siguientes.[12]Una de las razones fundamentales esgrimidas para justificar la Conquista había sido que las costumbres de los ingleses eran disolutas; ahora era muy fácil argumentar a favor de que se hiciera borrón y cuenta nueva.

Por tanto, la resistencia inglesa y el asentamiento normando fueron de la mano. Cuanto más se rebelaba la aristocracia autóctona, más decidido estaba Guillermo a extirparla. La consecuencia fue el reemplazo más completo de una élite gobernante en toda la historia británica. Se pueden observar los resultados en el Domesday Book. En

1086, menos del 8 % de la tierra (como máximo) estaba en manos autóctonas, una transformación asombrosa. Sin embargo, no se trataba simplemente de sustituir una cosa por otra similar: la naturaleza y la distribución de las tierras cambiaron en el proceso.[13]Nació la invención de que todas las tierras pertenecían al rey. Era el conquistador Guillermo quien ahora repartía las tierras y los cargos entre sus hombres (o, menos frecuentemente, los confirmaba en manos de los ingleses). En lo sucesivo, sería el señor de todos. También eran nuevas las formas de servicio militar exigidas. Aunque la obligación de prestar servicio en el ejército del rey tenía una larga historia en Inglaterra, se reformuló para satisfacer la necesidad de los normandos de caballería pesada (lo que se conoce como servicio de caballero). La propia tenencia real de tierras se incrementó de manera significativa. Aunque Guillermo recompensaba generosamente a sus hombres, se aseguró de que nadie pudiera rivalizar con él. En realizad, ahora se concentraba más riqueza en manos de la élite gobernante, pero su número había aumentado, por lo que en promedio los condes normandos tenían algo menos que sus predecesores ingleses. No habría más supermagnates como Godwin y Haroldo. En general, los ricos eran aún más ricos; y los pobres y los moderadamente ricos, más pobres. Para los ingleses, que habían quedado relegados a los dos últimos grupos, eran una muy mala noticia.

Aunque el marco retórico del Domesday Book habla de continuidad, su contenido revela la dura realidad de la conquista y la colonización. En la práctica, se logró mediante la fuerza bruta, como debió quedar claro en todo el campo. Por cada magnate o prelado normando que afirmaba que Guillermo era el verdadero heredero del Confesor (y Haroldo un rebelde que había roto su juramento), había muchos más que simplemente creían que habían obtenido sus tierras por derecho de conquista. No cabe duda de que esto era lo que opinaban los Warenne, una de las muchas familias normandas catapultadas a los círculos de la élite gobernante europea. Cuando, a finales del siglo XIII, le preguntaron a Juan de Warenne sobre la titularidad de sus tierras, sacó una vieja espada oxidada y exclamó: «Miren, señores, este es mi título de propiedad. Mis antepasados vinieron con Guillermo el Bastardo y conquistaron sus tierras con la espada; y yo las defenderé con la espada contra cualquiera que desee apoderarse de ellas».[14]El mensaje de Juan era simple: el botín para el

vencedor. Por tanto, en última instancia, eran de Guillermo. Si en la Navidad de 1066 había representado el papel de heredero de Eduardo en Westminster, apareciendo más inglés que los ingleses, tres años más tarde mostraría en York una imagen muy diferente. Rodeado de una destrucción sin sentido, pidió su corona para poder lucirla desafiante entre los escombros de la ciudad anglosajona. Pocas imágenes resumen mejor la naturaleza de la Conquista. Con el Minster de York reducido a ruinas humeantes, el resto de la Iglesia inglesa aguardaba su destino conteniendo la respiración.

9

Iglesia y Estado en la Inglaterra conquistada: pulir la piedra, 1066-1087

Pocas características revelan mejor la historia de un país que su entorno construido y pocas construcciones son tan elocuentes a este respecto como los edificios religiosos. El norte de Francia destaca por su ornamentada arquitectura gótica, plasmada en la imponente catedral de Notre-Dame de París, el brillo resplandeciente de la cercana Sainte-Chappelle y la imponente majestuosidad de Chartres. En cambio, Italia, Austria y el sur de Alemania sobresalen por su adopción del barroco, ejemplificado por la Basílica de San Pedro en Roma, San Esteban en Passau y la catedral de Salzburgo. En ellas observamos baluartes de la contrarreforma contra la creciente influencia del protestantismo. Inglaterra, por el contrario, se caracteriza por la elegante simplicidad del románico, un estilo arquitectónico que se desarrolló en la Europa continental en los siglos IX y X, y que se caracteriza por sus muros gruesos y sus grandes arcos de medio punto. Con la excepción de San Pablo, reconstruida después del gran incendio de 1666, casi todas las grandes catedrales de Inglaterra contienen elementos románicos y muchas son románicas en su totalidad. Todas ellas fueron construidas a lo largo de unos pocos años después de la Conquista y forman parte de una serie más amplia de los cambios que tuvieron lugar en la Iglesia institucional. En 1066, solo cuatro de los catorce obispos ingleses procedían del continente; en el momento de la muerte del Conquistador, catorce de quince.

Hoy en día, la conquista y la colonización pueden parecer actos de poder militar y sentido político, pero en una época anterior a la separación entre Iglesia y Estado, la conquista era inevitablemente un asunto moral, un proceso tanto religioso como político. Este fue doblemente el caso en Inglaterra después de 1066. Guillermo se había

mostrado interesado desde un principio en asegurarse el apoyo papal para su invasión y uno de sus primeros actos como rey fue fundar una abadía en Battle (como su nombre indica, el lugar de la matanza de octubre de 1066). Fue en parte un gesto de agradecimiento y reconciliación, pero también un intento de expiar los pecados cometidos durante la Conquista.

Estos actos formaban parte de un programa de transformación religiosa más amplio. Del mismo modo que iniciaron una revolución en el sistema de tenencia de tierras, Guillermo y sus hombres también fueron catalizadores del cambio en el seno de la Iglesia. Esto refleja en parte la lógica de los argumentos de Guillermo a favor de la invasión. Un elemento esencial había sido la afirmación de que los ingleses y su Iglesia eran venales, heterodoxos y cismáticos. Y aunque esta caricaturización podría ser injusta, se aprovechaba de las diferencias reales entre las estructuras de la Iglesia en Inglaterra y sus vecinos continentales. Era habitual que los obispos ingleses tuvieran múltiples obispados (como fue el caso de Stigand), una práctica abandonada hacía mucho tiempo en otros lugares por ser contraria al derecho canónico; el número reducido y la distribución desigual de las diócesis inglesas también era muy inusual desde una perspectiva europea.[1]En una época en la que en toda Europa occidental estaban ganando terreno ideas más estrictas sobre la vida eclesiástica, estas variaciones estaban abocadas a convertirse en un problema en algún momento y Guillermo estaba más que dispuesto a acelerar el proceso. Se presentó como la persona necesaria para hacer limpieza en la Iglesia inglesa.

Su postura se vio reforzada por las relaciones que había mantenido con el papado en los años anteriores a 1066, ya que aunque el matrimonio del duque con Matilde (una pariente lejana) había levantado ampollas en Roma, Guillermo había sido un firme defensor de la Iglesia y de su pontífice principal.[2]Le ayudó el hecho de que en el seno de la Iglesia normanda hubiera un fuerte componente italiano, lo que abrió canales con Roma. Otro punto de encuentro importante fueron los concilios que celebró el papa León IX en Francia y Alemania en 1049 y 1050, que desempeñaron un papel fundamental en la difusión de nuevas ideas reformistas. La consecuencia más visible en Normandía fue la celebración de una serie de concilios similares (a una escala más pequeña) a partir de principios de los años cincuenta, en los que se abordó el matrimonio clerical y la compra de

cargos eclesiásticos (simonía). El episcopado normando apoyaba ahora al papa en su intento de erradicar dichos pecados.

Una vez establecido en Inglaterra, solo era cuestión de tiempo que Guillermo adoptara iniciativas similares. El plan debió ser siempre reemplazar a Stigand y, sin duda, el objetivo final era llevar a cabo una reforma más profunda de la Iglesia. La coronación de Guillermo ilustra su cautela inicial. Aunque la presidió el arzobispo Ealdred de York, como en el caso de Haroldo, Stigand también estuvo presente y pudo haber desempeñado un papel más activo del que dan a entender fuentes posteriores. No obstante, es evidente que Guillermo no confiaba en el arzobispo y con razón. Stigand era un hombre de Haroldo (y Godwin); no cabía esperar que apoyara sinceramente a Guillermo. Después del desastre de Hastings, Stigand había respaldado al principio a Edgardo y solo se había sometido a Guillermo al verle las orejas al lobo. El Conquistador toleraba por entonces la presencia de Stigand en nombre de la continuidad, pero cuando las rebeliones inglesas se extendieron, la posición del arzobispo se volvió insostenible. Gracias a la propia propaganda de Guillermo, el papa Alejandro II pidió la destitución de Stigand y el rey estuvo encantado de complacerlo.[3]

La ocasión se presentó durante una visita de los legados pontificios en 1070. Su intención era evaluar la situación en el nuevo reino del Conquistador y comenzar a corregir los supuestos errores de la Iglesia inglesa. Stigand, en tanto que símbolo por excelencia de estos males, tenía que irse. En un importante concilio celebrado en Winchester en Pascua, el arzobispo fue oficialmente destituido por los legados y otros obispos presentes. Le seguiría un segundo concilio en Windsor en Pentecostés.[4]Stigand no fue el único que sufrió como consecuencia de estos hechos. Con el apoyo del papa (de hecho, a petición de este), Guillermo llevó a cabo una purga en el episcopado inglés tan despiadada como la de la aristocracia secular del reino. Además de a Stigand, en la primera de estas reuniones destituyeron al hermano del arzobispo, el obispo Æthelmær de Elmham (en Anglia Oriental), y a tres abades sin identificar (es probable que uno de ellos fuera Brand). También convocaron a Leofwine de Lichfield para que respondiera a las acusaciones de haber contraído matrimonio y cuando se negó a comparecer, fue excomulgado, dejando libre otra cátedra. Más o menos por esta misma época, el antiguo obispo de

Durham Etelrico fue encarcelado y su hermano (y sucesor) Etelvino fue proscrito. Para cuando el segundo concilio destituyó a Etelrico de Selsey, acusado de un nombramiento irregular, más de una tercera parte del episcopado había sido expulsado por la fuerza. Si a esto se añade que desde 1066 habían muerto por causas naturales dos prelados ingleses (Ealdred de York y Wulfwig de Dorchester), la mitad de las sedes episcopales del reino habían cambiado de manos en solo cuatro años. En todos los casos, los obispos ingleses fueron sustituidos por obispos continentales (generalmente normandos). Fue una maniobra tanto política como religiosa.

Es evidente que la finalidad era comenzar de nuevo a partir de los mejores modelos disponibles en la Europa continental. En este sentido, no es casualidad que, de los siete obispos supervivientes, uno ya fuera normando (Guillermo de Londres) y cuatro hubieran nacido o se hubieran formado en la región francófona de Lotaringia, en las fronteras occidentales del imperio alemán: Leofric de Exeter, Herman de Sherborne, Walter de Hereford y Giso de Wells. Los dos restantes eran Wulfstan de Worcester y Siward de Rochester. Este último era un anciano que tenía a su cargo una sede episcopal intrascendente y el primero parece haber sobrevivido debido a su reputación de santo.

Sin embargo, no solo merecen atención las destituciones. Los concilios de 1070 pusieron en marcha una serie de cambios más fundamentales. Fue probablemente en dichas reuniones cuando se planteó por primera vez la posibilidad de reubicar muchas sedes episcopales inglesas. Los dos primeros cánones del concilio de Winchester también prohíben la posesión de más de un obispado (pluralismo) y las ordenaciones simoniacas, pecados de los que se había acusado a los obispos destituidos recientemente. Los cánones restantes siguen abordando otros temas reformistas, como la ordenación eclesiástica, el pago de diezmos y la celebración periódica de sínodos diocesanos (reuniones más pequeñas en cada obispado). Aunque hubo concilios y sínodos durante todo el período anglosajón (y probablemente fueron más comunes de lo que revelan nuestras fuentes), la celebración periódica de reuniones locales y nacionales no había sido habitual al menos desde principios del siglo IX.[5]

Desde principios de los años setenta hubo una serie de concilios y sínodos en los que intentaron plantear una serie de temas similares a sus homólogos normandos. Las ambiciones de los concilios legatinos

no tardarían en verse satisfechas. El nuevo arzobispo de Canterbury, Lanfranc, que era un miembro destacado de la Iglesia normanda desde hacía algún tiempo, encabezó estos esfuerzos. Italiano de nacimiento pero normando por elección, había despuntado en el monasterio recién fundado de Bec, en el sudoeste de Roumois. Se instaló allí en 1042 y pronto se labró la reputación de ser uno de los principales maestros e intelectuales del norte de Francia. Desempeñó un papel importante en los primeros intentos de reforma dentro del ducado. La fama de Lanfranc llegó enseguida a la corte ducal. Cuando Guillermo tuvo que nombrar un abad para su fundación de Saint-Étienne en Caen, el equivalente a la Trinité de su esposa, la elección recayó en Lanfranc.[6]

Al mantener buenas relaciones con el duque y el papa, es probable que Lanfranc, o un colaborador suyo, fuera el responsable de conseguir el apoyo de Alejandro II para la invasión de Guillermo en 1066.[7]Por tanto, tenía sentido que tomara la iniciativa en la transformación de la Iglesia inglesa: tras haber convencido al papa de los pecados de los ingleses, le correspondía a Lanfranc corregirlos. Es evidente que el nombramiento de Lanfranc ya estaba sobre la mesa en los concilios de Winchester y Windsor de 1070. La destitución de Stigand creó un vacío en la cúpula de la jerarquía eclesiástica inglesa que Guillermo y Alejandro tenían interés en llenar. Lanfranc era la persona idónea para ello.

El único problema era convencer a Lanfranc para que aceptara el puesto. Guillermo ya había intentado en vano en 1067 nombrarlo arzobispo de Ruan, el cargo eclesiástico más elevado en Normandía. Una vez más, el sabio abad trató de eludir estas responsabilidades y expresó su deseo de proseguir con su solitaria vida monástica, pero en esta ocasión Guillermo tenía al papa de su lado. Según las cartas de Lanfranc, fueron un legado de Alejandro, Ermenfrido de Sion, y un clérigo romano llamado Huberto quienes, en nombre del papa, acabaron convenciéndolo para que aceptara el cargo.[8]

A su llegada a Inglaterra en el verano de 1070, Lanfranc fue recibido con todos los honores. Su nombramiento oficial tuvo lugar el día de la festividad de la Asunción de María (el 15 de agosto) y fue consagrado dos semanas más tarde, el día de la Decapitación (o Degüello) de Juan Bautista (el 29 de agosto). En este último acto estuvo presente lo más granado del episcopado inglés: Guillermo, el

obispo normando de Londres desde hacía mucho tiempo; Walkelin, el sucesor normando de Stigand en Winchester; Remigio, un monje de Fécamp que había sido nombrado obispo de Dorchester tras la muerte del obispo inglés Wulfwig en 1067; Siward, el anciano prelado inglés de Rochester; Herfast, el sucesor normando de Æthelmær en Elmham; Stigand, el capellán ducal normando nombrado obispo de Selsey (que compartía el nombre con el arzobispo inglés caído en desgracia); Herman, el veterano obispo lotaringio de Sherborne; y el compatriota de Herman Giso de Wells.[9]

Lanfranc asumió el cargo bien preparado. Mantenía unas relaciones excelentes con el rey y el papa, y había participado en las iniciativas reformistas anteriores en Normandía. También era un experimentado ecónomo, al haber sido abad de la rica fundación de Saint-Étienne durante más de media década. Como tal, había iniciado la construcción de una nueva iglesia enorme, cuya consagración supervisaría durante una inusual visita a Normandía en 1077. Aun así, Lanfranc tuvo que enfrentarse a varios desafíos en Canterbury. En el momento de su nombramiento, era un hombre anciano para lo que era habitual en la Edad Media (probablemente tenía más de sesenta años) y carecía de experiencia previa de la Iglesia o la sociedad inglesas. También es casi seguro que no hablaba ni una palabra de inglés.

Las prioridades de Lanfranc como arzobispo eran tres: aclarar la posición de Canterbury en la cúpula de la jerarquía eclesiástica; asegurar los bienes inmuebles del arzobispado; e impulsar las iniciativas contra la simonía, el matrimonio clerical y otros pecados de la Iglesia inglesa, conforme a lo estipulado en los concilios de Winchester y Windsor. Las tres se enmarcan en el contexto de la reforma. Lo que Lanfranc concibió como restauración fue en la práctica un intento de adaptar lo más posible las tradiciones locales a las de la Europa continental (y, en particular, Normandía).

No solo fueron transformadas las estructuras administrativas personales de la Iglesia inglesa, ya que el nuevo episcopado normando del Conquistador mostró tanto interés en reconstruir las iglesias de la nación como en reformar sus prácticas. Como consecuencia, en los setenta y cinco años posteriores a la Conquista la construcción de iglesias experimentó un auge sin precedentes. Fue el período de apogeo del estilo románico, desarrollado en la Europa continental en los siglos IX y X. La sustitución de la arquitectura de la Iglesia inglesa

anterior fue casi total: para 1130, se habían reconstruido o reubicado todas las catedrales (a veces ambas cosas y en ocasiones más de una vez). Ninguna de las edificaciones resultantes debía algo más que su ubicación y su orientación a su predecesora anglosajona y muchas son creaciones completamente nuevas. En la mayoría de los casos, las iglesias normandas aún siguen en pie, a menudo como las primeras construidas en esos años. De este modo, el reemplazo de la élite clerical y secular inglesa estuvo acompañado de una eliminación de la arquitectura autóctona igual de exhaustivo. Los turistas modernos tienen que hacer un gran esfuerzo para encontrar una iglesia anglosajona, pero difícilmente pueden evitar ver una (o más) de las grandes obras maestras del románico inglés.

Naturalmente, la construcción de una iglesia era un proceso mucho más largo que la sustitución de un abad o un obispo, pero, aun así, la rapidez con la que se produjo esta reconfiguración del paisaje eclesiástico es sorprendente. Cuando murió el Conquistador, habían comenzado las obras (y en algunos casos terminado) de la iglesia de Cristo y San Agustín en Canterbury, la catedral de York, el Old Minster de Winchester, Rochester, Salisbury (Old Sarum), Worcester, Lincoln, Saint Albans, Glastonbury, Abingdon, Ely, Bury St Edmunds, Evesham y Battle. En el momento de la muerte de Guillermo Rufo en 1100, se sumaron San Pablo (Londres), Chichester, Durham, Norwich, Gloucester, Bath, Pershore, Crowland y Tewkesbury, además de una segunda catedral de la Iglesia de Cristo en Canterbury.[10]Este auge de la construcción era nuevo. Con la excepción de la abadía del Confesor en Westminster, inspirada en los modelos normandos, en los cincuenta años previos a 1066 solo se había construido una pequeña iglesia en Inglaterra. E incluso si nos remontamos a las actividades de los reformadores monásticos de finales del siglo x, que habían refundado instituciones religiosas en todo el sur y el este de Inglaterra, no encontramos nada semejante ni en escala ni en ambición. En 1066, casi todas las catedrales y grandes iglesias abaciales de Inglaterra tenían siglos de antigüedad; cincuenta años más tarde, todas eran de origen reciente.

En parte, se trataba de una prolongación del desarrollo en Normandía. En el ducado se habían realizado importantes obras de construcción en Jumièges, Ruan y Caen antes de 1066. En esta última, las abadías de Guillermo y Matilde de Saint-Étienne y la Trinité son

ejemplos magníficos (aunque muy diferentes) del románico normando temprano.[11]También formaba parte de una tendencia europea más amplia, descrita evocativamente por Raoul Glaber en los años cuarenta del siglo XI como un nuevo «manto blanco de iglesias» que cubre el paisaje.[12]Sin embargo, por su escala y rapidez, la construcción de iglesias en Inglaterra después de la Conquista no tuvo nada que ver con el crecimiento orgánico visto en gran parte de Francia y Alemania; fue frenética y ambiciosa. La Iglesia de Cristo de Canterbury superaba en tamaño a la de Battle (ambas *c*. 1070), solo mejorada por San Agustín (también *c*. 1070), que fue igualada por Lincoln (*c*. 1072-1075) para ser sobrepasada pronto por Saint Albans (*c*. 1077) antes de que Winchester (*c*. 1079) las superara a todas ellas.[13]Con la excepción de Rochester (*c*. 1077), una sede episcopal pequeña y pobre que dependía tradicionalmente de la vecina Canterbury, cada nueva iglesia era igual o mayor que la anterior, y las edificaciones resultantes eran mucho más grandes que las de la Normandía de Guillermo. De hecho figuraban entre las más grandes de la cristiandad occidental.

No obstante, que fuera más grande no siempre significaba que fuera mejor. Muchas de las iglesias anglonormandas anteriores muestran signos de que sus artesanos y arquitectos estaban obrando al límite de sus capacidades. La nueva catedral del obispo Walkelin en Winchester puede que impresione por su tamaño (en el momento de su finalización era la más grande de Europa occidental), pero esto no impide ver la pésima calidad de gran parte de la mampostería. Y del mismo modo, es posible apreciar una notable mejora en la calidad de la ejecución entre las dos fases de construcción de Ely: la anterior a la vacante abacial de 1093 es sólida, pero poco interesante, carente de las molduras ornamentadas que eran populares en Normandía en esa época; los trabajos realizados durante la segunda fase después de 1100 igualan en calidad a las de cualquier otro lugar de Europa. Sin embargo, los problemas no eran simplemente estéticos. Solo cinco días después de su consagración en 1092, una tormenta derribó el campanario de Old Sarum. Más dramática fue la experiencia de los monjes de Winchester, cuya cavernosa nueva catedral se derrumbó en 1107, solo unas décadas después de su finalización. Experiencias similares se repitieron en Abingdon, Gloucester, Ely, Evesham y Lincoln: en todas ellas se derrumbaron los campanarios en esos

siglos.[14]

En cualquier caso, no toda la arquitectura y la mampostería fueron tan chapuceras, ni tampoco sería correcto considerarlas una mera prolongación del románico normando. Los arquitectos de Inglaterra tomaron prestados ideas y planteamientos de Renania, así como del norte de Francia, y los combinaron con tradiciones autóctonas. Si en el peor de los casos la arquitectura eclesiástica anglonormanda era rudimentaria y efímera, en el mejor estableció las normas para el resto de Europa. Entre los mejores logros tempranos figuran las estructuras innovadoras de Saint Albans y Bury St Edmunds, pero la joya del románico de Inglaterra es la catedral de Durham. La construcción comenzó en 1093 y se prolongó hasta bien entrado el siglo XII. Debido a su emplazamiento, coronando la península de Durham y flanqueada a ambos lados por el serpenteante río Wear, nunca podría haber competido en escala con sus equivalentes más grandes inglesas, francesas o alemanas, pero lo que le falta en tamaño, lo compensa con creces en ingenio.

La nueva iglesia catedralicia aprovechó al máximo su entorno único. Es tan grande como permite el promontorio natural sobre el que se alza, que se eleva sobre el río Wear. La planta se ajusta rigurosamente a las normas establecidas y adopta la forma de cruz latina, orientada de oeste a este. El ábside más pequeño y el altar mayor están separados por un transepto que discurre de norte a sur de la nave más larga, situada al oeste. El modelo último es el de Saint-Étienne, aunque probablemente a través de Saint Albans y Bury St Edmunds. La nave y el ábside están flanqueados por arcos, lo que sirve para definir el espacio interior principal. Los arcos están acabados con molduras complejas, las primeras de este tipo en Inglaterra. Igualmente innovador fue el uso de la bóveda de crucería sobre el brazo este (y quizá también el transepto y la nave), de nuevo uno de los primeros ejemplos de ello en las Islas Británicas (en realidad, en toda Europa). También son novedosas las elaboradas decoraciones de los arcos, columnas y pilares (como se conoce a las columnas cuadradas o rectangulares), que también figuran entre las primeras (y mejores) de su estilo.[15]La coherencia de la ejecución es lo que más impresiona. Durham ha sido calificada (bastante acertadamente) como «el logro culminante de la escuela románica normanda en Inglaterra».[16]

Junto con la iglesia románica, el castillo fue la aportación normanda más llamativa (y duradera) a la arquitectura inglesa. Ya fuera la simple mota castral de madera, o el menos frecuente (pero más robusto) torreón de piedra, estas fortificaciones fueron una parte esencial de la normandización del paisaje. Eran en gran parte funcionales. Una aristocracia recién impuesta necesitaba refugios y los castillos los proveían en abundancia. Pero también eran simbólicos. Construidos, por lo general, después de que las regiones hubieran sido sojuzgadas (de forma violenta o de otra manera), eran las proyecciones del poder real y señorial por excelencia.[17]Cuando el cronista de Peterborough, una de las pocas fuentes inglesas de que disponemos sobre el reinado de Guillermo, escribe un epitafio poético para el rey, comienza con los temas de la fortificación y la dominación: «[Guillermo] hizo construir castillos / y a hombres desdichados terriblemente oprimidos».[18]La novedad de las intervenciones del Conquistador queda subrayada por la elección de las palabras del poeta-cronista, que emplea el nuevo préstamo franconormando *castelas* («castillos»), en lugar del término inglés *burig* («fortificaciones»). Se trataba de un nuevo concepto y también de una nueva edificación.

Aunque las torres señoriales anglosajonas anticipan el castillo anglonormando en varios aspectos importantes, también se trataba de un fenómeno fundamentalmente nuevo.[19]La más famosa de las edificaciones resultantes es la Torre de Londres, donde se han guardado las joyas de la corona hasta nuestros días. Sin embargo, eran mucho más importantes los castillos más ordinarios de madera construidos desde Exeter hasta Durham y desde Cambridge hasta las marcas galesas. Pocas personas habrían estado a más de medio día de camino del más cercano de ellos y se calcula que, para finales de siglo, se habían construido unos seiscientos en Inglaterra y Gales.[20]El impacto de la aristocracia normanda en el campo inglés no podía ser más evidente, pero, tras abrirse su apetito de conquista, ¿se detendrían los normandos en las fronteras de Inglaterra?

10

El asentamiento en el sur: «Brazo de Hierro» en Italia, *c.* 1030-1045

En los años centrales del siglo XI, un compatriota del Conquistador, Roberto Guiscardo, se hizo un nombre en Italia. Gracias a una serie de audaces operaciones militares, se había asegurado el control de gran parte de la mitad sur de la península y había llegado a personificar el triunfo normando en la región. Según Guillermo de Malmesbury, el duque Guillermo tenía envidia de estos logros y proclamó que sería vergonzoso verse superado en fuerza y valor por un hombre de un linaje inferior.[1]Los celos del Conquistador no eran infundados. De orígenes relativamente humildes en el Cotentin, Roberto y sus hermanos llegaron a controlar vastas extensiones de tierra en Italia. Sus hazañas comenzaron a finales de los años treinta y puede que inspiraran la propia apuesta fatídica de Guillermo en 1066, como insinúa Malmesbury. Y llegarían a proyectar una sombra igualmente larga: el reino siciliano independiente que fundaron perduraría hasta la unificación de Italia en los años sesenta del siglo XIX.

Durante mucho tiempo al inicio de su carrera, Roberto desempeñó un papel secundario con respecto a sus hermanastros mayores, entre ellos el conde Guillermo «Brazo de Hierro». Guillermo era el mayor de los doce hijos que tuvo Tancredo de Altavilla con dos esposas sucesivas. Tancredo era un personaje de mediana relevancia en Normandía, un aristócrata de renombre local en el Cotentin, pero no un hombre capaz de mantener a tantos hijos de la manera a la que se habían acostumbrado. Al ser el primogénito, Guillermo era muy consciente de que sus perspectivas eran precarias. La herencia divisible era la norma dentro del ducado normando y Guillermo se enfrentaba a una dura elección entre la pobreza en casa y la búsqueda de fortuna en el extranjero. No es de extrañar que eligiera esta última.

Como sugiere la experiencia de Guillermo de Altavilla, la presión demográfica fue uno de los factores que impulsaron la expansión normanda en aquellos años. La población del ducado aumentaba constantemente y las regiones más escasamente pobladas del sur de Italia, donde los conflictos recientes habían pasado factura, ofrecían buenas perspectivas. Sin embargo, aunque las crónicas ponen un énfasis considerable en este factor, es poco probable que fuera el principal incentivo de las operaciones normandas en el extranjero. La superpoblación es un tropo común entre los cronistas medievales, al que recurren habitualmente para explicar las migraciones y los asentamientos. Y aunque es cierto que la población crecía en Normandía, lo mismo estaba ocurriendo en casi todas partes de Francia (y Europa occidental), pero solo en Normandía se produjo este éxodo. Otro factor importante fue la creciente popularidad de las peregrinaciones. Muchas fuentes cuentan que los primeros normandos llegaron al sur como peregrinos y hay indicios de un interés especial de estos por el culto al arcángel, cuyo santuario principal se encontraba en Monte Gargano (Monte Sant'Angelo), en el norte de Apulia. Pero, de nuevo, estos hechos no eran exclusivos de Normandía (el conde Fulco Nerra de Anjou peregrinó a Tierra Santa cuatro veces) y el culto al arcángel también era popular en otros lugares, por lo que debemos mirar más allá para poder explicar el asentamiento normando.

El factor decisivo fue, casi con toda seguridad, la situación política de Normandía.[2]La actividad de los normandos en el sur cobró impulso en los años treinta y cuarenta del siglo XI, durante los turbulentos años del reinado del duque Roberto y (en particular) la minoría de edad del Conquistador. Varias crónicas hablan de que entre los primeros colonos había exiliados políticos y en aquellos años no escaseaba esta clase de personas. También es probable que otros hombres, como los hermanos Altavilla, consideraran que aquel era un momento poco propicio para buscar fortuna en la región y pusieran sus miras más allá. El sur de Italia ofrecía excelentes perspectivas para ello. Era rico, pero estaba políticamente dividido, y ya hacía varias décadas que grupos más pequeños de mercenarios normandos ejercían su oficio en la región.

No está del todo claro en qué momento llegó Guillermo al sur de Italia. La crónica más detallada es la de Godofredo de Malaterra, un

monje normando que escribió en Sicilia a finales de los años noventa del siglo XI.[3]Godofredo afirma que los hermanos mayores del clan Altavilla decidieron buscar fortuna como mercenarios y Dios los guio hasta Italia. Allí entraron al servicio del príncipe lombardo de Capua antes de abandonar el barco para unirse al príncipe de Salerno, al sur de Capua.[4]Godofredo no dice nada sobre qué fue lo que atrajo a los hermanos al sur (salvo la guía del Todopoderoso) y su silencio es significativo, ya que su obra es un panegírico de la dinastía Altavilla, que culmina con la conquista de Apulia, Calabria y Sicilia por Roberto y su hermano menor Roger (el verdadero héroe de la historia de Godofredo). Sabemos por otras fuentes que los Altavilla no fueron los primeros normandos en llegar al sur de Italia, pero, al guardar silencio sobre estos precedentes, Godofredo podía presentar a Guillermo y sus hermanos como los padres fundadores de la colonia normanda.

Otras fuentes ayudan a completar esta descripción, aunque seguimos teniendo grandes lagunas. El problema es que, al igual que en la Normandía de Rollo, la llegada de los normandos no adquirió su pleno significado hasta muchos años después. No había razones para creer que los primeros normandos se fueran a quedar y mucho menos que fueran a prosperar. Solo una vez que lo hicieron, se hizo necesaria una explicación. El principal desafío para los historiadores modernos es que ninguna de nuestras primeras fuentes coincide con las demás y, en muchos aspectos, se contradicen de manera manifiesta. Tradicionalmente, el lugar de honor lo ocupa Amatus de Montecassino, que nos ofrece la primera crónica. Según Amatus, que escribió hacia 1080, los normandos llegaron a la región poco antes del año 1000 (*avant mille puis que Christ*). Los primeros en hacerlo fueron un grupo de peregrinos que regresaba a casa desde Tierra Santa. No está claro si efectuaron el viaje por mar o por tierra, pero, en cualquier caso, se detuvieron en Salerno y la encontraron sitiada por los sarracenos. Al percatarse de la gravedad de la situación, pidieron armas y caballos al príncipe local, Guaimario III, ya que al ser peregrinos viajaban desarmados, e hicieron huir a las tropas musulmanas. Guaimario y los suyos estaban tan impresionados, que rogaron a los normandos que se quedaran. Cuando los peregrinos rechazaron cortésmente la propuesta, los salernitanos los enviaron de vuelta con valiosos regalos y la petición de que enviaran a más compatriotas al sur. Este deseo no tardaría en hacerse realidad cuando

el duque normando (Ricardo II) desterró a un hombre llamado Gilberto, que partió hacia el sur con sus cuatro hermanos. Fueron la primera presencia normanda permanente en la región y se unieron de inmediato a la rebelión de Melo en la Apulia bizantina en 1017, cuyo objetivo era lograr la independencia de Bizancio para la población lombarda local.[5]

La siguiente crónica es la de Guillermo de Apulia, que escribió en verso latino en los años noventa del siglo XI. Sitúa la llegada de los normandos exclusivamente en el marco de la rebelión de Melo. Aquí también llegan como peregrinos, aunque su destino era el santuario del arcángel de Monte Gargano. A su llegada (algo bastante inverosímil) se toparon con el rebelde Melo, que los convenció para que se sumaran a su revuelta.[6]Pese a las divergencias en los detalles, Amatus y Guillermo coinciden en que los normandos llegaron a Italia pronto (no más tarde de 1017), al principio como peregrinos. Sin embargo, la situación se complica debido a que otras dos crónicas anteriores, las de Adémar de Chabannes y Raúl Glaber, que escribieron al norte de los Alpes, afirman que los normandos llegaron al sur a instancias del papa, a quien habían conocido en Roma, y solo después se unieron a la rebelión de Melo.[7]

En estas crónicas hay suficientes características recurrentes como para invitar a especular con cautela. Las peregrinaciones eran cada vez más populares a finales del siglo X y principios del XI, y la participación de los normandos está bien documentada. Es muy probable que los normandos conocieran por primera vez el sur de Italia al viajar como peregrinos y el santuario del arcángel era una parada frecuente en el camino a Tierra Santa. Asimismo, está claro que estos recién llegados no tardaron en involucrarse en la revuelta de Melo, quizá con la bendición pontificia (o incluso siguiendo instrucciones papales). Es más difícil saber cómo interpretar los comentarios de Amatus sobre la actividad normanda anterior en Salerno. Por un lado, es el único que lo menciona; por otro, habla como salernitano y Salerno contó con un importante grupo de mercenarios normandos en años posteriores. De hecho, otras fuentes italianas (unas más confusas que otras) registran las tradiciones de la llegada normanda justo antes (o justo después) del año 1000, por lo que es improbable que se trate de una burda invención.[8]

En el fondo, sería un error intentar situar el asentamiento

normando en un único momento. A diferencia de lo ocurrido en Inglaterra, en Italia la conquista y el asentamiento se fueron produciendo por etapas. Los primeros normandos llegaron como mercenarios y solo poco a poco fueron echando raíces; y casi siempre había más de un grupo activo a la vez. Este proceso de asentamiento ya estaba en marcha en los años treinta y cuarenta del siglo XI, cuando observadores externos como Adémar y Glaber empezaron a tomar nota. Al parecer, fue también en esta época cuando aparecieron los Altavilla. En este sentido, Godofredo de Malaterra tiene razón al situar a los hermanos al inicio de su narración. Puede que los Altavilla no fuera los primeros normandos en acudir a la región, pero su llegada supone un cambio cualitativo en la naturaleza de la actividad de los normandos: los recién llegados pasaron de ser mercenarios ocasionales a convertirse en señores y colonos por derecho propio.

Los normandos encontraron un orden social y político muy diferente al del norte de Francia. En el sur de Italia operaba una compleja red de actores políticos, desde los gobernadores bizantinos del sudeste y sudoeste (Apulia y Calabria), pasando por los príncipes lombardos del norte y el oeste (Campania), hasta los emires musulmanes de Sicilia. La causa de los normandos se vio favorecida por los acontecimientos sociales y políticos locales. El poder de los principados lombardos de Capua y Salerno estaba disminuyendo mientras aumentaba el de la aristocracia terrateniente.[9]El imperio bizantino estaba adentrándose en una fase de decadencia, ya que había perdido grandes extensiones de Asia Menor (los antiguos centros imperiales) que habían pasado a manos de los turcos selyúcidas.[10]Como consecuencia de ello, los gobernadores locales (o catepanes) de Italia se quedaban a menudo aislados y sin recursos. En Sicilia se estaban produciendo procesos similares. Estas divisiones beneficiaron a los normandos. No solo aseguraban un mercado para sus habilidades marciales (los normandos seguían siendo ante todo mercenarios), sino que dificultaban cualquier respuesta coordinada.

Aun así, conviene no exagerar la importancia de los primeros asentamientos normandos en Italia. Los mercenarios normandos solo constituyeron una pequeña parte del ejército de Melo en 1017-1018 e incluso cuando entraron al servicio de los lombardos después, lo hicieron como auxiliares. Hasta el año 1030 no se estableció la primera base permanente y lo hizo un tal Ranulfo en Aversa bajo los

auspicios del príncipe lombardo local, Guaimario IV. Una nueva oleada de revueltas contra la autoridad bizantina a principios de los años cuarenta favoreció nuevas incursiones normandas. Uno de los cabecillas de estas, un oficial lombardo disidente llamado Arduino, que había comandado con anterioridad a mercenarios normandos en el ejército bizantino, asestó una serie de derrotas importantes a las fuerzas imperiales. Los normandos solo eran un componente de su ejército, pero más significativo que en la revuelta de Melo. Tras las victorias iniciales con Arduino al mando, los normandos trasladaron su lealtad primero al señor lombardo Atenulfo y luego a Argiro, hijo de Melo. El propio Argiro no tardó en renegar, tal vez al percatarse de que los normandos representaban una amenaza mayor que sus antiguos señores bizantinos. Como respuesta, los normandos decidieron ir por libre y eligieron como su jefe a Guillermo de Altavilla, al que se conocería posteriormente como «Brazo de Hierro». Ya no servirían a los señores lombardos ni a los rebeldes bizantinos, serían sus propios amos.

Sabemos poco sobre Guillermo y sus hermanos antes de ese momento. Malaterra cuenta que habían prestado servicio con los príncipes lombardos de Capua y Salerno en los años treinta. Es casi seguro que se incorporaron al asentamiento de Ranulfo en Aversa y formaron parte de un grupo de normandos de Aversa que participó en 1038 en una expedición bizantina para arrebatar Sicilia a los sarracenos, que estaban cada vez más divididos.[11](Fue precisamente en este contexto que los Altavilla encontraron a Arduino, quien los involucraría en una revuelta contra los bizantinos algunos años más tarde.) Así pues, Guillermo de Altavilla era una presencia consolidada en las filas normandas y, según la crónica de Malaterra (sin duda un encomio), obtuvo un reconocimiento importante por sus acciones en Sicilia. Cuando llegó el momento de elegir un líder en 1042, Guillermo era la opción natural.

Es evidente que muchos normandos de Aversa estaban impacientes por hacerse con sus propios territorios y Ranulfo estuvo encantado de quitarse de encima a los Altavilla y sus hombres en 1038 y de nuevo a principios de 1041. Sin embargo, estas acciones revelan que los normandos italianos aún estaban muy lejos de la unificación. A diferencia de Inglaterra, donde detrás de la planificación y dirección de la conquista había una sola voluntad, en Italia evolucionó de forma

lenta y orgánica a partir de una serie de iniciativas vagamente asociadas. Primero llegaron unos hombres como peregrinos y otros como mercenarios; unos querían tierras y otros estaban dispuestos a conformarse (de momento) con la recompensa económica. Nadie se propuso conquistar el sur y solo una confluencia de circunstancias imprevistas desembocó en este resultado.

La elección de Guillermo en 1042 fue un paso esencial. Fue una primera tentativa de encaminarse a la independencia para aquellos normandos que habían participado en las revueltas contra la autoridad bizantina en Apulia. Todavía delegaban algunos asuntos en Ranulfo de Aversa, pero estaba claro que iban a defender sus propios intereses y, en caso de ser necesario, yendo en contra de Ranulfo y sus antiguos aliados salernitanos. Su ambición iba en aumento y los Altavilla eran los más ambiciosos de todos.

Sin embargo, la naturaleza de su elección refleja que el conde no era más que el primero entre pares. Como señala Amatus, formaba parte de un acuerdo territorial mucho más amplio. A este respecto, son mencionados otros doce barones normandos destacados. A cada uno de ellos se le confirió autoridad sobre una ciudad o región, y entre ellos figuraban desde Drogo, el hermano menor de Guillermo, a quien se le concedió Venosa (la que sería la última morada de Guillermo), hasta Pedro, el hijo de Amicus y futuro rival de la familia, que recibió Trani. La división en sí no era tanto una recompensa por un servicio leal como un plan de conquista, ya que en ese momento muchos de los señoríos no estaban en manos de los normandos.

Por tanto, estos acontecimientos dan inicio a la conquista normanda propiamente dicha. El progreso inicial se ralentizó en los años siguientes. Los normandos mantuvieron su base en Melfi, junto con otras ciudades tomadas a principios de los años cuarenta, pero no fueron capaces de añadir mucho más. En 1044, Guillermo decidió cambiar de táctica y encabezó una expedición a Calabria, donde estableció un nuevo puesto avanzado en Scribla. Según se dice, al año siguiente Drogo se aseguró Bovino, abriendo el camino hacia la Capitanata, en la zona central y oriental de Apulia. También empezaron a realizar incursiones en el principado lombardo de Benevento, situado al oeste.

A finales de 1045, Guillermo cayó enfermo y falleció en los meses de invierno. Su muerte supuso un duro golpe para el clan Altavilla,

pero tuvo pocas consecuencias perceptibles en el curso de la conquista y el asentamiento normando. En los últimos cuatro años, la supervisión de Guillermo había sido en buena medida nominal, por lo que no preocupaba demasiado el cambio de jefe. Además, Guillermo tenía en su hermano Drogo un sucesor obvio. Drogo había llegado a Italia con Guillermo en los años treinta y ya era uno de los hombres más importantes del grupo normando en el momento del asentamiento de 1042. Ahora podía ser el heredero de su hermano. No obstante, la situación seguía siendo precaria. Los normandos solo controlaban partes de Apulia y una pequeña posición en Calabria; no se podía descartar un renacimiento bizantino. Tampoco se podía ignorar el peligro que representaban los príncipes lombardos. Los normandos de Apulia seguían estando nominalmente bajo la autoridad de Guaimario IV de Salerno, que aún no había dado muestras de su poder. Aun así, los logros de Guillermo fueron considerables. Había unido a los normandos y les había dado un propósito. La única duda era si sus hermanos serían dignos de su legado.

11

Roberto Guiscardo: un conde astuto, *c*. 1040-1085

En la Abbazia della Santissima Trinità (abadía de la Santísima Trinidad) de Venosa, una modesta población de Apulia situada a unos 20 kilómetros al sudeste de Melfi, se encuentra la tumba de la familia Altavilla. Este imponente monumento de estilo barroco del siglo XVI acoge los restos de Guillermo «Brazo de Hierro», sus hermanos Drogo (m. 1051) y Hunifredo (m. *c*. 1057), y sus hermanastros menores, Roberto Guiscardo (m. 1085) y otro Guillermo (m. 1080). Agostino Barba, el escultor del período moderno temprano responsable de la tumba, quiso destacar hasta qué punto el asentamiento normando en el sur de Italia era un asunto familiar, dirigido y supervisado por los Altavilla. También quiso hacer hincapié en el papel que el monasterio de Venosa, el favorito de la familia, desempeñó en este cometido. No obstante, con ello Barba ocultaba tanto como revelaba, ya que, en el siglo XI, los Altavilla eran tanto rivales como aliados y, hasta cierto punto, fue la competencia fraterna la que impulsó la expansión normanda en el sur.

Para frustración de los historiadores modernos, las intervenciones de Barba destruyeron prácticamente todo vestigio de las sepulturas originales de los Altavilla. Sabemos que la Santissima Trinità era un mausoleo familiar en la Edad Media, pero cada hermano fue enterrado originalmente por separado, como correspondía a sus intereses y profesiones. Solo la tumba de la primera esposa de Roberto Guiscardo, Alberada (en el pasillo izquierdo frente al nuevo sepulcro), se libró de las «mejoras» de Barba. Por suerte, el celoso interés de Guillermo el Conquistador por las hazañas de sus compatriotas del sur permitió que no se perdieran algunos detalles de la más importante de estas tumbas desaparecidas, la de su rival Guiscardo. Guillermo de Malmesbury, al

narrar la rivalidad del Conquistador con Guiscardo, cuenta que la tumba de este último incluía la siguiente inscripción:

> Aquí yace Guiscardo, terror del mundo.
> Expulsó de la ciudad [Roma] al que los ligures, romanos y alemanes tienen por rey.
> Ni las falanges partas, árabes o macedonias pudieron salvar a Alexio, solo la huida;
> sin embargo, ni la huida ni el mar pudieron salvar a Venecia.[1]

Se trata de un panegírico y, naturalmente, cabe admitir cierto uso de la licencia poética. No obstante, los sentimientos no están fuera de lugar. De todo el clan Altavilla, Roberto fue el que más hizo por consolidar el dominio normando en el sur y, de hecho, en más de una ocasión sus enemigos temblaron en su presencia.

Los Altavilla adquirieron relevancia en Italia en los años cuarenta del siglo XI. Con Melfi habían conseguido un apoyo esencial en el sur y, para mediados de la década, la familia y sus aliados habían extendido su control a franjas cada vez más amplias de Apulia. Allí Drogo, el segundo de los hermanos (al que habían encomendado Venosa en 1042), retomó lo que había dejado «Brazo de Hierro». Guillermo había obtenido un mandato personal para dirigir a los normandos de Apulia en 1042; sin embargo, distaba mucho de ser cierto que fueran a aceptar la sucesión de su hermano. El hecho de que Drogo hubiera participado en conquistas recientes ayudó, pero había muchos otros con unas credenciales igual de sólidas. El más importante de ellos era Pedro, hijo de Amico, uno de los señores más poderosos erigidos en 1042. Pedro veía cada vez más a los Altavilla como una amenaza para sus propios intereses y Guillermo de Apulia cuenta que el conflicto entre Pedro y Drogo estalló poco después de la muerte de «Brazo de Hierro». Sin embargo, aunque se impuso Drogo, las tendencias centrífugas en el seno del nuevo sistema de gobierno normando se mantuvieron intactas.

Durante los cinco años que Drogo estuvo al frente, los normandos hicieron progresos constantes, pero no espectaculares, en Apulia. Más importantes fueron los nuevos acontecimientos en Calabria, ya que fue en esta período cuando apareció en escena el hermanastro menor de Drogo, Roberto. Malaterra cuenta, de forma bastante verosímil, que Roberto se había sentido atraído por el sur gracias a las historias sobre las proezas de sus hermanos mayores. Roberto era el mayor del

segundo grupo de hijos de Tancredo. Con seis hermanos menores, sabía que heredaría poco más que Guillermo o Drogo, por lo que no sorprende que se sintiera atraído por esta clase de aventuras.

Sin embargo, aunque Roberto esperaba recibir una calurosa bienvenida, no tardó en sentirse decepcionado. Se trataba, en parte, de una cuestión de dinámica familiar interna. Guillermo, Drogo y Hunifredo (el hermano menor de Guillermo y Drogo) habían crecido juntos y habían viajado al sur como un equipo. Eran un grupo muy unido. En cambio, Roberto era unos diez años más joven. Habría compartido pocas experiencias infantiles con sus hermanastros; además, como era hijo de la segunda esposa de Tancredo, podía ser tanto un rival como un aliado.

El momento elegido por Roberto ayudó poco a su causa. Llegó a Apulia poco después de la muerte de Guillermo (probablemente *c*.1046-1047), cuando la propia posición de Drogo distaba de ser segura. Aun en el caso de que Drogo hubiera querido conceder a su hermanastro más joven tierras y títulos (y probablemente no lo deseaba), no estaba en condiciones de hacerlo, así que inicialmente las súplicas fraternales de Roberto fueron rechazadas. Poco después, fue enviado a Calabria. Guillermo y Drogo había comenzado a realizar incursiones allí en los últimos años. El problema para Roberto era que sin tierras no podía establecer una base de seguidores considerable y, sin hombres, tenía pocas posibilidades de obtener tierras. Y poco podía recibir de Drogo, que ya tenía una difícil tarea por delante en Apulia (y que, en cualquier caso, recelaba de los motivos de este). Roberto, pues, se sentía comprensiblemente frustrado por esta situación sin salida. Según Amatus, no tardó en regresar junto a Drogo para hablarle de su pobreza y suplicarle ayuda, pero Drogo y su familia le dieron la espalda.[2]

En años posteriores, las hazañas de Roberto en Calabria se convertirían en una leyenda. Amatus cuenta que el punto de inflexión se produjo cuando Roberto organizó una reunión con Pedro, uno de los hombres prominentes de la ciudad de Bisignano. En ese momento, la base de Roberto era San Marco Argentano, un lugar elevado situado al oeste del valle del Crati, en el norte de Calabria. Bisignano se encuentra al sur y al este, casi a la misma distancia del Crati. Los hombres se encontraron en la orilla oriental del río, un poco más cerca del asentamiento. Tras haber atraído a Pedro lejos de las murallas de

la ciudad, Roberto lo descabalgó de su corcel y lo llevó por la fuerza a San Marco para pedir un rescate. El resultado fue un cuantioso ingreso financiero, que permitió al joven Altavilla ampliar considerablemente sus operaciones.[3]

Tan importante como la recompensa material era la reputación que Roberto estaba empezando a granjearse. La siguiente vez que solicitó tropas a Drogo, su hermanastro no se mostró más dispuesto que antes a ayudarle, pero otros muchos sí acudieron a ponerse bajo su estandarte. Entre ellos destacaba Gerardo de Buonalbergo, el señor de un grupo de normandos que se habían establecido en Telese (Terme Telese), a unos 30 kilómetros al noroeste de Benevento. Gerardo llevó consigo a unos 200 caballeros —probablemente más del doble de los efectivos de Roberto—, y demostraría ser un firme aliado. La alianza se formalizó cuando Roberto tomó como esposa a la tía de Gerardo Alberada (una hermana menor del padre de Gerardo), un enlace al que Drogo solo accedió a regañadientes. Según Amatus, fue Gerardo quien le puso a Roberto su famoso apodo de «Guiscardo», que significa «el astuto» o «el artero», cuando se enteró de las proezas de este en Bisignano.[4]

Roberto, convenientemente reforzado, empezó a hacer más progresos. Pero justo cuando las cosas estaban mejorando, se avecinaron problemas. Muchos de los lombardos locales estaban empezando a sentirse molestos con sus nuevos señores normandos, mientras que los papas de Roma observaban cada vez más consternados. El papado había estado desde siempre interesado en los principados lombardos del sur, que limitaban con las tierras papales. En los años cuarenta del siglo XI, los normandos se estaban convirtiendo en un peligro. Ya no se contentaban con conquistar tierras en la Apulia bizantina y empezaban a amenazar a sus antiguos empleadores lombardos en Campania. En la primavera de 1051 se produjo un momento decisivo, cuando los ciudadanos de Benevento expulsaron a su propio príncipe y se sometieron al papa León IX con la esperanza de que pudiera ofrecerles una mayor protección contra los normandos.

León viajó a la región de Benevento en julio, donde se reunió con Drogo y Guaimario IV de Salerno. Ambos accedieron a que cesaran los ataques contra el territorio beneventano, pero, en realidad, no estaba en su mano cumplir esta promesa. Y en el caso de Drogo, cuyo señorío

había sido cuestionado desde el principio, cualquier intento de mantener dicha promesa era irrelevante, por lo que los ataques desde Apulia continuaron sin cesar. León y los beneventanos no eran los únicos a los que afectaba la reciente intrusión normanda. La población lombarda local de Apulia, que en otro tiempo había recibido a los normandos como libertadores, ya no los encontraba más serviciales que a sus antiguos gobernadores bizantinos. El propio Drogo sentiría todo el peso de este resentimiento cuando se instaló en Monte Ilario (cerca de Bovino) en el verano de 1051. El 10 de agosto por la mañana, Drogo fue a rezar a la iglesia, como era su costumbre, pero uno de sus compañeros supuestamente leales, Riso, acechaba al conde desprevenido. Y mientras Drogo entraba en la iglesia, Riso lo mató. Muchos de los hombres de Drogo también fueron asesinados en la emboscada.[5]Sería solo uno de una serie de asesinatos de normandos importantes.

Se estaba formando una amplia alianza contra los normandos. Los emperadores bizantinos llevaban mucho tiempo buscando unos aliados idóneos contra los intrusos del norte. Y con el papa León ahora del lado de los príncipes lombardos (y dispuesto a tender puentes con la Iglesia bizantina en el este), surgió la oportunidad de forjar una coalición más amplia. El proceso fue lento, en parte porque Guaimario IV, que seguía manteniendo unos lazos estrechos con los normandos de Apulia, se mostró reacio a unirse. Pero Guaimario y su hermano fueron asesinados en 1052, lo que preparó el camino para una gran alianza. Para principios de 1053, el emperador alemán Enrique III, el papa León, los príncipes lombardos de Capua y Benevento, y el emperador bizantino se habían comprometido todos con la causa. La situación empezaba a ser sombría para los normandos.

Al verse entre la espada y la pared, los normandos decidieron luchar. Las diversas fuerzas normandas se unieron bajo el estandarte de Hunifredo, el más joven de la rama más antigua de los Altavilla, que había sucedido a Drogo como conde de Apulia en 1051. La estrategia normanda era clara: evitar que el ejército papal aunara fuerzas con la expedición bizantina en el sudeste. Guillermo de Apulia cuenta que los normandos de Hunifredo incluían 3.000 caballeros, apoyados por un pequeño grupo de soldados de infantería. Si hemos de dar crédito a estas cifras, y parecen verosímiles, se trataba de una fuerza armada considerable. No obstante, era mucho más pequeña que

el ejército de León, ya que aunque el apoyo alemán resultó ser mínimo (Enrique III solo pudo aportar unos pocos cientos de soldados de infantería de Suabia), el papa reclutó un ejército impresionante en los principados lombardos, que tanto habían sufrido por culpa de los normandos en los últimos años. Al mando iba León en persona.

Los ejércitos papal y normando se encontraron cerca de Civitate, una pequeña ciudad que dominaba el río Fortore. Conscientes de su inferioridad numérica, los normandos intentaron parlamentar. Ofrecieron mantener sus tierras supeditados al papa, al igual que los beneventanos, pero los esfuerzos por aplacar a León fracasaron y los normandos, con escaso margen de maniobra, optaron por luchar. La estrategia era de alto riesgo, pero razonable. Los normandos tenían pocas provisiones y el tiempo favorecía a León. Cuanto más esperaran, mayores serían las posibilidades de que las fuerzas papales y bizantinas se unieran. La batalla, en cambio, era más impredecible y una fuerza armada decidida podía imponerse a un ejército que fuera superior en número.

Y eso fue lo que ocurrió en Civitate. El ejército normando formó con Hunifredo y los normandos de Apulia en el flanco izquierdo y Ricardo (primo de Ranulfo de Aversa) y sus caballeros en el derecho. El primero encontró una férrea resistencia en la infantería suaba de León, pero Ricardo logró poner en fuga a los lombardos y luego dio la vuelta para atacar a los alemanes desde la retaguardia.[6]El resultado fue la aniquilación, una victoria tan absoluta como la de Hastings, y sus consecuencias no fueron menos trascendentales. El papa León cayó en manos de los normandos. Y aunque no aprovecharon de inmediato su ventaja, los esfuerzos por revivir la alianza se vieron obstaculizados por las divisiones internas en el seno del bando bizantino y por la muerte de León poco después.

Tras la victoria, los avances normandos fueron rápidos, sobre todo en Calabria.[7]El centro del poder bizantino en Italia se encontraba en la costa opuesta, en Apulia, en las regiones más próximas al corazón imperial de Grecia. Allí, la resistencia siguió siendo feroz. En cambio, Calabria, la puerta de acceso a Sicilia, quedó en una posición vulnerable. En 1056, Roberto controlaba de forma segura toda la provincia situada al norte del Crati; también recibía tributo de centros importantes ubicados más al sur, incluidos Bisignano, Martirano y Cosenza. Hunifredo murió al año siguiente y Roberto pudo hacer

realidad su propósito de ejercer el liderazgo general de los normandos de Apulia.

Con nuevos recursos a su disposición, Roberto logró conquistar rápidamente el resto de Calabria. A principios del verano de 1057, encabezó una audaz incursión en Squillace. Después, prosiguió por la costa este hasta Reggio, la capital bizantina de la región. Una revuelta liderada por Pedro, el hijo de Amico, hizo regresar a Roberto a Apulia durante el resto del verano, pero, en el otoño de 1057, volvió a Calabria, donde lanzó un ataque fallido contra Reggio.

En ese momento, las divisiones comenzaron a obstaculizar una vez más el avance normando. Roberto se había unido recientemente a su hermano menor Roger, quien lo sustituyó en Calabria. Sin embargo, en una repetición de las propias experiencias de Roberto, Roger estaba decepcionado por la falta de recompensas. Malaterra es nuestra única fuente sobre estas quejas y escribe desde la perspectiva de la corte siciliana posterior de Roger. No es de extrañar que acuse a Guiscardo de ser celoso y tacaño. Pero al igual que Drogo antes que él, Roberto tenía pocos recursos. Se habían hecho grandes avances en Calabria, pero la situación seguía siendo extremadamente precaria. También tenía que equilibrar los intereses en Apulia, donde los bizantinos seguían resistiendo y donde Pedro, hijo de Amico, había desafiado recientemente su autoridad.

Estas divisiones, junto con una grave hambruna en Calabria, sirvieron para paralizar el avance normando. A finales de 1058, se encontró una solución. Roberto le prometió a Roger la mitad de Calabria, pero la que todavía estaba bajo control bizantino, lo que impidió que disminuyeran los recursos propios del conde al tiempo que brindaba a Roger la posibilidad de participar activamente en futuras conquistas. Roberto también se casó con la princesa lombarda Sichelgaita, la hija del príncipe Guaimario IV, que había sido el responsable de establecer el primer puesto avanzado normando en Aversa. Salerno había capeado la tormenta de principios del siglo XI mejor que la mayoría de sus vecinos gracias en parte al firme liderazgo de Guaimario. Sin embargo, tras la muerte de este y la batalla de Civitate, el principado había entrado en una fase de rápida decadencia. Como en Capua y Benevento, las causas últimas fueron internas, pero tampoco fue de ayuda el ascenso de los normandos.

Una alianza matrimonial tenía mucho que ofrecer a ambas partes.

En el caso de los salernitanos, les proporcionaba apoyo y seguridad frente a los nuevos señores del sur. En el de Roberto, servía para legitimar los logros recientes e integrarlos en la escena aristocrática local (como el matrimonio de Canuto con Emma para los daneses en Inglaterra). La importancia de este enlace queda evidenciada por el hecho de que, para lograrlo, Roberto estuviera dispuesto a dejar de lado a su primera esposa, Alberada, que seguía viva y se encontraba bien, y había dado a Roberto un heredero, Bohemundo de Taranto. También era la tía de uno de los más estrechos aliados de Roberto, Gerardo. Evidentemente, merecía la pena arriesgarse mucho para conseguir la mano de Sichelgaita.[8]

Una vez resueltos los asuntos internos, Roberto y Roger pudieron hacer rápidos progresos en Calabria.[9]A principios de 1059 Roger resistió un ataque bizantino y a principios de 1060 cayó Reggio en una ofensiva conjunta de los dos hermanos. La resistencia bizantina se desmoronó y la última guarnición que quedaba, en Squillace, huyó al acercarse Roger. Hubo avances similares en otros lugares. En particular, Ricardo de Aversa tomó Capua y aseguró el control del principado lombardo de este nombre.

Estos triunfos explican otro acontecimiento importante ocurrido en esos años: el acercamiento al papa.[10]Aunque León IX y sus sucesores habían tratado de resucitar la alianza contra los normandos de 1053, sus esfuerzos habían fracasado ante la debilidad de los bizantinos y la falta de interés de los alemanes. En 1058 se cernía la amenaza de un cisma papal ya que el bando reformista de Roma respaldaba a Nicolás II al tiempo que la aristocracia urbana intentaba entronizar a Benedicto X.[11]Si el papa quería conservar alguna influencia en el sur, tendría que colaborar con los nuevos señores de la región. Además, si quería conseguir aliados (y Nicolás II quería), no había muchos otros lugares a los que recurrir.

El momento decisivo llegó en 1059. En primavera, el archidiácono papal Hildebrando (el segundo en la jerarquía pontificia) viajó a la recién conquistada Capua, donde se aseguró el apoyo de Ricardo, quien envió al norte a trescientos caballeros para que ayudaran a Nicolás II a restablecerse en Roma. A cambio, Hildebrando reconoció a Ricardo como el legítimo príncipe de Capua y aceptó su juramento de fidelidad en nombre del papa. Esta nueva relación reportó beneficios significativos a ambas partes.[12]Nicolás conseguía la

ayuda militar que tan desesperadamente necesitaba y Ricardo era oficialmente reconocido por el papa como príncipe de Capua. La alianza fue tan satisfactoria, que Nicolás no tardó en ponerse en contacto con Roberto. En agosto de 1059, el papa viajó en persona al sur y celebró un importante concilio en Melfi. Allí Roberto juró lealtad a Nicolás antes de ser investido formalmente, «por la gracia de Dios y de San Pedro, duque de Apulia y Calabria y, en el futuro, con la ayuda de ambos, de Sicilia».[13]

Como indica este augusto título, el pacto no consistió únicamente en reconocer los logros de Roberto; Nicolás también otorgaba la aprobación papal para futuras conquistas. Sicilia seguía siendo un territorio musulmán y es evidente que Nicolás esperaba que Roberto y Roger ayudaran a recuperarla para la cristiandad occidental. Apenas había tomado Roberto Calabria, cuando ya se hacían planes para Sicilia. Este no era el único elemento especulativo del título, ya que aunque Nicolás había investido a Roberto «duque de Apulia y Calabria», algunas partes significativas de la primera seguían en manos de los bizantinos y los recientes avances en la segunda aún no se habían consolidado. Al igual que en el acuerdo original de 1042, los juramentos de Melfi otorgaban a Roberto derechos que tendría que hacer valer, a menudo a punta de lanza.

No obstante, este pacto fue un hito en la conquista normanda de Italia. Reconocía que Roberto y sus hombres estaban allí para quedarse y les confería plena autoridad al sur de Capua y Aversa. También nos dice mucho sobre las aspiraciones de Roberto, que ya estaba pensando mucho más allá de Calabria, donde los últimos puestos avanzados bizantinos de Reggio y Squillace caerían al año siguiente. Obviamente, tenía razones prácticas para querer extender su autoridad más al sur, hasta Sicilia, entre ellas la necesidad de conseguir tierras con las que recompensar a su hermano menor Roger, pero cabe sospechar que, tras este interés, subyacía un motivo más profundo. Apulia, Calabria y Sicilia comprendían las regiones tradicionales de la autoridad bizantina en Italia y parece que Roberto estaba cada vez más decidido a recrear el imperio romano de Oriente a su propia imagen.

Tras los espectaculares éxitos de finales de los años cincuenta, en los sesenta el progreso de los normandos volvió a ralentizarse. Los parámetros de actividad los establecieron en buena medida los

juramentos de Melfi. Y cuando Reggio cayó a principios de 1060, Roberto y Roger comenzaron a hacer planes para tomar Sicilia, como cabía esperar. El emirato kalbí, establecido en la isla más de un siglo antes, se estaba disolviendo desde hacía algún tiempo. Del caos resultante habían surgido dos facciones principales: la de Ibn al-Hawas y la de Ibn al-Thumna. El primero había comenzado recientemente a tomar la delantera y, a principios de 1061, Ibn al-Thumna (cuya base se encontraba en el este, más cerca del continente) pidió ayuda a Roberto y Roger. Los hermanos Altavilla estuvieron felices de hacerlo. En mayo comenzó una invasión total y pronto cayó Mesina, la ciudad más importante situada al noreste de la isla. Sin embargo, a partir de entonces los progresos se estancaron.

Los problemas de Roberto eran muy similares a los que había tenido en los años anteriores. Tenía dos frentes en los que luchar, Sicilia y Apulia, pero solo disponía de recursos para dedicarlos a uno de ellos a la vez. Además, el bando normando seguía estando profundamente dividido. El problema no era tanto la relación entre Roberto y Roger, aunque todavía era tensa en ocasiones, como la relación entre los Altavilla y los demás normandos de Apulia. Roberto fue el cuarto hermano sucesivo en asumir la responsabilidad de líder, pero el ascenso de la familia seguía siendo un acontecimiento reciente que todavía causaba resentimiento entre algunos. Estos dos problemas convergieron cuando estalló la revuelta en Apulia en 1067. Fue financiada por los bizantinos, que estaban dispuestos a sembrar la discordia entre sus enemigos, y participaron los propios sobrinos de Roberto. La amenaza era considerable y dedicaron gran parte de finales de 1067 y principios de 1068 a sofocarla. La rebelión estallaría de nuevo en 1072, socavando aún más los intentos de Roberto por consolidar el control del continente y apoyar las operaciones en Sicilia.

Sin embargo, entre levantamiento y levantamiento seguía siendo posible actuar. Y aunque la conquista del sur duró más de lo que cabía predecir en 1059, las revueltas y la resistencia retrasaron en gran medida lo inevitable. Un momento importante fue el largo y duro asedio de Bari, que comenzó en el otoño de 1068. Bari, una ciudad populosa y fuertemente fortificada, situada en la costa oriental de Apulia, era el centro de las operaciones bizantinas en la región. Los normandos habían tenido reiteradas dificultades para tomar ciudades

bien defendidas en el pasado, por lo que Bari suponía una prueba de fuego. Esta no era la única dificultad. Al tener puerto, se la podía abastecer por mar. Y una vez que quedó claro que la fuerza por sí sola no iba a bastar para tomar la ciudad, Roberto tuvo que plantearse un bloqueo. Los normandos tenían aún menos experiencia en el mar que en el arte del asedio. Aun así, Roberto reclutó barcos en Calabria y comenzó un largo bloqueo.

Los bizantinos se enfrentaban a una situación desesperada. La presión turca iba en aumento en la frontera oriental del imperio, donde las incursiones ahora penetraban profundamente en Asia Menor. Y los esfuerzos defensivos se vieron obstaculizados por una gran revuelta, encabezada por el mercenario normando Roberto (Roger) Crispin y sus seguidores. Es muy probable que Guiscardo estuviera al tanto de estos problemas debido a esta conexión normanda (Crispin había estado a las órdenes de Roger en Sicilia antes de prestar servicio a los bizantinos). Como consecuencia de ello, aún podían destinar menos recursos (y aún menos hombres) a Apulia. Los hombres de Bari tendrían que arreglárselas solos.

Y lo hicieron. A pesar de las dificultades, resistieron durante más de dos años y medio. Los mensajeros bizantinos pudieron escapar al principio y, en 1069, un intento de levantar el bloqueo tuvo un éxito parcial y permitió que llegaran suministros indispensables a los defensores. A principios de 1071, momento en el que la ciudad estaba de rodillas, hubo un segundo intento encabezado por Joscelino de Molfetta, uno de los rebeldes normandos de 1067, que había huido al este, a Constantinopla, como exiliado político. Sin embargo, al final sería el astuto conde el que reiría el último. Joscelino trató de sortear el bloqueo al amparo de la noche, pero fue interceptado por Roger, que había llevado recientemente refuerzos navales desde Sicilia. El resultado fue una derrota y el propio Joscelino fue capturado. Al evaporarse toda posibilidad de recibir suministros y ayuda, la ciudad no tardó en rendirse. Esta victoria no solo fue relevante para el destino de Bari. Derrotar a una potencia marítima en su propio terreno (o, más bien, mar) fue un logro importante e infundió a los normandos una nueva confianza en las capacidades marítimas. Como señala Guillermo de Apulia, «el pueblo normando no había conocido la guerra naval hasta ese momento».[14]

Como ocurrió con la caída de Reggio en Calabria, la de la capital

provincial de Apulia puso fin a una mayor resistencia. El otro puesto avanzado bizantino, el de Brindisi, había caído poco antes. Y, salvo los principados lombardos de Capua y Salerno (el primero bajo el control de Ricardo de Aversa en ese momento) y la pequeña ciudad-Estado de Amalfi, todo el sur era ahora de Roberto.

Roberto se apresuró a sacar partido a la situación y trasladó su armada a Sicilia. Mientras él estaba ausente, Roger había estado haciendo allí progresos lentos pero constantes. Había ganado batallas estratégicas en Cerami (1063) y Msilmeri (1068). El nordeste estaba ahora en manos normandas, al igual que la costa norte hasta Palermo. Sin embargo, Palermo, como Bari, estaba resultando un hueso duro de roer. En 1064 había fracasado un primer intento de tomar la ciudad. Y desde entonces Roger había estado sentando las bases para un esfuerzo más concentrado. Tras la reciente victoria y con una armada a su disposición, había llegado el momento de emprender un segundo asedio.

Bari se rindió en abril y, a finales del verano, Roberto y Roger estaban en condiciones de sitiar Palermo. El asedio resultante también fue prolongado, aunque bastante más rápido que el de Bari. Las fuerzas navales y terrestres combinadas de Roberto y Roger lograron imponer un bloqueo eficaz y repelieron al menos un intento de rescate perpetrado por barcos sicilianos y norteafricanos. El bloqueo no tardó en surtir efecto y, en enero de 1072, Roberto y Roger decidieron arriesgarse a atacar. Este último comandó la fuerza principal, que trató de asaltar las murallas por tierra. Sin embargo, se trataba de un señuelo para distraer a los defensores mientras Roberto se dirigía a las murallas por el lado del mar con un contingente más pequeño. La estratagema funcionó. Roger fue repelido, pero mientras los defensores estaban ocupados con sus tropas, Roberto y sus hombres lograban escalar las murallas y abrir las puertas. Los defensores se retiraron a las murallas interiores de la ciudad (las de la ciudad vieja o al-Kazar), pero al darse cuenta de que el juego había terminado, capitularon ante Roberto al día siguiente tras acordar que sus vidas fuesen perdonadas y se les permitiera continuar practicando la fe musulmana.

Poco después, Roberto entró en la ciudad vieja con mucha pompa. Sus hombres retiraron todos los signos distintivos de la fe islámica de la mezquita principal, que se transformó (de nuevo) en

una catedral cristiana, un acto simbólico de cambio de régimen. A partir de ese momento, la élite gobernante sería cristiana, por lo que también debía serlo el principal lugar de culto. Sin embargo, gran parte de la población seguía siendo musulmana y podía seguir practicando su fe. Nada podría reflejar mejor el pragmatismo de Roberto y Roger. Estaban encantados de exhibir sus credenciales cristianas cuando les convenía (y sus nuevos aliados papales celebraron sus éxitos), pero no era una guerra santa. Como en el caso de la conquista de Inglaterra por el duque Guillermo, fue una apropiación oportunista de tierras sancionada por el papa. Y si Guillermo de Apulia y (en especial) Godofredo de Malaterra exageraron posteriormente el componente religioso de estos conflictos es porque escribieron después de que hubiera comenzado la primera cruzada.[15]En ese momento la guerra santa causaba furor, por lo que era natural reformular las conquistas de Roberto y Roger en esos términos.

Tras la toma de Palermo, era cuestión de tiempo que los normandos se hicieran con el resto de la isla. Sin embargo, como había ocurrido en Apulia, el proceso se alargó.[16]Los desafíos eran similares. La superioridad numérica de los normandos seguía siendo mínima y la atención de Roberto volvió a centrarse en el continente, donde se encontraban sus propios dominios. Sicilia siempre había sido el trofeo de Roger y como por entonces era evidente que la isla iba a acabar cayendo, Roberto tenía poco que ganar con una mayor intervención. Las propias iniciativas de Roger se complicaron debido a la constante agitación en el continente. En 1075, tuvo que regresar para ayudar a sofocar una rebelión tras la llamada de su primo Abelardo, quien al ser hijo de Hunifredo se sentía frustrado al verse excluido de los pasillos del poder (y de la línea de sucesión) del incipiente ducado.

Cuando Roger regresó a Sicilia en 1076, pudo lograr mayores avances. En 1077 se hizo con Trapani y, con ella, con el control del oeste de la isla. En 1078, le siguió la fortaleza de Castronovo (en el centro de la isla), que había sido una pesadilla para él en los últimos años. Estos progresos se mantuvieron al año siguiente, cuando Taormina se rindió tras un asedio que duró seis meses. Esta ciudad se encuentra en la costa oriental de Sicilia, a unos 50 kilómetros al sur de Mesina. Con ella, la conquista de la isla situada al norte del Etna

estaba completa. En Trapani y Taormina, la armada normanda desempeñó un papel esencial durante las operaciones de asedio, lo que puso de manifiesto la creciente confianza de Roger en las operaciones marítimas. Sin embargo, cada vez que parecía que todo le sonreía, los acontecimientos se volvían a conjurar en otros lugares para frenar su avance. En el año 1079 estalló una importante revuelta musulmana en el oeste de la isla, que mantuvo a Roger ocupado tras su triunfo en Taormina. En 1080, regresó al continente para ayudar a mantener el fuerte mientras Guiscardo probaba suerte en los Balcanes. En 1084, tuvo que volver para cubrir una vez más a su hermano. También comenzó a experimentar algunos de los problemas que Roberto se había encontrado. Durante su ausencia de la isla en 1084 y 1085, el propio hijo de Roger se rebeló, al parecer frustrado por las limitadas recompensas que se le ofrecían.[17]

La muerte de Roberto en 1085 obligó a Roger a volver a ausentarse para ayudar a apuntalar el régimen ducal en el continente con el hijo de Roberto, Roger Borsa. Hasta 1086 no pudo centrar toda su atención en Sicilia y reanudar las conquistas de finales de los años setenta. Su primera decisión fue atacar Siracusa en la costa sudeste, una de las ciudades más grandes que seguían en manos de los musulmanes. Como en ocasiones anteriores, la flota de Roger resultó esencial para la operación al expulsar a la armada del emir islámico. Cuatro meses más tarde, la ciudad capituló. En la primavera siguiente se produjo la caída de Agrigento, otro centro importante en la costa sur, lo que allanó el camino para la rendición de Castrogiovanni (la actual Enna), una ciudad bien fortificada situada en el centro de la isla.

La resistencia musulmana comenzaba a desmoronarse. Solo el extremo sudoriental seguía en manos de los musulmanes y corría peligro. Roger pasó gran parte de la campaña de 1088 en el continente, ayudando a Roger Borsa a sofocar una revuelta de Bohemundo, el hijo de Guiscardo con Alberada. Al año siguiente, sin embargo, logró tomar Butera, situada cerca de la costa en el extremo sudoeste de la isla. Para entonces, el resto de los enclaves musulmanes estaban sometidos a una intensa presión. Finalmente, a principios de 1091, se rindió Noto, el último puesto avanzado, situado justo en el interior de la costa oriental, a unos 30 kilómetros al sur de Siracusa.

Los Altavilla se habían apoderado del sur, ya que mientras Roger

estaba ocupado en Sicilia, Roberto se apuntaba una última conquista en el continente: Salerno. Roberto llevaba algún tiempo extendiendo su influencia por el principado y había contraído matrimonio con Sichelgaita en 1058 con vistas a este premio. Tras la victoria en Bari en 1068, al principio se mantuvo ocupado sofocando revueltas, pero una vez que estuvo en condiciones de volver a luchar en 1076, Salerno fue su primer objetivo.

Los cronistas posteriores hacen esfuerzos considerables para justificar la invasión por Roberto del principado, alegando que estaba respondiendo a los ataques anteriores del príncipe local Gisulfo II (su propio cuñado). En realidad, fue un acto descarado de agresión. La ciudad-Estado de Amalfi se había sometido a Roberto en 1073, por lo que Salerno estaba aislada. Resistió valientemente el asedio resultante, pero durante la noche del 12 al 13 de diciembre de 1076 un traidor abrió las puertas. Al despertarse, los ciudadanos se encontraron con una parte de las murallas en manos de Guiscardo y se acabaron rindiendo. Los hijos de Tancredo de Altavilla habían conquistado el sur.

Había sido un proceso lento y gradual, pero no se deben subestimar los logros de los Altavilla. Por primera vez en casi medio milenio, todo el sur de Italia se hallaba bajo un único estandarte. Sin embargo, los triunfos de los Altavilla no fueron los únicos, ya que la influencia de los normandos también se dejaba sentir en otras partes del Mediterráneo.

12

Bajo el estandarte bizantino: en Asia Menor, 1038-1077

De todos los imperios de la Edad Media europea, Bizancio fue sin duda el más esplendoroso. Descendiente directo del imperio romano, podía presumir de disfrutar de una antigüedad sin parangón entre sus rivales. Era un imperio verdaderamente eterno o eso les gustaba pensar a sus habitantes. Los gobernantes se hacían llamar «emperador de los romanos» y sus dominios eran conocidos como «Romania». Y lo que es más importante: los emperadores orientales seguían viviendo en Constantinopla (la actual Estambul), la mayor de las ciudades romanas tardías, fundada por Constantino el Grande a principios del siglo IV. Así pues, en el entorno habitado de Bizancio convergían las reclamaciones ideológicas y materiales de la antigüedad.[1]

La pompa de la corte bizantina era legendaria. La etiqueta era complicada y el consumo, ostentoso. Sin embargo, lo que más impresionaba a sus vecinos era la inmensa riqueza de los gobernantes bizantinos. En este sentido, era un Estado que todavía funcionaba conforme al modelo romano, capaz de generar grandes ingresos fiscales y redistribuirlos entre los siervos y aliados fieles. En vista de ello, Bizancio era un trofeo muy codiciado. Constantinopla sobrevivió a los sucesivos asedios de los persas sasánidas (626), los califas omeyas (654, 674-648, 717-718), los búlgaros eslavos (813) y la Rus de Kiev (860, 907, 941), y muchas veces se libró por muy poco.

El siglo anterior a la llegada de Guiscardo al sur de Italia había sido uno de los más prósperos de la historia bizantina. El imperio se expandió en todos los frentes, asegurando Asia Menor y penetrando en Oriente Medio.[2]Este optimismo fue el que inspiró el intento imperial de reconquistar Sicilia en 1038, cuando «Brazo de Hierro» y sus hermanos lucharon como mercenarios para el general bizantino Jorge

Maniaces y fueron aclamados por primera vez. Sin embargo, a medida que nos acercamos a mediados de siglo, comienzan a aparecer grietas en el régimen imperial. Algunas de ellas eran el resultado de tensiones estructurales en el seno de la política bizantina, que se caracterizó por una intensa competitividad interna por el poder y la influencia. No obstante, las mayores amenazas acechaban más allá de la frontera. La llegada de los turcos selyúcidas había desestabilizado Oriente Medio desde finales de los años treinta. En los años sesenta, los grupos turcos hicieron incursiones en Anatolia. Y en 1071, el propio emperador Romano IV Diógenes fue derrotado y capturado en Manzikert.[3]El imperio se estaba sumiendo en un período de profunda decadencia; la única duda era si sería terminal.

Esta era la situación cuando los normandos estuvieron a punto de hacer caer a Bizancio. Aunque llegaron al sur de Italia como enemigos de los bizantinos, acabaron luchando casi desde un principio tanto a favor como en contra de ellos. Los generales bizantinos locales, impresionados con lo que habían visto de los recién llegados, los reclutaron para sus filas. El primer caso documentado es durante el intento de reconquistar Sicilia en 1038. Sucedió en un momento en que el emirato de los kalbíes había comenzado a dividirse. Jorge Maniaces era un general experimentado que disponía de recursos abundantes, entre ellos un gran grupo de mercenarios formado por entre 300 y 500 normandos bajo la supervisión del general lombardo Arduino; varegos (mercenarios vikingos), bajo el mando del temible Harald Hardrada; y efectivos lombardos del norte.

Entre los normandos figuraban Guillermo «Brazo de Hierro» y Drogo (y quizá también Hunifredo), jóvenes ambiciosos con un futuro brillante ante sí. No cabe duda de que Amatus de Montecassino y Godofredo de Malaterra, deseosos de ver en ellos signos de su grandeza posterior, exageran sus hazañas, pero es cierto que la invasión fue un éxito, como sabemos por fuentes bizantinas, y podemos estar seguros de que los normandos pusieron mucho de su parte.[4]Maniaces se alzó con victorias decisivas en Rometta (1038) y Troina (1040). Su ejército logró conquistar la estratégica ciudad de Siracusa y parecía que iba a tomar el resto de la isla. Sin embargo, la campaña de Maniaces es toda una lección sobre el peligro que entraña depender de mercenarios. Después de la segunda de estas batallas, los normandos estaban descontentos con su parte del botín y cuando

Arduino le planteó el asunto a Maniaces, el general ordenó que fuera golpeado en el campamento, humillándolo para que todos lo vieran (no fue el único acto de sadismo vengativo de Maniaces). Los normandos se ofendieron, levantaron el campamento y partieron hacia el continente, donde comenzaron a promover la revuelta con Arduino.

Era difícil de prever que este fuera a ser el principio del fin de la Italia bizantina. Los mercenarios normandos de Maniaces no eran más de quinientos y hay razones para sospechar que no todos ellos desertaron. Aunque Juan Escilitzes, la principal fuente bizantina sobre la expedición, dice que todo el grupo se fue, más tarde habla del servicio continuado de al menos uno de los cabecillas normandos, Hervé. Además, también se ha documentado la existencia de una unidad mercenaria normanda conocida como los Maniakatoi, por Maniaces, que prestó servicio al imperio hasta bien entrados los años setenta del siglo XI.[5]Esto indica claramente que algunos (quizá la mayoría) de los normandos siguieron siendo leales. Y Maniaces, por su parte, no parecía estar excesivamente apenado por la deserción. De hecho, no fue esto lo que detuvo su campaña, sino más bien las intrigas en la capital imperial, donde habían comenzado a circular rumores de que era desleal. Pronto llegaron órdenes de que fuera trasladado a Constantinopla encadenado. En ausencia de Maniaces, el avance imperial fracasó.

Aunque la expedición siciliana no había tenido un éxito rotundo, los normandos habían demostrado su valía. Al parecer, los Maniakatoi fueron transferidos a Constantinopla, quizá en relación con el nombramiento para un alto cargo de Argiro, un general lombardo, en 1046. Es seguro que los mercenarios normandos participaron en la represión de la revuelta de León Tornikio (un general bizantino) al año siguiente.[6]A partir de entonces, son una presencia regular en los ejércitos bizantinos.

Los normandos, a los que siempre se llama francos en las fuentes bizantinas, no tardaron en labrarse una reputación por su valentía y ferocidad. El historiador de la corte Miguel Psellos cuenta que eran impetuosos y aplastantes en el ataque, una opinión que comparte Ana Comneno, la princesa bizantina cuya historia de la vida y la época de su padre nos ofrece la crónica más detallada (aunque tendenciosa) de finales del siglo XI.[7]Como sugieren estos comentarios, los normandos eran muy apreciados como caballería pesada y la fuerza de su carga

era lo que más impresionaba a los observadores. Ana señala con reticente admiración que eran invencibles en la carga, aunque presa fácil a pie. Psellos observa de manera similar que aunque la ferocidad de su carga era única, si se lograba soportar, su resistencia no tardaba en ceder. Evidentemente, en los últimos años del siglo XI los normandos eran una parte tan integral de los ejércitos bizantinos como para merecer estos estereotipos.

Estas anécdotas ayudan a explicar el estacionamiento de las fuerzas normandas. La mayoría tenía su base en el centro y el este de Anatolia, regiones sometidas a una creciente presión de los turcos. Estos últimos también luchaban a caballo, aunque como parte de fuerzas más ligeras y ágiles; los normandos eran el contrapunto natural. La señal más clara de la creciente reputación de los normandos son los intentos bizantinos de reclutar más. Guillermo de Apulia cuenta que, en 1051, Argiro, el general lombardo al mando de las tropas normandas en Constantinopla cuatro años antes, viajó a Italia para reclutar. Allí ofreció grandes riquezas a cambio de luchar «contra los persas» (es decir, los turcos). Guillermo ve en este viaje una estratagema para debilitar a las fuerzas normandas en Apulia, pero, en vista del empeoramiento de la situación militar en Anatolia (y la amenaza de los pechenegos en el norte), la necesidad de los bizantinos era genuina. De hecho, Guillermo de Poitiers afirma que los bizantinos incluso trataron de lograr el apoyo del Conquistador en aquellos años.[8]

A pesar de su popularidad, los reclutas normandos no demostraron ser más fiables en Asia Menor que en Sicilia. La lealtad principal de un mercenario es hacia su pagador y aunque los normandos eran un útil contrapeso a las fuerzas regulares imperiales, añadían cierta inestabilidad adicional a la mezcla. Podemos apreciarlo en la carrera de Hervé, uno de los primeros caudillos normandos. Hervé había formado parte del contingente original reclutado en 1038 para el ataque contra Sicilia. Sin embargo, no se había unido a los Altavilla en la rebelión de los años cuarenta y, posteriormente, consiguió un puesto de confianza en el régimen imperial y sirvió a sucesivos gobernantes. En 1049-1050, comandó el flanco izquierdo de la «falange romana» (al parecer, formada por caballería normanda) en una batalla contra los pechenegos, un pueblo estepario que habitaba en las costas septentrional y occidental del mar Negro. La batalla tuvo

un desenlace desastroso para los bizantinos y Escilitzes, nuestra fuente principal sobre la trayectoria de Hervé, culpa a este de haber instigado la huida, una acusación que probablemente se basa en el conocimiento de la deslealtad posterior de Hervé. De momento, mantuvo su empleo imperial y parece que su carrera no se vio afectada por la derrota.[9]

Sin embargo, Hervé fue uno de los hombres desairados en 1057 en la ceremonia de premios de Pascua del emperador. Había solicitado el ascenso a *magistros*, un título elevado (pero en buena medida honorario). Cuando fue rechazado, Hervé se levantó en armas contra el emperador bizantino. Esta rebelión se produjo al mismo tiempo que la de otros dos generales bizantinos, Isaac Comneno y Cecaumeno Catacalon (con quejas similares), pero no parece que Hervé considerara la posibilidad de cooperar y en su lugar eligió hacer causa común con el caudillo turco Samouch. El plan consistía en realizar incursiones en territorio imperial desde el este de Anatolia, pero pronto surgieron desavenencias entre Hervé y Samouch, y pese a derrotar a Samouch en la batalla, Hervé acabó siendo encarcelado por el emir turco de Chliat (la actual Ahlat).

Aunque Escilitzes se detiene aquí, este no sería el final del camino para el mercenario normando. Poseemos dos sellos con el nombre de Hervé, que arrojan más luz sobre su carrera posterior. El más conocido contiene el nombre en su forma griega, Erbebios Frangopoulos («Hervé hijo de un franco»); también le atribuye los títulos honoríficos de *magistros*, *vestēs* y *stratēlatēs* (los dos últimos son similares al de *magistros*). Puesto que en el sello se llama a Hervé *magistros*, difícilmente puede ser anterior a 1057, cuando no se le fue concedido el ascenso a este cargo. Parece deducirse que Hervé había regresado para prestar servicio en Bizancio en algún momento posterior y había obtenido esos honores que previamente le habían negado. Esto lo confirma el otro sello con el nombre de Hervé, que le concede el título aún más elevado de *proedros*; también afirma que se le encomendó supervisar (con toda probabilidad temporalmente) todas las fuerzas bizantinas en el este. Habría sido un ascenso astronómico, pero la desastrosa batalla de Manzikert en 1071 podría ser la razón del mismo. Como consecuencia de la derrota, el emperador Romano IV fue encarcelado y el ejército oriental quedó desorganizado, y Hervé habría estado en una posición inmejorable para hacerse cargo.[10]

Otros dos jefes normandos ocupan un lugar destacado en la política bizantina de los años sesenta y setenta: Roberto Crispin y otro mercenario, Roussel de Bailleul. A diferencia de Hervé, Amatus menciona a ambos hombres y los incluye en una digresión sobre las actividades normandas en el este.[11]Miguel Ataliates, que escribió a finales de los años setenta del siglo XI, cuenta que «cierto hombre latino de Italia» llamado Crispin había ingresado en el servicio imperial poco antes de la expedición de Romano al este en 1069. Como la mayoría de los reclutas normandos, Roberto fue enviado al frente oriental, donde la amenaza turca era mayor, pero nada más llegar ya empezó a causar problemas. Creía que el emperador no le había recompensado como merecía y comenzó a acosar a los recaudadores de impuestos locales. Cuando Romano se enteró, ordenó un ataque contra el mercenario advenedizo. El primer intento perpetrado por las fuerzas locales fracasó, por lo que Romano envió cinco *tagmata* occidentales (el *tagma* era el tipo de unidad profesional que formaba el núcleo del ejército imperial) para que se ocuparan de Roberto. Intentaron lanzar un ataque sorpresa un domingo, sabiendo que el piadoso Roberto y sus hombres estarían descansando, pero metieron la pata (según Ataliates, se tropezaron con las tiendas normandas) y se vieron obligados a retroceder. En cuanto los normandos pudieron montar sus caballos y reagruparse, los *tagmata* imperiales fueron derrotados. Ya no se trataba de una revuelta fiscal local, sino de una amenaza directa a la autoridad imperial. Como respuesta, Romano marchó a Dorilea (Şarhöyük), donde estaba empezando a congregarse el grueso del ejército bizantino. Presintiendo el peligro, Roberto decidió rendirse a cambio de una amnistía. Sin embargo, al poco tiempo de hacerlo fue acusado de nuevos cargos de conspiración. Al enterarse, la mayor parte de las tropas de Roberto, que se habían quedado atrás durante el caso, se desbandaron.[12]

La revuelta de Roberto guarda muchas similitudes con la de Hervé. Los temas centrales eran de nuevo el honor y la remuneración. Y la esperanza de Roberto era, sin duda, llegar a un acuerdo con el emperador, como había sido el caso con Hervé. En realidad, aunque la reconciliación resultó imposible con Romano, Roberto no tardaría en ser restituido. En 1071, regresó del exilio para unirse a otra rebelión encabezada por generales bizantinos y, a partir de entonces, se ganó

un lugar de honor en el régimen del usurpador Miguel VII Ducas.[13]No obstante, la rebelión inicial de Roberto contra Romano representa una escalada significativa en los problemas causados por los normandos. El ejército de Hervé solo contaba con unos pocos centenares de hombres y su revuelta se extinguió sin una intervención imperial directa. En cambio, la de Roberto arrebató a Romano el control de un territorio, subvirtiendo los impuestos imperiales. También derrotó a una expedición de castigo que probablemente comprendía miles de hombres.[14]Al final, había tenido que intervenir el propio emperador para meterlo en cintura.

La revuelta de Crispin había mostrado las perspectivas que aguardaban a un comandante normando suficientemente osado y Roussel de Bailleul las aprovecharía plenamente unos pocos años más tarde. Amatus menciona a Roussel en el mismo contexto que Roberto y es evidente que sus coetáneos lo veían como el sucesor de Crispin. Al parecer, la implicación normanda en Asia Menor estaba empezando a suscitar comentarios en Italia. Si hemos de confiar en Amatus, Roussel había servido primero al emperador en «Eslavonia», lo que probablemente significa que participó en el aplastamiento de la revuelta búlgara de 1071; también puede que le fuera encomendado proteger a la región de los pechenegos.[15]Tras la muerte de Roberto (*c*. 1073), parece que Roussel heredó el mando de los hombres de este (sin duda reforzados por los del propio Roussel) en el nordeste de Asia Menor.

Era un momento extremadamente difícil para el imperio. La derrota en Manzikert no solo había allanado el camino para que los turcos realizaran incursiones en Anatolia, sino que también supuso un enorme golpe ideológico. Durante casi un siglo, el imperio había ido por delante, asegurando y ampliando sus fronteras en los Balcanes y Oriente Medio. Esta última derrota generó una crisis de confianza y cuando el sultán turco Alp Arslan capturó a Romano, surgió una vacante *de facto* al trono imperial. Esta clase de problemas resultarían muy difíciles de resolver y en los años siguientes se sucederían las revueltas y las rebeliones internas. La primera (y más exitosa) aupó a Miguel VII Ducas al trono (con la ayuda de Crispin), aunque tuvo que enfrentarse de inmediato a nuevos problemas en los Balcanes, donde se estaba tratando de resucitar el antiguo estado búlgaro.

Miguel no estuvo en condiciones de ocuparse de sus fronteras

orientales hasta 1073. El objetivo en ese momento era recuperar las pérdidas recientes Para ello, Isaac Comneno asumió junto con su hermano menor Alejo el mando de una gran fuerza expedicionaria, de la que formaba parte el destacamento normando encabezado por Roussel, que al parecer contaba con unos 400 caballeros bien armados.[16]Al igual que cuatro años antes, no tardaron en surgir tensiones entre los mercenarios y el ejército imperial principal. En esta ocasión, la causa fue el trato de uno de los hombres de Roussel, que fue acusado por Isaac de maltratar a un lugareño. Según Nicéforo Brienio (nuestra fuente principal, que probablemente se basa en una crónica histórica perdida sobre, o de, el hermano de Miguel VII),[17]Roussel llevaba algún tiempo intentando rebelarse, por lo que esto podría haber sido un pretexto. En cualquier caso, los normandos atacaron por su cuenta y derrotaron a un pequeño contingente turco en Melitene (Malatya) o tal vez en Sebasteia (Sivas). Mientras tanto, Isaac y el ejército principal fueron derrotados por los turcos en Cesarea (Kayseri), en la meseta de Anatolia central.

La derrota de Isaac brindó a Roussel una oportunidad de oro. Con el imperio sumido en el caos, el centro de Asia Menor estaba listo para la cosecha. Y como los hermanos Altavilla antes que él, Roussel se apresuró a aprovecharla. Comenzó a postularse de inmediato como una alternativa al dominio imperial, ofreciendo al sufrido pueblo de Anatolia protección a cambio de un pago. Puede que fuera algo mejor que un latrocinio, pero no era tan diferente del régimen imperial; consistía en redirigir los impuestos de Constantinopla a Roussel. Desde un punto de vista local, este sistema tenía la ventaja de que Roussel estaba disponible y listo, y puede que también exigiera menos impuestos. La oferta encontró muchos interesados y comenzó a surgir un Estado normando en los confines orientales del imperio.

Sabemos poco sobre la naturaleza de la entidad política de Roussel, pero Constantinopla se tomó en serio la amenaza; a principios de 1074, se reunieron las últimas fuerzas imperiales que quedaban en Asia Menor para poner fin a la revuelta. A ellas se unieron mercenarios varegos y «francos» (es decir, normandos), todos ellos bajo el mando general de Juan Ducas, el hermano del emperador (la fuente es Brienio). Es probable que el ejército completo solo contara con unos pocos miles de hombres, una señal de las dificultades por las que atravesaba el imperio. Marcharon a través de Dorilea, al sudeste

de Constantinopla, hasta el puente de Zombou, un paso estratégico sobre el río Sangarios (Sakarya), que separa el noroeste de Anatolia del resto de la península. Alertados del avance de Juan, Roussel y sus hombres aseguraron rápidamente la orilla opuesta para tratar de evitar que siguieran adentrándose en sus territorios recién anexionados. Los bandos comenzaron a trazar líneas para la batalla. En este punto, los normandos de Juan, que formaban el flanco izquierdo del ejército, decidieron que sus intereses saldrían ganando si se unían a sus compatriotas. Y como ocurría tantas veces, un acto de insubordinación llevó a otro. Nicéforo Botoniates, el comandante de la retaguardia de Juan, también decidió retirarse en cuanto la batalla comenzó a ir mal para las fuerzas imperiales. El resultado fue una derrota completa y humillante. Juan y su hijo Andrónico fueron capturados y este último resultó gravemente herido.

La derrota de Juan supuso el fin definitivo de la autoridad bizantina al este del río Sangarios. La pérdida de Asia Menor, que había comenzado en Manzikert tres años antes, era prácticamente total. Roussel, en cambio, se hallaba en la cúspide de su poder. Sin un ejército activo entre él y la capital, se dirigió a Constantinopla. Acampó en Crisópolis (Üsküdar), en el lado anatolio del Bósforo, justo enfrente de la metrópoli. Allí, como demostración de fuerza, arrasó la población a plena vista desde las murallas de la ciudad. Roussel había ganado para su causa a casi todos los mercenarios normandos, una fuerza total que ahora incluía quizá entre 2.000 y 3.000 hombres fuertemente armados, lo que bastaba para impresionar, y mucho más grande que los ejércitos imperiales disponibles. Sin embargo, no era lo suficientemente fuerte como para tomar por asalto la capital. Roussel lo sabía y, al parecer, decidió esperar a que las divisiones internas hicieran caer a Miguel VII, pero calculó mal.

Incapaz de tomar la ciudad, se vio obligado a improvisar. Proclamó emperador al cautivo Juan Ducas en un intento de crear un gobierno imperial títere. Que Roussel estaba decidido a reemplazar a Miguel lo demuestra su tajante respuesta cuando el emperador le ofreció generosos regalos y el título de curopalate (*kouropalates*: literalmente, «a cargo del palacio») si él y sus hombres se rendían. Pero Roussel había tentado demasiado a la suerte. La posibilidad de instaurar un régimen encabezado por normandos en el corazón de Asia Menor podría haber sido viable, pero, al enfrentarse directamente

al Estado bizantino, Roussel hizo que fuera imposible encontrar un término medio. Al comprender que los normandos eran ahora la mayor amenaza para el imperio, Miguel recurrió a sus antiguos adversarios, los turcos. Reclutó a un prominente general turco, que fue capaz de derrotar rápidamente a las fuerzas normandas. Los turcos capturaron a Roussel y a Juan, pero se mostraron dispuestos a entregar al primero a su esposa y sus hombres a cambio de un rescate. Roussel, pese al castigo sufrido por sus tropas, muy mermadas, seguía siendo una potente fuerza.

Miguel pidió ayuda a su cuñado, Jorge II de Georgia, que puso seis mil hombres a disposición de Nicéforo Paleólogo, el general elegido por el emperador. Nicéforo partió con ellos hacia el oeste (desde Georgia), hasta Pontos, en la costa septentrional de Turquía. Sin embargo, no tardó en quedarse sin fondos y sus tropas comenzaron a desertar. Roussel pudo enviar entonces a lo que quedaba de sus fuerzas. El emperador, desesperado y sin hombres, confió la tarea de acabar con Roussel al joven y prometedor Alejo Comneno, que había estado al mando de la fuerza expedicionaria de 1073 junto con su hermano Isaac. En vista de la carrera posterior de Alejo (acabaría siendo emperador), no sorprende que los escritores posteriores ensalcen su captura de Roussel. Lo describen librando contra viento y marea una valerosa guerra de guerrillas con un ejército mínimo.

La realidad fue más prosaica. Alejo dejó que el oro hiciera el trabajo del acero y ofreció una recompensa por la cabeza de Roussel a los turcos de Asia Menor. Poco después Tutak, que había sido un aliado del incipiente Estado normando hasta la fecha, traicionó a Roussel y lo arrestó en un banquete. Después se lo entregó a Alejo en Amasia (Amasya), en el norte de Anatolia. Brienio cuenta que a la población local le disgustaba tanto la posibilidad de volver a estar bajo control bizantino, que Alejo tuvo que fingir que dejaba ciego a Roussel, lo que le incapacitaba para gobernar, para poder salir de allí con vida. La historia tiene un aire de leyenda (Brienio se casó con la hija de Alejo, Ana Comneno), pero contiene un ápice de verdad. Roussel había demostrado ser un protector en el que se podía confiar y muchos no estaban contentos con la perspectiva de volver a ser gobernados desde Constantinopla.

Pese a que la construcción del Estado normando no tuvo éxito en

Anatolia, su legado fue considerable. La pérdida de la región ya se había visto venir desde Manzikert, pero quedó sellada en el puente de Zombou. Durante los dos años posteriores, gran parte de Asia Menor había estado bajo dominio normando. Y aunque las futuras generaciones de mercenarios normandos iban a ser más acomodaticias (más parecidos a Hervé que a Roussel en cuanto a carácter), los occidentales siguieron siendo un elemento perturbador dentro de las fuerzas imperiales. De hecho, el mismo Alejo que fue aclamado por meter en cintura a Roussel intentaría más tarde aprovechar el poder de los «francos» occidentales para sus propios fines.

13

Bohemundo y los Balcanes: «Una maravilla digna de contemplar», 1081-1085

Cuando la princesa e historiadora bizantina Ana Comneno se puso a escribir sobre el hijo mayor de Guiscardo, Bohemundo, lo hizo con asombro, miedo y un respeto reticente. Era «una maravilla digna de contemplar», un hombre cuyo aspecto inspiraba admiración y cuyo nombre aterrorizaba a sus enemigos. Bohemundo era más alto que sus semejantes, con los hombros y el pecho anchos, las manos grandes, y el cuello y la espalda compactos. Aunque poseía un encanto tosco, su comportamiento tenía un lado salvaje. Incluso su risa era más una amenaza que una invitación a la alegría. También era arrogante y astuto, y elegía cuidadosamente las palabras por su ambigüedad. Solo el emperador estaba a la altura de Bohemundo.[1]

En muchos aspectos, Bohemundo es el antihéroe de la obra de Ana, la antítesis de su gran padre, el emperador Alejo Comneno. Que sea tan relevante no es casualidad, ya que durante los treinta y siete años del reinado de Alejo, nadie le causó problemas tan a menudo (ni tan graves) como Bohemundo. La caída de Roussel de Bailleul significó el fin de la construcción del Estado normando en Asia Menor, pero fue solo el preludio de amenazas más serias por parte de los Altavilla. Tras la caída de Bari en 1071, se delegó la responsabilidad de Sicilia a Roger. Guiscardo pasó casi una década sofocando rebeliones y compitiendo por el poder e influencia con el papa, cuya actitud se había vuelto menos conciliadora desde la caída de Apulia. Sin embargo, Roberto no tardó en empezar a dedicar su atención a iniciativas más audaces.

El objetivo obvio era el imperio bizantino. Los bizantinos habían sido durante mucho tiempo los principales rivales de Roberto y las provincias centrales del imperio se encontraban en Grecia e Iliria, a

solo un corto trayecto en barco cruzando el Adriático. Como el emperador centraba su atención cada vez más en la amenaza turca en la frontera oriental, estas regiones se habían convertido en un objetivo fácil. Sin embargo, Roberto podía aspirar a conseguir algo más que otra provincia bizantina o dos. Si jugaba bien sus cartas, tendría la oportunidad de reemplazar directamente al emperador. Tras la batalla de Manzikert y la rebelión de Roussel, el imperio se tambaleaba y estaba a punto de desmoronarse. Todo lo que hacía falta para derribarlo era un ligero empujón (o eso parecía).

Roberto tenía otra razón, menos elevada, para querer conquistar dominios en Grecia y los Balcanes. Guiscardo se había casado dos veces, primero con su compatriota normanda Alberada y después con la princesa salernitana Sichelgaita. Este último enlace era el más elevado y es probable que estuviera previsto que sus hijos fueran los herederos principales de Roberto, pero estaba en el aire qué iba a suceder con su hijo con Alberada, Bohemundo. Con tres hijos menores con Sichelgaita a los que situar, Roberto tenía poco que ofrecer en Italia. Sin embargo, si no lograba satisfacer a Bohemundo, corría el riesgo de que este decidiera tomar cartas en el asunto. Sichelgaita era muy consciente de la amenaza. Cuando Roberto cayó gravemente enfermo a principios de 1073, se apresuró a convocar una asamblea, en la que se aseguró el apoyo para que el sucesor fuera su primogénito, Roger Borsa.[2]Las nuevas conquistas en Grecia y el Adriático permitirían resolver este espinoso problema: se podían ceder a Bohemundo, dejando los dominios italianos de Roberto intactos en manos de sus hijos menores.

Durante gran parte de los años setenta, Roberto evitó contrariar a sus vecinos bizantinos. Tras la caída de Bari, Romano IV se había acercado a Guiscardo con la esperanza de asegurar su frontera occidental en un momento en el que en el este surgían nuevas amenazas (algunas de ellas de origen normando). Aunque los esfuerzos iniciales fracasaron, en agosto de 1074 el sucesor de Romano, Miguel VII Ducas, estableció un tratado oficial con Roberto, que se sellaría con una unión dinástica, ya que una de las hijas de este se comprometió con el joven hijo de Miguel VII. El matrimonio nunca llegó a celebrarse, pero el compromiso por sí solo reportó un considerable prestigio a la incipiente dinastía de los Altavilla. El pacto también tenía otra faceta. Se concedía a Roberto el rango más alto que

la corte otorgaba a quienes no pertenecían a la familia real bizantina, el de *nobilissimus* (literalmente, «el más noble»), y también se ofrecieron rangos elevados similares a uno de los hijos de Roberto y muchos de sus seguidores. Además de prestigio, estos títulos venían acompañados de grandes estipendios anuales. Se trataba de un tributo con otro nombre, y Roberto y sus hombres se beneficiarían nada más y nada menos que de una suma superior a las 200 libras de oro al año.[3]Es fácil entender por qué no estaban dispuestos a desaprovechar aquella oportunidad.

Sin embargo, a principios de los años ochenta la situación había empezado a cambiar. Miguel VII fue desalojado por Nicéforo III, quien, a su vez, fue reemplazado por Alejo Comneno I tres años más tarde, lo que, en la práctica, supuso el fin de la alianza. También generó inestabilidad política en el Bósforo, algo que Roberto esperaba aprovechar. No tardaría mucho en responder. Nada más sofocar una rebelión en casa, comenzó a hacer planes. Sus intereses coincidían con los del papa, que estaba dispuesto a restablecer el contacto con la Iglesia oriental, y comenzaron a tramar un plan conjunto para invadir el este.

Sin embargo, el personaje clave en las campañas que seguirían sería el propio Bohemundo, que se convertiría en una leyenda en vida. Su nombre de pila era Marcos, quizá porque había nacido en San Marco Argentano, la primera base de Roberto en Calabria. Se trata de un nombre greco-italiano, no normando, y es evidente que los padres del joven Marcos vieron que su futuro estaba en el sur. No obstante, tan significativo como su nombre de pila es el apodo con el que se le conocería: Bohemundo. Originalmente, era el nombre de un gigante del que Roberto había oído hablar en un banquete. Impresionado por las similitudes entre ese personaje legendario y su formidable hijo, Roberto comenzó a llamar al joven príncipe Bohemundo.

El nombre perduró, y acertadamente, ya que Bohemundo se elevaba en casi todos los sentidos por encima de sus contemporáneos. Ana Comneno señala que sobrepasaba un codo (44 centímetros) a los hombres más altos. También estaba perfectamente proporcionado (continúa Ana) y destacaba por su tez pálida y su cabello claro (tal vez fruto de su ascendencia escandinava).[4]Desconocemos la fecha exacta de su nacimiento. Roberto se casó con Alberada en 1050 y se separó de ella en 1058, por lo que es probable que Bohemundo naciera entre

principios y mediados de los años cincuenta. Esto significa que habría alcanzado la mayoría de edad a principios de los años setenta, en la época en que la enfermedad de Roberto amenazaba con desbaratar los planes de sucesión de Sichelgaita. Fue en esos años cuando Bohemundo tuvo su primera experiencia en la batalla, tal vez en relación con la rebelión de 1079.[5]Es evidente que cuando Roberto comenzó a centrar su atención en la Iliria bizantina, tenía una fe considerable en las capacidades de su primogénito.

A principios de 1080, llegó al sur de Italia un monje griego que afirmaba ser el depuesto Miguel VII, con quien Roberto había mantenido tan buenas relaciones. Los impostores eran un fenómeno común en el mundo antiguo y medieval. En una época en la que no existían los medios de comunicación de masas ni el transporte rápido, era fácil atribuirse la pertenencia a un linaje elevado.[6]En este caso, a Roberto no le interesaba cuestionarse su veracidad. En realidad, Miguel VII se había recluido en un monasterio después de su destitución. Y lejos de buscar ser restituido, había abrazado con entusiasmo la vida religiosa y llegó a ocupar el puesto de metropolitano de Éfeso, uno de los cargos de mayor rango dentro de la Iglesia bizantina. Roberto debía estar al corriente de todo ello y cabe sospechar cierto cinismo calculado de su parte. De hecho, fuentes posteriores sugieren que el duque había incitado al falso Miguel a hacerlo y puede que hubiera algo de verdad en ello. En cualquier caso, con «Miguel» en sus filas, Roberto y Bohemundo podían alegar haber restituido a su viejo amigo y aliado, el legítimo emperador.

En marzo de 1081, Roberto puso a Bohemundo al mando de una flota con instrucciones de atacar Corfú y, a ser posible, conseguir bases en el continente. Durante los dos meses siguientes, Roberto reclutó más efectivos. Por entonces, el papa estaba empezando a tener dudas sobre la operación, pero Roberto siguió adelante con sus planes. Tras haber nombrado heredero a Roger Borsa, se dirigió a Corfú. Roberto llegó en mayo y, junto con Bohemundo, no tardó en apoderarse de la ciudad principal de la isla. Luego se trasladó al continente y estableció una base en Butroto (Butrinto), en el sur de la actual Albania. Desde allí viajó hacia el norte, hasta Valona (Vlorë). Su objetivo era Dirraquio (Durrës), el centro administrativo más importante de la región (y hasta ahora la segunda ciudad de Albania). Sin embargo, antes de cercar la ciudad, Roberto y Bohemundo

coronaron a «Miguel», afirmando su derecho al imperio de la forma ceremonial adecuada. El sitio ya estaba en marcha el 17 de junio.[7]

La principal fuente bizantina para estos acontecimientos, el panegírico que Ana Comneno escribió de su padre (la *Alexíada*), afirma que Roberto pretendía conquistar todo el imperio oriental. Su testimonio se ha de tomar con cautela. Ana escribió muchas décadas después de que ocurrieran estos hechos y lo hizo desde una perspectiva abiertamente pro-bizantina (y pro-Comneno). Alejo acababa de apoderarse del trono y a ella le interesaba exagerar la amenaza normanda para que el triunfo final de su padre resultara aún más extraordinario.[8]Sin embargo, Ana no es la única en hacer esta afirmación. Amatus también cuenta que Roberto soñaba con conquistar Constantinopla. Habría sido un movimiento audaz, pero en el contexto de principios de los años ochenta del siglo XI, distaba mucho de ser inconcebible. En la década anterior, los fracasos militares habían provocado divisiones entre facciones y todos los emperadores desde Constantino X Ducas (r. 1059-1067) habían sido violentamente destronados. Tras haber tomado el sur de Italia contra todo pronóstico, Roberto debió de hacerse ilusiones. Aunque no consiguiera apoderarse de todo el imperio, aún podía esperar adueñarse de territorios valiosos en el norte de Grecia y el Adriático.

El asedio de Dirraquio fue prolongado. La ciudad estaba bien defendida y los esfuerzos normandos se vieron obstaculizados por los reiterados intentos de levantar el sitio. Alejo se puso en contacto con sus aliados venecianos, que tenían razones de sobra para preocuparse por el surgimiento de una nueva potencia naval en el sur. Planeaban rodear a los normandos, que los venecianos atacaran por mar y que Alejo se acercara por tierra, pero la coordinación de tropas era complicada en el mejor de los casos. Y aunque el ejército veneciano podría haber tenido cierto éxito, no quedaba la menor señal de ello cuando el emperador apareció a mediados de octubre. Alejo se enfrentó a Roberto en la batalla el 18 de octubre, pero sufrió una clara derrota. Aun así, el asedio se prolongó hasta bien entrado el invierno. Al final, pudieron tomar Dirraquio gracias a una treta, y no a la fuerza, cuando un noble veneciano llamado Domenico, que estaba al mando de una de las torres, fue sobornado para que entregara la ciudad.[9]

Roberto y Bohemundo no estaban en condiciones de aprovechar

su ventaja. Dirraquio había caído en febrero, en lo más crudo del invierno, lo que dificultaba la campaña en los Balcanes. En la primavera, se desplazaron hacia el interior, al principio siguiendo una ruta a lo largo del valle del Devoli, y tomaron Kastoriá en el norte de Grecia. Se trataba de un desvío de la vía Egnatia, la ruta principal desde Dirraquio hasta Constantinopla, y puede que el objetivo fuera coger a Alejo con la guardia baja. Roberto y Bohemundo estaban haciendo buenos progresos (dadas las circunstancias) y Godofredo de Malaterra cuenta que en la capital comenzaron a temblar. Cabe sospechar algo de exageración, pero las fuentes bizantinas también hacen referencia a un creciente malestar. Grandes franjas de Grecia parecían estar a punto de caer. Pero justo cuando la campaña estaba cobrando fuerza, Roberto recibió noticias preocupantes. El gobernante alemán Enrique IV estaba a punto de marchar sobre Roma, una decisión que no solo amenazaba a los aliados papales de Roberto, sino que también hacía peligrar sus propios dominios en el sur de Italia. Aún más inquietantes eran las noticias de la reanudación de la revuelta en Apulia, tal vez alentada por agentes de Alejo.[10]

Ante esta doble amenaza, Roberto regresó a Italia. Sin embargo, no renunció a los Balcanes. Bohemundo se quedó atrás con el ejército principal e instrucciones de seguir hacia Constantinopla. Poco después de la partida de Roberto, hizo frente de forma decisiva a un contraataque encabezado por Alejo cerca de Ioánina. Tras la victoria, Bohemundo atacó al norte y al este, a lo largo de la vía Egnatia, y derrotó a Alejo por segunda vez, pero aunque puede que los normandos fueran mejores que los bizantinos en la batalla, tenían muchas dificultades para hacer mella en la maquinaria bien engrasada que era el Estado bizantino. Bohemundo consiguió tomar la estratégica ciudad de Lychnidos (Ohrid), pero la ciudadela resistió, impidiendo proseguir por la vía Egnatia. Como respuesta, Bohemundo volvió a virar hacia el sur y atacó Tesalia. Es probable que la intención fuera forzar una ruta alternativa hasta Constantinopla, aunque puede que la posibilidad de lograr nuevas conquistas en Beocia, Eubea y el Peloponeso también fuera atractiva.

Bohemundo viajó por el valle de Salvarias y tomó Tríkala antes de dirigirse a Larisa, no lejos del mar Egeo. Sin embargo, los bizantinos evitaron la batalla, dejando a Bohemundo con la perspectiva de otro largo asedio. Los suministros normandos

comenzaban a escasear y Alejo se aproximó con un nuevo ejército. Una vez más presentó batalla, pero esta vez se trataba de un señuelo. Alejo hizo salir a los hombres de Bohemundo para que un contingente más pequeño se infiltrara por detrás y saqueara su campamento. Al día siguiente, los normandos fueron derrotados, aunque no decisivamente. Atrapado en territorio enemigo y con la moral decaída (y pocos suministros), Bohemundo se vio obligado a retirarse. En su ausencia, los venecianos habían tomado Dirraquio, privándole de su principal base de operaciones en el Adriático. Los normandos regresaron a Valona. Sin embargo, no tardaron en perder Kastoriá, lo que hizo que la posición de Bohemundo fuera insostenible, por lo que volvió a retirarse, esta vez, de regreso a Apulia.[11]

Roberto había estado ocupado con la revuelta de Apulia durante gran parte de 1082 y 1083. Y aunque puede que esperara reagruparse con Bohemundo, había asuntos urgentes que reclamaban su atención en el norte, ya que a principios de 1084 Enrique IV tomó finalmente Roma. Hasta ahora Roberto no había podido atender las peticiones de ayuda del papa, pero había llegado el momento de actuar. Marchó hacia el norte y, a su llegada a finales de mayo, se encontró con una Roma abandonada. Pudo liberar al papa, que se había refugiado en el castillo de Sant'Angelo, a las afueras de la ciudad medieval, pero el precio de la victoria fue elevado. Los hombres de Guiscardo incendiaron gran parte de la ciudad y las relaciones (siempre tensas) entre el papa y la aristocracia urbana nunca se recuperaron.

Hasta octubre Roberto no estuvo en condiciones de volver a centrar su atención en el Adriático y poner en marcha una invasión tardía con Bohemundo. Sin embargo, mientras que la primera incursión de Roberto había supuesto una amenaza real para el imperio, la segunda nunca lo fue. Alejo estaba ahora bien establecido en Constantinopla y el emperador también se estaba convirtiendo en un experto a la hora de tratar con los alborotadores normandos. Roberto acudió con un gran ejército, que esta vez incluía a sus hijos más jóvenes. Al principio, Roger Borsa y su hermano Guido fueron enviados con una fuerza de reconocimiento para asegurar Valona, como había hecho Bohemundo en 1081. Roberto les siguió después con el ejército principal y se reunió con ellos entre Valona y Butrinto. La presencia de Roger es significativa. Sugiere que Guiscardo ahora se sentía más seguro en sus dominios del sur de Italia y no tenía la

necesidad de dejar a su hijo atrás; también es una señal de que todas las tierras conquistadas por Bohemundo se debían mantener bajo la égida de Roger.

Las invasiones en otoño siempre eran arriesgadas y, en este caso, el riesgo no mereció la pena. La intención era socorrer a lo que quedaba de la primera fuerza expedicionaria, que había estado resistiendo en la ciudadela de Corfú desde mayo de 1081. Sin embargo, las tormentas impidieron las operaciones durante los dos primeros meses posteriores al desembarco. Y cuando por fin mejoró el tiempo, Roberto se enfrentó casi de inmediato a la oposición de las fuerzas navales venecianas y bizantinas. Como en ocasiones anteriores, Roberto logró vencer a sus adversarios, pero el costo de la victoria fue elevado (se dice que Roger resultó herido). Roberto entonces levantó el sitio de Corfú, pero, con mal tiempo en el horizonte, no había muchas posibilidades de sacar partido a la victoria, así que amarró la flota en el Aqueronte para el invierno y se acuarteló él mismo con el ejército principal en Vonitsa, al sur. Este desplazamiento hacia el sur recuerda a la táctica de Bohemundo en 1083 y señala la estrategia de Roberto para el año siguiente, cuando abandonó la bien defendida vía Egnatia y atacó el punto más vulnerable del imperio, el griego.[12]

Cualquiera que fuera el plan, pronto se vio superado por los acontecimientos. Mantener a grandes ejércitos acampados a salvo en territorio hostil siempre es difícil. En este caso, golpeó la peste. Tan importante como la consiguiente pérdida de hombres fue el golpe psicológico que supuso. Mientras las fuerzas enemigas de los normandos se hacían cada vez más fuertes, su propio ejército se consumía. Una pérdida especial fue la de Bohemundo, que cayó tan gravemente enfermo, que tuvo que regresar a Salerno para recibir tratamiento.

Roberto, aparentemente impertérrito, presionó en el sur en el verano. El primer trofeo sería Cefalonia, que abrió el camino hasta el golfo de Corinto. Una fuerza avanzada comandada por Roger y Sichelgaita ya había asegurado la capital de la isla, pero para cuando Roberto se reunió con ellos, ya estaba gravemente enfermo (quizá de la misma peste que había golpeado a sus hombres durante los meses de invierno o de malaria, una enfermedad tradicional en el Mediterráneo durante el verano). Fuera cual fuera la causa, murió el

17 de julio, poco después de llegar a la isla.

La muerte de Roberto marcó el final de las aventuras italonormandas en Grecia e Iliria a lo largo de más de una generación. Volvía a haber un vacío de poder en Apulia y Calabria, y Roger y Sichelgaita se apresuraron a llenarlo. No obstante, el sueño de Roberto de un imperio oriental seguiría vivo en su hijo mayor. Alejo había ganado las primeras batallas, pero Bohemundo no estaba dispuesto a dejar las cosas así.

14

La primera cruzada: promesas orientales, 1096-1108

Pocos acontecimientos de la Edad Media son más conocidos que la toma de Jerusalén el 15 de julio de 1099. Un variopinto grupo de aventureros, inspirados por las prédicas del papa Urbano II, había tomado la cruz tres años antes con la promesa de rescatar la ciudad más santa de la cristiandad que estaba en manos de los musulmanes. Tras años de esfuerzos, en los que su número se había reducido a una cuarta parte, habían logrado lo impensable. Su triunfo causaría conmoción en toda Europa, el norte de África y Oriente Medio, y dejaría un legado que ha perdurado hasta nuestros días.

Es una buena historia, contada habitualmente en un tono triunfal o crítico por los historiadores modernos.[1]Sin embargo, muchas veces no se presta atención a la dimensión específicamente normanda de la primera cruzada, ya que no solo una gran parte de los cruzados provenían de Normandía y del sur de Italia, sino que la iniciativa en sí estaba inspirada en la actividad normanda anterior. Los éxitos del Conquistador y de Guiscardo habían mostrado por primera vez a la aristocracia europea occidental lo que se podía conseguir con incursiones arriesgadas en tierras extranjeras. Y muchas veces es posible establecer una relación directa entre estas primeras conquistas normandas y la primera cruzada.[2]Uno de los cruzados más notables fue Bohemundo de Tarento, cuyas hazañas ocupan un lugar destacado. Al no poder disponer de una herencia apropiada en Italia y el Adriático, Bohemundo estuvo encantado de marchar hacia el este en busca de fama y fortuna.

No obstante, la contribución normanda fue mucho más allá de Bohemundo y sus hombres. Otra figura destacada fue el conde del sur de Francia Raimundo de Saint-Gilles, que había estado casado con

Matilde de Sicilia, la prima de Bohemundo. Raimundo miraba con envidia los éxitos de los Altavilla y la cruzada le ofrecía una oportunidad de igualarlos. También destacaron participantes con conexiones con el ducado de Normandía, entre los que sobresalen Roberto Curthose, el hijo mayor del Conquistador, y Odón de Bayeux. El primo de Roberto, Roberto II de Flandes, fue otro cruzado importante. Este último disfrutaba de sus propios vínculos con los Altavilla, ya que su hermana se había casado con Roger Borsa. Otros dos cruzados prominentes, los hermanos Godofredo y Balduino, eran los hijos menores de Eustaquio de Boulogne. Y, por último, Esteban de Blois, quizá el más distinguido de todos los príncipes que se unieron a la expedición, estaba casado con la hija del Conquistador, Adela.

Así pues, las primeras hazañas normandas sirvieron de modelo para la primera cruzada, lo que no quiere decir que el movimiento fuera burdamente materialista. Para la mayoría de los participantes, el fervor religioso y el provecho material (por no mencionar la fama y el honor) eran dos caras de la misma moneda.[3]Esto es lo que hacía que la empresa fuera tan tentadora: permitía a los caballeros y a los nobles buscar fortuna en el nombre de Dios. El Conquistador ya había solicitado el beneplácito papal para su invasión de Inglaterra, y Guiscardo y Roger también habían planteado sus campañas sicilianas desde el punto de vista de la defensa y expansión de la fe. Las cruzadas representan una evolución de estas prácticas, en las que la aprobación pontificia adquiere ahora un papel decisivo.

Sin embargo, aunque ya hacía tiempo que se habían propagado por Europa ideas sobre la guerra santa, el impulso inmediato para la cruzada provino de Oriente, más concretamente del Bizancio de Alejo. En los años setenta del siglo XI, el papa Gregorio VII había contemplado enviar un ejército respaldado por él para ayudar al emperador. La situación se volvió aún más crítica a principios de los años noventa, cuando una oleada de ataques de los nómadas pechenegos sirvió para que Alejo centrara su atención en las provincias occidentales.[4]Como respuesta, Abu'l-Qasim y los turcos selyúcidas atacaron las ricas tierras imperiales situadas al norte y el oeste de su base en Nicea (Íznik). Al percibir su debilidad, otros grupos turcos comenzaron a realizar incursiones en las restantes provincias de Anatolia. Las cosas fueron de mal en peor a finales de 1092, cuando murió el sultán Malik Shah, con sede en Bagdad. Alejo

había mantenido buenas relaciones con Malik Shah, pero la disputa por la sucesión que siguió creó una considerable inestabilidad, que los gobernantes turcos de Asia Menor, cada vez más independientes, aprovecharon encantados.

A medida que se sucedían los fracasos, los ánimos empezaron a ensombrecerse en la capital. El descontento ya era visible a principios de los años noventa y alcanzó un punto crítico en 1094, cuando los conspiradores comenzaron a planear derrocar a Alejo y reemplazarlo por su sobrino Juan Comneno. Cada vez parecía más evidente que Alejo iba a seguir el camino de sus predecesores. Esta era la situación cuando el emperador tomó la fatídica decisión de pedir ayuda al papa Urbano II.[5]En cierto sentido, era una extensión de las tácticas empleadas por los emperadores bizantinos, que durante muchos años habían enfrentado entre sí con éxito a los caballeros normandos y los varegos angloescandinavos con los turcos orientales. Sin embargo, los resultados iban a ser muy diferentes. Ni Alejo ni Urbano podrían haber predicho el entusiasmo con que fue recibido su llamamiento ni podrían haber imaginado las consecuencias a largo plazo de sus acciones.

La petición de Alejo llegó a un gran concilio eclesiástico convocado en Piacenza a principios de marzo de 1095. Urbano respondió favorablemente a la solicitud inicial y para el verano ya había empezado a conseguir apoyo para enviar una expedición a su Francia natal. Estos esfuerzos culminaron con el concilio de Clermont, que se celebró más adelante ese mismo año, en el que Urbano pronunció un conmovedor discurso en el que llamó a los presentes a marchar a Oriente para liberar Tierra Santa.[6]El papa tenía buenas razones para respaldar la expedición. Prometía distraer la atención de los interminables conflictos que mantenía con el emperador alemán (la llamada «querella de las investiduras»). También ofrecía la posibilidad de un acercamiento entre las iglesias oriental y occidental, una aspiración papal desde siempre. En medio de la creciente popularidad de la peregrinación, los asuntos orientales se volvieron aún más apremiantes, ya que los problemas en Asia Menor amenazaban con cerrar el paso a los fieles más devotos a la ciudad más santa de la cristiandad.

Debido justamente a que el llamamiento de Urbano resultó ser muy popular, haría falta tiempo para poder reunir las fuerzas

cruzadas. Sin embargo, no todos estaban dispuestos a esperar. Inspirados por las prédicas apocalípticas de un hombre llamado Pedro el Ermitaño, un grupo de nobles menores partió antes que los ejércitos principales en la llamada «cruzada popular» de 1096. Estos grupos llevaron a cabo una serie de espantosos pogromos contra los judíos antes de partir de Europa, un recordatorio de que la línea que separa el fervor religioso del fanatismo es siempre muy delgada.[7]A pesar de algunos enfrentamientos con otros cristianos en Hungría, llegaron a Constantinopla a principios de agosto y cruzaron en barco el Bósforo. Poco después, sin embargo, el variopinto ejército fue atacado por fuerzas turcas a las afueras de Nicea. Muchos murieron o fueron esclavizados. Algunos supervivientes optaron por esperar a que llegara el ejército principal.

De los cuatro ejércitos de nobles que acudieron, tres procedían de Francia y los Países Bajos. Uno de ellos, el de Roberto Curthose, era normando hasta la médula y muchos de los cruzados que formaban parte de los demás ejércitos disfrutaban colaborando con los normandos. Pero quizá la contribución normanda más significativa provino del sur de Italia, a través del inquieto Bohemundo. Al igual que a Curthose, a Bohemundo le había tocado la peor parte en lo que respectaba a la sucesión dinástica, por lo que tenía mucho que ganar con la expedición. La *Gesta francorum* («Gesta de los francos»), una crónica de la cruzada escrita por un colaborador anónimo de Bohemundo, cuenta que el príncipe normando tuvo noticia por primera vez del movimiento mientras sitiaba Amalfi a principios del verano de 1096 con su señor (y hermanastro) Roger Borsa. Inspirado por la noticia, Bohemundo se comprometió de inmediato a participar y cortó su propia capa para hacer cruces para los hombres que acudieron a unirse a él. Los historiadores modernos siempre han sospechado que este impactante golpe de efecto fue premeditado, pero no conviene ser demasiado cínicos. Esta información anónima la corrobora Godofredo de Malaterra, quien dice que Roger se vio obligado a abandonar el asedio porque Bohemundo desvió gran parte de su ejército. Godofredo era un observador bien informado (y nada fan de Bohemundo). Además, hasta agosto de ese mismo año no vemos a Bohemundo liquidar sus bienes raíces para ayudar a financiar la expedición.[8]La prédica de Urbano en apoyo de la cruzada se había centrado en Francia, por lo que bien podría ser que los detalles

completos no hubieran llegado al sur de Italia antes de la primavera o principios del verano de 1096.

Aunque Roger Borsa debió alegrarse de quitarse de encima a su hermano, las circunstancias no podían complacerlo. El cronista anónimo afirma que se separaron en buenos términos, pero Godofredo señala la frustración del duque (así como la de su tío Roger I). Que Bohemundo fuera capaz de reclutar una gran parte del ejército no debería sorprender. Los aristócratas italonormandos sabían muy bien la riqueza y el prestigio que podían reportar las operaciones en el extranjero. Y con la conquista de Sicilia ya completa, las perspectivas de obtener mayores ganancias en Italia eran escasas. La fama y la fortuna se adquirirían ahora en Oriente.

Es probable que Bohemundo no solo tuviera en mente salvar Tierra Santa. Tras el fracaso de las campañas balcánicas en los años ochenta, tenía asuntos pendientes con Alejo. Godofredo informa que Bohemundo se embarcó en la expedición precisamente porque siempre había tenido la mirada puesta en el imperio oriental (*Romania*, como lo llama Godofredo, según la tradición bizantina). Entrar en el servicio imperial puede parecer una forma inusual de hacer caer el imperio, pero Bohemundo sabía con qué facilidad los guardabosques pueden convertirse en cazadores furtivos, sobre todo en el volátil mundo bizantino del siglo XI.

Aunque la decisión de unirse a la cruzada había sido espontánea, Bohemundo fue lo suficientemente sensato como para dedicar los meses siguientes a preparar la expedición. Tenía que recorrer menos distancia que sus homólogos del norte y conocía bien la ruta, por lo que no había prisa. Partió de Brindisi en octubre de 1096 y, en una llamativa repetición de las campañas de los años ochenta, desembarcó cerca de Valona, en la costa de Iliria. Al hacerlo, se separó de los demás grupos de cruzados que viajaban por Italia. Todos ellos navegaron directamente a Dirraquio, donde se encontraron con las fuerzas imperiales y atravesaron la vía Egnatia. El desvío de Bohemundo es significativo, sobre todo a la luz del testimonio de Godofredo. Puede que hubiera estado sopesando un ataque contra el emperador. Según una versión, Bohemundo le pidió a Godofredo de Bouillon (hijo de Eustaquio) que no entablara amistad con Alejo, que, en su lugar, se uniera a él para ir contra la capital. Y Ana Comneno también recuerda las sospechas de Alejo de que Bohemundo y

Godofredo estaban tramando algo. El hecho de que Bohemundo aún tuviera que declarar sus intenciones pacíficas, o incluso comprometerse, también indicaría por qué sus hombres se enfrentaron con los auxiliares pechenegos del emperador cuando se unieron por primera vez a la vía Egnatia.

Al final, Bohemundo decidió atenerse al plan de Urbano. Si no se podía hacer cambiar de idea a Godofredo, había pocas esperanzas de destronar a Alejo. No obstante, el emperador tenía razón al sospechar de los motivos de Bohemundo. Para disipar estos temores, Bohemundo dejó a sus hombres en manos de su sobrino Tancredo y se dirigió directamente a la capital. Tanto Bohemundo como Alejo tenían motivos para desconfiar, pero se necesitaban mutuamente. Gracias a un hábil uso de la diplomacia, el emperador convenció a Bohemundo de que a ambos les interesaba cooperar y Bohemundo, por su parte, se comprometió con la causa bizantina y juró lealtad. Al parecer, este juramento contenía una disposición según la cual todos los territorios bizantinos tradicionales volverían a Alejo, pero Bohemundo podía esperar recibir tierras propias más allá de Antioquía.

Para Alejo, estas promesas eran esenciales. Desde su punto de vista, la cruzada seguía siendo ante todo una misión para salvar el imperio. Puede que hubieran llegado más hombres de los que había imaginado, y que tuvieran más interés en Jerusalén como su destino final, pero los occidentales seguían siendo soldados auxiliares ensalzados, los herederos de Hervé, Roberto Crispin y Roussel de Bailleul. Por tanto, insistió en que juraran lealtad y se comprometieran a devolver cualquier antiguo territorio bizantino que conquistaran. Para los idealistas recién llegados, las expectativas de Alejo eran incómodas (y a menudo mostraron su reticencia). Godofredo solo aceptó juramentos similares a los prestados por Bohemundo bajo presión, mientras que Raimundo de Saint-Gilles se negó directamente a jurar. Bohemundo, sin embargo, estaba jugando un juego distinto. No tenía miedo de subordinarse a Alejo. Otros líderes normandos anteriores habían prestado juramentos similares e incluso Guiscardo había entrado al servicio de los bizantinos (nominalmente) al convertirse en *nobilissimus* en 1074, por lo que en lugar de evitar jurar, Bohemundo trató de obtener las mayores concesiones posibles al hacerlo. Puede que al principio mencionara la posibilidad de ser nombrado comandante en jefe del ejército imperial en el este. Al final,

parece que arrancó la promesa de recibir tierras importantes más allá de Antioquía. Aquí se aprecian los objetivos de Bohemundo en estado puro: para él, la cruzada era un medio para lograr un fin.[9]

Tras prestar juramento (o no, en el caso de Raimundo), el enorme ejército cruzado estaba listo para entrar en acción. Su primer objetivo era Nicea. La ciudad había caído en manos de los turcos a principios de los años ochenta. En los últimos años, había sido un problema para Alejo al facilitar las incursiones en las tierras bizantinas que quedaban en la costa occidental de Anatolia. No obstante, la decisión no estuvo motivada únicamente por los intereses de Alejo. Las fuerzas cruzadas necesitaban controlar la ciudad para poder recibir suministros desde Constantinopla en los meses siguientes. Nicea era la clave para Asia Menor.

Nicea era un núcleo grande e importante, la capital del sultanato de Rum de Kilij Arslan (uno de los muchos fragmentos del inmenso imperio de Malik-Shah). Las fuerzas de Kilij ya habían derrotado a la cruzada popular el año anterior, pero el ejército principal suponía un desafío mucho más grave. Cuando los cruzados llegaron, el sultán estaba ausente luchando contra los danisméndidas en el este, pero no tardó en regresar, el 16 de mayo, para intentar socorrer la ciudad. No funcionó. Aun así, todavía tendría que transcurrir otro mes antes de que Nicea capitulara. Alejo orquestó cuidadosamente toda la operación. La rendición de Nicea se acordó de antemano, pero se permitió a las fuerzas imperiales escalar las murallas para dar la impresión de que los bizantinos habían ganado la partida. La preocupación era que a las tropas occidentales les molestaran las generosas condiciones ofrecidas a los habitantes de la ciudad (la mayoría de ellos eran antiguos súbditos bizantinos), sobre todo después de un asedio tan duro.

La victoria de Nicea fue crucial. Abrió la meseta de Anatolia a los cruzados; también supuso la primera expansión significativa del territorio bizantino en una generación. Para Alejo, fue una oportunidad de cimentar el control de la cruzada. Un maestro de la política del palo y la zanahoria, recompensó generosamente a los jefes del ejército y consiguió que prestaran juramento muchos de los que antes habían eludido hacerlo o se habían opuesto. En este grupo estaba el sobrino de Bohemundo, Tancredo, que se había quedado con la fuerza italonormanda principal cuando su hermano se marchó

apresuradamente a la capital.[10]

Mientras el ejército avanzaba hacia el interior, se dividió en dos. La fuerza cruzada era mucho más grande que la mayoría de los ejércitos occidentales y bizantinos de la época y sería más fácil de aprovisionar si se dividía en partes. Sin embargo, la división no estaba exenta de riesgos. Los contingentes más pequeños corrían el riesgo de ser aniquilados. Y, naturalmente, Kilij Arslan no tardó en aprovecharse de la situación y atacó a la vanguardia más pequeña comandada por Bohemundo cerca de Dorilea (Şarhöyük). La temible carga de los normandos contuvo inicialmente el ataque turco, pero fue la llegada de refuerzos del segundo contingente (más grande) la que acabó por cambiar el curso de la batalla. La lucha había estado muy reñida, sobre todo para Bohemundo y sus hombres, pero, con la victoria, los cruzados quedaban libres para atravesar Anatolia central sin encontrar resistencia.

La jugada de Alejo le había salido bien, o eso parecía: el principal enemigo de Bizancio, Kilij Arslan, había sido derrotado, habían tomado Nicea y pronto le seguiría el resto de la meseta de Anatolia. Pero con las conquistas territoriales llegaron las complicaciones. Las ciudades y pueblos capturados volvieron a estar bajo control bizantino, según los juramentos y acuerdos anteriores. Sin embargo, muchos de los cruzados comenzaron a sentirse frustrados por la falta de botín. El primero en separarse del ejército principal fue Balduino de Boulogne, el hijo menor de Eustaquio. Balduino ayudó a conquistar Tarsos para Alejo en contra de los deseos de Tancredo, que había tomado inicialmente la ciudad, y poco después recibió su compensación cuando tomó Edesa. Aunque Balduino hubiera reconocido al principio la laxa soberanía de Alejo, era evidente que tenía miras más elevadas y Edesa no tardó en convertirse en una entidad política autónoma, el primer Estado cruzado de Oriente Medio.[11]Podría parecer extraño que Balduino abandonara tan pronto la expedición. Sin embargo, hay que tener presente que la liberación de Jerusalén solo era uno de los objetivos de la cruzada; únicamente desde la perspectiva de 1099 sería la meta definitoria de la expedición. Había sido la súplica de Alejo la que había incitado a Urbano a actuar y Balduino había desempeñado un papel fundamental en la liberación de los cristianos de Asia Menor. Bien pudo haber creído que podía servir mejor a la causa cristiana desde allí.

Está claro que Alejo siguió participando activamente en los acontecimientos, ya que mientras los cruzados se abrían paso por la meseta de Anatolia, sus fuerzas aseguraban las costas occidentales y meridionales. Se trató de una operación cuidadosamente coordinada, que volvió a colocar casi toda Asia Menor bajo el estandarte imperial. Sin embargo, con la excepción (parcial) de Bohemundo, los cruzados no se habían alistado para ser títeres del imperio y las ganancias obtenidas por Balduino servían de modelo a cualquiera que quisiera romper filas.

Estas tensiones alcanzaron un punto crítico durante el largo asedio de Antioquía. La antigua ciudad estaba a medio camino entre Constantinopla y Jerusalén, justo al sur del punto entre Asia Menor y Oriente Medio donde el ejército cruzado viró hacia el sur después de su larga marcha hacia el este. Tras haber realizado progresos constantes en 1097, llegaron fuera de las murallas de la ciudad en octubre. Antioquía era una de las ciudades más grandes y mejor fortificadas de la Edad Media, y ni siquiera el enorme ejército cruzado podía sitiar todo el perímetro a la vez. Por tanto, seguían llegando suministros a los defensores. Las únicas opciones disponibles para los cruzados eran arriesgarse a atacar, esperar que hubiera un traidor o aguardar la rendición.

El resultado fue una guerra de desgaste, el episodio más largo y más difícil de la primera cruzada. El problema para los cruzados era que estaban muy lejos de las líneas de suministro de Alejo, lo que significaba que mientras los defensores seguían recibiendo provisiones regularmente, ellos no. En Año Nuevo, derrotaron a una gran fuerza de socorro procedente de Damasco, pero seguían teniendo que hacer frente a la inanición. Los vivos empezaron a comerse sus caballos y se dice que, cuando estos se acabaron, a sus camaradas caídos. Muchos murieron y muchos más desertaron, incluido el yerno del Conquistador, Esteban de Blois.

Fue en este contexto cuando finalmente se rompieron las relaciones con Alejo. Los esfuerzos bizantinos para asegurar suministros a sus aliados fracasaron reiteradamente y no está claro si fue por falta de empeño o por pura dificultad. En enero de 1098, el representante de Alejo Tatikios abandonó el ejército para no regresar. Bohemundo se apresuró a aprovechar esta situación.[12]En ausencia de Tatikios, Bohemundo calificó a Alejo de traidor, culpándolo (no del

todo sin razón) de la difícil situación del ejército. Bohemundo argumentó que como Alejo no había cumplido con su parte del trato, los cruzados ya no estaban obligados por sus juramentos. Esto era esencial para los propósitos de Bohemundo, ya que ahora tenía los ojos puestos en Antioquía, una ciudad que se había comprometido a devolver a Alejo.

Tras haber socavado la autoridad del emperador, Bohemundo se puso en contacto con el capitán de una parte de la muralla, un armenio llamado Firuz, que accedió a dejar entrar a los cruzados. A continuación, Bohemundo propuso a los demás jefes que quien tomara la ciudad la recibiera como recompensa. Algunos se mostraron recelosos y con razón. Bohemundo no era un hombre en el que se pudiera confiar, pero, desesperados por poner fin al estancamiento, acabaron cediendo.

Con todo ya dispuesto, Bohemundo puso en marcha su plan. Él y sus hombres entraron en la ciudad por la parte de la muralla que controlaba Firuz la noche del 2 al 3 de junio y luego abrieron las puertas a los demás cruzados. El resultado fue un baño de sangre solo superado por el que tendría lugar en Jerusalén el verano siguiente. Sin embargo, apenas habían entrado en la ciudad cuando se enfrentaron a la posibilidad de acabar ellos mismos sitiados, ya que un gran ejército comandado por Kerbogha se acercaba rápidamente a Antioquía. Kerbogha era el gobernador (o *atabeg*) de Mosul, situada al este, y el propósito original de este ejército era romper el asedio. Era mucho más grande que el mermado contingente cruzado y, además, estaba fresco y bien aprovisionado. Al principio, los cruzados intentaron defender las murallas, pero la escasez de provisiones era desesperada y Kerbogha estaba más que dispuesto a matarlos de hambre.

Sin opciones, los cruzados decidieron arriesgar todo en una batalla. El descubrimiento de la lanza sagrada, la lanza que atravesó el costado de Cristo cuando estaba en la cruz, les infundió ánimos. No todos estaban convencidos de la autenticidad de la reliquia (los emperadores alemanes y bizantinos ya afirmaban poseer la lanza sagrada), pero, para un ejército que necesitaba un milagro, era un estímulo muy necesario. Durante tres días, los cruzados recorrieron en una procesión descalza la ciudad yendo de iglesia en iglesia para suplicar el favor divino. Preparados espiritualmente, marcharon con la lanza el 28 de junio. Kerbogha, sorprendido al principio, reunió sus

tropas y atacó. Sin embargo, los cruzados aguantaron. Los turcos se encontraron con una resistencia más feroz de lo que habían anticipado y comenzaron a entrar en pánico. Poco después, rompían filas y dejaban el campo libre a los decididos occidentales, a los que habían superado en número, quizá tanto como dos a uno. Sin embargo, gracias a la intervención divina, o eso parecía, habían vencido contra todo pronóstico.[13]

Los cruzados, que habían estado unidos en las penurias, ahora estaban divididos en la victoria, ya que Bohemundo insistió en que se le entregara Antioquía, de acuerdo con las promesas realizadas antes del ataque final. Sin embargo, otros miembros del ejército, sobre todo Raimundo de Saint-Gilles, que podría no haber participado en el acuerdo, afirmaban que estas quedaban invalidadas por los juramentos anteriores prestados a Alejo. Durante algún tiempo, el ejército permaneció en un punto muerto, pero Bohemundo se negó a ceder, por lo que Raimundo acabó aceptando lo inevitable y siguió adelante con el resto de los príncipes.

Como en el caso de Balduino un año antes, se ha de ser cauto a la hora de interpretar los actos de Bohemundo como una traición a la cruzada. La expedición había sido desde un principio un medio para conseguir tierras e influencia. Y puede que, como Balduino, creyera que ya había hecho su parte por sus hermanos cristianos. Asia Menor volvía a estar a salvo en manos bizantinas y Bohemundo tendría el control de Antioquía, asegurándose de que Jerusalén, en caso de ser tomada, no quedara aislada de sus aliados cristianos al norte y al oeste. Una parte significativa del contingente de Bohemundo se quedó con él y fundó nuevos señoríos. El principado resultante de Antioquía sería, por tanto, el más «normando» de los estados cruzados y sus gobernantes siguieron siendo descendientes de Bohemundo hasta que lo conquistaron los mamelucos en 1268.[14]

No obstante, no deberíamos exagerar el carácter normando de la entidad política de Bohemundo ni subestimar el de los demás estados cruzados. Las fuerzas cruzadas eran extremadamente fluidas y los hombres cambiaron de señores y compañías en muchos momentos durante la campaña. En 1098, muchos de los hombres de Bohemundo no eran originarios del sur de Italia, mientras que un número importante de los que habían viajado con él al este podrían haberse unido a otros. De hecho, es posible detectar cierta influencia

normanda en el reino cruzado posterior de Jerusalén, al sur del de Bohemundo. Buena parte de ello podría deberse al papel desempeñado por Curthose y sus hombres en la conquista y colonización de la región, pero también cabe atribuírselo a Tancredo, Bohemundo y sus seguidores; y más aún a los que llegaron después.[15]Más allá del nombre de Antioquía (fue el único estado cruzado nombrado principado, como los estados lombardos que Bohemundo conocía en el sur de Italia), la contribución italonormanda a los estados cruzados es algo paradójica. Fue claramente significativa durante la primera generación o dos de asentamientos, pero, a partir de entonces, la conexión se rompió y el reino siciliano está muy poco representado en las expediciones cruzadas posteriores. Esta ambivalencia fue consecuencia tanto de la casualidad como de la intencionalidad.[16]A medida que el movimiento evolucionaba, la cruzada se fue convirtiendo en un asunto con un fuerte componente familiar, ya que a menudo participarían una generación tras otra de una misma dinastía.[17]Mientras que en gran parte de Francia y los Países Bajos esto favoreció la participación, en el sur de Italia tuvo el efecto contrario. Allí Bohemundo había sido la oveja negra de la familia Altavilla, por lo que ni Roger Borsa ni Roger II (el sucesor de Borsa) tenían motivos para ensalzar su legado. Además, la mayoría de los hombres de Bohemundo se establecieron con él en Oriente Medio, lo que dejó pocos herederos italianos que pudieran seguir sus pasos. La significativa minoría musulmana de Sicilia complicó aún más las cosas. Roger II y sus sucesores adoptaban un enfoque notablemente flexible y pragmático en sus relaciones con estos grupos, lo que podría haber servido para mitigar el fervor cruzado.

Los acontecimientos políticos fueron igualmente importantes. En 1113, Balduino de Jerusalén, el mismo Balduino que había iniciado su carrera como conde de Edesa, se casó con Adelaida del Vastro, la condesa viuda de Sicilia (la esposa de Roger I y madre de Roger II). Balduino siempre había mantenido buenas relaciones con los normandos. Era hijo de Eustaquio de Boulogne y su primera esposa, Godevere de Tosny, era originaria del ducado. El enlace prometía ampliar estos contactos a los normandos de Italia. Una condición para el matrimonio era que cualquier hijo que tuviera Adelaida con Balduino sucedería a este como rey; de lo contrario, el trono pasaría al hijo adulto de Adelaida, Roger II de Sicilia. Este último detalle era

crucial. Adelaida no era una mujer joven en ese momento (debía tener como mínimo casi cuarenta años) y Balduino no tenía hijos propios, por lo que era muy probable que el trono de Jerusalén quedara pronto vacante.

No obstante, la influencia italiana en Tierra Santa sería efímera. En el verano de 1116-1117, Balduino cayó gravemente enfermo. Ante la perspectiva de un monarca ausente, los magnates locales se movilizaron para impedir la sucesión de Roger II al preferir al hermano mayor de Balduino, Eustaquio III de Boulogne (que en algún momento había sido un cruzado). Al parecer, el propio Balduino veía factible el plan (las relaciones con Adelaida eran tensas). Y poco después de su recuperación, Balduino mandó groseramente a paseo a Adelaida sin su rica dote. Guillermo de Tiro cuenta que Roger II «concibió un odio eterno hacia el reino y sus habitantes», que perduró entre sus herederos.[18]Si en algunas partes de Europa el fervor de los cruzados se convirtió en un rasgo familiar, en Sicilia el cinismo de los cruzados resultó ser también hereditario.

Igualmente significativos fueron los acontecimientos ocurridos en la propia Antioquía, donde la muerte en 1130 del hijo de Bohemundo y eventual heredero, Bohemundo II, generó una gran incertidumbre. El joven príncipe tenía poco más de veinte años y solo dejó una hija de dos años, Constanza. Para estabilizar la situación, Constanza se casó con Raimundo de Poitiers, el sobrino nieto de Raimundo de Saint-Gilles, lo que alteró de forma considerable la orientación política del principado. Sintomático del cambio es el hecho de que Constanza y Raimundo renunciaran a reclamar Tarento, el patrimonio original de Bohemundo en Apulia, que él y su hijo habían preservado con tanto esmero. No obstante, al igual que no debemos exagerar la influencia normanda temprana, tampoco debemos subestimar su longevidad. La mayoría de los primeros colonos se quedaron allí, tanto en Antioquía como en Jerusalén; y hay pocos indicios de la oleada de recién llegados poitevinos con la que en ocasiones se asocia a Raimundo. En realidad, el matrimonio convirtió más a Raimundo en un Altavilla que a Constanza en una poitevina, y es revelador que el nombre de su hijo mayor fuera un nombre típicamente italonormando: Bohemundo.[19]

La aportación precisa de los normandos a Tierra Santa sigue siendo difícil de determinar. Al menos desde finales del siglo x, las identidades normanda y francesa no estaban herméticamente selladas.

Al igual que un habitante moderno de Leeds puede sentirse con orgullo de Yorkshire e inglés, era posible ser normando y francés (o franco). Las fuentes bizantinas siempre habían llamado francos a los normandos (de un modo similar a como las fuentes inglesas los llamaban franceses); ahora las fuentes árabes hacían lo mismo. Y los propios cruzados se identificaban como francos. Muchos eran originarios de Francia; y los que no, eran en su mayoría hablantes de lenguas romances que se atribuían un pedigrí franco. En este contexto, no había mucho que distinguiera a Roberto Curthose de Balduino de Boulogne, o la influencia normanda de la francesa (o incluso italiana).

Como cabía esperar, la carrera de Bohemundo no terminó con la conquista de Antioquía. Gracias a sus maquinaciones se había alzado con un importante premio, pero también había ganado un acérrimo enemigo. Antioquía había estado en manos bizantinas en fecha tan reciente como en 1078 y Alejo no estaba dispuesto a doblegarse ante el renegado normando. Bohemundo, por su parte, siguió teniendo sus propias aspiraciones con respecto al imperio oriental. Los años inmediatamente posteriores a 1098 fueron de consolidación. Sin embargo, en agosto de 1100 Bohemundo fue inesperadamente derrotado y capturado por los turcos danisménditas. Hubo muchas disputas sobre su liberación mientras Tancredo se hacía cargo hábilmente de Antioquía. Tras su regreso en 1103, Bohemundo apenas logró avanzar en la expansión de sus dominios. Y tras volver a ser derrotado por los turcos en el verano de 1104, decidió cambiar de rumbo.

Bohemundo partió a Francia, donde comenzó a reclutar fuerzas para una «cruzada» contra Alejo. Se trataba en parte de una respuesta al desafío que representaba el imperio para su nuevo principado. Alejo era el vecino inmediato de Bohemundo al oeste y buscaba la restitución de Antioquía, a la que consideraba (no sin razón) legítimamente suya. La decisión de Bohemundo también refleja sus ambiciones a largo plazo. A principios de los años ochenta, él y su padre habían intentado tomar Constantinopla y, en 1096-1097, había organizado otro ataque contra Alejo. Ahora Bohemundo preparaba un golpe final para derrocar al emperador oriental. Los cruzados victoriosos eran tratados con admiración y reverencia a su regreso a

Europa y Bohemundo no fue una excepción. La cruzada había contribuido mucho a mejorar su (ya formidable) reputación y su campaña de reclutamiento tuvo un éxito considerable. También consiguió la mano de Constanza, la hija del rey francés Felipe I.[20]

En 1107, Bohemundo estaba listo para actuar. Tenía asuntos pendientes con Alejo. Y en lugar de regresar a Antioquía y atacar los territorios bizantinos vecinos situados al norte y el oeste, atacó al imperio a través del Adriático, como había hecho un cuarto de siglo antes. Como entonces, afirmó estar actuando en nombre del verdadero emperador bizantino, esta vez un supuesto hijo de Romano IV Diógenes. Es probable que, en esta ocasión, el ejército de Bohemundo fuera más grande, pero su suerte no fue mejor.[21]A diferencia de en 1082, Alejo se encontraba en una posición de fuerza. Bohemundo inició la invasión en Brindisi a principios de octubre y desembarcó en Aulón. Tras devastar el campo, se preparó para sitiar Dirraquio. Sin embargo, como era el fin de la temporada, las operaciones de asedio no podrían comenzar en serio hasta la primavera siguiente. Para entonces Alejo había tenido tiempo de sobra para preparar su defensa. El emperador marchó hacia el oeste con un gran ejército desde Tesalónica, pero, en lugar de entablar combate, Alejo bloqueó a los normandos entre su ejército y las murallas. El cazador se convirtió en presa.

Era evidente que Alejo había aprendido la lección de los encuentros anteriores. Era difícil vencer a los normandos en la batalla, pero bastante fácil superarlos tácticamente. Para Bohemundo y sus hombres, la situación no tardó en volverse desesperada. A finales del verano, se vio obligado a negociar la paz. Según el Tratado de Devol resultante, Bohemundo accedía a casi todas las demandas de Alejo, y aceptaba reconocer la soberanía bizantina de Antioquía y devolver los territorios en disputa en Cilicia. Para el orgulloso Altavilla era una humillación, por lo que, en lugar de regresar a Antioquía y ver cómo la ciudad pasaba a manos de los bizantinos, regresó al sur de Italia, donde murió tres años más tarde. Fue un último desaire a Alejo, ya que se aseguraba de que las condiciones del tratado nunca se cumplieran. El sobrino de Bohemundo, Tancredo, continuó gobernando Antioquía en su lugar y, con el tiempo, tomó las riendas su propio hijo Bohemundo II. Aunque Bohemundo murió habiendo fracasado, su legado perduró. Antioquía fue uno de los estados

cruzados más longevos e influyó en la política y la sociedad de Oriente Medio hasta finales del siglo XIII. Y los Altavilla siguieron siendo una fuerza poderosa en el Mediterráneo central. La única pregunta era: ¿dónde atacarían la próxima vez?

15

¿Un puente demasiado lejano? África del Norte, 1142-1159

Mientras Roger de Altavilla consumaba la conquista de Sicilia, llegaron mensajeros de las ciudades-Estado marítimas de Génova y Pisa con el propósito de invitarle a que se uniera a ellos para atacar Mahdia. La populosa ciudad de Mahdia, situada en la costa del actual Túnez, era la capital de los gobernantes ziríes del norte de África. El plan de asalto se formuló en términos religiosos, como un ataque contra las fuerzas del islam, una especie de protocruzada. Sin embargo, el fervor religioso no era el único motivo. Pisa y Génova ansiaban introducirse en el lucrativo comercio entre el Mediterráneo occidental y oriental. En vista de la creciente prominencia de Roger y de su pericia marítima, era el mejor aliado que podían elegir.

Los consejeros de Roger estaban dispuestos a aprovechar la oportunidad o eso quiere hacernos creer el cronista árabe posterior Ibn al-Athir. Según su relato, el astuto Altavilla no se dejó impresionar. Levantó el muslo y soltó un sonoro pedo antes de proceder a explicar por qué aquella flatulencia era un consejo mejor que los que le ofrecían las mentes más sabias de la corte, ya que, como observó Roger, si los normandos se unían a esta empresa, pronto iban a encontrarse en el peor de los mundos posibles. Si tenían éxito, las ganancias irían a parar a sus aliados del norte, mientras que si fracasaban, los normandos soportarían todo el peso de las repercusiones. Además, terminarían pagando gran parte de la factura del abastecimiento de la expedición. Roger había firmado recientemente la paz con el gobernante zirí Tamim bin al-Muizz y no iba a ponerla en peligro por una aventura especulativa.

Ibn al-Athir escribió esta crónica casi un siglo y medio después de que ocurrieran estos acontecimientos y confunde algunos datos.

Atribuye al segundo gobernante de Jerusalén, Balduino de Edesa, ser el impulsor del plan, no a las ciudades-Estado de Pisa y Génova; y parece creer que Roger era un gobernante independiente, no un representante (aunque nominal) de su hermano mayor Guiscardo. Con su descripción del comportamiento de Roger quiere hacer hincapié claramente en la barbarie de los nuevos señores normandos de Sicilia. Sin embargo, al-Athir no se lo inventa desde cero. Se basa en fuentes anteriores, a menudo muy fiables. El ataque contra Mahdia fue muy real y sería un importante precursor de la primera cruzada. Sabemos por otras fuentes que Roger declinó la invitación a participar en la invasión. Por tanto, hay buenas razones para creer en lo fundamental de su relato.[1]

Lo que revela la sencilla descripción de al-Athir es hasta qué punto Roger y Roberto se habían visto arrastrados al complejo mundo político del Mediterráneo, en el que los gobernantes del norte de África eran unos actores destacados. Ibn al-Athir trató de escribir una historia exhaustiva, lo que desde su punto de vista significaba incluir todo lo que atañera al mundo del islam.[2]En los años ochenta, esto incluía, evidentemente, a Roger. Y en los años venideros, Roger y su hijo y sucesor, Roger II, ocuparían un lugar cada vez más prominente en la política del norte de África.

Sicilia y el norte de África revestían una gran importancia estratégica y comercial. Pese a la dislocación causada por la caída del imperio romano de Occidente en los siglos V y VI, el Mediterráneo seguía siendo un importante canal para el comercio (y la información) entre Europa, el norte de África y Oriente Medio. En el siglo XI, el volumen (y el valor) de este comercio iba en aumento con rapidez. Ciudades-Estado italianas como Pisa y Génova trataban de controlar con un éxito considerable el comercio a través del noroeste del Mediterráneo, mientras que los bizantinos, los venecianos y los fatimíes acaparaban el mercado en el este.[3]La importancia de Sicilia y la provincia islámica de Ifriquía (que comprendía el Túnez actual, así como partes de Argelia y de Libia) radicaba en la posición que ocupaba entre estas dos esferas. Quien pudiera controlarlas, podría obtener unos pingües beneficios.

Gracias en parte a muchos años de dominio islámico, Sicilia y el norte de África estaban estrechamente integradas. La capital siciliana, Palermo, estaba más cerca de Mahdia que de Roma. Y Sicilia

suministraba cereales al norte de África, proveyendo un recurso vital a una provincia que padecía sequías cada vez más frecuentes. Cuando Roger comenzó a reforzar su control sobre Sicilia, la pregunta obvia pasó a ser cómo se vería afectado este comercio.[4]De un modo similar a como respondió a los genoveses y pisanos, Roger abordó el tema con su habitual pragmatismo. Si había beneficios que obtener, no iba a ser él quien perturbara la paz. De hecho, tanto él como su hijo trataron de llegar a un acuerdo con las comunidades musulmana y griega de dentro y fuera de sus dominios. Preferían a los cristianos que a los musulmanes (y el rito latino al griego), pero acogían y mantenían contacto con personas de todos los orígenes. Uno de los consejeros principales de Roger II fue el cristiano sirio Jorge de Antioquía, que había prestado servicio con anterioridad a los gobernantes ziríes de Ifriquía; otro fue Felipe de Mahdia, que sucedió a Jorge en el cargo de emir/almirante (en latín, *amiratus*).[5]A estos hombres se los conocía como los «sarracenos de palacio» de Roger. La conversión era un requisito formal para poder prestar servicio, pero es posible que a menudo fuera algo superficial. En la corte de Roger, la lealtad tenía más peso que la fe religiosa y el beneficio, más que el nativismo.

Cuando el dominio normando se consolidó más firmemente, los gobernantes de Sicilia comenzaron a imponerse en el Mediterráneo. Roger I ya había tomado Malta en 1091. El control normando no tardaría en ser usurpado, pero Roger II lo restableció en 1127.[6]La posición de Malta entre Sicilia e Ifriquía la convertía en una escala obligada en la ruta hacia estos dominios del norte de África. Sin embargo, antes de que Roger pudiera afianzar estos triunfos, se vio obligado a centrar su atención en lo que ocurría en la península italiana.

El hecho de que un ataque normando independiente contra el norte de África fuera siquiera concebible revela cuánto habían cambiado las cosas en el último medio siglo. En los años ochenta, Roger I todavía estaba muy ocupado asegurándose Sicilia. Parecía probable que las nuevas conquistas normandas fueran a tener lugar en el Adriático, donde Guiscardo y Bohemundo estaban muy involucrados. Roger solo había dado su aprobación a un ataque contra Mahdia como parte de una poderosa coalición marítima y no tardó en desestimar la idea. Desde entonces, el equilibrio de poder en los dominios normandos del sur de Italia había cambiado de manera

decisiva. Tras la muerte de Guiscardo en 1085, Roger dio su apoyo a su sobrino Roger Borsa (el heredero designado por Roberto), pero este último nunca se ganó el mismo respeto que su padre. Guiscardo ya se había enfrentado a una serie de revueltas graves en Apulia y la sucesión del joven y relativamente inexperto Borsa no hizo más que avivar las llamas.

Roger Borsa acabó afianzando su posición, pero siguió dependiendo mucho de su tío. La muerte de Roger I y la sucesión de sus propios hijos, Simón y luego Roger II, alteraron muy poco esta relación. La madre de los dos últimos, Adelaida del Vasto, la futura reina de Jerusalén, ejerció una regencia eficaz y se aseguró de que los dominios de Simón y Roger pervivieran intactos. Borsa murió en 1111 y dejó al joven Guillermo II en el trono ducal. Roger II y Guillermo II tenían aproximadamente la misma edad, pero el primero no tardó en erigirse en la fuerza política más poderosa. Guillermo tenía prioridad por ser duque, pero era cada vez más nominal, y cuando murió en 1127 sin descendencia legítima, Roger se apresuró a asegurarse el control directo de Calabria y Apulia, proclamándose de forma preventiva el heredero de Guillermo.[7]

Como consecuencia de estos hechos, el poder en el seno del reino normando se desplazó al sur y al oeste, de Bari, Brindisi y Venosa a Salerno y Palermo. Mientras que Guiscardo se había fijado en el otro lado del Adriático, en los Balcanes, su sobrino miraba hacia el sur, al otro lado del Mediterráneo, al norte de África. Sin embargo, la expansión de los dominios de Roger también trajo consigo importantes complicaciones. Su sucesión al ducado continental fue muy cuestionada, sobre todo por el papa, que desde los acuerdos de Melfi se arrogaba el derecho a investir al duque. La situación se vio agravada por la decisión de Roger de reclamar el estatus real en 1130. Si su asunción de la autoridad ducal había sido presuntuosa, su proclamación como rey no hizo sino empeorar las cosas.

A otras personas de fuera de Italia también les preocupaban estos acontecimientos. Los emperadores bizantinos, con un derecho residual al sur de Italia, tenían razones de sobra para temer el creciente poder de Roger, sobre todo en el ámbito marítimo. Y los gobernantes alemanes compartían su inquietud. Debido a su título imperial, también estaban interesados en el sur. No tardaron en poner en marcha medidas para asegurar una alianza entre el papa y los dos

emperadores, una resurrección de la antigua alianza de León IX en los años cincuenta. Esto ayudó a reactivar la disensión dentro de Apulia, donde no todos veían con buenos ojos al gobierno de Palermo.

Como consecuencia, Roger II pasó gran parte de los años treinta neutralizando amenazas, tanto internas como externas.[8]No obstante, nunca perdió de vista otros intereses. Mientras era conde se había peleado con los gobernantes ziríes de Ifriquía por los derechos comerciales y había ordenado un ataque fallido contra Mahdia en 1123. En 1135, las luchas internas en el seno de la provincia le sirvieron de pretexto para una nueva intervención. El emir local zirí al-Hassan había pedido ayuda a Roger contra el gobernante hamadí de la vecina Bugía. La flota de Roger podía proporcionar la cobertura necesaria. Sin embargo, también aprovecharon la ocasión para tomar la estratégica isla de Yerba, frente a la costa norte de África. Fue toda una declaración de intenciones y su importancia no pasó inadvertida para las contrapartes norteñas de Roger. En una reunión celebrada en Merseburgo, emisarios bizantinos y venecianos informaron, con una buena dosis de exageración, de que el advenedizo siciliano se había apoderado de toda África, de la «tercera parte del mundo».[9]

Asuntos urgentes en la península italiana impidieron inicialmente que Roger siguiera avanzando, pero, a principios de los años cuarenta, el momento era propicio. Las divisiones seguían desgarrando a Ifriquía, donde los emires ziríes tradicionales estaban enfrentados con los bereberes hamadíes del oeste. Las sequías también hicieron que al-Hassan tuviera que depender cada vez más de los suministros de cereales sicilianos. Roger pudo aprovecharlo para conseguir la sumisión del emir en 1141-1142. Al año siguiente, emprendió una serie de ataques navales contra las ciudades costeras de Ifriquía occidental y oriental, que se presentaron como intentos de apuntalar el régimen de al-Hassan, pero Roger no tardó en pasar de apoyar a reemplazar a sus aliados ziríes. En junio de 1143, las fuerzas sicilianas atacaron Trípoli, que había intentado desvincularse del régimen zirí. Y aunque el ataque fracasó, tuvieron más éxito en Djidjelli (Jijel), en la actual Argelia, que fue saqueada. Al año siguiente cosecharon triunfos similares: cayeron Barasht (Bresk) en el oeste y las islas Querquenas en el este.

Cuando Trípoli fue tomada en 1146, se sentaron las bases para la creación de un reino norteafricano en nombre de Roger. Hasta

entonces, las expediciones habían sido poco más que actos oportunistas de piratería. Ahora Roger comenzaba a realizar la transición de las incursiones intermitentes a la conquista permanente.[10]Su causa se benefició de las continuas hambrunas, que debilitaron a sus oponentes en momentos cruciales. Y como había hecho su padre en Sicilia, Roger procuró conciliar a la población musulmana local. Aunque obligaron a los musulmanes a pagar un impuesto adicional, podían seguir practicando su fe como antes. Este trato hizo que el régimen cristiano fuera visto con otros ojos y muy pronto comenzaron a acercarse a Roger disidentes de otras regiones del emirato zirí.

Para los ziríes, el golpe definitivo llegó en 1148, cuando apareció una gran flota siciliana en la costa de Mahdia. Al comprender que era inútil oponer resistencia, al-Hassan huyó hacia el interior. Muchos de sus habitantes, temerosos ante la perspectiva de un gobierno cristiano, siguieron su ejemplo, pero cuando se enteraron del trato imparcial de Roger a la población local, la mayoría regresó. Roger mantuvo el ímpetu y su ejército no tardó en tomar Susa y Sfax, dos ciudades portuarias estratégicas situadas al sur de Mahdia. Túnez pasó a ser un estado tributario y Gabès (Qābis) reconoció la soberanía de Roger. Impresionado por estos progresos, el papa Eugenio III consagró un nuevo «arzobispo de África» (es decir, Ifriquía). Los dominios de los almohades radicales, que a diferencia de otras potencias islámicas no toleraban a las minorías cristianas, se habían ampliado recientemente en el África noroccidental. El reino de Roger prometía ser un baluarte contra ellos.

Los normandos sicilianos parecían imparables e Ibn al-Athir afirma que Roger habría conquistado toda África si no lo hubieran distraído los conflictos con Bizancio.[11]Se trata de una exageración. A lo sumo, podría haber incorporado a sus dominios algunas ciudades costeras más. Sin embargo, el relato de al-Athir da una idea de cuál era la sensación en los círculos ziríes. Los hombres de Roger habían avanzado con rapidez por la región y la segunda cruzada, en la que Roger atacaría Bizancio en 1147 y 1148, debió ser recibida con alivio.

El orgullo de Roger por estas conquistas es evidente. Ordenó acuñar monedas en el norte de África y parece que probó a utilizar el título de «rey de África/Ifriquía», sobre todo en documentos árabes en su nombre.[12](En el reino trilingüe de Roger, los documentos se

publicaban en latín, griego y árabe.) Sin embargo, como le había ocurrido a Guiscardo en el Adriático, las conquistas de Roger en África estaban peligrosamente expuestas. Al oeste estaban los almohades, que era poco probable que toleraran por mucho tiempo a un vecino cristiano. Al este se encontraban los dominios de los fatimíes, los señores nominales de los ziríes. Estos últimos mantenían buenas relaciones con Roger, quien había establecido su enclave del norte de África con la aprobación tácita de estos. Sin embargo, cuando Roger comenzó a afianzarse, empezaron a aparecer grietas en su relación. Los débiles ziríes habían sido poco relevantes para los fatimíes, pero los normandos en rápida expansión representaban un problema bastante diferente.

En la primavera de 1153, una gran coalición árabe respaldada por Roger fue derrotada por los almohades en Sétif, en la actual Argelia. Como respuesta, Roger envió una flota al mando de Felipe de Mahdia para tomar el puerto de Bône (actual Annaba) con la esperanza de crear una zona tampón. Las perspectivas a largo plazo para la nueva provincia africana comenzaban a parecer sombrías. Lo que selló su destino fue la muerte de Roger a principios de 1154. En los años siguientes hubo una considerable inestabilidad, mientras Guillermo I, el heredero de Roger, trataba de establecerse. La prioridad de Guillermo era asegurar sus dominios sicilianos e italianos. Solo después de haberlo logrado, podría permitirse prestar atención a la situación en el norte de África.

Para entonces, ya fue demasiado tarde. Entre mediados y finales de los años cincuenta estallaron una serie de revueltas importantes contra el dominio sicilianonormando, cuando los gobernantes autóctonos intentaron restablecer su independencia. Su causa se vio favorecida por la constante amenaza de los almohades. Al final, esto resultaría decisivo. En 1159, un gran ejército almohade se movilizó contra las ciudades costeras que eran los ejes de la autoridad normanda en la región. Túnez se rindió pronto y le siguieron Trípoli, Sfax y Gafsa. Mahdia, donde los normandos se habían refugiado dentro de la ciudad amurallada, opuso una mayor resistencia. Tras ser informado de la situación, Guillermo envió su flota, que acababa de regresar de atacar la Ibiza almorávide, para romper el asedio. Y aunque estas operaciones fracasaron, la ciudad resistió otros seis meses.[13]

Algunos en la corte siciliana creían que Guillermo no había hecho lo suficiente y es posible que haya cierta verdad en ello.[14]Sin embargo, con la presión de los almohades en aumento, simplemente no merecía la pena dedicar tiempo, dinero y hombres a mantener esta precaria posición en el norte de África. Las conquistas de Roger siempre habían sido oportunistas, favorecidas por la debilidad de los ziríes y la aquiescencia de los fatimíes. No tenía mucho sentido mantenerlas frente a una resistencia sostenida.

En este aspecto, la conquista de Roger demostró ser poco diferente de los muchos cambios de régimen que el norte de África había experimentado desde su caída en manos de los vándalos a principios del siglo v. Se podía reemplazar al jefe de Estado, pero las estructuras de gobierno, heredadas en última instancia de los imperios romano y bizantino, permanecían intactas. Cuando los almohades se apoderaron de la región, pudieron gobernarla como lo había sido durante casi un milenio. Por tanto, cabe preguntarse hasta qué punto los dominios africanos de Roger fueron significativamente normandos (o incluso sicilianos). Aun así, una característica fundamental desde un principio del dominio normando, ya fuera en el norte de África o en el norte de Francia, fue su adaptabilidad. Los normandos eran un producto del asentamiento y la aculturación, procesos que continuaron viviendo en una diáspora muy dispersa. En el momento de la muerte de Roger II, sus dominios en Italia eran tan sicilianos, calabreses y apulios como normandos. Sin embargo, perduró un sentimiento de cultura compartida con la patria. Se dice que Roger prefería a los cortesanos franceses y anglonormandos debido a su herencia común.[15]Y los nombres que eligieron los Altavilla para sus hijos son reveladores. Roberto, Roger y Guillermo no eran nombres italianos. Aunque adoptaron costumbres locales, los normandos no olvidaron sus raíces.

El eclipse del dominio normando en África no fue en modo alguno inevitable. Puede que las probabilidades de mantener una presencia sostenida en la región fueran siempre escasas, pero lo que resultó decisivo fue la confluencia de tres factores: la presión de los almohades, la oposición de los fatimíes y los problemas internos en Sicilia e Italia (ocasionados por la muerte de Roger). Es imposible saber cuánto tiempo más podría haber sobrevivido el reino normando si Roger hubiera vivido más años o los fatimíes hubieran sido más

flexibles.

De haber sido así, no cabe duda de que la influencia normanda en la región habría sido mucho mayor. Compárese con el destino de la Sicilia islámica. La contratación por parte de los gobernantes del clan Altavilla de administradores musulmanes era fruto de una tolerancia pragmática, no de un intencionado multiculturalismo. Preferían para los altos cargos a los cristianos y, siempre que fuera posible, a los cristianos de la Iglesia latina. Como consecuencia, la población se fue distanciando del islam y también, hasta cierto punto, del rito ortodoxo griego de una forma lenta pero constante (y con efectos acumulativos significativos). Se promovía que los colonos fueran lombardos de la península, así como la conversión. En los años sesenta, la tolerancia ya había comenzado a dar paso a la coerción y estas iniciativas se intensificaron en el siglo siguiente. A medida que los cristianos de la Iglesia latina se iban afianzando más firmemente, empezaron a hacer gala del chovinismo tan característico de la época. Aumentó la presión en los enclaves musulmanes que quedaban, y las matanzas y las expulsiones se volvieron habituales.[16]

Esto era lo que aguardaba a los habitantes de Ifriquía en 1148. Afortunadamente para ellos, el dominio sicilianonormando resultó ser fugaz, por lo que sigue siendo poco más que una fascinante nota a pie de página en la larga historia de la conquista y colonización normanda. No obstante, los comienzos en falso son tan interesantes como los éxitos y el efímero reino africano de Roger es un útil recordatorio de que la influencia normanda en Europa, África y Asia podría haber sido aún mayor.

16

Gales del Norte: un lobo con piel de lobo, 1068-1098

Cuando Gruffudd ap Cynan zarpó de Dublín con rumbo al norte de Gales en 1075, estaba asumiendo un riesgo calculado. Solo llevaba a un puñado de hombres con él, que habían aportado generosamente los parientes de su madre, los poderosos gobernantes vikingos de Dublín. Con su ayuda, confiaba en proclamarse gobernante de Gwynedd. Su esperanza no era del todo vana, ya que el padre de Gruffudd era un príncipe del linaje real, que se había visto obligado a exiliarse en Irlanda en 1039, cuando Gruffudd ap Llywelyn, un miembro de una dinastía rival, usurpó el trono. El joven Gruffudd ap Cynan quería vengarse por el maltrato sufrido por su padre.

La situación política en el norte de Gales incrementaba sus posibilidades. Había iniciado los preparativos al enterarse de la muerte de Bleddyn ap Cynfyn, hermanastro y sucesor de Gruffudd ap Llywelyn. No obstante, el tiempo y la distancia no jugaron a favor de Gruffudd ap Cynan. Aunque se movió con rapidez, cuando llegó a Anglesey unos meses más tarde, descubrió que Trahaearn, el primo de Bleddyn, ya se había proclamado rey en su lugar. Gruffudd ap Cynan contactó con algunos aliados locales antes de navegar hacia el este, hasta el castillo de Rhuddlan, situado en el centro-norte de Gales. Allí se aseguró el respaldo del señor local, Roberto. Primo de Hugo, el nuevo conde normando de Chester, Roberto de Rhuddlan llevaba algún tiempo extendiendo su influencia por el norte de Gales. Él y Hugo se mostraron más que dispuestos a apoyar a Gruffudd y, con su ayuda, este pudo librarse rápidamente de sus adversarios. Gruffudd ap Cynan pudo sentarse por fin en el trono ancestral.[1]

A primera vista, puede que estos hechos resulten poco espectaculares. Un gobernante provincial de Gales reemplazó a otro en una de esas complejas luchas dinásticas que habían caracterizado desde siempre a la región. Sin embargo, cuando se analizan más de cerca, se aprecian diferencias. Gruffudd ap Cynan solo pudo conseguir el trono gracias el apoyo de Roberto y, una vez instalado en él, actuó de inmediato contra sus partidarios normandos. Los normandos eran ahora una fuerza nueva e importante en la política galesa.

Los normandos ya habían estado realizando incursiones en Gwynedd y las zonas vecinas del sur desde hacía varios años. La diferencia entre estas y los acontecimientos de 1066 es que estas eran operaciones privadas a iniciativa de los nuevos señores de la marca (como se conocía a la frontera inglesa con Gales). Con un reino y un ducado a su nombre, el Conquistador tenía poco interés en extender su control directo a las regiones más pobres del oeste y el norte de Inglaterra. Sin embargo, para sus aristócratas la situación era diferente. La conquista les había abierto el apetito y difícilmente iban a detenerse en la frontera. Guillermo, por su parte, estaba encantado de animar a sus hombres: si se lograba extender la influencia normanda sin ningún costo para la corona, saldría tan beneficiado como ellos.

Fue de estos procesos de los que fueron surgiendo poco a poco los señoríos de la marca galesa.[2]La palabra «marca» hace referencia a un límite o una frontera (muy similar al termino *Mark* en alemán). En su forma en inglés antiguo ya había dado lugar al nombre de los mercianos de las Midlands Occidentales (literalmente, «el pueblo de la frontera»). Por tanto, estas regiones poseían desde hacía mucho tiempo un carácter fronterizo y el gran rey de Mercia del siglo VIII, Offa, hizo construir un dique que discurría de norte a sur a lo largo de la frontera entre Gales e Inglaterra. Los conflictos de baja intensidad eran comunes entre los grupos y puede que el dique fuera concebido originalmente para evitar el robo de ganado. No obstante, en el plano político en general reinaba la estabilidad. Los reyes ingleses ejercían a menudo cierto dominio sobre sus vecinos galeses, pero hacían pocos esfuerzos por conquistarlos o por gobernar directamente.

Este cambio se había comenzado a apreciar en los años anteriores a la conquista. En los siglos X y XI, Gales estaba dividido en dos reinos: Gwynedd en el norte (que también incluía Powys en el centro-norte) y

Deheubarth (que significa literalmente «la parte sur») en el sudoeste. Estos dos reinos solían ser gobernados conjuntamente y se diferenciaban de Morgannwg (Glamorgan), en el sudeste, que mantenía vínculos más estrechos con sus vecinos ingleses.[3]En 1055, el gobernante del norte Gruffudd ap Llywelyn se aseguró el control de Deheubarth y también de estos dominios del sudeste. Ahora representaba un tipo de amenaza muy diferente, una amenaza agravada por los conflictos entre facciones que existían en la corte inglesa. En esos años se produjo el ascenso de los Godwin, que desagradaba profundamente a los condes de Mercia, representados por Ælfgar, quien no tardó en convertirse en un buen amigo y firme aliado de Gruffudd ap Llywelyn, su vecino inmediato al oeste. Fue el rey galés quien ofreció a Ælfgar un refugio seguro cuando tuvo que exiliarse en 1055. En los años siguientes, hicieron a menudo causa común. Gruffudd ap Llywelyn se casó con Edith, la hija de Ælfgar. Y cuando Ælfgar tuvo que exiliarse por segunda vez en 1058, fue restituido gracias a la ayuda de Gruffudd.[4]

Sin embargo, la muerte de Ælfgar en 1062 dejó a Gruffudd en una situación de vulnerabilidad y los Godwin se apresuraron a aprovechar la oportunidad. Tras conseguir la aprobación del rey para iniciar un ataque preventivo, Haroldo avanzó por la costa norte de Gales a finales de diciembre de 1063 devastando todo a su paso. El plan era coger a Gruffudd desprevenido, pero fracasó, aunque Haroldo aprovechó la ocasión para incendiar la residencia de Gruffudd en Rhuddlan. En la primavera siguiente, reunió al ejército en Bristol y lanzó un ataque terrestre y naval conjunto con su hermano menor Tostig. Gruffudd tuvo que refugiarse en Snowdonia, donde sus hombres se volvieron contra él y enviaron la cabeza decapitada del rey galés a Haroldo como siniestra ofrenda de paz.

La caída de Gruffudd generó confusión y Haroldo la aprovechó con gusto. Las regiones situadas entre el Dee y Clwyd quedaron bajo control inglés (y fueron integradas en un Cheshire más amplio). No obstante, los principales avances tuvieron lugar en el sur, donde el poder de Gruffudd siempre había sido más débil. Entre principios y mediados de los años cincuenta se había ampliado el condado de Wessex para incorporar las Midlands sudoccidentales, que limitaban con el antiguo reino de Gwent, en el este de Morgannwg. La caída de Gruffudd permitió a Haroldo extender su autoridad a esta zona y

construyó un pabellón de caza en Portskewett. También se casó con la viuda de Gruffudd (Edith, la hija de Ælfgar). Fue en parte una medida para forjar una alianza con los condes de Mercia, pero también un acto que resonó en Gales. Al igual que en otras partes de Europa, allí también era habitual casarse con la viuda de un enemigo derrotado; Haroldo estaba representando simbólicamente la victoria.[5]Pese a esta interrupción, la alianza entre las familias de Gruffudd y Ælfgar perduró. Y cuando los hijos de Ælfgar, Edwin y Morcar, se rebelaron contra el Conquistador en 1068, contaron con el apoyo de los sucesores de Gruffudd ap Llywelyn, sus hermanastros Bleddyn y Rhiwallon.

En las Midlands Occidentales la influencia normanda había sido significativa ya antes de la Conquista. Era aquí donde se encontraba el modesto condado de Raúl de Mantes y donde se construyeron los primeros castillos normandos en los años cincuenta. Su número se multiplicó rápidamente después de 1066, cuando cada vez más aristócratas normandos se sintieron atraídos por la región; y la marca galesa pronto se jactó de tener una mayor densidad de fortificaciones que cualquier otro lugar de las Islas Británicas.[6]El dique anglosajón había dado paso a la mota normanda. Sin embargo, los nuevos señores de la marca no solo tenían en mente modernizar las defensas. El castillo era ante todo un instrumento de señorío y eso era lo que estaba en juego: el control sobre los hombres y la tierra.

La marca que surgió atrajo (y engendró) a un tipo de señor especialmente agresivo: hombres acostumbrados a correr riesgos elevados y obtener grandes ganancias. Pocos ejemplifican mejor este espíritu que Hugo de Avranches, el primer conde de Chester.[7]Su padre había realizado una importante aportación a la flota invasora de Guillermo en 1066 y aunque Hugo era demasiado joven para participar, cruzó el canal poco después para ayudar a consolidar el dominio normando. Al principio fue recompensado por la lealtad de su padre con el mando del castillo de Tutbury en Staffordshire, pero Hugo estaba destinado a ocuparse de tareas más importantes y pronto le confiaron la estratégica ciudad de Chester y el condado recién creado con este nombre.[8]Chester era uno de los principales puertos ingleses en el mar de Irlanda, que facilitaba el comercio entre las Midlands, Gales, Irlanda y Escocia. También se encontraba justo en el lado inglés de la frontera con Gales y desde allí se controlaba el tráfico

por el Dee. Desde su sede, Hugo podía vigilar a los reyes del norte de Gales, que durante mucho tiempo habían sido los más poderosos (y peligrosos) de las dinastías autóctonas. En 1068, Edwin y Morcar habían pedido apoyo a Gales para su levantamiento; como respuesta, el Conquistador colocó a un hombre de confianza en la frontera.

Lo que atrajo a la región a Hugo y a otros señores con ideas afines fueron las oportunidades que brindaba la frontera. La conquista normanda de Inglaterra había sido extraordinariamente rápida. La mayoría de los nuevos señores ya estaban establecidos en la década posterior a 1066 y para cuando se recopiló el Domesday Book en 1086, el proceso prácticamente había concluido. Eso significaba que para satisfacer sus ambiciones debían poner la mira fuera, en los reinos independientes situados al oeste y el norte de Inglaterra. Solo allí se podrían conseguir nuevas tierras y señoríos.

Hugo se dispuso a hacerlo realidad enseguida. Poco después de su nombramiento, sus hombres se hicieron con las tierras bajas situadas al oeste y al sur de Chester, que Haroldo había obtenido en 1064. Algunas fueron a parar a manos de los nuevos señores normandos, pero la mayoría le fueron asignadas a Roberto de Rhuddlan, primo de Hugo y su mano derecha. Sería Roberto quien, bajo la égida de Hugo, impulsaría la expansión normanda en la región. Estaba siguiendo los pasos de Haroldo y en 1073 ya se había instalado en la antigua residencia de Gruffudd ap Llywelyn en Rhuddlan. Se construyó una formidable fortaleza por orden real.

Hugo y Roberto participaron juntos en una incursión en Llŷn, probablemente a mediados de los años setenta. Y en 1078, ya habían extendido su autoridad a Deganwy, con vistas al río Conwy. La mayoría de estos avances fueron obra de Roberto, pero Hugo estuvo presente en momentos cruciales: estuvo al frente de una incursión en 1081 y regresó de nuevo a mediados de los años noventa tras la muerte de Roberto. Cuando los encuestadores del Domesday llegaron a Cheshire, incluyeron en el registro toda la región hasta el Clwyd; para ellos, era Inglaterra. Tampoco ignoraron los señoríos establecidos por Roberto más allá de este. Puede que Gales del Norte, como llamaban a Gwynedd, no fuera Inglaterra propiamente dicha, pero era evidente que se hallaba dentro de la órbita inglesa. Registraron que, por estos territorios, Roberto pagaba un tributo anual de cuarenta libras, la misma suma que el gobernante galés de Deheubarth, en el

sudoeste.[9]

Para principios de los años noventa, Hugo y Roberto habían construido castillos en Aberlleiniog (en Anglesey), Caernarfon y Bangor; puede que también hubiera edificaciones similares en Tomen y Mur y en Tomen y Bala, en Meirionnydd. En 1092, pudieron nombrar a un normando para el obispado de Bangor, en el corazón del antiguo reino de Gwynedd. Como en Inglaterra, las pretensiones de ejercer el dominio religioso, político y cultural iban de la mano.[10]Cuando el rey sureño Rhys ap Tewdwr cayó en 1093, los cronistas locales señalaron que todo Gales había caído con él. Es fácil ver por qué pensaban así. El norte llevaba en manos de Hugo y Roberto algún tiempo; ahora se le unía Deheubarth al sur. Era una opinión que compartían al otro lado de la frontera. En las Midlands Occidentales, Juan de Worcester también afirma que «los reyes dejaron de gobernar en Gales» en ese momento.[11]La influencia normanda se hacía sentir en todas partes; parecía que solo era cuestión de tiempo para que se formalizara.

Esto no quiere decir que las incursiones normandas no encontraran resistencia. Uno de los principales adversarios de Hugo y Roberto fue Gruffudd ap Cynan, con quien comenzamos. Gruffudd es el único gobernante galés de la Edad Media de quien tenemos una biografía contemporánea, por lo que podemos hacer un seguimiento de su trayectoria excepcionalmente minucioso.[12]Al principio, Hugo y Roberto se mostraron dispuestos a apoyar a Gruffudd ap Cynan, sin duda con la esperanza de entronizar a un rey vasallo flexible, pero, una vez en el trono, Gruffudd se volvió contra sus aliados normandos. Sin embargo, la fortuna no sonrió al nuevo rey. Antes de que terminara el año 1075, Gruffudd había sido derrotado y expulsado por Trahaearn ap Caradog, al que acababa de reemplazar. Aun así, Gruffudd no perdió la esperanza y, en 1081, regresó con fuerza, respaldado por el rey del sur Rhys ap Tewdwr. Los dos hombres se enfrentaron a Trahaearn en Mynydd Carn (un sitio al norte de St Davids), donde lo derrotaron y mataron.

Gruffudd volvió a marchar hacia Gwynedd, atacando las tierras de sus adversarios a su paso. A su llegada, se hizo con el trono. Sin embargo, su segundo reinado no iba a ser mucho más largo que el primero. Esta vez fueron los normandos quienes derrocaron a Gruffudd. El conde Hugo había estado encantado de utilizar a

Gruffudd contra otros gobernantes del norte de Gales a mediados de los años setenta, pero tenía pocas ganas de dejarlo instaurar un régimen independiente propio, por lo que convenció a Gruffudd para que acudiera a un encuentro en Rug en Edeirnion, justo al oeste de la actual Corwen. Allí, el desprevenido príncipe fue capturado por su antiguo aliado, Roberto de Rhuddlan. Gruffudd pasó más de diez años encerrado en una prisión anglonormanda. Durante esos años, Hugo centró a menudo su atención en otros lugares, ya que la división del enorme reino del Conquistador entre Roberto Curthose y Guillermo Rufo (II) amenazaba su patrimonio normando.

No obstante, el conde se vio obligado a regresar a Chester poco después. En 1093, Roberto fue asesinado por un grupo de asaltantes galeses, lo que dejó las tierras de Hugo peligrosamente desprotegidas. Al año siguiente, se desató una gran rebelión. Tras dos décadas de avances constantes, los normandos comprendieron las dificultades que entrañaba el rebelde mundo de la política galesa. Al igual que el sur de Italia, Gales era un territorio montañoso en el que las conquistas rápidas y los estados centralizados eran la excepción, no la regla. Más o menos por esa época, Gruffudd escapó; de hecho, puede que fuera el responsable de la muerte de Roberto (el cronista posterior Orderico Vital menciona a un tal «Gruffudd rey de los galeses» a este respecto). No cabe duda de que, en 1097, Gruffudd andaba suelto y trataba de reclamar su patrimonio en el norte de Gales.

Los años noventa fueron una década de protestas. Al principio, la dinámica benefició a los galeses. El levantamiento contra los normandos había comenzado en el norte y lo encabezó Cadwgan ap Bleddyn, el hijo del hermanastro y sucesor de Gruffudd ap Llywelyn, pero la rebelión se extendió y, en 1094, cayeron castillos en Gwynedd, Ceredigion y Dyfed. La autoridad de Hugo retrocedió más allá del Conwy y nunca la recuperó del todo. La situación era tan grave, que Guillermo Rufo apareció dos veces, en 1095 y en 1097. Sin embargo, los galeses no se dejaron arrastrar a la batalla y los progresos fueron escasos.

Al final se impondrían los normandos, pero fueron los señores de la marca quienes aseguraron la victoria. En 1098, Hugo aunó fuerzas con Hugo de Montgomery, el conde de Shrewsbury. Juntos, marcharon por la costa norte de Gales e hicieron retroceder a los hombres de Gwynedd y Powys, liderados por Cadwgan ap Bleddyn y

Gruffudd ap Cynan. Los dos últimos no eran aliados naturales, pero al estar los normandos al otro lado del estrecho de Menai, se avinieron a cooperar. Aun así, no hubo forma de frenar el avance y tanto Cadwgan como Gruffudd se vieron obligados a exiliarse al otro lado del mar de Irlanda.

Sin embargo, el triunfo de los normandos sería parcial y fugaz, ya que en ese momento de 1098 apareció el inquieto rey de Noruega Magnus «el Descalzo» frente a las costas de Anglesey. Magnus seguía los pasos de sus propios antepasados vikingos, que habían dominado durante mucho tiempo el mar de Irlanda desde sus bases en Dublín y en el reino de Mann y las Islas. Tras navegar desde Noruega, primero se estableció en Man. Desde allí, el norte de Gales era un objetivo natural, sobre todo en vista de la reciente inestabilidad política. Justo cuando los barcos de Magnus se acercaban a tierra, se produjo una refriega con los normandos que protegían la costa. Las fuentes ofrecen versiones contradictorias del conflicto, pero la mayoría coincide en que Magnus atravesó a Hugo de Montgomery con una lanza que arrojó desde la cubierta del barco. Esto sumió en el desconcierto a los normandos, pero los noruegos no estaban en condiciones de aprovechar la ventaja. Magnus solo tenía seis naves a sus órdenes y es posible que ya se hubiera extralimitado, por lo que el rey noruego se retiró a Man mientras los hombres de Hugo de Montgomery regresaban a Shrewsbury, donde enterraron al conde diecisiete días más tarde.

Hugo de Avranches también se retiró a su base en Chester. Anglesey estaba demasiado lejos de Chester (o Rhuddlan) como para que la conquista fuera viable. Allí la población era leal a sus señores autóctonos y lo seguiría siendo hasta bien entrado el siglo XIII. Así pues, Hugo contactó con Gruffudd y le ofreció restituirlo a cambio de que se sometiera. Llegaron a acuerdos similares en otros lugares: Cadwgan se estableció en partes de Powys y Ceredigion quedó bajo la supervisión del nuevo conde de Shrewsbury, Roberto de Bellême.

Estos acuerdos supusieron un importante retroceso con respecto a las aspiraciones de años anteriores. Sin embargo, debemos tener cuidado de no calificarlos de fracasos. Los hombres como Hugo y Roberto buscaban fama y fortuna, y estaban dispuestos a emplear cualquier medio para conseguirlo. Los levantamientos de 1093 habían demostrado los límites del poder y el control normandos. Siempre que

pudiera conservar cierta soberanía, Hugo se contentaba con reducir sus pérdidas y dejar las cosas como estaban.

En cualquier caso, no le quedaba mucho tiempo en este mundo. Hugo enfermó a finales de 1100 o principios de 1101 y, al intuir que el final estaba cerca, tomó los votos monásticos. Orderico Vital, que escribió en los años treinta y cuarenta en Saint-Evroult, en Normandía, ofrece una vívida descripción de Hugo. Orderico había crecido en la marca, por lo que estaba muy familiarizado con los territorios del conde, y contaba con una fuente de información directa, el hermano de Roberto de Rhuddlan, que también era monje en Saint-Evroult. Según Orderico, Hugo era el más eminente señor del reino del Conquistador (una ligera exageración) y un «amante de este mundo y de la pompa terrenal» (sin exageración). El conde era un gran guerrero, que siempre luchaba en primera línea, un hombre que se distinguía por su prodigiosa generosidad y era amante del lujo. Aquí se pueden apreciar los atributos ideales de la aristocracia normanda de la marca: la valentía, la generosidad y la alegría de vivir.[13]Estas características se reflejan en los apodos que Hugo se ganó. Para muchos era «Hugo el Gordo»; para otros, «Hugo el Lobo». Sin embargo, como revela su conversión en el lecho de muerte, también era piadoso. La ambición de Hugo solo era igualada por la de su primo Roberto de Rhuddlan, a quien el «orgullo y la codicia» empujaban «al saqueo y la matanza incontrolados» (o eso dice Orderico).[14]

Lo que caracteriza las conquistas de Hugo y Roberto es su carácter emprendedor. Fueron ellos, no el Conquistador ni Rufo, quienes impulsaron la expansión normanda por el norte de Gales. Guillermo I solo viajó a Gales en una ocasión (en 1081) y más tarde para que su señorío (nominal) fuera reconocido. La presencia de Guillermo II fue más habitual, pero solo en los años de crisis de finales de los noventa. Por tanto, las conquistas normandas en Gales adquirieron un carácter muy diferente a las de Inglaterra. Aquí el rey era, en el mejor de los casos, un señor lejano. Naturalmente, esto formaba parte de su atractivo. Los señores de la marca eran hombres que disponían de sus propios recursos, no simples representantes de la Corona. Como rezaba un refrán posterior, la autoridad del rey no se extendía a la marca. Y a veces los señores de la marca lo interpretaban al pie de la letra. Cuando en el siglo XIII Walter Clifford recibió una misiva real que no fue de su agrado, hizo que el mensajero se tragara

sus palabras: ¡con la tinta, el pergamino y todo![15]

Con el tiempo, esta independencia se llegó a formalizar. El resultado fueron los señoríos de las marcas de la Plena Edad Media o la Marca propiamente dicha (con M mayúscula).[16]Lo que los caracterizó fue la independencia de la Corona. Como señaló un contemporáneo, cada señor era «como un rey» (*quasi rex*) dentro de sus propios dominios.[17]Eso no solo significaba la supervisión de la justicia, sino también el control de lo que ahora podríamos llamar «asuntos exteriores». Los señores de la marca tenían libertad para acordar la paz y hacer la guerra entre sí y con sus vecinos. Era el «salvaje oeste» de la Gran Bretaña medieval, donde el señorío se afirmaba a punta de lanza. No es ninguna casualidad que el Juan de Warenne que sacó una espada oxidada como prueba de la titularidad de sus tierras en Inglaterra a finales del siglo XI fuera de la estirpe de la Marca.

Las marcas también tenían un carácter híbrido: eran señoríos anglonormandos erigidos sobre cimientos galeses. Se adoptaron elementos de las prácticas y las estructuras de poder locales, y los matrimonios y las alianzas con los gobernantes galeses eran habituales, sobre todo en los primeros años. Así pues, la Marca era un punto de encuentro entre Inglaterra, Normandía y Gales, una región dinámica desde el punto de vista cultural y político, en la que el bilingüismo e incluso el trilingüismo eran comunes.[18]Esto no quiere decir que la Marca fuera una especie de paraíso multicultural moderno, sino más bien al contrario. La otra cara del contacto cultural era el chovinismo, como revelan las actitudes despectivas de los escritores anglonormandos hacia los galeses. La Marca era un lugar en el que las identidades se difuminaban, pero también se reafirmaban.

17

Gales del Sur: dejar una marca, 1068-1098

En los meses de verano de 1081, Guillermo el Conquistador viajó por la costa meridional de Gales. Sería la primera (y única) visita de Guillermo a la región. El motivo era la muerte de Caradog ap Gruffudd, el gobernante de Morgannwg, en el sudeste. Caradog había caído en la batalla contra Rhys, el poderoso rey del vecino Deheubarth. Lo que atrajo a Guillermo y sus normandos fue un vacío de poder que tenían prisa por llenar. Guillermo partió hacia Gales prácticamente nada más enterarse del fallecimiento de Caradog. Él y su séquito avanzaron por Morgannwg hasta Saint Davids, en el corazón de Deheubarth. Las fuentes galesas lo describen de forma optimista como una «peregrinación», pero no cabe duda de que la realidad era otra. Guillermo había ido para hacer valer su autoridad, no simplemente para rezar al santo patrón local. También adoptaron medidas importantes para afianzar el control de Guillermo, incluida la construcción de un castillo en Cardiff, situada río abajo del importante obispado de Llandaff. En los años siguientes, la ampliación del señorío normando al sur de Gales se aceleró. No se encontró a ningún sucesor digno para Caradog. Y aunque las estructuras de poder autóctonas pervivirían en algunos reductos de las zonas altas durante otros ochenta años, el Morgannwg galés se estaba convirtiendo de forma lenta pero segura en el Glamorgan anglonormando.[1]

Al mismo tiempo, Bernard de Neufmarché estaba realizando incursiones similares en Brycheiniog, un reino menor situado al norte del Morgannwg de Caradog, que estaba bajo el control nominal de Rhys. El propio Bernard era un pariente lejano del Conquistador, que había cruzado el canal a finales del reinado de Guillermo o principios del de Rufo. Bernard no tardó en asentarse en la marca y casarse con

una noble local, Nest. Como su nombre sugiere, Nest era de ascendencia mixta. Su padre era normando, hijo de uno de los primeros que se asentaron en las Midlands Occidentales en tiempos del Confesor. Su madre, que también se llamaba Nest, era galesa, hija de Gruffudd ap Llywelyn. Nest, una rica heredera capaz de desenvolverse en los círculos aristocráticos tanto normandos como galeses (a veces se hacía llamar por su nombre normando, Agnes), era la esposa ideal para un joven barón ambicioso como Bernard.

Gracias a estos contactos, Bernard se estableció rápidamente. Para 1093, él y sus hombres habían ocupado Talgarth, la capital tradicional de Brycheiniog (por entonces una pequeña población con mercado a medio camino entre Hay-on-Wye y Brecon); y cuando en abril de 1093 Rhys trató de expulsar a Bernard, sufrió una contundente derrota. Rhys murió en la refriega, dejando Brycheiniog en manos normandas y Deheubarth, desprotegido. Fue esto lo que indujo a los comentaristas contemporáneos a observar que había caído todo Gales. Brycheiniog se estaba convirtiendo en el señorío normando de Brecon.[2]

No obstante, los avances más significativos en el centro y el sur de Gales fueron los que realizaron los condes de Shrewsbury. El primero de ellos, Roger de Montgomery, era originario de la Alta Normandía y había sido uno de los compañeros más cercanos del Conquistador desde su juventud. Durante la campaña de Hastings, Roger recibió el encargo (junto con Roger de Beaumont) de asesorar y apoyar a Matilde, que ejercía de sustituta de Guillermo. No tardaría en ver recompensados sus esfuerzos con la concesión de tierras en Arundel y Chichester, junto con el nuevo condado de Shropshire, con sede en Shrewsbury. Es probable que este último nombramiento se produjera (al igual que el de Hugo en Chester) como respuesta al levantamiento de Edwin y Morcar en 1068. Hacía falta un hombre de confianza en la marca central y el viejo amigo de Guillermo, Roger, era el candidato perfecto.

Con Roger, la influencia normanda se extendió al vecino Powys, que desde hacía mucho tiempo era gobernado desde Gwynedd, en el norte. En 1072, el hijo de Roger (y futuro heredero) Hugo llevó a cabo una devastadora incursión en el valle de Severn. Al año siguiente perpetró ataques contra Ceredigion y Dyfed, en el sudoeste. Roger y sus hombres no tardaron en empezar a ejercer un control más directo

sobre sus vecinos. Un símbolo del deseo del conde de imponer su voluntad en Gales fue el nuevo castillo que hizo construir en Hen Domen, dentro del antiguo reino de Powys, que posteriormente daría origen a la población de Montgomery (llamada así por los condes) a unos tres kilómetros al sur, donde fue reubicado el castillo a principios del siglo XIII.

Que Roger estaba intentando ampliar (y no simplemente defender) su territorio lo demuestran los castillos que mandó construir por el Severn desde esta nueva base.[3]Los hombres de Roger parecían dispuestos a llegar más allá de Powys, hasta Ceredigion en el sur (donde construyó un castillo en la actual Cardigan) e incluso hasta el reino de Deheubarth de Rhys. Al igual que en el norte, pecaron de cierto exceso de confianza. Durante las rebeliones que estallaron entre 1094 y 1098, perdieron Cardigan, junto con las conquistas más recientes de Ceredigion y Dyfed. El poder y la autoridad galeses también estaban resurgiendo en el valle de Severn e incluso el simbólico castillo de Montgomery fue tomado en el año 1095. Solo aquellas regiones que estaban bajo control normando seguro en 1093 llegarían a ser la base de la marca posterior. En cambio, aquellas zonas que aún seguían siendo en gran medida libres (Ceredigion, gran parte de Gwynedd y partes de Powys) acabarían constituyendo el Principado de Gales o Pura Wallia, como se le conocía.[4]

Roger murió justo cuando empezaban a propagarse estas insurrecciones, por lo que le tocó responder a su hijo y heredero Hugo, que no era el primogénito. Al igual que el conquistador, Roger legó sus propiedades normandas a su primogénito, Robert de Bellême, y dejó a Hugo a cargo de los señoríos considerablemente más ricos (pero mucho más precarios) fundados en Inglaterra y Gales. Hugo tendría que esforzarse mucho para mantener su posición. Los normandos estaban en desventaja cuando se convirtió en conde y la situación no hizo sino empeorar cuando participó en una rebelión contra el rey. Volvemos a encontrar a Hugo en 1098, cuando él y su homónimo del norte restablecieron la influencia normanda en gran parte de Gwynedd y Powys. Sin embargo, la muerte de Hugo al final de esta expedición marcó el fin del camino para su familia. El hermano mayor de Hugo, Roberto, heredó el condado, pero pronto se vio envuelto en las luchas entre el duque normando y el rey inglés, y acabó perdiendo sus tierras galesas e inglesas.

El destino de los Montgomery es un reflejo del de muchos otros de los primeros señores de la marca. El condado de Hereford de Guillermo Fitz Osbern, fundado más o menos por la misma época que los de Roger y Hugo de Chester, ya había desaparecido en 1075. Y aunque al de Hugo de Avranches le fue mejor durante algún tiempo, también acabó sucumbiendo a los caprichos de la suerte. La muerte en 1101 de Hugo, que dejó a su joven hijo Ricardo como heredero, planteó el primer problema. Ricardo apenas había alcanzado la mayoría de edad cuando la tragedia golpeó de nuevo: él y su hermanastro murieron a bordo del Barco Blanco en 1120, lo que puso un abrupto fin a la dinastía. No obstante, los logros de estos primeros nobles de la marca perduraron. Puede que las conquistas más ambiciosas de los años ochenta y noventa resultaran un fracaso, pero la expansión capilar a las regiones de las tierras bajas del sur, el centro y el nordeste de Gales cambió la faz de la región y sentó las bases de la Marca.

Es importante no presentar esta expansión como un choque entre culturas. Los galeses y los normandos podían estar a menudo en desacuerdo y, con el tiempo, habría importantes discrepancias sociopolíticas entre la Marca y el Principado, pero, en la práctica, las relaciones entre ambos fueron pragmáticas, desde el odio y la hostilidad hasta la amistad y la alianza. El mismo Gruffudd ap Cynan que fue expulsado de Anglesey por Hugo de Avranches y Hugo de Montgomery regresó en 1098 con el apoyo de Hugo al año siguiente. En realidad, los conflictos cambronormandos eran tan comunes como los conflictos entre los muchos gobernantes galeses independientes y semiindependientes. Fueron estos los que a menudo atrajeron a los normandos a la región, como en el caso de Gruffudd y Gwynedd. Tampoco es que las filas anglonormandas fueran más disciplinadas. Hombres como Hugo de Avranches y Roger de Montgomery competían y también cooperaban, y las luchas violentas entre los señores de la Marca no eran infrecuentes.

Al igual que en el Mediterráneo, los normandos se encontraron aquí con un mundo político fragmentado en el que era fácil realizar incursiones, pero difícil lograr conquistas duraderas. El paisaje también guardaba similitudes, salpicado de colinas, montañas y valles. Esto mitigaba la ventaja tecnológica de la que solían disfrutar los normandos en otras ocasiones. Sus caballeros montados solo pudieron

causar un verdadero impacto en las tierras bajas del sur y el nordeste. No es casualidad que fueran las primeras regiones en caer y el corazón de la futura Marca. Las fortificaciones también eran menos eficaces en este terreno. Gales puede presumir de tener más castillos que cualquier otra parte de las Islas Británicas, pero pocos de ellos se encuentran en un terreno que se eleve más de 180 metros sobre el nivel del mar, una elevación que se supera en gran parte del centro y el norte de Gales. La fragmentación geográfica y política iba de la mano y los normandos se encontraban a menudo frente a una desconcertante variedad de príncipes locales.

En los primeros años, los normandos hicieron poco más que añadir un hilo adicional a la compleja telaraña de la política local galesa. Sin embargo, esto pronto empezó a cambiar. En los años ochenta, los conflictos políticos más importantes ocurrían entre príncipes autóctonos; después de 1093, solían surgir entre galeses y normandos. Los gobernantes locales seguían compitiendo entre sí, pero ahora imperaba una creciente sensación de que era necesario cooperar contra un enemigo común. Esta nueva hostilidad comenzó a expresarse ideológicamente en ambos bandos. Los galeses recurrieron a la tradición autóctona de la historia y la profecía, a los relatos de una época en la que (como antiguos britanos) habían dominado la isla, y a las predicciones de que volverían a hacerlo. Encontraron su expresión más famosa (aunque idiosincrásica) refractada a través de la lente literaria de Godofredo de Monmouth, la fuente última de las leyendas artúricas posteriores. Godofredo era anglonormando, pero originario de la marca. Se apropió alegremente de las leyendas galesas para sus propios fines y presentó al resto de Europa a personajes como Arturo y Merlín. Los contemporáneos ingleses de Godofredo reelaboraron estos materiales y empezaron a reivindicar el legado de Arturo.[5]

El efecto más duradero de este distanciamiento se encuentra en el chovinismo cultural de los señores de la marca anglonormandos. Los normandos habían encontrado en Inglaterra una sociedad no muy diferente a la de su Normandía natal. Puede que a veces pusieran en entredicho a la población local, pero tras esas afirmaciones subyacía una comprensión de cómo operaba la sociedad y a menudo un respeto reticente por los logros culturales y militares de los ingleses. Ese terreno común era más difícil de encontrar en Gales. Allí los

normandos se enfrentaban a una sociedad mucho menos jerárquica, en la que el poder estaba repartido de forma más equitativa, los campesinos eran más libres y los señores estaban más sujetos a limitaciones. En términos absolutos, Gales era también mucho más pobre. Sus colinas y montañas no contribuían a generar riqueza en una economía que dependía mucho de la agricultura. Al carecer de grandes excedentes agrícolas, había poca necesidad de asentamientos urbanos como los que impulsaban el crecimiento económico en otros lugares y poca capacidad para sustentarlos. Debido a estas características, los principados galeses solían ser más pequeños y débiles que sus homólogos ingleses o franceses, y cuando se crearon entidades políticas más amplias (como con Gruffudd ap Llywelyn) fueron efímeras. El efecto acumulativo de estas desemejanzas convertía a Gales en un lugar mucho más extraño.

Y no eran las únicas diferencias. En la sociedad galesa la autoayuda estaba a la orden del día. Las disputas y el robo de ganado eran comunes. A los ojos de los normandos, era una tierra que no respetaba la ley. Comentaristas anglonormandos posteriores contrapusieron la «tierra de guerra» galesa a la «tierra de paz» inglesa. Incluso en la práctica de la guerra, los galeses se distinguían. Los aristócratas normandos no evitaban la violencia, pero poseían un fuerte espíritu corporativo. Se podía matar a otros nobles en el fragor de la batalla, pero no podían ser asesinados mientras huían, y se hacía todo lo posible por minimizar las bajas. Estas normas no se aplicaban en Gales, donde (como en la Inglaterra anterior a la Conquista) fue habitual esclavizar, matar y mutilar a los rehenes (e incluso a miembros rivales de la misma familia) hasta bien entrado el siglo XIII.

La respuesta natural a estas diferencias, sobre todo cuando los ánimos estaban caldeados, era la condescendencia. Los señores de las marcas se convertían en los expatriados originales. Su objetivo era explotar o reemplazar a los autóctonos, lo que a menudo resultaba en un incómodo *apartheid*. Esto sirvió para desalentar el intercambio cultural. Los galeses acabaron adoptando muchos de los símbolos de la cultura de élite de Europa occidental, como los castillos, las cartas selladas y elementos del código caballeresco. No obstante, se mostraron mucho menos dispuestos a hacerlo que sus homólogos ingleses o escoceses.[6]

Como en Tierra Santa, los normandos servían a un propósito más

elevado en Gales (o eso les gustaba creer). Se trataba de una misión civilizadora, que presuponía la inferioridad de la población local. Era un llamamiento eficaz, pero profundamente deshumanizador. También garantizaba que esos esfuerzos no se limitaran a Gales.

18

La península ibérica: «La raza de los normandos no escatima esfuerzos», 1147-1148

En junio de 1147, la población mayoritariamente musulmana de Lisboa sufrió el ataque de un ejército extranjero de tamaño considerable. Parte del mismo lo componían sus vecinos cristianos del norte, del reino de Portugal, que se expandía rápidamente. Al mando iba Alfonso I el Grande (*O Grande* en portugués), que se había proclamado rey recientemente, tras vencer al gobernador almorávide de Córdoba en Ourique en 1139. Desde entonces, Alfonso había ido socavando sin cesar los territorios de al-Ándalus (la Iberia islámica). Por entonces tenía la mirada puesta en la recompensa de Lisboa.[1]Sin embargo, la mayor parte de sus soldados no provenían de la península ibérica, sino del norte de Europa, de Flandes, Renania y (sobre todo) de la Inglaterra anglonormanda.

Por tanto, este episodio forma parte de la historia más amplia de la conquista normanda y su consolidación. El carácter normando del ejército lo corrobora un texto latino anónimo conocido como *De expugnatione Lyxbonensi* («Sobre la conquista de Lisboa»), escrito por un clérigo anglonormando.[2]Según él, este ejército inusualmente cosmopolita se había reunido por primera vez esa primavera en Dartmouth, en el sudoeste de Devon. El motivo para hacerlo era la segunda cruzada, la primera gran expedición a Oriente desde el fallido ataque de Bohemundo contra Bizancio en 1107-1108. Esta cruzada fue convocada tras la pérdida de la estratégica ciudad (y condado) de Edesa en 1144. Por primera vez desde 1099, la presencia occidental en Tierra Santa parecía correr peligro. Lo que se necesitaba era un ataque preventivo para recuperar Edesa y reforzar el control cristiano del espacio santísimo.

El paradigma por excelencia de la segunda cruzada fue Bernardo,

el carismático abad de Claraval en Francia, quien, después del papa, era el clérigo más influyente de la cristiandad occidental. Bernardo predicaba sobre la necesidad de emprender la cruzada en su tierra natal y en la Renania alemana. Su mensaje, que se vio favorecido por los recuerdos de la primera cruzada, era recibido con gran entusiasmo.[3]Siguiendo instrucciones de Bernardo, tomaron la cruz tanto Luis VII de Francia como Conrado III de Alemania y, con ellos, una amplia representación de la aristocracia francesa y alemana. Sin embargo, la fiebre por las cruzadas no se limitaba a estos círculos elevados. Muchos miembros de la pequeña nobleza y de las comunidades mercantiles de las ciudades europeas de Renania y los Países Bajos, que crecían rápidamente, estaban deseando aportar su granito de arena a la causa. Hombres como estos eran los que constituían el grueso del ejército que se reunió en Dartmouth. Allí optaron por organizarse a partir de la cooperación, de forma muy similar a un gremio, comuna o asociación urbana, y prestaron juramento mutuo de actuar conjuntamente y defender una serie de principios comunes. Según estos, el ejército debía evitar los ropajes caros (que inducen a pecar), no debía dejar que las mujeres salieran en público y cumplir regularmente con las obligaciones religiosas. También debía elegir a dos representantes de entre cada mil hombres, que supervisarían la resolución de las disputas y el reparto del botín.[4]

Sabemos muy poco sobre el contingente anglonormando. Una parte significativa procedía de Anglia Oriental, incluido Hervey de Glanvill, a cuyo servicio se encontraba el autor de *De expugnatione Lyxbonensi*. Puede que otros provinieran de los *home counties* del sudeste y es probable que algunos acudieran desde Devon y el sudoeste, donde se reunió el ejército. Sin embargo, la elección de Dartmouth como punto de reunión obedecía en buena medida a cuestiones prácticas. Su puerto de aguas profundas se encontraba en medio de las rutas marítimas naturales desde el sur y el este de Inglaterra hasta el Mediterráneo y solo se tenían que desviar un poco los destacamentos que se incorporaban desde Renania y los Países Bajos.

La flota zarpó desde allí el 23 de mayo de 1147. Según nuestra crónica principal, la formaban unas 164 naves, aunque otras fuentes sugieren que el número podría haberse acercado a las 200. Se trataba, pues, de una fuerza considerable de entre 8.000 y 10.000 hombres.

Los anglonormandos eran el componente más numeroso y probablemente constituían algo menos de la mitad del ejército. Tres días después de zarpar, avistaron tierra en Bretaña. Allí estuvieron en calma chicha durante dos días. Sin embargo, cuando el viento empezó a soplar y cruzaron el golfo de Vizcaya, los cruzados se encontraron con problemas, ya que los vientos favorables se convirtieron en una tempestad y los barcos de la flota se dispersaron. Muchos de los que viajaban a bordo lo interpretaron como una señal de descontento divino. Y solo después de que confesaran sus pecados y ofrecieran oraciones de arrepentimiento, la tormenta comenzó a amainar y pudieron llegar al puerto de San Salvador (entonces conocido como Gozzim y ahora como Luanco, al norte de Oviedo). Desde allí prosiguieron por la costa norte de España. Al parecer, parte del grupo se detuvo para visitar el famoso lugar de peregrinaje de Santiago de Compostela antes de arribar finalmente a Oporto el 16 de junio.[5]

Fue allí donde entró en escena Lisboa. Los cruzados fueron recibidos en Oporto por el obispo local Pedro Pitões, que actuaba en nombre del rey Alfonso. Alfonso estaba participando en una campaña en el sur y la misión de Pedro era captar a los cruzados para la causa portuguesa. Es probable que Alfonso llevara algún tiempo planeándolo. Había intentado tomar Lisboa cinco años antes, también con ayuda externa, por lo que sabía muy bien cómo ganarse a los devotos peregrinos piadosos. Puede que también lo alentara el carácter amorfo de la segunda cruzada. Siempre se había previsto como un conjunto de iniciativas vagamente asociadas, centradas en Tierra Santa, pero que incluían ataques contra los musulmanes y los paganos en otros lugares de la península ibérica y Europa central y oriental.

Incluso se ha sugerido que el destino de la flota fue Lisboa desde un principio. Es poco probable. El sitio podría haber sido un preludio natural de la acción del año siguiente en Oriente Medio, pero el autor de la crónica, que escribe como testigo presencial, no facilita ninguna indicación sobre dichos planes. Más bien al contrario, deja claro que costó mucho convencer a los cruzados. Tras recibir la invitación inicial del rey, esperaron hasta la mañana siguiente para deliberar. Se dice que, entonces, el obispo Pedro les predicó, exagerando la amenaza que representaba la al-Ándalus islámica para la población cristiana del reino portugués y recalcando la importancia de rescatar Lisboa. Estas

prolijas justificaciones, inventadas probablemente por el autor, son una clara señal de que el consentimiento de los cruzados no estaba garantizado. Solo después del apasionado llamamiento de Pedro accedieron a reunirse con Alfonso.[6]

Los cruzados viajaron al sur, a Lisboa, para escuchar al rey. Allí disfrutaron de otro largo discurso formal, que esta vez pronunció el propio Alfonso. El problema para los cruzados era que habían jurado seguir la cruzada, por lo que cualquier distracción no autorizada —y Lisboa no había sido identificada oficialmente como parte de la causa cruzada— era potencialmente un abuso de confianza. Como respuesta, Pedro y Alfonso presentaron el ataque a Lisboa como un acto de defensa de la cristiandad, pero sin la sanción oficial del papa no era en absoluto seguro que fuera una cruzada genuina. Un segundo conjunto de problemas se debía al hecho de que algunos de los anglonormandos hubieran formado parte del ejército que había intentado tomar Lisboa en 1142. Se trató de una iniciativa similar, en la que Alfonso hizo desviarse a un grupo de peregrinos que se dirigían a Tierra Santa.[7]Sabemos poco sobre la campaña, excepto que terminó en un fracaso y recriminaciones. Los que habían participado insistían en que el rey era un hombre de mala fe y animaron a sus camaradas a evitar Lisboa y dirigirse directamente a Tierra Santa.

Sin embargo, las palabras de Alfonso convencieron a la mayor parte de la flota, por lo que le tocó a Hervey de Glanvill persuadir a las ocho tripulaciones recalcitrantes de anglonormandos con otro discurso. Se trata de la parte más famosa de todo la crónica *De expugnatione*. En ella, Hervey apela a un sentido compartido de orgullo normando. Tras señalar la diversidad de pueblos reunidos bajo el estandarte cruzado, hace hincapié en lo esencial que es que los normandos arrimen el hombro:

> [R]ecordando las virtudes de nuestros antepasados, debemos esforzarnos para incrementar el honor y la gloria de nuestra raza en lugar de cubrir la gloria deslustrada con los harapos de la malicia. Que los sucesores guarden en su memoria las hazañas notables de los ancianos es una señal de amor y honor. Si sois dignos émulos de los ancianos, el honor y la gloria os seguirán; pero si [sois] indignos, entonces [lo hará] la deshonra del reproche. Porque ¿quién no sabe que la raza de los normandos no escatima esfuerzos en la práctica continua del valor?

Hervey les reprochaba a continuación que causaran problemas, señalando que no existían tales divisiones entre los hombres de

Colonia (los renanos) o Flandes. En una última petición, retoma el tema y les insta a no avergonzar a sus compatriotas, y a la propia Normandía, la «madre de nuestra raza».[8]

Esta conmovedora súplica tuvo el efecto deseado y las tripulaciones reacias aceptaron. Como la crónica está escrita por un socio de Hervey, podemos dudar de que bastara la elocuencia para convencerlos (o, incluso, de que Hervey fuera el único que presionó). No obstante, por muy adornado que pueda estar el discurso, facilita información valiosa sobre cómo veían la expedición sus participantes. Revela que, pese al espíritu comunal de sus votos, los cruzados seguían estando claramente divididos en función de su pertenencia étnica, divisiones agravadas por la negativa a participar de un pequeño destacamento anglonormando. Alfonso se había sorprendido al enterarse de que no había un único líder de la fuerza y ahora quedaban al descubierto las dificultades de la compleja composición del ejército. El gobierno comunal funcionaba bien cuando había consenso, pero tenía problemas cuando surgían discrepancias.

Al final, Alfonso consiguió los hombres que necesitaba. Acordó unas condiciones generosas, como pagar a los cruzados por su servicio y otorgarles el derecho a saquear la ciudad (y pedir un rescate por su población). Lisboa estaba bien defendida, como Alfonso había comprobado cinco años antes. Incluso con estas fuerzas adicionales, el éxito no estaba en absoluto asegurado. El asedio comenzó el 1 de julio y duraría la mayor parte de los cuatro meses siguientes.

La primera medida de Alfonso y sus hombres fue tomar la periferia de la ciudad y lo consiguieron. Tuvieron la suerte de asegurarse la inmensa mayoría de las tiendas de la ciudad, que, de forma bastante imprudente, habían permanecido fuera de las murallas. Sin embargo, no lograron nuevos avances de inmediato y ambas partes se prepararon para un largo asedio. Se intentó presionar con la maquinaria de asedio, pero su eficacia fue escasa. A medida que pasaban los meses, los ánimos comenzaron a decaer. Lo que se pretendía que fuera un breve desvío corría el riesgo de convertirse en un asunto global. Se puede apreciar el coste del asedio en los cementerios consagrados a los cruzados, uno para los anglonormandos al oeste, y otro para los renanos y flamencos al este. Sin embargo, justo cuando la moral empezaba a estar por los suelos, la suerte sonrió a los sitiadores. Interceptaron un barco que intentaba eludir el

bloqueo y llevaba cartas en las que se pedía ayuda al gobernante de Évora, situada al este. Poco después, interceptaron un mensaje de Évora en el que se informaba a los ciudadanos de que no iban a recibir ayuda. Estas nuevas infundieron ánimos a los cruzados.

A finales de octubre, la suerte estaba echada para la población de Lisboa. Los anglonormandos habían logrado colocar una torre de asedio en el vértice sudoeste de las murallas. Como respuesta, los habitantes pidieron una tregua durante la noche para sopesar sus opciones. A la mañana siguiente, propusieron las condiciones de la capitulación: la ciudad y todo su oro serían para Alfonso, siempre que los ciudadanos se salvaran. Esto provocó nuevas divisiones entre los cruzados (lo que probablemente se pretendía). Esta vez eran los flamencos y los renanos el problema. Mientras que los anglonormandos parecían estar dispuestos a aceptar las condiciones y seguir adelante, sus camaradas insistían en que era injusto que Alfonso se beneficiara de una victoria que habían logrado ellos. Al principio tuvieron que ceder, pero cuando llegó el momento de ocupar la ciudad, los flamencos y los hombres de Colonia hicieron caso omiso y procedieron a saquearla. Costó mucho restablecer el orden para que se pudieran distribuir las ganancias adecuadamente.

Una vez que Lisboa había caído, la ciudad de Sintra, situada al norte, y el castillo de Palmela, al sudoeste, también se rindieron. Un miembro de la fuerza cruzada, Gilberto de Hastings, fue elegido nuevo obispo de la ciudad. El día de Todos los Santos (el 1 de noviembre) purificaron ritualmente y volvieron a consagrar la mezquita aljama de Lisboa, que había sido una iglesia y la sede del obispado local hasta el siglo VIII. Posteriormente, los musulmanes de las regiones vecinas sufrieron una grave pestilencia, que el autor interpreta como una señal de la ira divina. Antes de concluir su crónica, incluye un agradecimiento a Dios.

El autor es un observador bien informado, pero, como él mismo admite, dista mucho de ser neutral. Escribe desde el punto de vista del bando anglonormando y, por tanto, del grupo de Hervey. Cuando otros anglonormandos se muestran remisos, están equivocados; cuando los flamencos y los renanos causan problemas, se debe a la codicia y la impiedad. En realidad, las cosas debieron ser más complicadas. Al parecer, muchos anglonormandos estaban molestos por las condiciones de la rendición y es poco probable que se

abstuvieran de participar en el saqueo posterior de la ciudad.

No obstante, independientemente de las reservas que podamos tener, no hay razones para dudar de lo esencial de la crónica. Puede que el autor exagere, pero inventarse los hechos no lo habría llevado muy lejos. Cartas de los contingentes alemanes complementan su relato. También disponemos de notas más breves sobre estos acontecimientos, que corroboran las líneas generales de su exposición. Debido justamente a los muchos grupos que participaron, el saqueo de Lisboa se menciona en historias y crónicas de los Países Bajos, Sajonia, Inglaterra, Escocia y Francia.[9]Estos otros relatos ayudan a rastrear los movimientos de los cruzados después del asedio, momento sobre el que el cronista anónimo guarda silencio. En muchos de ellos se cuenta que el ejército prosiguió directamente hasta Tierra Santa, donde se unió al ejército principal cruzado, pero hay razones para dudar de que fuera así. En los *Annales Elmarenses* flamencos, que están bien informados sobre este tema, se dice que el ejército partió en febrero de 1148 (un dato que confirman otras fuentes) y después saqueó Faro, en el sur de Portugal.[10]Es evidente que los cruzados siguieron aportando su granito de arena a la causa cristiana mientras circunnavegaban la península.

Tampoco acabó ahí la cosa. Una acotación en la crónica que escribió el estadista e historiador genovés Caffaro sobre el asedio de la ciudad catalana de Tortosa (1147-1148), para el que Génova proporcionó un apoyo naval crucial, revela que participaron tropas anglonormandas. Y aunque Caffaro no ofrece ninguna explicación de cómo llegaron allí, es casi seguro que se trataba del mismo ejército (o de una parte del mismo). De hecho, esto es precisamente lo que cuenta un cronista de Colonia: después de tomar Lisboa, el ejército ayudó a asaltar Tortosa antes de proseguir hacia Tierra Santa. Este último cronista escribe cuando los acontecimientos todavía pervivían en la memoria y en la ciudad que había suministrado el contingente renano del ejército.[11]

Cartas posteriores de la región revelan que hubo un importante asentamiento anglonormando en Tortosa y sus alrededores, lo que muestra que aunque el grueso del ejército se dirigió a Tierra Santa (como cuenta el cronista de Colonia), algunos se quedaron para afincarse en la ciudad recién cristianizada.[12]Hay aquí un contraste interesante con Lisboa. Si exceptuamos al obispo Gilberto, no hay

indicios de la existencia allí de ningún asentamiento. Esto puede deberse en parte a que el número de cartas disponibles es mayor para Cataluña que para Portugal. No obstante, también refleja que la naturaleza de ambas empresas era diferente. Hubo algunas dudas sobre si el asedio de Lisboa formaba parte de la cruzada, pero ninguna en el caso de Tortosa. De hecho, el papa Eugenio III había hecho un llamamiento expreso a la cruzada allí. Al llevar el asedio hasta el final, los cruzados habían cumplido sus votos. Y con el conde Ramón Berenguer IV de Cataluña muy interesado en los colonos, debía ser tentador servir allí a la causa cristiana. «Angles» ha sobrevivido hasta la fecha como un apellido regional distintivo en Cataluña.

La segunda cruzada no fue la única vez que los normandos intervinieron en la península ibérica. Mientras sus compatriotas hacían sus primeros avances en el sur de Italia, Roger de Tosny se labraba una temible reputación en la Cataluña de principios del siglo XI. En muchos sentidos, la situación en ambas regiones era análoga. La autoridad política estaba fragmentada y se podían lograr avances a costa de los vecinos musulmanes, así como de otros potentados cristianos. Y como hicieron sus homólogos italianos, Roger no tardó en casarse con una noble local. Sin embargo, justo cuando Roger parecía estar dispuesto a echar raíces, fue expulsado de la región tras sufrir una emboscada (que posiblemente le tendieron magnates catalanes celosos). Aun así, parece que la presencia en la península se convirtió en una especie de tradición familiar y se dice que el hijo de Roger también pasó algún tiempo en la región.[13]

Las relaciones entre Normandía y la península ibérica nunca llegaron a ser especialmente fuertes, pero hay muchos indicios de un continuo interés por la península en los años posteriores, sobre todo en el contexto de los conflictos con al-Ándalus y sus vecinos cristianos.[14]Se dice que Roberto Crispin participó en el asedio de Barbastro en 1064 antes de buscar un nuevo empleo en Italia y después en Bizancio. Más duradera fue la aportación de otros dos normandos, Rotrón del Perche y Robert Bordet, a principios del siglo XII. El primero se había unido a la primera cruzada con las tropas de Roberto Curthose y es posible que participara en las primeras campañas encabezadas por Alfonso I el Batallador de Aragón. Es seguro que en 1120 Rotrón estuvo al lado de Alfonso. Fue recompensado con algunas zonas de Zaragoza y, en 1123, nombrado

conde de Tudela (que había caído en 1119). Rotrón regresaría a Normandía en 1125 con gran parte de su séquito, pero reapareció en Aragón a principios de los años treinta, todavía en calidad de conde de Tudela.[15]No obstante, sería uno de los seguidores de Rotrón, Robert Bordet, quien dejaría la huella más duradera. Robert había sido el lugarteniente de Rotrón en Tudela. En 1129, fue invitado a hacerse cargo del principado fronterizo de Tarragona; pasó a gobernarlo con gran éxito e intentó fundar una entidad política independiente como la de los Altavilla. Sin embargo, la oposición de los arzobispos locales, así como de los condes de Barcelona y los reyes de Aragón, acabaría por poner fin a estos sueños. No obstante, la presencia normanda se mantuvo en la región hasta 1177.[16]

Así pues, el involucramiento normando en la península ibérica no fue en absoluto insignificante y es comparable a lo que hemos visto en los Balcanes y Asia Menor. Al igual que en estas últimas regiones, los normandos estuvieron presentes en varios momentos decisivos y dejaron una huella duradera en el paisaje político (Lisboa pasaría a ser la capital de Portugal, mientras que Tortosa se convirtió en una importante posesión catalana en la frontera cristiano-musulmana). Sin embargo, nunca se integraron del todo en las estructuras de poder locales y los intentos de crear un estado independiente no tuvieron éxito. En parte, fue una cuestión de suerte. En Italia, una combinación de buena suerte e inteligencia política garantizó que la temprana presencia normanda perdurara; en la península ibérica, los infortunios de Roger de Tosny y Robert Bordet tuvieron el efecto contrario. También refleja el menor número de participantes. Muchos magnates del norte tomaron parte en la conquista y colonización de al-Ándalus, y la presencia normanda, aun no siendo insignificante, rara vez destacó.

19

Escocia: huéspedes de honor, 1072-1153

Cuando el gran abad e historiador Elredo de Rieval se dispuso a dejar constancia de los logros de su buen amigo el rey David I de Escocia, no ocultó su entusiasmo. David había sido santo y devoto, bondadoso, justo, casto y humilde, el mejor de los hombres y el mejor de los reyes. Sin embargo, su mayor logro fue la reforma del reino escocés. David había mitigado la barbarie de su nación, domando su ferocidad natural en aras del bien mayor. Fue David quien hizo que los escoceses se doblegaran a los principios de la ley, instaurando la paz y castigando a los impíos. Había encontrado el reino con no más de tres o cuatro obispos, pero lo dejó con nueve. También transformó el paisaje al hacer que Escocia dejara de ser una tierra de hambre para convertirse en una tierra de abundancia, con puertos, castillos y ciudades. Y lo que era igual de importante, David había apaciguado el salvajismo de su pueblo con la religión cristiana. Fue él quien introdujo la castidad en el matrimonio y el celibato clerical.[1]

Pueden parecer tópicos, y en gran medida lo son, pero Elredo era un observador bien informado, que había servido en la corte de David, y sus comentarios transmiten parte de la esencia del reinado de David, al menos como el monarca lo entendía. Durante esos años Escocia se abrió a las influencias culturales y políticas de Inglaterra y la Europa continental, algo que logró gracias al gran número de magnates anglonormandos que acudieron a la corte de David. En muchos aspectos, estos procesos se parecen a los que se pueden apreciar en Gales e Irlanda en esos mismos años. Sin embargo, hay una diferencia crucial. Los normandos fueron a Escocia para reforzar el orden político local, no para subvertirlo. Se trató de una normandización por decisión propia.

En los años posteriores a 1066, una nueva élite dirigente normanda se estableció a lo largo de la frontera escocesa. Como en Gales, el peligro era que sus ansias de conquista no se detuvieran en la frontera. No obstante, existían diferencias importantes, lo que hacía que la influencia normanda al norte del fiordo de Solway adoptara formas diferentes. La más evidente era la naturaleza del poder y la autoridad real en Inglaterra. El reino conquistado por Guillermo lo habían forjado los gobernantes de Wessex en el sur. La autoridad del rey era más firme al sur del Támesis y se volvía más débil cuanto más se viajaba hacia el norte. Las Midlands y Anglia Oriental estaban sometidas a una estrecha vigilancia; sin embargo, al norte del Humber la influencia del rey estaba muy mediada.[2]Es posible establecer otra distinción en el norte entre el antiguo condado de York (el actual Yorkshire y partes de Lancashire) y el de Bamburgh, al norte de este. El primero seguía siendo una parte fundamental del reino inglés y lo administraba un conde que respondía ante el rey. El último, en cambio, lo gobernaban dinastías locales mediante un sistema de sucesión hereditaria. El monarca inglés era más un señor feudal que un rey.[3]

Estas diferencias aparecen reflejadas en el Domesday Book, que abarca Yorkshire y partes de Lancashire, pero se detiene en el Tees. Evidentemente, se consideraba que los actuales condados de Northumberland y Durham eran más parecidos a Gales y Escocia que a Inglaterra propiamente dicha. Así se desprende también de una carta real de Guillermo Rufo para la iglesia de Tynemouth, que ratifica sus posesiones «al norte del Tyne, al sur del Tyne y en Inglaterra (*Anglia*)». Aunque el documento es una falsificación posterior, ofrece una valiosa perspectiva local sobre la geografía política.[4]Las primeras eran zonas en las que Inglaterra ejercía su soberanía e influencia, pero no un gobierno directo.

Como el poder y la autoridad real se iban desvaneciendo a medida que se viajaba hacia el norte, la intervención directa en estas regiones era inusual y hay pocas señales de injerencia inglesa en Escocia como las que se aprecian en Gales antes de la conquista. Los conflictos seguían siendo comunes, pero, por lo general, localizados. Las partes más septentrionales de Inglaterra también estaban mucho menos urbanizadas y en ellas se usaba menos la moneda que en sur y

el este (o incluso en Yorkshire, en realidad); en el plano social y económico, Inglaterra también se mezclaba con Escocia, en lugar de estar una junto a la otra. Por su parte, en Lothian, en el sudeste de Escocia, se habían asentado muchos ingleses en el período anglosajón temprano y permaneció más conectada con el mundo socioeconómico del sur que gran parte de Gales o las Tierras Altas del norte. De hecho, uno de los primeros usos documentados del término «*England*» (en inglés antiguo, *engla lond*) es para referirse a Lothian, no al país actual.

Desde finales del siglo IX, Escocia había estado dominada por el reino de Alba en el norte y el este, que en el transcurso del siglo XI llegó a abarcar el antiguo reino británico de Strathclyde/Cumbria.[5]El reino resultante era una mezcolanza. Ya bien entrado el siglo XII, el término «Escocia», en un sentido estricto, solo designaba a la región situada al norte del fiordo de Forth y no era más que uno de los territorios controlados por el rey de Alba. Moray, en el norte, y Galloway, en el sudoeste, seguían siendo en gran medida independientes.[6]No obstante, Alba era un reino poderoso y aunque sus recursos no eran comparables a los de los reyes ingleses, sus gobernantes (los reyes de Escocia, como se los conoce cada vez más) eran bastante más ricos que sus homólogos galeses. Por tanto, el riesgo de conflicto para los nuevos señores normandos de la frontera era mucho menos favorable aquí.

Por su parte, Guillermo y sus sucesores no manifestaban más interés por Escocia del que mostraban por Gales. La región era demasiado pobre y estaba demasiado lejos de Normandía como para justificar el gasto de una conquista permanente. Sin embargo, al igual que en Gales, los monarcas anglonormandos querían mantener cierta hegemonía en estas regiones.[7]Y en los años siguientes a 1068, la presencia de Edgardo Ætheling, el último descendiente que quedaba de la dinastía inglesa originaria, despertaría su interés.

Malcolm (Máel Coluim) III, el rey que ocupaba el trono en ese momento, se mostró encantado de darle la bienvenida a Edgardo. Si Edgardo llegaba a recuperar el trono de Inglaterra, estaría en deuda con sus aliados escoceses; si no, podrían utilizar su presencia para desestabilizar el nuevo poder normando al sur. De hecho, Malcolm no tardó en fortalecer esta alianza casándose con la hermana de Edgardo, Margarita, lo que no solo le vinculaba con una de las dinastías más

venerables de Europa, sino que él y sus herederos tendrían derecho al trono inglés. Malcolm y Margarita lo dejaron claro al elegir los nombres de sus hijos: Eduardo, Edmundo, Etelredo, Edgardo, Alejandro y David para sus hijos, y Edith y María para sus hijas. Todos ellos, salvo Alejandro, David y María (los de los hermanos más pequeños) son nombres de reinas y reyes ingleses anteriores.[8]Como es natural, estos intereses situaban a Malcolm del lado de la oposición a Inglaterra. En las insurrecciones de finales de los años sesenta, apoyó repetidamente a las facciones rebeldes del norte y, tras la «devastación del norte», aprovechó la ocasión para atacar él mismo el norte de Inglaterra.

No obstante, desafiar directamente al Conquistador era impensable. Cuando este último llegó a Escocia con un gran ejército en 1072, Malcolm se apresuró a llegar a un acuerdo. Se sometió rindiendo homenaje a Guillermo en Abernethy, un lugar estratégico dentro de los feudos reales escoceses. Fue un acuerdo pragmático que convenía a ambas partes. Se reconocía la superioridad de Guillermo al tiempo que quedaba intacta la independencia de Malcolm para actuar. No obstante, como la corte escocesa continuaba apoyando a Edgardo, las relaciones siguieron siendo frías. Cuando los ánimos se caldearon en 1081, Guillermo envió al norte a su hijo mayor, Roberto Curthose. El resultado fue muy similar: una paz pragmática, pero poco más. Esta vez, Malcolm rindió homenaje a Roberto en lugar de a Guillermo, como en Abernethy.[9]Aun así, la tensión siguió siendo elevada y, en 1093, Malcolm encontró la muerte mientras realizaba una incursión en territorio inglés.

Una serie de cambios de régimen contribuyeron finalmente a propiciar un acercamiento. A Malcolm le sucedió al principio su hermano Donald (Domnall) III. Una de las primeras decisiones documentadas de Donald fue expulsar a «todos los ingleses» que habían ido al norte con Edgardo y Margarita, lo que equivalía a una ruptura directa con la política anglófila de su hermano. Aunque podría parecer un gesto conciliador hacia la corte normanda, se trataba sobre todo de una medida para desvincular a Donald de sus sobrinos (los hijos de Malcolm), muchos de los cuales estaban bien situados en la corte anglonormanda y tenían sus propias aspiraciones con respecto al trono escocés. De hecho, en un año Guillermo Rufo había colocado a uno de ellos, Duncan (Donnachad) II, como rey en lugar de Donald.

Duncan era hijo del primer matrimonio de Malcolm y, como tal, era tanto un rival como un aliado de los muchos hijos de Margarita que seguían esperando su oportunidad. En cualquier caso, Donald consiguió recuperar el trono en 1094, aunque tres años más tarde Rufo logró imponer a otro de los hijos de Malcolm. Se trataba de Edgardo, el hijo mayor de Malcolm con Margarita, al que habían puesto el nombre del hermano de esta, el exiliado Ætheling. El propio Ætheling, que se había reconciliado con el gobierno anglonormando en Inglaterra, desempeñó un papel fundamental en el establecimiento del nuevo régimen de su sobrino. Con ello, Guillermo Rufo mataba dos pájaros de un tiro. Aseguraba su frontera septentrional al tiempo que eliminaba la amenaza que los muchos hijos de Malcolm representaban para su propio reinado. A partir de entonces, centraría sus energías en asegurar su posición dentro del reino escocés.

Tras la muerte de Rufo y el ascenso al trono de Enrique I, las relaciones aún mejoraron más. Deseoso de desactivar cualquier posible amenaza del antiguo linaje sajón occidental, Enrique se casó con la hermana de Edgardo, Edith (que adoptó el conveniente nombre normando de Matilde), lo que significaba que el rey de Escocia era cuñado del monarca anglonormando, al igual que sus hermanos y sucesores, Alejandro I y David I. De este modo, los reyes escoceses se movían en los mismos círculos que sus homólogos normandos, y Alejandro se casó con Sibila, uno de los hijos ilegítimos de Enrique I (tuvo más de veinte).[10]El hermano menor de Alejandro, David, se casó con una sobrina nieta del Conquistador, Matilde de Huntingdon, que era prima segunda de Sibila. Se trataba de un enlace especialmente ventajoso, ya que Matilde era la heredera de Waltheof y aportaba al matrimonio el rico condado de Huntingdon.

Como consecuencia de estas uniones, la familia real escocesa se integró plenamente en el mundo aristocrático anglonormando. Y no solo eso. Al ser el marido de Matilde, David se convirtió en un importante terrateniente al sur de la frontera. Y cuando sucedió a Alejandro I como rey en 1124, lo hizo no solo como príncipe escocés (a David se le había confiado la supervisión de Cumbria), sino también como conde anglonormando. No es de sorprender que durante el reinado de David aumentara la influencia normanda en la corte escocesa, como atestigua el epitafio de Elredo. David era un hombre de gustos normandos, cuyo hijo mayor se llamaba Enrique (por el rey

inglés reinante). El propio Enrique se casaría con Ada de Warenne, una prominente noble anglonormanda y tía abuela del posterior conde Juan, que tan orgullosamente empuñaría la espada oxidada de su abuelo a finales del siglo XIII.

El reinado de David en Escocia se caracterizó por la afluencia de aristócratas anglonormandos. La mayoría de ellos llegaron a través de la corte inglesa, donde a menudo habían coincidido con David. El resultado fue la formación de una especie de élite anglo-escocesa-normanda. En la corte de David, los magnates más favorecidos eran todos de origen normando (o al menos francés) y su número aumentó constantemente a lo largo de los siglos XII y XIII. Esto no se tradujo en un desplazamiento total de la aristocracia autóctona, sino más bien en una mezcla (y a veces empujones) entre esta y los recién llegados anglonormandos. Sin embargo, no todos acogieron de buen grado estos cambios y se pueden apreciar signos de tensión durante gran parte del siglo XII. De hecho, los descontentos se unieron en torno a ramas rivales de la familia real y apoyaron al hijo ilegítimo de Alejandro, Malcolm (llamado así por su abuelo), durante los primeros años de David. Estas fuerzas de oposición volverían con más contundencia tras la muerte de este.

Aun así, no fue una conquista armada. Fue (en gran parte) un asentamiento pacífico, alentado por los reyes escoceses y también por miembros de la aristocracia autóctona. Los siglos XII y XIII fueron un importante período de cambios en el reino escocés, cuando se crearon las primeras estructuras formales de gobierno burocrático. La importación de aristócratas normandos fue parte de estos cambios, cuya consecuencia principal fue un afianzamiento del poder del rey y la aristocracia (sobre todo de las altas esferas).[11]

Desde el punto de vista de nuestras fuentes (principalmente inglesas), estos cambios se consideraban positivos. Hemos visto cómo Elredo escribió con aprobación que el rey David domó las costumbres bárbaras de su nación. En este caso vemos tropos similares a los aplicados a la Marca galesa: los anglonormandos son las fuerzas del orden que tratan de mitigar la barbarie natural de Escocia. Sin embargo, hay una diferencia importante. Elredo habla de que los escoceses aceptaban este mundo.[12]Guillermo de Malmesbury ya había expresado opiniones similares a mediados de los años veinte del siglo XII. Dedicó su monumental *History of the Kings of England* (*Historia de*

los reyes de Inglaterra) a la emperatriz Matilde (hija de Enrique I y Edith/Matilde, y, por tanto, sobrina de David) y en ella también describe cómo David había expulsado la barbarie de su tierra y había mejorado los niveles de vida, la vestimenta y la dieta.[13]

Por supuesto, no todos los ingleses eran tan comprensivos como Elredo y Guillermo (e incluso ellos eran capaces de criticar duramente de vez en cuando). Sin embargo, hay indicios de que un cambio genuino estaba en marcha. Podemos verlo más claramente en la práctica de la guerra. La costumbre escocesa era muy parecida a la de los galeses y los ingleses de antes de la Conquista, y consistía en matar o esclavizar a los vencidos en la batalla (y sus poblaciones civiles). Esto todavía ocurría a finales del siglo XI, cuando tuvieron lugar las incursiones de Malcolm III en el norte de Inglaterra que describe con horror Simeón de Durham. Para un público normando acostumbrado a la misericordia entre aristócratas en la guerra, la esclavización a gran escala de los enemigos derrotados por los escoceses era inaceptable.[14]La invasión de David de 1138 fue en muchos aspectos similar: una cantidad significativa de los prisioneros fueron vendidos como esclavos. Sin embargo, hay indicios de que se estaba produciendo un cambio. Muchas crónicas establecen una distinción entre los miembros normandos, ingleses de las tierras bajas, escoceses y gallovidianos (o «pictos») del ejército de David, y las peores atrocidades se atribuyen a los últimos grupos. Parece que las fuerzas de David solo eran medio bárbaras. Además, se dice que el propio David devolvió su parte de los esclavos en un gesto piadoso. Es evidente que estaba dispuesto a seguir las reglas de combate normandas.[15]

Entre 1173 y 1174, cuando el nieto de David Guillermo el León invadió el norte de Inglaterra, estas diferencias aún se habían difuminado más. Lo único que diferenciaba al séquito personal de Guillermo de sus enemigos ingleses eran sus lealtades, o al menos eso quiere que creamos el poeta anglonormando Jourdain Fantosme. Natualmente, no todo había cambiado. Jourdain señala que los habitantes locales de las regiones devastadas por los hombres de Guillermo (en realidad, mercenarios flamencos) tuvieron suerte de que no estuvieran presentes los escoceses (sus «enemigos mortales»), ya que no habrían mostrado ninguna misericordia. Y Guillermo de Newburgh, que escribió en latín, describe al contingente como una

«horda de bárbaros» y «más salvajes que las bestias». (Aunque Guillermo deja caer que el rey escocés confundió a los atacantes ingleses con sus propios hombres, un claro indicio de que las élites anglonormandas de ambas cortes eran prácticamente indistinguibles.)[16]

La línea entre la caballería y la barbarie siempre había sido difusa. Para los invasores normandos de 1066, los ingleses eran incivilizados. Cuando Simeón de Durham escribió en los años veinte del siglo XII, se habían empezado a unir a los normandos en su «dulce civilidad». Al acudir un número cada vez mayor de normandos (e ingleses) a la corte escocesa, Escocia se movía ahora en una dirección similar. Sin embargo, estos cambios no afectaron a toda Escocia por igual. El asentamiento normando fue mayor en las regiones de habla inglesa de Lothian, así como en las tierras bajas septentrionales de Fife, Gowrie, Angus y Mearns.[17]Y ya en las crónicas de la Batalla del Estandarte (1138) vemos indicios de la distinción entre habitantes de las tierras altas y de las tierras bajas: solo estos últimos adoptaron de buena gana las normas de la corte anglonormanda. Esta dicotomía, que se convertiría en la división cultural principal en la sociedad escocesa posterior, fue asumida con entusiasmo por los escritores clericales de las tierras bajas, quienes destacan la barbarie de los habitantes de las tierras altas, de un modo similar a lo que habían hecho escritores ingleses anteriores con los escoceses.[18]

Una de las señales más claras de que la corte escocesa se estaba incorporando a la corriente europea es que sus reyes y príncipes eran ordenados caballeros por duques y monarcas continentales. Duncan ya había recibido sus armas del hijo del Conquistador, Curthose, en 1087, mientras que David I sería nombrado caballero por Enrique I de Francia. Malcolm IV fue armado caballero por Enrique II en 1159, al igual que su hermano David algo más tarde, mientras que el futuro Alejandro II fue ordenado por el infame «mal rey» Juan en Londres en 1212. El ritual de investidura de un caballero, uno de los símbolos arquetípicos de la cultura caballeresca, era muy apropiado para la relación entre el monarca escocés y el inglés. Simbolizaba cierto grado de jerarquía, pero como homenaje constituía una forma honorable de sumisión. Que los escoceses eran en cierto sentido iguales a sus homólogos anglonormandos lo demuestra el hecho de que podían devolver el favor, como cuando David I ordenó caballero al joven

aspirante al trono inglés Enrique Plantagenet (el futuro Enrique II).[19]

De las familias normandas que viajaron al norte en tiempos de David, pocas eran más famosas (e influyentes) que la de Roberto de Brus. Roberto ya era una figura prominente en Inglaterra y Normandía en los años veinte del siglo XII. Había sido partidario de Enrique I, bajo cuyo reinado habían mejorado tanto las relaciones con la corte escocesa. Y había sido recompensado por su lealtad con una serie de feudos en Yorkshire.[20]Roberto conoció a David, entonces conde de Huntingdon, a través de la corte anglonormanda. El propio David aparece por primera vez en el registro documental en una carta del rey Enrique que confirma los derechos de Roberto en 1103 y puede que los dos sirvieran juntos en el Cotentin.[21]Ciertamente, cuando David se instaló en el trono escocés, Roberto fue uno de los primeros (de muchos) aliados normandos en aparecer junto a él.

La llegada de Roberto a Escocia está documentada en una carta fechada en 1124 en Scone, el lugar tradicional donde se celebraba la ceremonia de coronación de los reyes. Es el primer documento que David promulgó como rey y es, en muchos sentidos, un símbolo de su reinado. En ella, David le concede a Roberto Annandale una gran superficie de tierra a cambio de un servicio vagamente definido. Sin duda, el objetivo era ganarse la lealtad de un prometedor barón anglonormando (y aliado desde hacía mucho tiempo), cuyos conocimientos y contactos serían muy necesarios si Escocia quería sobrevivir y prosperar como una nación independiente. Es probable que David le hubiera otorgado a Roberto estas tierras algún tiempo antes, mientras sustituía a su hermano mayor en Cumbria. El propósito de la carta es formalizar el acuerdo. La lista de los testigos muestra a David en su elemento, disfrutando de la compañía de la nueva hornada de magnates anglonormandos que había llevado al norte (los ocho testigos de la carta son recién llegados). Y el texto en sí solo está dirigido a los súbditos franceses e ingleses de David (es decir, a los normandos recién llegados y a los habitantes de Lothian), por lo que excluye a sus homólogos escoceses y gallovidianos del norte y el oeste. Es una indicación de cuál era la audiencia original de la cesión. La ley estaba concebida para beneficiar al pequeño grupo de nuevos favoritos de la corte. La cesión en sí es igualmente remarcable. No solo garantizaba los servicios de un aliado útil, sino que creaba un nuevo señorío con vistas a Galloway, una región en gran medida

autónoma en la que el rey de Escocia solía tener problemas para imponer su autoridad.[22]

De Roberto derivó la dinastía De Brus (o Bruce), una de las grandes familias nobles de la Escocia medieval. Otra fue fundada por Bernardo de Balliol, descendiente de una familia noble anglopicarda. Tanto Roberto como Bernardo siguieron siendo ante todo barones anglonormandos. Y cuando estalló el conflicto en 1138 y de nuevo en 1173 a 1174, ellos y sus herederos apoyaron a la corona inglesa frente a sus nuevos señores escoceses (de hecho, se dice que fue el hijo menor de Bernardo quien capturó a Guillermo el León en 1174). No obstante, esto no impidió que los Bruce y los Balliol siguieran escalando posiciones en la corte escocesa y, con el tiempo, ambas familias llegarían a ascender al trono: los Balliol con Juan (II) de Balliol (Juan I de Escocia) a finales del siglo XIII, el hijo del fundador del Balliol College de Oxford; y los Bruce con Roberto (VII) Bruce (Roberto I de Escocia) y su hijo y heredero, David II, poco después. Cuando la dinastía Bruce quedó interrumpida después de la segunda generación, en 1371, el trono pasó a manos de otro linaje escocés-normando establecido por primera vez durante el reinado de David I: los Stewart.[23]Utilizando un nombre posterior más refinado (Stuart), esta familia también llegaría a ocupar el trono inglés en 1603. Gracias a las vicisitudes de la fortuna dinástica, el asentamiento normando en Escocia sentaría las bases para la unión de las coronas escocesa e inglesa para Gran Bretaña. Y esta no sería su única manifestación.

20

El poder detrás del trono: Escocia con Ada de Warenne, 1153-1178

Cuando Ada de Warenne presentó a una hermosa doncella a su piadoso hijo Malcolm, sabía muy bien lo que estaba haciendo. Malcolm había ascendido recientemente al trono y necesitaba desesperadamente un heredero. Su madre solo lo estaba ayudando a conseguirlo. Por desgracia para Ada, Malcolm tenía la mente ocupada con asuntos más importantes. Aceptó a la dama en sus aposentos por cortesía, pero insistió en no compartir el lecho con ella para mantenerse casto. A la mañana siguiente, sus ayudantes encontraron al rey tumbado en el suelo y envuelto en un manto. La mayoría no habría podido resistir la tentación, pero Malcolm se negó resueltamente a ser corrompido.

O eso es lo que cuenta el cronista inglés Guillermo de Newburgh.[1]La crónica está llena de temas piadosos y no puede tomarse al pie de la letra. Sin embargo, las observaciones de Guillermo resumen claramente las dificultades políticas que afrontó Escocia en los años cincuenta y sesenta, ya que Malcolm ascendió al trono a la tierna edad de doce años en 1153, un momento de considerable incertidumbre. Enrique, el padre de Malcolm, era quien debía suceder a David, pero había muerto el año anterior y Malcolm era el siguiente en la línea de sucesión. Era apenas un niño y no cabía esperar que ocupara el puesto de su abuelo. Y eso no era todo. Es posible que ya hubiera tenido síntomas de estar enfermo y que eso hubiera inspirado su profunda piedad. Aun así, aunque la castidad quizá fuera de ayuda para su causa en el reino eterno, no hizo sino agravar sus problemas en el terrenal. Un rey débil sin un heredero era un doble lastre.

Muy consciente de estos peligros, la madre de Malcolm no se

separaba de su lado. A decir de todos, Ada de Warenne era una fuerza de la naturaleza. Intentó en reiteradas ocasiones convencerle para que se casara, recordándole que era un rey, no un monje. Al final, Malcolm tuvo que pedirle que desistiera, pero, aun así, Ada tenía muy presentes los intereses de su linaje y se aseguró de que su hijo menor Guillermo estuviera listo para suceder a su hermano cuando llegara el momento.

El asentamiento de magnates normandos en Escocia había comenzado con David I, pero fue con sus nietos Malcolm y Guillermo cuando estos esfuerzos dieron realmente sus frutos. La francofilia de David se remontaba a su juventud. Al ser el hijo menor, no había ninguna garantía de que David fuera a acceder al trono escocés, por lo que, al igual que un número cada vez mayor de hombres de la época, David se propuso labrarse su propia fortuna. Como era un príncipe, sus perspectivas de matrimonio eran buenas. Y su posterior enlace con la rica heredera anglonormanda Matilde de Huntingdon trajo aparejado un puesto en la corte del rey Enrique I de Inglaterra.

A Enrique le convenía alentar las ambiciones de David. Al ser príncipe de Cumbria, David aportaba un punto de contacto con la corte escocesa; y si David llegaba a ser nombrado rey, Enrique tendría a uno de sus principales barones como vecino. Cuando en 1124 murió Alejandro, el hermano de David, Enrique se apresuró a respaldar las aspiraciones de David al trono frente a las pretensiones rivales del hijo de Alejandro I. Con un respaldo tan elevado, David no tardó en conseguirlo. Su posición en ese momento en Escocia se parecía a la del Confesor en Inglaterra en el siglo anterior. David había pasado gran parte de su vida adulta entre los aristócratas normandos y había accedido al trono con su ayuda. En los años siguientes recurriría a ellos para que le ayudaran a gobernar.

Y si David era tan normando como escocés, su hijo Enrique lo era aún más. Nacido en Inglaterra poco después de que David se casara con Matilde (*c*. 1114), Enrique llegó al mundo no como un príncipe escocés, sino como el heredero de un importante conde anglonormando. Había tenido algún conocimiento de los asuntos escoceses desde una edad temprana, ya que David seguía siendo príncipe de Cumbria. Sin embargo, el futuro de Enrique parecía

hallarse en la corte anglonormanda, como revela su nombre típicamente franconormando.

Estas conexiones se mantuvieron después de que David accediera al trono escocés. Con la muerte de Enrique I en 1135 y la subsiguiente disputa por la sucesión en Inglaterra (la llamada «Anarquía»), las relaciones entre las cortes inglesa y escocesa se deterioraron. David, como correspondía a un viejo amigo de Enrique I, apoyaba las pretensiones al trono de Matilde (hija de Enrique y la heredera preferida) frente a las de Esteban (sobrino de Enrique). No obstante, esto no impedía aplicar cierto pragmatismo. David al principio se sometió a Esteban para asegurar sus intereses familiares en Inglaterra, pero cuando estalló la revuelta a favor de Matilde, se apresuró a unirse a ella. Esteban derrotó a su ejército en la batalla del Estandarte (1138), lo que obligó a David a volver a llegar a un acuerdo. La constante amenaza de las aspiraciones de Matilde hizo que Esteban no estuviera en condiciones de aprovechar su ventaja y el hijo de David, Enrique, no solo pudo retener el condado de Huntingdon, sino que agregó el de Northumberland. David y Enrique habían perdido la guerra, pero habían ganado la paz.

La fortaleza de la posición de David y Enrique se refleja en el matrimonio de este último con Ada de Warenne al año siguiente (1139). Al ser nieta de Guillermo (I) de Warenne, uno de los aliados cercanos del Conquistador, Ada era un excelente partido. Las tierras de su familia estaban en Surrey, una región que apoyaba a Esteban, y sus hermanastros, los mellizos Beaumont (nietos de Roger de Beaumont), figuraban entre los partidarios más prominentes de Esteban. La finalidad del matrimonio era asociar a Enrique (y, por tanto, a David) con la causa de Esteban, pero solo lo lograría en parte, ya que, en 1141, Enrique y David volvieron a las andadas y apoyaron a Matilde. No obstante, el enlace tendría consecuencias de gran alcance para el reino escocés.[2]

Ada tuvo con Enrique tres hijos y tres hijas. El mayor de los varones fue Malcolm, que nació en la primavera de 1141. La elección de un nombre escocés es significativa: le pusieron el nombre de su bisabuelo, Malcolm III, y, a diferencia de Enrique, Malcolm estaba destinado a ocupar el trono escocés desde el principio. La pareja cambió de fórmula con su segundo hijo, Guillermo, que nació en 1143. Guillermo era un nombre de los Warenne y al joven príncipe le

pusieron el nombre del padre de Ada, Guillermo (II) de Warenne, quien, a su vez, llevaba el mismo que su padre. Su tercer (y último) hijo fue David, llamado así por el padre de Enrique. Las hijas de la pareja tenían nombres igual de cosmopolitas: una se llamaba Ada, por su madre; otra Margarita, por su bisabuela (la esposa de Malcolm III); y la tercera, Matilde, por su abuela.

Tras los levantamientos de finales de los años treinta, las relaciones entre Inglaterra y Escocia se estabilizaron durante la década siguiente. David (y Enrique) continuaron apoyando las pretensiones de Matilde al trono inglés cuando pudieron, pero las facciones enfrentadas de Esteban y Matilde se centraban en el sur y la corte escocesa se libró de los peores estragos de la Anarquía. La constante afluencia de magnates anglonormandos al norte tuvo consecuencias más duraderas. Muchos de ellos procedían del norte de Inglaterra, regiones con las que los monarcas escoceses y sus magnates mantenían contactos periódicos. De aquí eran originarios tanto los Balliol como los Bruce. Sin embargo, no todos los recién llegados provenían del norte. Un buen número de ellos provenía de Huntingdon, el condado meridional del rey David, y de sus alrededores. Algo menos evidente es la relación entre Escocia y el West Country, que (por razones que siguen siendo poco claras) constituía una tercera zona importante de reclutamiento de magnates que deseaban establecerse en Escocia. En la mayoría de estos casos, los normandos continuaron conservando tierras al sur de la frontera y, en muchos de ellos, también en Normandía. Y aunque las familias no tardaron en comenzar a echar raíces, no se debe subestimar la importancia de estos lazos.[3]

A este respecto, se ha hablado mucho de la «revolución davidiana» en la política escocesa. Se cree que, al importar magnates y conocimientos normandos, David I llevó contra su voluntad al atrasado reino escocés al siglo XII. No cabe duda de que David y sus normandos estuvieron al inicio del proceso, pero la nuera de David y sus nietos iban a tener papeles mucho más importantes que desempeñar, por no mencionar a los propios magnates originarios de Escocia. Por su parte, David acabó siendo víctima de su propio éxito. Su longevidad hizo que viviera un año más que su único hijo, Enrique. David ya había nombrado a Enrique su heredero de acuerdo con el modelo franconormando. Al morir Enrique, hizo lo mismo con el joven Malcolm, el primogénito de este. Cuando David murió en paz en

1153, el trono pasó directamente a su nieto de doce años.

El ascenso al trono de un niño siempre era una prueba para un reino medieval. Creaba un vacío de poder en la cúpula de la jerarquía política y el éxito del reinado dependía de la capacidad de amigos y aliados para estabilizar la nave (y de la disposición de los grandes del reino a apoyarlos). El hecho de que el reino de los escoceses sobreviviera a su primer encuentro con un rey niño es un testimonio de las bases establecidas por David. También habla de la inteligencia política de los tutores de Malcolm, entre los que destaca su madre Ada de Warenne.

La prominencia de Ada en esos años requiere una explicación. Al ser el vínculo más tangible con el régimen anterior, la reina madre desempeñaba a menudo una función en las regencias medievales. Sin embargo, este papel no se podía dar por sentado. Cuando el rey Juan de Inglaterra murió a finales de 1216, a su esposa Isabel no se le concedió ningún lugar en la regencia del niño de nueve años Enrique III (su hijo). E incluso en el caso de Malcolm, al principio estaba previsto que el tutor principal fuera Duncan I, conde de Fife, quizá debido al papel que había desempeñado este en las tradiciones de la ceremonia de coronación escocesa.[4]Sin embargo, apenas había supervisado Duncan la coronación de Malcolm, realizada apresuradamente tras la muerte de David, cuando falleció. Y ahí es donde intervino Ada. En los años siguientes, un grupo muy unido en torno a la reina madre tenía la última palabra en la corte. Estaba compuesto principalmente por los favoritos normandos de David (y Ada), hombres como Walter Fitz Alan, Hugo y Ricardo de Moreville, y David Olifard. No se produjo ninguna ruptura brusca cuando Malcolm alcanzó la mayoría de edad, ya que sus anteriores tutores se quedaron como asesores de confianza.[5]

Es posible que la decisión de Ada de permanecer con Malcolm fuera motivada por la fragilidad del rey, quien, en los años sesenta, ya tenía síntomas de padecer una enfermedad grave. Y si, como sospechan los historiadores modernos, se trató de un caso de la enfermedad de Paget (una enfermedad de los huesos, que puede provocar crecimientos óseos anormales e incluso la muerte), entonces los primeros síntomas podrían haber aparecido mucho antes. Es probable que la insistencia de Malcolm en mantenerse casto fuera una respuesta a esto. Con un hijo soltero y enfermo en el trono, el legado

de Ada distaba mucho de estar asegurado. Y aunque sus intentos de animar a Malcolm a engendrar un heredero fracasaron, ella siguió haciendo cuanto estuvo en su mano para garantizar la continuación de su linaje.

Ada tenía razones para ser precavida. Poco después de la coronación de Malcolm, se comenzó a gestar una gran rebelión en el extremo norte del reino. Al frente estaba Somerled, el poderoso señor de Argyll. El norte y el oeste de Escocia eran regiones con una larga historia de independencia, tanto *de facto* como *de iure*. Sin embargo, en este caso no respondía tanto a un afán de libertad como a un intento de colocar a un linaje rival en el trono, ya que se dice (de forma bastante críptica) que Somerled se rebeló con «los hijos de Malcolm». Se ha identificado a veces al Malcolm en cuestión con el posterior conde de Ross; sin embargo, es casi seguro que se trataba del sobrino ilegítimo del rey David, que ya se había sublevado antes, al comienzo del reinado de su tío. Por tanto, era una continuación de la oposición anterior a David y su gobierno franconormando.[6]

Sabemos menos de lo que nos gustaría sobre el levantamiento (las fuentes detalladas sobre la política escocesa interna son escasas en estos años), pero sirve de recordatorio de lo frágil que era el control del linaje de David sobre el trono. Si Malcolm IV fallecía, había muchos otros esperando su oportunidad. Por suerte para Ada, el primero de ellos era el hermano menor de Malcolm, Guillermo. Y cuando Malcolm sucumbió a la enfermedad en 1165, Guillermo ocupó enseguida su lugar y gobernó el reino escocés durante la mayor parte de los cinco decenios siguientes.

Ada es mucho menos prominente en estos años. Guillermo, que era un hombre adulto con algo más de veinte años, no necesitaba que le guiaran de la misma manera que a su hermano. Ada también tenía sus propias razones para guardar las distancias. En esos años comenzó a padecer una serie de enfermedades graves, que la atormentarían hasta su muerte. Por entonces, dedicaba las energías que le quedaban al patronazgo religioso, como era costumbre entre las reinas viudas. No obstante, siguió siendo la única mujer prominente de la corte y, como tal, ejercía una influencia considerable, ya que, al igual que Malcolm, Guillermo estaba soltero en 1165 y continuaría estándolo durante más de dos décadas. (Sin embargo, a diferencia de su hermano, Guillermo no era casto, ya que sabemos que tuvo al menos

un hijo ilegítimo en esos años.) Al parecer, Ada desempeñaba tan bien la función de reina *de facto*, que ninguno de sus hijos tuvo prisa por reemplazarla.

Fue con Guillermo, conocido por la posteridad como «el León», cuando muchos de los procesos iniciados por David llegaron a buen término. Parte de la historia aquí es la del asentamiento y la influencia anglonormanda continuados, ya que no hubo una única afluencia de inmigrantes en los años veinte y treinta, sino más bien un flujo lento pero constante con David, Malcolm y Guillermo. Tres de los cuatro abuelos de Guillermo eran anglonormandos; ahora la corte y el reino comenzaban a asumir un carácter cada vez más francófono. Esto se refleja en las cláusulas de dirección de las cartas reales. Y como hemos visto, cuando Guillermo marchó hacia el sur contra Enrique II en 1173 y 1174, no había mucho que distinguiera a su séquito personal de sus enemigos del sur. Estos no serían los únicos cambios. En el momento del reinado del hijo de Guillermo, Alejandro II, los reyes escoceses comenzaron a tener misericordia con los rebeldes, de manera muy similar a sus homólogos anglonormandos.[7]

No obstante, la cifra de normandos en Escocia siguió siendo pequeña en números absolutos, incluso entre la nobleza. Y aunque Guillermo y sus tropas podían pasar por (o ser) anglonormandas, el grueso del ejército escocés seguía compuesto por la infantería ligera autóctona que tanto aterrorizaba a los analistas ingleses. De hecho, varios comentaristas del sur presentan la derrota de Guillermo en 1174 como un castigo divino por su incapacidad (o falta de voluntad) para contener la rapacidad de los componentes más bárbaros de su ejército.

Los cambios más duraderos fueron las nuevas formas de gobierno y de documentación adoptadas. En ninguno de los dos casos se puede atribuir solo a los recién llegados normandos, pero participaron en ambos. Antes del siglo XI, casi no había registros documentales de Escocia. Durante los reinados de David y sus nietos, esto cambió rápidamente. Se ha de ser cauto a la hora de equiparar pruebas nuevas con nuevas estructuras sociales y políticas. En gran medida, estos documentos nos permiten ver mejor patrones que habían existido desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, no cabe duda de que el gobierno y la sociedad escoceses estaban cambiando claramente «de la memoria al registro escrito».

La forma que adoptaron estos documentos reviste especial interés. Las primeras cartas escocesas (en nombre de los reyes y los principales magnates) de principios del siglo XII siguen muy de cerca el modelo de sus equivalentes anglonormandas. Las cláusulas de dirección que primero nos alertan del creciente componente francófono dentro y fuera de la corte adoptan la forma de las del mandato-carta anglonormando (en sí mismo heredero del mandato sellado anglosajón). Por lo tanto, es totalmente pertinente que el primer documento de este tipo que se conserva sea la cesión por David I de Annandale a Roberto (I) de Brus en 1124.[8]Sin embargo, estos avances no se limitaban al pequeño (pero creciente) grupo de aristócratas francófonos de la corte. Las cláusulas de dirección hablan con más frecuencia de los «escoceses» y los «ingleses» (en latín, *scotti* y *angli*) que de los franceses/normandos (*franci*). Y muy pronto, los señores que hablaban gaélico también recibían y expedían estos documentos. En esto contrasta parcialmente con Gales, donde, pese a que la influencia y el asentamiento normandos eran significativos, las cartas regias locales conservaron una forma y un carácter más eclécticos.[9]

El patrocinio de nuevas formas de vida religiosa está estrechamente relacionado con la adopción de nuevos tipos de documentación. Como ocurría en Gales e Irlanda, los prelados reformistas del sur percibían a la Iglesia escocesa local como atrasada y corrupta, pero mientras que en las primeras regiones la reforma religiosa fue a menudo la primera línea del imperialismo inglés, en Escocia fue la dinastía gobernante francófila la que tomó la iniciativa. Se dice que Margarita ya había llevado nuevas formas religiosas a Escocia. Y David pasó a fundar una serie de monasterios para las nuevas órdenes religiosas, como los tironenses, los cistercienses y los agustinos. Muchas de las primeras cartas reales son para estas abadías.[10]

Este creciente corpus de documentación nos permite observar otros cambios importantes en el Estado y en la sociedad. Guillermo el León fue mucho más innovador en el plano gubernamental que David o Malcolm. Durante su reinado se pueden apreciar medidas para centralizar el poder y la autoridad en manos del rey y sus representantes locales (sobre todo los *sheriffs* y condes). Hay indicios desde 1184 de que los *sheriffs* convocaban periódicamente tribunales

locales y también pueden verse en esos años pasos hacia la territorialización del cargo de conde. El hijo y heredero de Guillermo, Alejandro II, iría aún más lejos. Como consecuencia, los reyes escoceses y sus magnates salieron muy fortalecidos. También fue en esos años cuando se acuñó la primera moneda autóctona, que se creó con David I y cobró impulso con Malcolm y Guillermo.[11]

Como parte de estos procesos, comenzamos a ver surgir nuevas prácticas de tenencia de tierras y señorío, lo que los historiadores antes habrían llamado feudalismo. Ahora los especialistas suelen evitar el uso de este término y con razón. No está claro si hubo alguna vez un «sistema feudal» coherente en la Edad Media, con reglas bien definidas de tenencia de tierras y servicio. Lo que sí es seguro, sin embargo, es que en Escocia empezamos a ver concesiones de tierras por los reyes y señores en forma de feudos (o *feus* si utilizamos el término escocés). El feudo era una forma de tenencia dependiente, que se concedía a cambio de un servicio (por lo general de carácter militar). Aunque la cesión de tierras a cambio de un servicio no era en sí una novedad, el vocabulario utilizado sí lo era, al igual que las disposiciones detalladas para el servicio.

Podemos ver cómo operaban estos procesos en la cesión de Annandale a los Bruce. Aunque los libros de texto más antiguos cuentan que David I concedió estas tierras a Roberto como feudo, no es estrictamente cierto. El documento original simplemente establece que De Brus debía mantener Annandale de acuerdo con «las costumbres de Ranulfo Meschin en Carlisle» (¡cualesquiera que estas fueran!). Sin embargo, cuando el hijo de Roberto, Roberto II, vio ratificados estos derechos por Guillermo el León cincuenta años más tarde, la historia fue diferente. Ahora sí se denomina a Annandale feudo (en latín, *feudum*) y Roberto lo recibe a cambio del servicio de diez caballeros; también se le otorgan varios derechos judiciales sobre las tierras. En Inglaterra y Normandía se utilizan términos similares en esta clase de acuerdos y las prácticas resultantes también se aproximan (sin replicarse del todo) a lo que vemos allí.[12]En este sentido más limitado, podemos hablar de que Escocia se estaba convirtiendo en una sociedad feudal. Sin embargo, estas prácticas no fueron impuestas desde el exterior, sino que estaban adaptadas a las circunstancias locales. Las formas clásicas de feudalismo aún se estaban desarrollando en Inglaterra y Normandía en el siglo XII; los

monarcas escoceses simplemente estaban recorriendo un camino paralelo.

La influencia normanda en Escocia nos sitúa ante una paradoja. Como los normandos llegaron por petición del rey y al servicio de este, tuvieron un impacto mucho mayor en el gobierno y la sociedad que en Gales e Irlanda.[13]Sin embargo, son tanto un síntoma del cambio como su causa, lo que refleja la nueva orientación cultural y política de los reyes nativos. Aquí se vislumbra lo que podría haber ocurrido en Inglaterra si el Confesor hubiera tenido un heredero incuestionable: un asentamiento y una influencia normandos considerables que provocarían una simbiosis de las formas autóctonas y continentales. En términos objetivos, Escocia se volvió más normanda de lo que nunca fueron Gales o Irlanda, pero lo hizo a su manera. Y en sus relaciones con los reyes anglonormandos y angevinos del sur, Escocia siempre jugó de igual a igual.

21

Arco Fuerte en Leinster: tomar la delantera, 1167-1171

Cuando Gerardo de Gales habló de la conquista de Irlanda de Enrique II, lo hizo en términos elogiosos. Dirigiéndose al rey, dijo que sus victorias eran conocidas en todo el mundo. Enrique, «nuestro Alejandro occidental», había consolidado dominios que se extendían a lo largo y ancho del mundo conocido. Era el lenguaje de la adulación cortesana. Y como revelan los comentarios sobre Alejandro, Gerardo más que describir los logros de Enrique estaba estableciendo una comparación elogiosa (y convenientemente erudita) entre el monarca inglés y sus antepasados clásicos.[1]

El objetivo de Gerardo resulta harto familiar: el ascenso personal. Era un clérigo ambicioso que estaba decidido a ganarse el favor del rey. Sin embargo, justamente en esta crónica, Gerardo ofrece un acceso privilegiado a las actitudes en y alrededor de la corte inglesa durante el reinado de Enrique II. Al conquistar Irlanda, el nuevo monarca angevino (o Plantagenet) había superado los logros de sus predecesores. Los normandos habían comenzado a aspirar a un dominio más amplio en las Islas Británicas prácticamente desde el momento de la victoria en Hastings. Guillermo se había apresurado a lograr el sometimiento de los reyes galeses y escoceses vecinos. Y estas pretensiones muchas veces se extendían también a Irlanda. La versión E de la *Crónica anglosajona* dice en el epitafio del Conquistador que, de haber vivido dos años más, Guillermo habría tomado la isla. Es una exageración, pero señala una verdad más profunda, ya que, al conquistar Inglaterra, Guillermo descubrió que había heredado intereses políticos que abarcaban las Islas.[2]

En la práctica, el interés real por Irlanda era intermitente, como en Gales y Escocia. El Conquistador y sus hijos solían tener cosas más

importantes que hacer, sobre todo en la Europa continental, donde sus vecinos franceses y angevinos suponían una amenaza constante. Sin embargo, cuando las circunstancias lo permitían, los reyes anglonormandos se permitían soñar con unos dominios más amplios. Se dice que, al ver Irlanda desde la costa galesa, Rufo quiso construir un puente de barcas para atacarla. Y aunque Enrique I tenía un perfil más realista, también se dice que era temido por el rey de Munster en el sur.[3]

Si bien el interés real por Irlanda resultó ser efímero y quijotesco, las demandas de la Iglesia fueron una cuestión diferente. Una de las justificaciones principales de la conquista de Inglaterra por Guillermo había sido la necesidad de reformar la Iglesia inglesa. Y pronto se darían pretextos similares para introducir clérigos francófonos en Gales y Escocia. Los asentamientos normandos solían concebirse como parte de una misión civilizadora y en Irlanda esto fue doblemente cierto. Allí el asentamiento anglonormando se produjo más tarde, pero fue seguido de esfuerzos reformistas más sostenidos en el seno de la Iglesia.

Se pueden apreciar señales del interés por Irlanda ya durante el pontificado de Lanfranc, el arzobispo de Canterbury elegido por el Conquistador. Lanfranc era un reformador al estilo continental. En su opinión, los pecados de los ingleses eran bastante graves, pero no eran nada comparados con los de los galeses, escoceses e irlandeses. El interés fundamental del arzobispo estribaba en afirmar la primacía de su sede, es decir, el derecho de Canterbury a ejercer la autoridad eclesiástica en todas las Islas Británicas. Y su objetivo inmediato era el control del norte de Inglaterra, donde el arzobispado de York amenazaba con menoscabar los poderes de Canterbury. No obstante, Lanfranc era muy consciente de las implicaciones más amplias de sus pretensiones, sobre todo en un momento en el que la influencia normanda estaba empezando a extenderse más allá de las fronteras inglesas tradicionales.

La jerarquía de la Iglesia que damos por sentada, en la que los arzobispados supervisan a los obispados, fue el resultado de cambios que se produjeron durante la Edad Media. El cargo de arzobispo había ido surgiendo lentamente en Inglaterra y la Europa continental durante los siglos VIII y IX. En Gales, Irlanda y Escocia se remontaba a una época anterior. Las estructuras eclesiásticas seguían siendo

fluidas, sin la clase de jerarquía estable y definida característica de otras regiones. Solo hay testimonios ocasionales de la presencia de arzobispos en estas regiones (principalmente en Gales e Irlanda).[4]Para el nuevo arzobispo de Canterbury, esto representaba una oportunidad única.

Una parte esencial de las reivindicaciones de Lanfranc era que el cargo de Canterbury había sido fundado como primado (un súper arzobispo, si se quiere) de todas las Islas Británicas en 597. Como arzobispo, Lanfranc era el legítimo señor eclesiástico no solo de la provincia de York, sino también de las iglesias vecinas de Gales, Escocia e Irlanda. Así pues, cuando se presentó la oportunidad de que el primado demostrara su poder, Lanfranc y sus sucesores estuvieron encantados de aprovecharla.[5]

Las circunstancias en Irlanda jugaban a su favor. En el siglo XI se había creado un nuevo obispado en Dublín, el asentamiento vikingo más importante en la costa oriental de la isla. Se sabe poco del primer obispo, Dúnán, pero en 1074 su sucesor, Gilla Pátraic, fue consagrado por Lanfranc en San Pablo, donde juró obediencia. Al parecer, Gilla Pátraic, que era irlandés, se había formado en Worcester con el santo obispo Wulfstan, y cuando regresó a Dublín, se llevó consigo cartas de Lanfranc para los señores seculares, en las que los instaba a reformar la conducta descarriada de sus súbditos.[6]Tras la muerte de Gilla Pátraic, su sucesor Donngus trató de ser consagrado por el arzobispo de Canterbury. Y cuando Donngus murió a finales de 1096, el sucesor de Lanfranc, Anselmo, consagró al siguiente obispo de Dublín, Samuel. Anselmo también acababa de consagrar al primer obispo de Waterford en 1095. El denominador común aquí era que, al igual que Gilla Pátraic, todos estos obispos se habían formado en Inglaterra.

En los años siguientes la influencia de Canterbury se vio debilitada cuando York cuestionó su derecho a la primacía en Inglaterra y la inestabilidad política del reinado de Esteban desvió la atención de ambiciones de mayor alcance. También se llevaron a cabo esfuerzos cada vez más exitosos en Gales, Irlanda y Escocia para fundar (o restablecer) iglesias nacionales independientes, esfuerzos que apuntaban directamente a Canterbury. Nunca hubo posibilidades de que las aspiraciones de Canterbury consiguieran prosperar por sí solas, pero garantizaban que las reivindicaciones anteriores de dominio secular se mantuvieran vivas. Y cuando los gobernantes

ingleses empezaron a mostrarse más dispuestos a finales del siglo XII, los arzobispos ya estaban aguardando su oportunidad.

En 1154, Enrique, el hijo de la emperatriz Matilde, sucedió a Esteban como Enrique II y sentó las bases de un imperio a ambos lados del canal que sería aún más grande que el del Conquistador. La máxima prioridad de Enrique era reinstaurar el poder real en el sur de Inglaterra. No obstante, se aprecia desde el principio una clara ambición y las pretensiones anteriores de dominio imperial sobre las Islas volvían a cobrar importancia, con la mirada fijamente puesta en Irlanda. El cronista normando Roberto de Torigny cuenta que Enrique sopesó en 1155 conquistar Irlanda para cedérsela a su hermano menor Guillermo (cuyas aspiraciones se habían visto hasta entonces frustradas). Y aunque los historiadores modernos han dudado muchas veces de la seriedad de dichos planes, un cronista flamenco contemporáneo afirma que se reclutó y preparó un ejército, pero después lo utilizó para hacer frente a la amenaza más inmediata del rey francés.[7]

Esta era la situación cuando se solicitó un documento extraordinario al papa Adriano IV, el único inglés en ocupar el trono de San Pedro. El texto se conoce como *Laudabiliter*, por la primera palabra del original latino (que significa «loablemente»). El documento se ha conservado integrado en la crónica de Gerardo de Gales sobre la conquista inglesa de Irlanda, un relato especialmente patriotero (y tendencioso) cuya finalidad es justificar la incursión y exagerar la contribución de los propios parientes de Gerardo. Hay buenas razones para creer que el *Laudabiliter* incluido en la crónica fue manipulado por Gerardo para convertirlo en un anteproyecto de la invasión posterior. Sin embargo, el documento original, publicado en algún momento entre finales de 1155 y 1159, era bastante llamativo. Otorgaba a Enrique el derecho a intervenir en Irlanda solo si podía asegurarse el apoyo local para sus planes. Se trataba de un intento de desalentar una invasión inglesa, ya que parecía muy poco probable que fuera a producirse una invitación abierta.[8]

El *Laudabiliter* demuestra que la intervención real en Irlanda ya estaba sobre la mesa al principio del reinado de Enrique. También revela que los ideales reformistas que habían subyacido a las

pretensiones de primacía de Canterbury fueron fundamentales: la hipotética conquista iba a ser otra misión civilizadora sancionada por el papa. Sin embargo, como en el caso de las aspiraciones anteriores de Canterbury, estos esfuerzos no dieron muchos frutos, probablemente debido a la indecisión papal. En cualquier caso, a Enrique pronto lo distraerían problemas más acuciantes en otros lugares. Tendrían que transcurrir más de diez años antes de que el rey estuviera en condiciones de volver a centrar su atención en la isla esmeralda y entonces no sería por decisión propia.

Los acontecimientos cruciales no tuvieron lugar en Canterbury, Roma o Anjou, sino en aquellas partes del este de Irlanda que habían estado desde hacía tiempo en contacto con el mundo anglonormando, ya que no fue un acto de engrandecimiento político lo que puso en marcha la invasión inglesa, sino una invitación de los gobernantes irlandeses, como en Escocia, Bizancio y (hasta cierto punto) Italia. La figura clave fue Diarmait Mac Murchada. Diarmait era el rey de Leinster, en el este, y había extendido su control a la cercana ciudad de Dublín. Gracias en parte a su proximidad a esta floreciente metrópoli, los gobernantes de Leinster habían disfrutado durante mucho tiempo de vínculos con Gales, el West Country y las Midlands Occidentales. Fue a Leinster adonde huyó Haroldo Godwinson en 1051, cuando su familia se exilió, y puede que también fuera aquí donde Ælfgar de Mercia obtuvo apoyo en 1058 durante un episodio similar.

Por tanto, no sorprende que Diarmait recurriera a sus aliados galeses e ingleses cuando en 1166 fue expulsado de sus dominios por Ruaidrí Ua Conchobair, el gobernante de Connacht, al oeste. Ruaidrí había sido durante mucho tiempo una presencia poderosa en la escena política irlandesa. Poco antes de expulsar a Diarmait, se había convertido en soberano supremo de Irlanda. No se trataba tanto de un cargo oficial como de un título honorífico, otorgado a quienes lograban imponer su hegemonía sobre sus vecinos. Sin embargo, indicaba un grado de poder e influencia significativo. Este título a veces pasaba de padre a hijo o de hermano a hermano, pero con frecuencia también se lo disputaban entre dinastías. En el caso de Ruaidrí, había sucedido violentamente a su antiguo rival Muircheartach Mac Lochlainn de Tír Eoghain (Tyrone) a principios de año, gracias en parte al apoyo de Tighearnán Ua Ruairc, el gobernante

de Breifne. El propio Diarmait era un aliado desde hacía mucho tiempo de Muircheartach, quien previamente había secuestrado a la esposa de Tighearnán. No es de extrañar que fuera el primero en la lista negra de Ruaidrí.

Incapaz de movilizar amigos y aliados en Irlanda, Diarmait acudió al otro lado del mar en busca de ayuda. Primero se dirigió a la corte del rey Enrique, cuyo interés por Irlanda no había pasado inadvertido. Diarmait tenía motivos de sobra para esperar una calurosa bienvenida. Enrique no solo llevaba algún tiempo buscando una excusa para intervenir en Irlanda, sino que el año anterior Diarmait había ofrecido apoyo naval para la campaña (fallida) del rey en Gales. No obstante, Enrique estaba ocupado con asuntos urgentes en sus fronteras continentales y no podía permitirse la distracción de una expedición irlandesa, por lo que concedió permiso a Diarmait para reclutar hombres dentro de sus dominios. Por lo demás, dejó al rey irlandés a su suerte.

La única ayuda que Enrique le ofreció fue una base en Bristol.[9]Bristol era el lugar natural desde el que iniciar la campaña para lograr la restitución. La ciudad se encuentra justo al otro lado del mar de Irlanda desde Dublín y había sido durante mucho tiempo el puerto inglés más importante para el comercio con Irlanda. También estaba bien situada desde el punto de vista del reclutamiento. Estaba justo al otro lado del canal de Bristol desde las marcas del sur de Gales, cuyos señores eran famosos por su violencia, su valentía y su codicia.

La búsqueda de partidarios por parte de Diarmait no tardó en tener éxito. Un grupo de flamencos de Pembrokeshire entró a su servicio y, con su ayuda, pudo restablecerse en sus dominios ancestrales del sur de Leinster al año siguiente (1167). Los flamencos fueron importantes en la conquista y colonización normanda de Gran Bretaña e Irlanda. Eran muy numerosos en algunas partes de Inglaterra y el sur de Gales, y su presencia era cada vez mayor en Escocia. Ahora comenzaban a dejar huella también en Irlanda.[10]

Consecuencias más duraderas tendría la presencia de un segundo grupo (más grande) de reclutas, que comenzó a llegar dos años después. Se trataba de señores de las marcas y sus hombres, a los que atrajeron las posibilidades de conquista y asentamiento. El cabecilla de este contingente era Ricardo de Clare (Ricardo de Stringuil), más

conocido por la posteridad como Arco Fuerte. Provenía de una prominente familia de las marcas. Su padre había sido el primer conde de Pembroke, en el sudoeste de Gales, y no es una casualidad que los reclutas flamencos de Diarmait procedieran de sus dominios: eran principalmente hombres de Ricardo, que debían preparar el terreno para su invasión posterior. Sin embargo, aunque era un gran señor por herencia, Ricardo había tenido que esforzarse para ascender. Su padre había sido nombrado conde por Esteban, el antiguo rival de Enrique II. Y Enrique trató a Ricardo con recelo, negándole el título de su padre y refiriéndose a él como el «hijo del conde Gilberto» en documentos oficiales, un intencionado desaire.[11]Las cuestiones políticas locales también hacían que a Ricardo le resultara atractivo en esos momentos emprender una aventura en el extranjero. Durante el reinado de Esteban, la incursión normanda en Gales se tambaleó y aunque Enrique consiguió estabilizar la nave, las posibilidades de lograr nuevos avances eran escasas. Para los hombres atraídos a Gales por la promesa de conseguir riquezas, la invitación de Diarmait era más que bienvenida. En el caso de Ricardo, puede que el conde también esperara aprovechar estas perspectivas para su propio beneficio. Se dice que cuando Diarmait escribió a Ricardo en 1170 para solicitar su ayuda, Ricardo acudió primero al rey Enrique para pedirle que le restituyera los dominios de su padre. Solo cuando esta petición no obtuvo respuesta, Ricardo se comprometió plenamente con la expedición irlandesa.

El plan siempre había sido que la restitución de Diarmait se llevara a cabo por etapas. Ricardo y los grandes señores de las marcas necesitaban tiempo para prepararse. En 1167, Diarmait regresó con un pequeño contingente y pudo establecer una base de operaciones en la antigua patria de los Uí Chennselaig en el sur de Leinster. Allí se le uniría en mayo de 1169 el primer contingente más grande, que consolidaría rápidamente la autoridad de Diarmait sobre el resto de Leinster. Al año siguiente llegaron más hombres con Raymond «le Gros» («el Gordo»). Tomaron Waterford, otra base con viejos vínculos políticos (y eclesiásticos) con Inglaterra y Gales. Solo cuando estuvieron asentadas estas bases llegó el propio Ricardo, en agosto de 1170. Todo fue según lo previsto y, poco después de su llegada, se casó con la hija de Diarmait, Aífe, cumpliendo un acuerdo previo.

Aunque la llegada de los anglonormandos en 1169 ha llegado a

adquirir un carácter icónico en la historia irlandesa, en ese momento había pocos indicios de que fuera a suponer un cambio radical en la política de la isla. El primer grupo de reclutas de Diarmait era pequeño. E incluso una vez reforzado, no era en absoluto una fuerza invencible. Los analistas irlandeses señalan la presencia de los recién llegados, pero no les otorgan ninguna importancia especial. En ese momento no eran más que otro grupo de mercenarios en una isla que ya los había visto antes. Había muchas razones para creer que pronto volverían a casa o se asentarían, como habían hecho los vikingos de años anteriores.

Fue la muerte de Diarmait a principios de mayo de 1171 la que hizo que la presencia anglonormanda pasara a ser permanente. Se dice que ya en 1167 le prometió a Arco Fuerte (Ricardo) que sería el sucesor del reino de Leinster. Y aunque podemos dudar de la seriedad de la promesa de Diarmait (los exiliados pueden prometer muchas cosas y Diarmait tenía tres hijos propios), Ricardo entendió claramente que la oferta iba en serio. El momento de la muerte de Diarmait favoreció a Ricardo. En la primavera de 1171, Ricardo estaba al mando de un contingente grande y bien entrenado; también acababa de casarse con la hija de Diarmait. El trono en Irlanda normalmente se heredaba a través de la línea paterna, pero las prácticas eran flexibles y se prestaban a manipulación.[12]En el caso de Arco Fuerte, no era tanto que el matrimonio con Aífe le otorgara derechos de sucesión como que suavizaba lo que podría haber sido un trago amargo.[13]Como había ocurrido con el enlace de Guiscardo con Sichelgaita (y de Canuto con Emma), era una ofrenda de paz a la aristocracia autóctona.

No debería sorprender que muchos de los magnates locales de Leinster decidieran colaborar con Arco Fuerte. Irlanda estaba políticamente dividida, aún más que Gales, y las rivalidades locales estaban muy arraigadas.[14]Cualquier líder que ofreciera la posibilidad de vencer a viejos enemigos era bienvenido, incluso si era (como se dice en las fuentes irlandesas) un *Saxanach* («un inglés»). Para los parientes de Diarmait, lo mejor era apoyar a los recién llegados. Ricardo era de la familia por su matrimonio, pero si fracasaba, estarían a mano para imponerse. Esto no quiere decir que todos estuvieran contentos con el acuerdo. El hijo de Diarmait, Domnall, se unió a Arco Fuerte, pero su hermano Murchad reclamó para sí las

tierras de los Uí Chennselaig y se alió con el mismo Ruaidrí que había expulsado a Diarmait en 1166. Este tipo de disputas era común en Irlanda y, como revela la alianza de Murchad con Ruaidrí, se ha de ver en términos dinásticos. No se trataba de una actitud nacionalista irlandesa contra la influencia extranjera, sino de un conflicto entre ramas rivales de la familia real de Leinster.

Al involucrar a Ruaidrí, Murchad arrinconó a Ricardo. Un gran contingente irlandés pronto acorralaría a Arco Fuerte y sus hombres en Dublín, en un asedio que duraría dos meses. Ruaidrí se ofreció a aceptar la sumisión de Ricardo, pero solo si el conde y sus hombres se conformaban con el control de las ciudades costeras de Dublín, Wexford y Waterford, y dejaban Leinster a Murchad. Ricardo se negó. Poco después, sus hombres asestaron un duro golpe a Ruaidrí. Una incursión repentina cogió a los irlandeses desprevenidos y los expulsó de su campamento. Al darse cuenta de que a Ricardo no se le iba la fuerza por la boca, Ruaidrí se retiró y dejó que los normandos controlaran Leinster.

Ricardo parecía bien encaminado para crear una marca siguiendo el modelo galés o, posiblemente, incluso un reino independiente propio. Al igual que Bernardo de Neufmarché, se había servido de una combinación de fuerza militar y alianzas locales para erigirse en el gobernante de uno de los reinos tradicionales de la isla. Sin embargo, con el éxito vino el escrutinio, sobre todo el del rey inglés. Enrique tenía mucho que ganar con la restitución de su antiguo aliado Diarmait y poco interés en que uno de sus propios hombres se instalara al otro lado del mar de Irlanda. Esto ponía en peligro la integridad territorial de los dominios de Enrique y el rey no tardaría mucho en reaccionar.

22

Hugo de Lacy: señor de Meath, 1171-1177

Tras alzarse con mucho esfuerzo con una victoria sobre los hombres de Waterford en Dún Domnaill (la actual Baginbun en el condado de Wexford), los anglonormandos recién llegados se enfrentaron a un dilema: qué hacer con los setenta hombres, más o menos, que habían capturado. Según las reglas de combate tradicionales, debían tratarlos con clemencia y eso fue precisamente lo que propuso Raymond «le Gros», uno de los líderes normandos. Raymond adujo que los irlandeses no eran enemigos implacables de los normandos, sino otros seres humanos que no habían hecho nada más que defender sus tierras y sus medios de vida. Su causa era honorable, por lo que sería deshonroso matarlos a sangre fría. La mejor parte del valor aquí era la misericordia y, puesto que solo la suerte había otorgado la victoria a los normandos, su deber era mostrar moderación. Matar a los cautivos solo cubriría de infamia a los recién llegados, mancillando su buen nombre. La ferocidad estaba muy bien en el fragor de la batalla, pero se debía dejar de lado una vez terminada la refriega.

La apasionada súplica de Raymond fue recibida con murmullos de aprobación, pero entonces empezó a hablar Hervey de Montmorency, otro de los principales barones anglonormandos, quien afirmó que Julio César y Alejandro de Macedonia no habían alcanzado la grandeza demostrando misericordia, sino mediante la fuerza de las armas y el terror. Mientras no se quebrantara la voluntad de resistir, no había lugar para la clemencia. Si se salvaban, los cautivos irlandeses volverían a las andadas y engrosarían las filas de los (ya considerables) enemigos de los normandos. Además, de haberse invertido los papeles, los irlandeses no habrían mostrado misericordia con los normandos. Para Hervey, la elección estaba clara: los invasores

podían resistir hasta el final y matar a los cautivos o mostrarse misericordiosos y navegar de vuelta a casa. Al final se impuso Hervey, como tiende a ocurrir con los halcones en tiempos de guerra, y los irlandeses fueron ejecutados sumariamente: la primera de una larga serie de atrocidades cometidas por los ingleses en la isla.[1]

Este episodio, documentado por Gerardo de Gales, resume en muchos sentidos la conquista anglonormanda de Irlanda. Un grupo más pequeño se impone a otro muy superior en número y después ejecuta una terrible venganza. El choque de culturas aquí ilustrado reviste un especial interés: ¿los normandos recién llegados continuaron con sus prácticas culturales tradicionales o se adaptaron a las costumbres locales? Igualmente importantes son las divisiones entre los invasores. Raymond y Hervey estaban compitiendo por el poder y la influencia dentro de la fuerza expedicionaria y esta rivalidad sería uno de los estímulos más importantes para la conquista y el asentamiento en los próximos años.

Para Enrique II, las acciones de Arco Fuerte representaban una oportunidad y también un desafío. Ahora que sus hombres habían comenzado a conquistar dominios en Irlanda, Enrique tenía la excusa perfecta para intervenir. La bula que le había concedido Adriano IV especificaba que solo podía intentar conquistar si así se lo pedían los señores irlandeses locales. Con Ricardo y sus hombres fuera de control, hizo falta poco para convencerlos de que Enrique era el mal menor. La cláusula, que había sido pensada para evitar la injerencia inglesa, ahora invitaba activamente a ella.

Así, se cumplían las condiciones para realizar una incursión sancionada por el papa y Enrique no era un hombre que se lo pensara dos veces. Puede que ya hubiera estado haciendo planes a principios del verano de 1171. Una vez que Arco Fuerte se impuso en Dublín, estaba claro que era necesaria la presencia real. Así pues, Enrique reunió en septiembre un ejército en Pembroke, en el sur de Gales, en los antiguos territorios de Arco Fuerte. El rey exigió la presencia del conde ausente. La supervivencia de Ricardo dependía de que se presentara como un vasallo leal, dispuesto a hacerse cargo de los nuevos dominios en nombre del rey. Gerardo de Gales cuenta que Enrique estaba furioso por las conquistas realizadas sin su

consentimiento; y, aunque debemos ser cautos con esta clase de testimonios (Gerardo tenía en poca estima a Arco Fuerte y sitúa estos acontecimientos, tal vez erróneamente, en Gloucestershire), esta historia tiene casi con toda seguridad algo de cierto.[2]

Pese a estas tensiones, los ánimos se calmaron pronto y la expedición pudo continuar. A mediados de octubre, el ejército inglés desembarcó en Waterford, donde Arco Fuerte y sus hombres se sometieron oficialmente a Enrique. A cambio de las cruciales ciudades portuarias de Dublín, Wexford y Waterford, a Ricardo se le permitió mantener su posición en Leinster, que recibió del rey como feudo. Estos arreglos redundaban en interés de ambas partes. Arco Fuerte no podía resistir ante Enrique, mientras que la mejor opción del rey para hacer valer su autoridad era colaborar con aquellos de sus hombres que ya se habían establecido en Irlanda. Se puede apreciar una clara señal de acercamiento en las cartas de Enrique, que a partir de este momento se refieren a Arco Fuerte como «conde Ricardo» (a veces «de Stringuil»); no es exactamente el título de su padre, pero sí un reconocimiento de su posición.[3]

Poco después, Enrique aceptó la sumisión del rey irlandés local de Desmond (en el sur de Munster), Diarmait mac Carthaig, antes de seguir hasta Dublín para celebrar la fiesta de Navidad.[4]De camino, Enrique y sus hombres pasaron por Cashel. Fue allí, fuera del complejo real en el Suir, donde Enrique aceptó la sumisión del rey de Thomond, Domnall Mór o Briain, el otro actor principal en Munster.

Desde Cashel, Enrique se dirigió a Dublín. La ciudad del siglo XII ya estaba en camino de convertirse en el centro político de Irlanda. Era la más importante de las muchas poblaciones *ostmen* (es decir, vikingas) fundadas en la costa oriental para controlar el acceso al mar de Irlanda. Cualquiera que pretendiera dominar la isla tenía que hacer sentir su influencia allí.[5]Desde finales del siglo XI, Dublín también había sido un importante punto de contacto con la Iglesia anglonormanda. En un acto cuidadosamente coreografiado, Enrique aceptó la sumisión de los gobernantes irlandeses restantes (salvo Ruaidrí Ua Conchobair) en una estructura de madera especial construida fuera de las murallas de la ciudad. El acto de sumisión combinaba las tradiciones anglonormandas e irlandesas, e incluía el homenaje ritual, el banquete comunal y el intercambio de rehenes. Desde el punto de vista de los irlandeses, se trataba en buena medida

de cambiar a un soberano por otro (Ruaidrí por Enrique), con la posible ventaja de que era probable que Enrique fuera un rey supremo ausente.

Tan importantes como las maniobras políticas de Enrique fueron sus intervenciones eclesiásticas. El rey había estado desde su llegada en contacto con el legado papal local Gilla Críst (Christian) de Lismore. Este había sido un firme partidario de Diarmait en 1166 y era también un defensor de los ideales reformistas populares dentro de la Iglesia anglonormanda. Para un rey deseoso de justificar su invasión en términos religiosos, el obispo era un aliado natural. Enrique pasó por Lismore de camino a Cashel y ordenó la construcción de un castillo allí, un tipo de fortificación tan nueva en Irlanda como lo había sido en Gales e Inglaterra un siglo antes. Y durante su estancia en Cashel, se reunió con el arzobispo local y planearon celebrar un gran concilio de la Iglesia. Se enviaron invitaciones por toda Irlanda y unos meses más tarde, probablemente a principios de 1172, se convocó un sínodo. Al igual que Dublín, Cashel era un escenario profundamente simbólico. Era el centro ceremonial tradicional del reino de Munster, en el sudoeste, desde el que el legendario rey Brian Boru y sus herederos habían gobernado sus dominios.[6]

Sabemos del concilio casi exclusivamente por fuentes inglesas. Y el silencio de los anales irlandeses locales, que normalmente registran esta clase de actos, es significativo. A Enrique y sus apologistas (que en este contexto podrían incluir a Gilla Críst) les interesaba hacer hincapié en la naturaleza panirlandesa de la reunión: ahí estaba el nuevo soberano supremo de Irlanda, adoptando medidas esenciales para reformar la Iglesia de la isla. Sin embargo, no parece muy probable que asistieran todos los obispos de Irlanda, sobre todo porque Ruaidrí seguía oponiendo resistencia a Enrique en el oeste. De hecho, se sabe que más adelante ese mismo año hubo otro consejo en Tuam. La provincia de Tuam, creada recientemente en el sínodo de Kells (1152), incluía precisamente los dominios de Ruaidrí. Era claramente un equivalente del concilio de Cashel y asistió el propio Ruaidrí; y, al igual que el concilio de Enrique solo se menciona en fuentes inglesas, el de Ruaidrí solo aparece documentado en los *Annals of Tigernach*, una obra con vínculos estrechos con los gobernantes locales de Connacht.[7]

Por tanto, las acciones de Enrique se han de ver desde la óptica

de la política local irlandesa. Estaba apoyando a los dinastas que habían tenido problemas con Ruaidrí y fue muy bien recibido por aquellos miembros de la Iglesia estrechamente vinculados a ellos. Así pues, lo que observamos no es un caso de reforma anglófila frente a la obstinación irlandesa, sino versiones contrapuestas de cómo debían desarrollarse la política y la reforma, y qué iglesias y gobernantes se beneficiarían.[8]Independientemente de los esfuerzos de Canterbury, grandes sectores del estamento eclesiástico irlandés (incluido Gilla Críst) habían acogido de buen grado las peticiones de cambio e intentado (con mayor o menor éxito) adaptar las costumbres locales a las normas continentales. En Cashel, Enrique estaba aprovechando estos esfuerzos.[9]Con los obispos locales reprendiendo a su grey en un tono cada vez más estridente, Enrique podría presentarse (nunca sabremos cuán cínicamente) como un agente de reforma. Esto confería a su expedición, como ocurrió con la del Conquistador a Inglaterra, cierto aire de guerra santa que se libraba en nombre de la fe.[10]

Si hemos de confiar en la versión de los acontecimientos que ofrece Gerardo (y, al menos en esto, parece que sí se puede), el concilio abordó básicamente cuestiones que ya habían planteado los reformadores irlandeses locales en el siglo anterior: la institución de estructuras diocesanas oficiales; el pago de diezmos y cuotas de la Iglesia; y la observancia de la doctrina de la Iglesia sobre el matrimonio y el incesto. Lo nuevo no eran las medidas, sino la alianza entre los reformadores y la corte angevina, una corte que podría ejercer mucha más influencia.[11]

Para Enrique, estos hechos tenían un significado adicional: a finales de diciembre de 1170, justo un año antes del concilio, seis de sus hombres habían sido los responsables de la muerte violenta de Thomas Becket, el arzobispo de Canterbury. La noticia no tardó en propagarse y la infamia cayó sobre Enrique y su dinastía en toda Europa. En parte, Enrique había embarcado con rumbo a Irlanda en el otoño de 1171 para evitar reunirse con los legados del papa Alejandro III. Por tanto, cualquier cosa que pudiera hacer para mejorar su bastante maltrecha reputación era bienvenida. ¿Y qué mejor manera de ganarse al papa que colaborar con su representante local para reformar la Iglesia irlandesa? Este no sería el único intento que haría Enrique para reconciliarse con el estamento eclesiástico. Poco después de su regreso de Irlanda, el rey adoptó la fórmula «por la gracia de

Dios» (*Dei gratia*) en su título real para hacer un mayor hincapié en la naturaleza dada por Dios (y temerosa de Dios) de su autoridad.[12]

A principios de 1172, Enrique se encontraba en la cúspide de su poder y bien podría haber contemplado una expedición contra Ruaidrí. Al final, sin embargo, tuvo que centrar su atención en lo que ocurría en sus dominios ingleses y continentales. Enrique no podía ignorar a Alejandro III eternamente y su hijo mayor, Enrique el Joven, estaba amenazando con una rebelión. No obstante, antes de partir Enrique puso en orden sus asuntos en Irlanda. Otorgó formalmente el reino de Meath (Mide) a uno de sus principales barones, Hugo de Lacy, en las mismas condiciones que había cedido Leinster a Arco Fuerte.[13]Hugo había llegado con Enrique y hasta entonces se había dedicado a la construcción de castillos. Los nuevos dominios de Hugo limitaban con los de Ricardo al norte y era evidente que pretendía mantener a este último a raya. Enrique había aprendido la lección de la Marca galesa: en Irlanda sería alentada (y recompensada) la ambición aristocrática, pero la construcción aristocrática del Estado, no.

Sin embargo, aunque en cierto sentido Hugo y Ricardo eran rivales, también eran aliados.[14]El control anglonormando solo estaba consolidado en Dublín y Leinster, y podría ser fácilmente disputado, ya que Ruaidrí Ua Conchobair seguía queriendo recrear su antiguo dominio. Al fundar otro señorío anglonormando en una zona en la que Ruaidrí siempre había ejercido influencia, Enrique estaba creando una zona tampón para la nueva colonia. Hugo era una excelente elección. Al igual que Arco Fuerte, era un señor de las marcas que estaba muy familiarizado con la compleja dinámica de conquista y colonización. También estaba emparentado con Ricardo al haberse casado con la prima del conde, Rosa de Monmouth.

Las fuentes inglesas e irlandesas varían considerablemente a la hora de describir la expedición de Enrique. Las primeras la ven como un hecho transformador, el momento en el que, por fin, Irlanda se incorporó al redil anglonormando. Estos últimos ven a Enrique simplemente como el más reciente de una larga lista de reyes supremos. Ambos puntos de vista están justificados. Con el tiempo, la conquista inglesa resultó ser duradera y transformadora, pero, a corto plazo, cambió muy poco. Cuando Enrique partió en 1172, la influencia real anglonormanda se limitaba a Leinster y los antiguos puertos

ostmen de la costa este y había muchas posibilidades de que su presencia fuera fugaz, ya que las concesiones a Hugo de Lacy eran fundamentalmente teóricas. A principios de 1172, Enrique no podía entregar Meath porque el reino estaba en buena medida bajo el control de Tigernán Ua Ruairc, el viejo amigo y aliado de Ruaidrí (que se había sometido a Enrique en Navidad). Hugo tendría que ganárselo. Lo único que la cesión de Enrique procuraba era la garantía de que cualquier conquista sería debidamente aprobada por el rey.

Así pues, Tigernán era el principal obstáculo para las aspiraciones de Hugo. Tigernán había sido enemigo de Diarmait. Y estas divisiones entre facciones seguirían influyendo en la política irlandesa durante los años siguientes, enfrentando a los recién llegados con Ruaidrí y sus aliados. Arco Fuerte y sus hombres habían tratado con el rey supremo en 1171; ahora le tocaba a Hugo hacer lo mismo con Tigernán. Avanzó hasta Fore, en la actual Westmeath, antes de aceptar reunirse con Tigernán en la colina de Tlachtga (la colina de Ward), situada justo al este de la actual Athboy. Era el sitio de una fortaleza de la Edad de Hierro, que estaba estrechamente asociada con el reino de Meath. Cinco años antes, Ruaidrí Ua Conchobair había celebrado una asamblea allí y ahora iba a ser el lugar donde parlamentar. Sigue sin estar claro qué fue exactamente lo que sucedió en la reunión. Fuentes anglonormandas dicen que Tigernán trató de tender una emboscada a Hugo y sus hombres, que se dieron cuenta de la artimaña y mataron al rey irlandés. Las fuentes irlandesas, en cambio, hablan de traición por parte de Hugo. En cualquier caso, el resultado fue el mismo: Tigernán fue decapitado. Su cuerpo fue colgado boca abajo al norte de Dublín, mientras que su cabeza fue expuesta sobre la puerta del castillo de Dublín antes de ser enviada a Enrique II.[15]

Una vez más, las convenciones de la guerra anglonormandas no se habían aplicado a los irlandeses. En realidad, Hugo no fue el único que se comportó de este modo y estos actos reflejan las acciones anteriores de Arco Fuerte y sus hombres, que habían decapitado públicamente a Áskell Ragavalsson y Murchad Ua Brain, otros dos de los principales aliados de Ua Conchobair.[16]El relato de Gerardo de Gales de las ejecuciones en Baginbun, con el que hemos comenzado este capítulo, revela que a algunos anglonormandos les preocupaba esta violencia. Es dudoso que los acontecimientos sucedieran exactamente como cuenta Gerardo. Raymond era primo de Gerardo,

mientras que Hervey era sobrino de Arco Fuerte. Y como en otros lugares, Gerardo está tratando de desacreditar a los Fitz Gilbert para beneficiar a sus propios parientes. De hecho, el dramático intercambio de discursos se inspira en *La conjuración de Catilina* (*De Catilinae coniuratione*) de Salustio: las peticiones de clemencia de Raymond se hacen eco de las de César, y la insistencia de Hervey en la venganza se basa en la respuesta de Catón. No obstante, las tensiones subyacentes eran muy reales. Y es instructivo que incluso Gerardo, uno de los comentaristas más vehementemente antiirlandeses de la época, exprese esta simpatía implícita por los irlandeses.[17]

Dentro de los círculos eclesiásticos, también había preocupación por la naturaleza de la conquista de Irlanda; y junto con imágenes estereotipadas de barbarie, también podemos apreciar muestras de simpatía.[18]En la literatura en lengua vernácula francesa, que probablemente nos acerca más a las actitudes de los barones anglonormandos responsables de la conquista, estos grises son aún más evidentes. La *Chanson de Dermot et du comte* (*La canción de Dermot y el conde*), uno de los relatos más detallados de la invasión, se regocija en el derramamiento de sangre de una manera que no esperaríamos en otras partes de las Islas Británicas (excepto quizá en partes de Gales y Escocia). Sin embargo, la actitud que muestra hacia los irlandeses nativos es de claro respeto, aunque a veces a regañadientes. No son bárbaros sin civilizar, sino enemigos honorables (aunque diferentes culturalmente). Su error no es cultural ni religioso, sino político: al expulsar a su legítimo señor, Diarmait, los irlandeses habían demostrado ser unos traidores y unos rebeldes.[19]

Si la guerra en Irlanda era más violenta que en Inglaterra o Normandía, era porque los invasores se adaptaban a las costumbres locales, como sugiere la crónica de Gerardo. Al ser hijos de la Marca, tanto Hugo como Ricardo estaban familiarizados con desenvolverse en ambos mundos culturales de esta manera. Sin embargo, la adaptación implica cierto grado de conocimiento y comprensión. Y Hugo parece haber sido particularmente exitoso a lo hora de ganarse a los habitantes irlandeses de Meath. Una cosa era acabar con unos cuantos rivales políticos y otra muy distinta instaurar un régimen estable. Para ello, había que ganarse los corazones y las mentes. Este proceso había comenzado en Leinster con la familia y los amigos de Mac Murchada y Hugo lo extendió a los campesinos y aristócratas locales de Meath.

Al referirnos hasta ahora a Arco Fuerte, De Lacy y sus hombres como «anglonormandos», hemos eludido la cuestión de su identidad. Como hemos visto, los normandos que inmigraron al sur de Italia no tardaron en echar raíces y para cuando Roger extendió sus dominios al norte de África, ya solo se los podía considerar normandos en segundo o tercer grado. En Inglaterra estaban en marcha procesos similares. A mediados del siglo XII, grandes sectores de la élite gobernante habían comenzado a identificarse como ingleses, a pesar de que eran de origen normando y hablaban francés. Cuando Ricardo y Hugo llegaron a Irlanda, estos procesos ya casi habían concluido.[20]

Las conquistas de Ricardo y Hugo se llevaron a cabo bajo el estandarte inglés, como sabían muy bien sus contemporáneos.[21]Los anales irlandeses normalmente denominan a los recién llegados «extranjeros» (en irlandés medio, *Gaill*), pero si quieren especificar más hablan de ellos como «ingleses» (*Sagsannaich*). Con ello, reflejan la percepción que tenían de sí mismos los conquistadores, como revela la *Chanson de Dermot et du comte*: a lo largo de los más de tres mil versos del poema, siempre se dice que es a los ingleses (en francés antiguo, *Engleis*) a quienes dirigen Fitz Gilbert y sus hombres. No obstante, aunque los invasores se veían a sí mismos como ingleses, desde el punto de vista cultural seguían siendo claramente franconormandos. Hablaban el distintivo dialecto anglonormando del francés, como atestigua la *Chanson*; hacían la guerra al estilo normando e introdujeron en Irlanda los castillos y el servicio de los caballeros; y, en los niveles más altos, mantuvieron los intereses de los terratenientes del ducado, como revelaban las importantes posesiones de De Lacy y, más tarde, del Mariscal al otro lado del canal (Guillermo el Mariscal acabó sucediendo a Arco Fuerte en Leinster).

Con Tigernán eliminado, Hugo pudo afianzar su posición. La guerra solía causar desplazamientos en la Edad Media (como en el mundo moderno) y la invasión de Irlanda no fue una excepción. Con los conflictos, muchos minifundistas habían buscado protección y seguridad en las regiones vecinas, y Hugo quería atraerlos de vuelta. Ofreció unas condiciones conciliadoras que incluían la restitución de las tierras y los derechos a los titulares anteriores. Al mismo tiempo, se aseguró de colocar sus propios cadetes en una serie de señoríos locales. La clave del éxito radicaba en equilibrar los intereses de los minifundistas locales y los de la nueva élite anglonormanda.

Sin embargo, justo cuando la teórica cesión de Meath realizada por Enrique se estaba empezando a hacer realidad, Hugo fue llamado (junto con Ricardo) para ayudar al monarca a hacer frente a una rebelión de Enrique el Joven. En su ausencia, los irlandeses pasaron a la ofensiva y prendieron fuego a gran parte de Meath. Hugo no podría regresar hasta 1175 y para encontrarse prácticamente de vuelta en el punto de partida. Al cabo de un año de campaña activa, Hugo había recuperado las pérdidas: se había afianzado en el centro de Meath y había extendido su autoridad al sur y al oeste. Sin embargo, quedaba por ver lo comprometido que estaba con sus nuevos dominios. Continuó teniendo tierras en Normandía y la Marca de Gales, y, a finales de 1175, regresó a la corte real en Inglaterra, aunque en parte para ocuparse de asuntos irlandeses. La muerte de Ricardo Fitz Gilbert en abril de 1176 resultaría decisiva para el futuro de Hugo en Irlanda. Abría un nuevo horizonte en este territorio, donde Ricardo había sido el cabecilla *de facto* del grupo anglonormando desde 1172. En los años siguientes, Hugo dedicaría todos sus recursos a lograr una posición similar. Se casó con la hija de Ua Conchobair y pronto fue la principal figura de la política irlandesa.[22]

Por su parte, el rey Enrique había previsto en un principio que Irlanda fuera un dominio que podría confiar a su hermano Guillermo. Los hijos y los hermanos menores eran un eterno problema para los monarcas medievales. Cuando Enrique fue a Irlanda en 1172, ya había acomodado a Guillermo en otro lugar. Sin embargo, con cuatro hijos propios, debía ser consciente de que estas nuevas tierras no tardarían en ser de utilidad. En 1175, Enrique llegó a un acuerdo con Ruaidrí Ua Conchobair y accedió a limitar el control anglonormando directo en aquellas partes de Meath, Leinster y Munster que ya estaban en manos de Ricardo, Hugo y sus hombres. A cambio, Enrique obtuvo el reconocimiento formal (aunque en gran parte nominal) de su soberanía sobre Connacht. Poco después, en una importante asamblea celebrada en Oxford en 1177, Enrique le entregó Irlanda a su hijo menor Juan. En los años setenta había habido muchos conflictos entre Enrique y sus hijos mayores, que se disputaban el poder y la influencia. Como consecuencia, el servil Juan se convirtió rápidamente en el favorito del rey. Sin embargo, al ser el más joven de los cuatro, las posibilidades de Juan eran escasas. Enrique esperaba que Irlanda le proporcionara a Juan un reino propio. Ofrecía una base

para reclamar en el futuro el trono inglés y, si esto no prosperaba, podría constituir un digno premio de consolación.[23]

Tendrían que pasar otros ocho años antes de que Juan pusiera un pie en Irlanda, pero rara vez dejaba de pensar en el país. Y aunque la isla nunca se convirtió en una parada habitual del itinerario real, Irlanda ocupa un lugar mucho más prominente en las políticas de los años de madurez de Juan que en los de su padre o su hermano.[24]Para bien o para mal (a menudo para mal), los destinos de Irlanda e Inglaterra estarían firmemente entrelazados.

Sin embargo, mientras la influencia normanda se extendía en Gran Bretaña e Irlanda, empezaba a ser cuestionada en la Europa continental. ¿Superaría el imperio de Juan la prueba?

23

¿El fin del imperio?
Juan y Normandía, 1204

A principios de marzo de 1204, Roger de Lacy preparó a sus hombres para lo inevitable. El verano anterior le había sido encomendada la defensa del Château Gaillard, el castillo construido por Ricardo Corazón de León a finales de los años noventa del siglo XI. La fortaleza, que dominaba un tramo estratégico del Sena, se encontraba a solo 70 kilómetros río arriba de la capital ducal normanda de Ruan. Fue concebido para proteger las tierras centrales del ducado de la invasión francesa al tiempo que servía de base avanzada para futuras incursiones en el Vexin, un territorio disputado durante mucho tiempo por el duque normando y el rey francés. Las defensas del castillo eran punteras y su ubicación en lo alto de un afloramiento rocoso sobre el Sena proporcionaba una buena defensa natural. Se dice que Ricardo alardeaba de que podría mantenerse en pie aunque sus murallas fueran de mantequilla. Sin embargo, la inexpugnable fortaleza de Ricardo Corazón de León estaba a punto de ser tomada.

Estos acontecimientos tuvieron lugar en los primeros años del reinado del hermano menor y sucesor de Ricardo, Juan. El rey francés Felipe el Augusto había declarado en 1202 que el ducado de Normandía pertenecía a la corona y, desde entonces, había estado intentando arrebatarle el control a Juan. Al igual que sus antepasados recientes, Juan era rey de Inglaterra y duque de Normandía (además de conde de Anjou y duque de Aquitania). Para una monarquía francesa que era cada vez más asertiva, suponían un desafío inaceptable. Como duque de Normandía, Juan debía responder ante Felipe; sin embargo, como rey de Inglaterra, todo lo contrario. Ruan estaba situada a solo 145 kilómetros de París en línea recta, lo que hacía que para Juan fuera demasiado fácil atacar los dominios de

Felipe. En cambio, el rey francés tendría que abrirse paso a través de Normandía y luego reunir una flota antes de poder amenazar siquiera a Juan en Inglaterra.

Aunque la proximidad de Felipe a las posesiones continentales de Juan a veces lo dejaba expuesto al peligro, también era cierto lo contrario: estas posesiones eran objetivos potencialmente fáciles. Los vastos dominios de Juan, que se extendían desde Carlisle hasta Bayona y desde Cork hasta el Vexin, eran imposibles de defender en todos los frentes. (En cambio, Felipe rara vez se encontraría a más de unos días de distancia a marchas forzadas de la frontera normanda si surgían problemas con su vecino.) Pese a estos desafíos, los esfuerzos defensivos iniciales de Juan fueron exitosos. A principios de agosto de 1202 cosechó una impresionante victoria en Mirebeau, al sur de Anjou, donde sus tropas capturaron a su sobrino Arturo, a quien Felipe había cedido los dominios continentales de Juan (salvo Normandía). Con su único competidor dinástico prisionero, Juan debió creer que la paz estaba a la vuelta de la esquina, pero para finales de año ya había dilapidado la ventaja. Su principal error fue el trato que recibió Arturo, que desapareció a los ocho meses de la victoria en circunstancias más que sospechosas. Para empeorar aún más las cosas, Juan desoyó las recomendaciones de sus consejeros y trató mal a los demás cautivos: ordenó dejar morir de hambre a veintidós de ellos en el castillo de Corfe.[1]Para la aristocracia francesa, que estaba muy apegada a los ideales caballerescos, se trataba de crímenes gravísimos.

Amplios sectores de la aristocracia angevina y bretona, conmocionados por el comportamiento de Juan y cada vez más conscientes de sus fracasos como rey y comandante militar (Mirebeau sería la única gran victoria de Juan), comenzaron a acudir a Felipe, que los recibió con los brazos abiertos. Y como Juan no reaccionó, le seguirían otros de Normandía. Felipe, alentado por estos triunfos, decidió que había llegado el momento de sitiar el Château Gaillard, la llave de acceso a Normandía. Juan le había confiado el castillo a Roger de Lacy, un miembro de la rama principal de la misma familia Lacy que hemos conocido en el capítulo anterior. A diferencia de las de sus parientes cambro-irlandeses más famosos, las tierras de Roger se encontraban exclusivamente en el norte de Inglaterra, lo que aseguraba su lealtad al voluble Juan.

Juan era muy consciente de la importancia estratégica del castillo y pronto intentó enviar ayuda. Y aunque sus planes demasiado complicados de perpetrar un ataque terrestre y naval combinado contra las fuerzas de Felipe fracasaron, la victoria francesa distaba mucho de estar garantizada. Las murallas del castillo aguantaron durante los meses de invierno y cada vez parecía más probable que Juan iba a tener una segunda oportunidad de enviar ayuda en primavera. Como respuesta, Felipe asumió personalmente el mando en el asedio. Al principio intentó asaltar las fortificaciones periféricas del sudeste del castillo, la única dirección desde la que se podía acceder directamente a este. Y aunque la torre de asedio francesa nunca logró llegar hasta las murallas, los zapadores de Felipe consiguieron derribar la torre. Durante los días siguientes, cayeron los patios centrales e interiores.[2]

Felipe había logrado lo impensable. Château Gaillard era suyo y tenía vía libre para conquistar Normandía. En los meses siguientes, las tropas francesas tomaron Falaise, Caen y Cherburgo. Y una vez que quedó claro que no iba a llegar ninguna ayuda de Inglaterra, le seguiría el mayor trofeo de todos: Ruan.[3]Poco después se registraron pérdidas similares en Anjou, Maine y Poitou. Felipe y sus hombres estaban en la cresta de la ola. Por su parte, Juan estaba horrorizado de lo rápido que habían cambiado las tornas. En menos de dos años, había pasado de ser el vencedor en Mirebeau a ver con impotencia cómo eran desmembrados sus dominios continentales. Ni siquiera Inglaterra estaba ya segura y se preparó para una posible incursión allí. El apodo de la infancia de Juan, «Sin Tierra», comenzaba a ser más que adecuado. A este se sumó un segundo mote burlón, «Espada Blanda»,[4]porque siempre que era necesario adoptar medidas decisivas, la respuesta de Juan era titubear y dar largas.

La pérdida de Normandía afectó mucho a Juan y a los ingleses. Tan importante como las pérdidas económicas y estratégicas (que fueron considerables) fue el golpe psicológico e ideológico que asestó. Los buenos reyes tenían que defender y expandir sus dominios; una pérdida de esta magnitud era intolerable. En una época en la que se creía que la providencia divina guiaba los acontecimientos, no podía haber una señal más clara de la ira de Dios. Sus contemporáneos no tardaron mucho en identificar cuál era la causa: la forma en que Juan había tratado a Arturo y a los demás cautivos de Mirebeau. Tras

sembrar vientos, Juan estaba recogiendo tempestades.

No era la primera vez desde 1066 que Normandía e Inglaterra tomaban rumbos diferentes. El Conquistador había puesto el ducado en manos de su primogénito, Roberto Curthose, y dejado Inglaterra a su segundo hijo, Guillermo Rufo. Y aunque Enrique I los reunificó en 1106, el ducado se mantuvo independiente de la corona inglesa y respaldó en repetidas ocasiones a los miembros rivales de la familia real, incluidos Guillermo Clito (el hijo de Curthose) y Enrique Fitz Empress (como se conoció al principio a Enrique II). Sin embargo, no era un miembro rival de la familia real anglonormanda el que se había instalado ahora en Ruan, sino el rey de Francia. La probabilidad de que Inglaterra y Normandía volvieran a estar en manos del mismo gobernante era mínima. Las respuestas a estos acontecimientos a ambos lados del canal complicaron aún más las cosas. Tanto Juan como Felipe exigieron lealtad absoluta. Este último desposeyó a los barones leales a Juan de sus propiedades en Normandía, mientras que Juan hizo lo mismo con las tierras inglesas de los que se habían decantado por Felipe. Solo el poderoso Guillermo el Mariscal logró evitar sufrir esta suerte y pagó el precio por ello con muchos años de ostracismo político.[5]

La lengua y la cultura también desempeñaron un papel en este distanciamiento. Aunque el asentamiento después de 1066 había asegurado que la élite gobernante inglesa tuviera mucho en común con su homóloga normanda, cuando las familias echaron raíces, empezaron a aflorar diferencias. Los del lado septentrional del canal llegaron a identificarse como ingleses, aun cuando, en su mayoría, seguían siendo cultural y lingüísticamente normandos. Y en los últimos años del siglo XII, se comienza a ver un resurgimiento de los estereotipos nacionales. Para los franceses (y los normandos), los hombres como el Mariscal o Roger de Lacy hacía mucho tiempo que se habían vuelto nativos. No eran normandos expatriados, sino ingleses, con todo el bagaje cultural que esto entrañaba. El lenguaje aquí servía para dividir y también para unir. Aunque los barones ingleses seguían hablando francés, su dialecto anglonormando cada vez más distintivo era objeto de mofa en Francia. (Aquí comienza la larga historia de la altanería lingüística parisina.) Normandía e Inglaterra eran cada vez más dos naciones separadas por una lengua común.

Las circunstancias políticas también se conjuraron para que el

distanciamiento fuera mucho mayor después de 1204 que en 1087 o 1150, cuando el ducado se separó temporalmente de la corona inglesa debido a las disputas sucesorias ocasionadas por la muerte del Conquistador y la Anarquía. En los años posteriores a 1066, la mayoría de los principales aristócratas tenían propiedades a ambos lados del canal. Les convenía que prevalecieran relaciones amistosas entre las dos regiones. Con el tiempo, sin embargo, se observó una tendencia a que las familias consolidaran sus posesiones, traspasando las tierras normandas e inglesas a diferentes ramas de la familia o vendiendo tierras en una región para invertir en la otra. Estas tendencias eran especialmente acusadas entre la aristocracia media y baja. Durante el reinado de Juan, solo los barones más importantes, como Guillermo el Mariscal y Hugo de Lacy, seguían teniendo intereses en la Europa continental.[6]Quedaban pocos con un interés personal en mantener el imperio del Conquistador al otro lado del canal y para muchos era una inoportuna distracción.

Por tanto, aunque los problemas de Juan los había causado él mismo, dejaban al descubierto divisiones más profundas dentro del imperio angevino. Desprenderse de los intereses ingleses en la Europa continental no resultaba más sencillo a principios del siglo XIII que en cualquier otro momento de la historia. Los intereses políticos empujaban al gobierno de Juan en direcciones opuestas. El honor exigía que buscara la restitución de sus dominios perdidos; sin embargo, estos esfuerzos estaban abocados a ser impopulares, sobre todo si (como era el caso) no tenían éxito. Como respuesta a estas dificultades, Juan llegó a depender cada vez más de un pequeño grupo de aliados continentales, compuesto por hombres a los que habían perjudicado las anexiones de Felipe, como Girard d'Athée, Engelard de Cigogné, Philip Mark y Peter des Roches. Estos hombres le debían lealtad absoluta a Juan y estaban totalmente comprometidos con la restitución de las tierras (las de Juan y las suyas propias). Pero aunque esto soslayaba los problemas de lealtad, no hacía sino exacerbar las tensiones internas. La mayoría de ellos provenían del Touraine, al sur de Normandía, y su interés principal estribaba en recuperar estos dominios y no el ducado en sí, donde tenía sus intereses el resto de la aristocracia anglonormanda. Por tanto, la influencia de estos

«extranjeros», como se los conocía, causaba un profundo malestar y reforzaba la tendencia particularista en el seno de la aristocracia inglesa.[7]

En 1205, Juan intentaría por primera vez, con el apoyo de estos nuevos favoritos, recuperar las tierras perdidas en 1205, pero la oposición en Inglaterra le impidió enviar un gran contingente. Le seguiría en 1206 una expedición más numerosa directamente bajo el mando real, que logró recuperar Poitou antes de dirigirse al sur, hacia Gascuña, la única posesión continental que Juan había conservado intacta. Allí pudo resistir a la amenaza de Castilla al sur. Animado por estos éxitos, atacó Anjou, pero cuando Felipe reclutó un gran ejército francés, Juan se volvió a retirar al sur y el resultado fue un punto muerto.[8]Durante los años siguientes, Juan se mantuvo ocupado principalmente con los asuntos de las Islas Británicas, ya que el descontento de los barones en Irlanda y las continuas disputas con el papa y el arzobispo de Canterbury le impidieron realizar campañas en el continente. Cuando finalmente volvió con fuerza a principios de 1214, lo hizo como parte de una gran alianza con el emperador alemán, Otón IV. Otón era sobrino de Juan y tenía sus propias razones para querer limitar la influencia política francesa, que ponía en peligro su control (para nada seguro) del trono imperial. El plan consistía en un doble ataque: Juan marcharía al norte y al este desde Poitou para encontrarse con Otón, apoyado por el conde de Salisbury, Guillermo Longespée.

La campaña comenzó bien, con Juan recuperando gran parte de Anjou a finales de la primavera, pero el avance se estancó cuando asedió el castillo de Roche-au-Moine, situado a unos dieciséis kilómetros al sudoeste de Angers. A principios de julio, él y su ejército estaban de vuelta en La Rochelle, perseguidos por un contingente francés comandando por Luis, el hijo mayor de Felipe el Augusto. Se perdió toda esperanza cuando las fuerzas de Otón (incluido el batallón dirigido por el conde Guillermo) fueron derrotadas por Felipe y el grueso del ejército francés en una reñida batalla en Bouvines, en el sur de Flandes. Los días de la influencia angevina en el norte de Francia habían tocado a su fin.[9]Para Juan, este fue el último de una larga lista de fracasos en su política exterior. Internamente, fue un desastre total. En palabras de un historiador moderno, «el camino desde Bouvines hasta Runnymede fue directo, corto e inevitable».[10]

Los barones ingleses de Juan llevaban años conspirando contra él. Tras la humillante derrota de Bouvines, pasó a ser una rebelión abierta. En otoño, se empezaron a hacer planes. Al año siguiente, estalló la guerra civil, encabezada por un grupo de magnates del norte que habían encontrado apoyo en amplias franjas del sur. Cuando los rebeldes tomaron Londres a finales de la primavera, Juan tuvo que ceder. El 15 de junio llegó a Runnymede, donde accedió a la mayoría de las demandas de los barones en el documento que llegaría a conocerse como la Carta Magna («la gran carta» en latín).[11]Para Juan era una humillación. Sin embargo, lo que le faltaba en destreza militar, lo compensaba con astucia. Al aceptar las demandas de los rebeldes, pudo recuperar la iniciativa y pocas semanas después de que hubiera sido promulgada la carta, Juan la derogó. Todavía no se había secado la tinta en las copias cuando se convirtió en papel mojado. No obstante, Juan no podría disfrutar durante mucho tiempo de su victoria. Los rebeldes encontraron el apoyo en Alejandro II de Escocia y Felipe el Augusto. En la primavera de 1216, el hijo de este último, Luis, desembarcó en Inglaterra y se unió a los rebeldes. Las llamas de la revuelta se propagaban con rapidez cuando Juan murió en el mes de octubre, lo que, paradójicamente, podría haber salvado a su reino de la conquista extranjera una vez más, ya que el joven Enrique III, heredero de Juan, y sus regentes resultaron ser mucho más populares (y estar más dispuestos a transigir) que su padre.

En cualquier caso, es una ironía que el documento constitucional más icónico de Inglaterra deba su existencia a estos enredos continentales. Como corresponde al contexto, la Carta Magna es un documento completamente europeo (y normando). Muestra similitudes con los Estatutos de Pamiers, un conjunto de costumbres igualmente programático publicado en diciembre de 1212 por Simón V de Montfort para sus dominios en el sur de Francia. La familia de Simón provenía de la frontera franconormanda y él había sido (brevemente) conde de Leicester, por lo que muchos de los barones habrían conocido este precedente.[12]

A largo plazo, la pérdida de los dominios continentales de Juan más que desmantelar el imperio angevino, lo reconfiguró. Sin Normandía, Anjou, Maine y Poitou, las aspiraciones políticas de sus

sucesores se centraron en el control de sus vecinos inmediatos dentro de las Islas Británicas. Sería en Gales, Escocia y (en especial) Irlanda donde podrían compensar las pérdidas.[13]Sin embargo, estas conquistas ampliaron la brecha entre Inglaterra y Normandía. Hasta 1204 había sido posible ser normando e inglés, pero ya no era así.

Y tendría consecuencias tanto para Normandía como para Inglaterra. En los siglos X, XI y XII, los normandos habían afirmado, con cierta razón, que eran únicos entre los pueblos del norte de Francia. Solo ellos descendían de los vikingos nórdicos, una identidad que anunciaba con orgullo su denominación étnica. Seguían siendo distintos desde el punto de vista político y solían identificarse como franceses solo en los planos lingüístico y cultural, en las cláusulas de direcciones de las cartas reales o en las grandes expediciones de ultramar, como las cruzadas. Con la conquista de Felipe, todo esto cambió. Ahora los normandos apenas se diferenciaban de los angevinos y los poitevinos. La identidad normanda se fue subsumiendo lentamente en la identidad francesa.

Así pues, puede que la pérdida de Normandía en 1204 no causara la división política y cultural entre el ducado y el reino inglés, pero hizo que fuera permanente. Durante algún tiempo, la aristocracia anglonormanda se había identificado como inglesa; ahora, no había vuelta atrás. Llegarían nuevas conquistas, pero el imperio resultante sería claramente inglés.[14]No habría más imperios normandos. ¿O sí?

24

«Asombro del mundo»: el emperador Federico II, 1198-1250

Cuando a principios del siglo XIII la influencia normanda comenzaba a desvanecerse en las Islas Británicas, empezaba a cobrar fuerza en Alemania. Ocho años después de que Juan sufriera la humillante pérdida de Normandía (1204), el joven Federico II era entronizado allí. A principios de diciembre de 1212 fue coronado rey en Maguncia por el arzobispo Sigfrido, el principal clérigo de Alemania, y pronto comenzó a extender su control a otras partes del reino.

Se suele considerar a Federico un gobernante «alemán» arquetípico. Pertenecía a la dinastía Staufer (o Hohenstaufen), que había gobernado Alemania a intervalos desde 1138, y llevaba el nombre del emperador alemán más famoso de la Edad Media, Federico Barbarroja (su abuelo paterno). Sin embargo, estos visos de continuidad son engañosos. Por sus lazos sanguíneos, Federico era solo medio alemán y, culturalmente, era un normando siciliano hasta la médula.[1] Su madre, Constanza, era la hija menor de Roger II, nacida poco después de la muerte de este último en 1154. Y el propio Federico había nacido en suelo italiano, en Iesi, junto al Adriático, a finales de diciembre de 1194. Ni siquiera su nombre de pila era totalmente alemán, ya que no se llamaba únicamente Federico, sino Roger Federico, lo que reflejaba su doble linaje alemán y normandosiciliano.[2]

En el momento de su nacimiento, su padre, el emperador alemán Enrique VI, acababa de ser coronado rey de Sicilia en Palermo. Este honor había tardado mucho en llegar. Cuando Enrique se comprometió por primera vez con Constanza en 1184, se acordó que heredaría el trono siciliano si Guillermo II (su sobrino) moría sin dejar un heredero. Sin embargo, cuando esto sucedió cinco años más tarde,

el sobrino de Guillermo, Tancredo de Lecce (un hijo ilegítimo de Roger III, el primogénito de Roger II), consiguió hacerse con el trono. Pese a ser ilegítimo, Tancredo era un auténtico Altavilla y contaba con un considerable apoyo de la aristocracia local, por lo que pudo capear los intentos de Enrique y Constanza de disputarle el trono entre 1190 y 1191. El sectarismo político al norte de los Alpes complicaría la situación para Enrique. Su propio padre, Federico Barbarroja, acababa de morir (Enrique probablemente se enteró de la noticia mientras marchaba hacia el sur) y distaba mucho de tener asegurado el control de la corona. Esto significaba que Tancredo dependía de sí mismo.

Cuando Enrique hubo afianzado su posición en Alemania, las cosas empezaron a mejorar. Tancredo murió a principios de 1194 y aunque los aristócratas locales habían elegido como sucesor a su hijo, Guillermo (III), este solo era un niño y apenas representaba un obstáculo para las ambiciones de Enrique. Así pues, Enrique y Constanza marcharon hacia el sur en primavera, con las arcas llenas gracias al rescate pagado recientemente por la liberación del rey inglés Ricardo Corazón de León (que había caído en manos del duque de Austria mientras regresaba a casa de la tercera cruzada). Para agosto, Enrique había tomado Nápoles; le seguiría Salerno en septiembre. Y a finales de noviembre se instaló en Palermo, la capital tradicional de Sicilia. El día de Navidad fue coronado oficialmente.[3]

Como en 1190, Constanza había acompañado a Enrique al sur, pero en Milán se separó de él. Enrique se dirigió directamente a Nápoles con el ejército principal, mientras que Constanza siguió a un ritmo más pausado por la costa adriática. Para entonces ya debía ser evidente que la emperatriz estaba embarazada. Y como había sido capturada por un grupo de salernitanos durante su anterior intento de reclamar la corona siciliana, la pareja no corrió ningún riesgo. Constanza tenía treinta y dos años cuando se casó (1186) y, al parecer, tenía muchas dificultades para concebir (este es el único embarazo del que tenemos constancia). Por tanto, la suerte que corrieran la emperatriz y su hijo no nato era decisiva. Esta larga espera para tener un heredero también ayuda a explicar los rumores posteriores de que Federico era ilegítimo, rumores gustosamente alentados por los muchos enemigos de la dinastía Staufer.[4]

En marzo de 1195, Enrique y Constanza se encontraron en Bari, esta última ya con su hijo en brazos. Debían estar encantados. Tras

años de incertidumbre, habían conseguido el trono siciliano y tener un heredero varón. Sin embargo, no todos veían con buenos ojos la unión de la corona siciliana y la imperial. Esto ya había levantado ampollas en el sur, donde algunos seguían insistiendo en que el sucesor fuera Guillermo III. Y lo que era aún más importante, representaba una amenaza directa para el papa, cuyos dominios estaban ahora rodeados a ambos lados por los de Enrique.[5]Ya no sería posible enfrentar a los gobernantes alemanes y sicilianos entre sí, como habían hecho muchos papas anteriormente. Así pues, en 1196 Celestino III se negó a consagrar a Federico como heredero de Enrique. La disputa por los planes de sucesión de Enrique seguía sin haberse resuelto cuando el emperador cayó gravemente enfermo en Mesina a finales del verano de 1197. A finales de septiembre, Enrique había muerto.

El resultado fue un largo período de inestabilidad política, sobre todo al norte de los Alpes. Para entonces, la sucesión al trono alemán se había vuelto electiva. El hijo del monarca anterior solía tener ventaja, pero todavía necesitaba el respaldo oficial de los príncipes más destacados para convertirse en rey (y futuro emperador). Eran malas noticias para Federico, ya que había muy pocas probabilidades de que los príncipes apoyaran a un niño, en especial a uno que apenas conocían. La mayoría de los aliados de Enrique respaldaron la candidatura de su hermano Felipe de Suabia (tío de Federico); otros, apoyados por el papa, prefirieron a Otón de Brunswick, el hijo del duque Enrique el León y la princesa inglesa Matilde. Daría comienzo una larga y enconada lucha por la sucesión.

Mucho dependía ahora de cómo reaccionara Constanza. Debía saber que las posibilidades de conseguir para Federico la corona alemana y la siciliana eran escasas, y de las dos, la apuesta más segura era la última. En Sicilia, la sucesión dinástica seguía siendo la norma y la perspectiva de que el monarca fuera un niño despertaba menos temores: Guillermo II había accedido al trono en 1166 cuando era un adolescente y, en 1197, una facción había intentado entronizar al niño Guillermo III. Más aún, Constanza podría aprovechar al máximo su propia influencia como Altavilla. Se encontraba, oportunamente, en la importante ciudad portuaria de Mesina cuando murió Enrique. Desde allí solo la separaba un corto trayecto hasta Palermo, donde Constanza se disponía a establecer una regencia para su hijo. A finales de diciembre, Federico ya comienza a aparecer como «rey de los romanos

y de Sicilia» en las listas de testigos de sus cartas. El 17 de mayo de 1198, día de Pentecostés, fue consagrado oficialmente rey.[6]

Incluso en el mejor de los tiempos, las minorías reales podían resultar complicadas. Y en vista del turbulento pasado de Sicilia, había razones de sobra para esperar lo peor. Por tanto, la máxima prioridad de Constanza era reforzar la posición de su hijo. El aliado obvio era el papa. Los Altavilla se habían establecido por primera vez en el sur con la sanción papal. Y aunque las relaciones habían sido tensas en los últimos años, el sucesor de Celestino, Inocencio III, tenía mucho que ganar si apoyaba a Constanza y Federico. Como en el caso de Celestino, la prioridad de Inocencio era evitar que Sicilia y el imperio alemán cayeran en las mismas manos. Y la mejor manera de impedir que Felipe u Otón reclamaran Sicilia era apoyar a Federico. Sin embargo, el precio por el respaldo papal fue que Constanza y Federico renunciaran a sus pretensiones en el norte. Dada la situación en Alemania (con dos hombres adultos compitiendo por el trono, había poco espacio para el Federico de tres años), era un precio que bien merecía la pena pagar. Por tanto, desde el momento de su coronación, Federico dejó de llevar el título de «rey de los romanos [es decir, de los alemanes] y de Sicilia» y se conformó con el más sencillo (y más preciso) de «rey de Sicilia, duque de Apulia y príncipe de Capua».

La mala salud de Constanza hizo que la urgencia fuera aún mayor. En el otoño de 1198 ya era evidente que la emperatriz estaba enferma y, a finales de noviembre, también había muerto. Las negociaciones con el papa seguían en marcha, por lo que Constanza no tuvo más opción que confiar a su hijo y el régimen a Inocencio III con la esperanza de que los ayudara a resolver los problemas por venir. Esto significaba que las esperanzas originales de Enrique para Federico se habían desvanecido por completo. Federico sería rey de Sicilia, pero no emperador, al menos no mientras estuviera bajo la tutela de Inocencio. No obstante, no se debería exagerar el poder de Inocencio. La regencia de Federico necesitaba apoyos, pero también Inocencio necesitaba aliados. Al igual que los papas anteriores, su autoridad era considerable, pero su poder real era escaso. Podía pedir, ordenar y (a veces) embaucar, pero tenía pocos medios para imponer su voluntad.[7]La supuesta máxima de Stalin («¿Cuántas divisiones tiene el papa?») resultaba tan cierta en 1198 como en 1943.

Para Federico, la tutela de Inocencio fue un arma de doble filo.

Ayudó a defenderse de las pretensiones rivales, pero hizo poco para ayudar en la gobernanza cotidiana de Sicilia. De hecho, el papa resultó ser un regente ausente (hasta 1208 no pondría un pie en Sicilia), que dependía mucho de sus legados para que ejercieran toda la influencia que pudieran.[8]Como resultado, los magnates sicilianos locales se disputaban el poder y la influencia real. Entre ellos destacaban el canciller imperial Walter de Paglia y el marqués (o margrave) de Annweiler, Markward. Este último había sido un favorito de Enrique VI, pero había caído en desgracia con Constanza, y ahora se arrogaba el derecho a dirigir la regencia de acuerdo con los términos del testamento de Enrique VI. En cambio, Walter y sus aliados recurrieron para justificar su posición al testamento de Constanza y a la tradición de la supervisión papal del reino siciliano.

Como consecuencia de esta prolongada lucha interna, la regencia de Federico estuvo aún más paralizada que la mayoría. En estas circunstancias, no había ninguna posibilidad de reclamar el trono de Alemania aunque Federico lo hubiera deseado. En 1208 concluyó oficialmente la tutela de Inocencio, pero Federico solo tenía catorce años e iría tomando las riendas del poder de forma paulatina. Para entonces ya había pasado casi toda su vida en el sur de Italia. Su lengua materna era el dialecto siciliano del italiano, en el que compuso versos; también poseía cierto dominio del griego y (probablemente) del árabe, las otras grandes lenguas del Mediterráneo. En cambio, solo conocía Alemania (y el alemán) por terceros, por los pocos magnates del norte que había en la corte siciliana.

Sin embargo, los orígenes de Federico no representaban un obstáculo para sus aspiraciones políticas al norte de los Alpes. Del mismo modo que su padre fue un alemán en el trono siciliano, Federico se convertiría en un «siciliano en el trono imperial», en palabras de su biógrafo más reciente.[9]La violenta muerte en 1208 de su tío Felipe justo cuando Federico alcanzaba la mayoría de edad sentó las bases. Al dejar a Otón de Brunswick sin oposición en Alemania (y en el norte de Italia), la cuestión de las propias pretensiones de Federico llegó a un punto crítico. Otón se dirigió al sur para asegurar la consagración imperial del papa. En este sentido, también intentaba hacer valer los antiguos derechos imperiales sobre Apulia y Calabria.

No obstante, Otón IV, por usar su denominación imperial, estaba haciendo algo más que defender los derechos tradicionales. Al ser hijo de Enrique VI y sobrino de Felipe, Federico era el principal rival del emperador, por lo que cualquier cosa que se pudiera hacer para desestabilizar el régimen de Federico era bienvenida. Sin embargo, los antiguos adversarios de Otón al norte de los Alpes se reagruparon mientras no estaba y eligieron a Federico como rey en ausencia, forzando el regreso del emperador. Estaba claro que, para lograr una paz duradera, Federico tendría que establecerse en Alemania. Y así fue como en 1212 se dirigió al norte por invitación de sus electores, asegurándose el apoyo de varias ciudades lombardas clave en el camino. A continuación Federico atravesó lo que hoy es Suiza e hizo escala en Constanza de camino hacia la antigua ciudad imperial de Frankfurt. Allí fue elegido por segunda vez rey de los romanos (es decir, soberano de Alemania), antes de ser coronado en la cercana Maguncia el 9 de diciembre.

A lo largo del año siguiente, Federico fue sumando constantemente adeptos a su causa. Sin embargo, sería la derrota del ejército de Otón y sus aliados ingleses en Bouvines lo que sellaría el destino de este último. Aunque Otón escapó con vida de la batalla, estaba acabado. Su poder y su influencia reales se limitaban a las tierras tradicionales de los Welf en Brunswick y sus alrededores, y en 1218 murió.[10]Federico fue coronado rey de Alemania por segunda vez en Aquisgrán en julio de 1215, el lugar tradicional para la consagración real al norte de los Alpes. En 1212, la ciudad estaba en manos de los partidarios de Otón, de ahí que se recurriera a Maguncia; ahora abría sus puertas al nuevo futuro emperador.

Aunque Federico llegó al trono alemán siendo siciliano, no tardó en adaptarse a las circunstancias locales. En Alemania, el rey (o emperador) era el primero entre iguales. Era elegido por los príncipes y tenía que gobernar con ellos. En la práctica, el mandato real solo funcionaba sin trabas en las tierras de la corona (que disminuían rápidamente) y en las tierras personales del soberano; en otros lugares dependía mucho del consentimiento y la cooperación de los príncipes territoriales. Esto contrastaba mucho con Sicilia, donde el rey administraba uno de los Estados más centralizados de Europa. La expresión más clara de estas diferencias es la forma de tratar a los rebeldes y los enemigos políticos. En Alemania, podían esperar ser

perdonados siempre que se sometieran; en Sicilia, tenían suerte si escapaban con vida.[11]

Federico no podría haber cambiado los fundamentos de la política alemana si hubiera querido. Tampoco hay ninguna razón para creer que fuera lo que deseaba. Su objetivo era hacer valer su autoridad de un modo que se aproximara al de su padre y su abuelo. Más allá de eso, se contentaba con vivir y dejar vivir. Su principal interés estaba en el sur; por tanto, en Alemania seguía la corriente, en lugar de ir en contra. De hecho, Federico siguió conscientemente el mismo patrón que sus antepasados, apoyando a viejos aliados y castigando a viejos enemigos. En la Navidad de 1213 se produjo un momento clave cuando trasladó los restos de su tío Felipe desde Bamberg hasta el mausoleo imperial tradicional en Speyer, junto al Rin. No obstante, aunque Federico estaba dispuesto a presentarse como un Staufer arquetípico, seguía siendo «el niño de Apulia» (*puer Apuliae*), como lo llamaban sus contemporáneos, pues nada más dar sepultura a su tío con la debida pompa ya estaba haciendo planes para su propio entierro futuro en Palermo, la ciudad de su juventud.

La intención de Federico fue desde un principio ser un monarca ausente en Alemania. Elegido en ausencia en 1211, pasó ocho años estableciéndose, entre 1212 y 1220, y después abandonó la región a su suerte. De los treinta años siguientes, solo pasó dos en Alemania y para sofocar una rebelión. Las circunstancias aquí son muy reveladoras. Para cubrir su prolongada ausencia, en abril de 1220 Federico había establecido a su hijo de nueve años, Enrique (VII), como rey de Alemania. Enrique y sus regentes gobernarían en lugar de Federico, proporcionando un punto de contacto para la élite local. También era una concesión a Inocencio III, que observaba consternado cómo Federico reinstauraba el antiguo imperio siciliano-alemán de su padre. Inocencio había respaldado de buen grado a Federico contra Otón cuando parecía que este último podía consolidarse en el sur; ahora que las tornas habían cambiado, empezaba a mirar a Federico con recelo. Al nombrar a su hijo rey de Alemania, Federico podía alegar que se estaba manteniendo la antigua distinción entre el *regno* siciliano y el imperio alemán: él solo reinaba en el primero, mientras que su hijo gobernaba en el segundo.

En los años siguientes, el contacto directo entre Federico y Enrique fue infrecuente y esto podría explicar las tensiones que se

empiezan a apreciar. A principios de 1230, Enrique era un adulto y estaba decidido a dejar su propia huella en la política alemana. Sin embargo, Federico veía a su hijo como un subordinado y no como un monarca independiente por derecho propio. En parte, se trataba de un conflicto directo de intereses políticos. Enrique quería acumular el mayor poder posible, mientras que a Federico le interesaba ponerle límites. No obstante, también refleja las diferentes culturas políticas en las que se desenvolvían los dos. Federico exigía un servicio absoluto a su hijo, al igual que a sus seguidores sicilianos; Enrique esperaba tener un margen de maniobra, como el que él concedía a los príncipes alemanes.[12]

Al final, estas diferencias resultaron imposibles de conciliar. Enrique estaba dispuesto a reconocer la soberanía de su padre siempre que se le permitiera tener independencia para actuar, justo lo que Federico no estaba dispuesto a tolerar. Cuando a finales de 1234 Enrique empezó a actuar contra un antiguo aliado del emperador, el margrave Germán V de Baden, Federico respondió invalidando las medidas de su hijo y restituyendo al margrave. Era una afrenta pública que Enrique no podía dejar sin respuesta. En los meses siguientes comenzó a movilizar a sus aliados, lo que se ajustaba a las convenciones aristocráticas al norte de los Alpes, donde la rebelión era una demostración de fuerza cuya finalidad era impulsar un acuerdo y la reconciliación. Sin embargo, Federico lo interpretó como una traición y procedió a aplicar el peso de la ley a su hijo. Marchó hacia el norte en la primavera y Enrique se rindió en Worms en julio, sin duda con la esperanza de que sería perdonado, pero Federico se atuvo a las prácticas sicilianas y no mostró ninguna clemencia, y Enrique estuvo preso durante el resto de su vida. Federico ordenó el nombramiento en su lugar de su hijo menor, Conrado. A diferencia de Enrique, Conrado nunca fue coronado y consagrado oficialmente. Sería desde el principio un virrey que dependía de la voluntad de su padre.

Como ya hemos visto en el caso del Conquistador, los gobernantes normandos no se oponían a los castigos severos cuando querían demostrar algo y, sin duda, eran más crueles que sus homólogos alemanes. El proceso de asentamiento en el sur de Italia parece haber exacerbado estas tendencias y creado una cultura política excepcionalmente violenta. Las primeras generaciones de

colonos todavía actuaban en gran medida de acuerdo con las reglas de enfrentamiento tradicionales normandas (que se parecían convenientemente a las de los apulianos y calabreses locales), pero en la Sicilia de Roger I la violencia política se llegó a instrumentalizar de formas totalmente nuevas.[13]En parte se debió a la inestabilidad política. La posición de Roger era aún más precaria que la de su hermano mayor Roberto, lo que hizo que él y sus herederos gobernaran con el palo en lugar de la zanahoria. No obstante, no se trataba de una mera cuestión de conveniencia. La ejecución, la mutilación y el encarcelamiento eran castigos comunes para los rebeldes en Constantinopla. También en esto Roger y sus herederos estaban aprendiendo de los bizantinos.

Si Federico II fue en vida un normando siciliano, en su más allá histórico se convertiría en alemán. La figura clave aquí es un joven judío alemán, Ernst Kantorowicz, que se dedicó al estudio de Federico II en el período de entreguerras. Kantorowicz formaba parte de los círculos ultranacionalistas en torno al poeta Stefan George (el llamado *George-Kreis* o «círculo de George»). Su pionera biografía de Federico (publicada por primera vez en alemán en 1927) se inspiraba en las ideas de George sobre una «Alemania secreta» (en alemán, *geheheimes Deutschland*), una visión mítica del pasado y el presente de Alemania.[14]Kantorowicz intentaba atribuirle esto a Federico II, sugiriendo que a pesar de su educación sureña, era ante todo un alemán; de hecho, uno de los más grandes que hayan pisado esta tierra. El propio origen judío de Kantorowicz hizo que tuviera problemas con el régimen nacionalsocialista que se hizo con el poder en Alemania en los años treinta. No obstante, su libro fue recibido con entusiasmo por los nazis, que se deleitaban con su nacionalismo descarado. Se dice que era uno de los libros favoritos de Goebbels e incluso puede que lo hubiera leído el Führer. Cuando las tropas alemanas se retiraron de Sicilia en 1943, una de las últimas órdenes que dio Herman Göring fue trasladar la tumba del emperador Federico desde Palermo. El gran emperador alemán volvía a casa.

Por suerte, las órdenes de Göring nunca se cumplieron y Federico sigue siendo un orgulloso siciliano hasta la fecha.

La posteridad de los normandos: una Europa transformada

El reinado de Federico II marca el final de la construcción del imperio normando. Los normandos habían transformado la política y la sociedad en Francia, Italia, las Islas Británicas, Oriente Medio, la península ibérica y (cada vez más) Alemania. No había prácticamente ninguna región de Europa y el Mediterráneo donde no se pudiera encontrar a los descendientes de Rollo e incluso allí donde ya no estaban presentes, todavía se podía apreciar su legado.

Por casualidad o de forma intencionada, los normandos habían reconfigurado por completo el mapa de Eurasia occidental. Habían integrado a Inglaterra en un imperio continental en expansión (aunque ya en contracción) y extendido sus fronteras hasta Gales e Irlanda. Más al norte, habían establecido los nobles linajes que gobernarían Escocia hasta el Acta de Unión de 1707 y, con ello, habían sentado las bases del Reino Unido posterior. En Francia, en cambio, los normandos habían creado uno de los ducados más poderosos del reino, que al principio obstaculizó el ascenso de los reyes capetos de la época, pero posteriormente lo favoreció. Y por último, con Federico II los normandos introdujeron nuevas actitudes respecto a la ley y la justicia en grandes zonas de Alemania.

Más al sur, el efecto de los normandos no fue menos pronunciado. En la península ibérica habían desempeñado un papel importante en la temprana expansión del reino portugués y, al ayudar en el asedio de Tortosa (1148), habían fortalecido la unión de Cataluña con la corona de Aragón. (Combinada con la de Castilla en 1469, pasaría a formar España tal y como la conocemos.) La influencia normanda en Italia fue aún mayor. Allí, los colonos del norte habían unificado la mitad sur de la península, reuniendo Apulia, Calabria, Campania y Sicilia bajo una misma bandera. El reino de Sicilia resultante sobreviviría hasta la unificación política italiana (el Risorgimento) a finales del siglo XIX. Igualmente importante, los mercenarios italonormandos habían ayudado a debilitar el dominio bizantino en Anatolia occidental y central en un momento crucial, desencadenando acontecimientos que culminarían en la primera cruzada, un movimiento al que también contribuyeron de forma directa. No es exagerado decir que el mundo moderno sería irreconocible de no haber sido por los normandos.

Sin embargo, estaban por todas partes pero también en ninguna. Se habían asentado y echado raíces en todas estas regiones y su

influencia era omnipresente, pero también era cada vez más difícil de precisar. Federico no se habría identificado como normando, ni la mayoría de la diáspora normanda de otros lugares. Los que se habían afincado en Inglaterra, Gales e Irlanda eran ahora ingleses, mientras que sus homólogos al norte del fiordo de Forth se identificaban cada vez más como escoceses. En la península ibérica y en Tierra Santa estos procesos habían sido aún más rápidos: allí los normandos hacía tiempo que habían pasado a ser catalanes, españoles y francos/franceses. A mediados del siglo XIII, apenas quedaban normandos fuera del ducado. Puede que Roberto Bruce tuviera sangre normanda, pero se le celebra como la «Flor de Escocia» en la famosa canción moderna.

Normandía tampoco se libró de estos cambios. Tras la conquista del ducado en 1204, se integró (reintegró desde el punto de vista francés) en el reino en rápida expansión de Felipe el Augusto. La singularidad normanda no desapareció de la noche a la mañana, pero para entonces había poco que distinguiera al ducado de los muchos otros principados en los que Felipe y sus herederos ejercían su autoridad. Al igual que los poitevinos y los angevinos al sur, los normandos eran franceses comunes y corrientes. En los años siguientes, a menudo estarían en los conflictos políticos en el bando opuesto al de sus antiguos compatriotas en Gran Bretaña e Irlanda. La diáspora se había dividido definitivamente.

Por dramáticos que fueran estos acontecimientos, no son nada sorprendentes. La identidad normanda había sido desde un principio un blanco móvil. Los primeros normandos eran vikingos nórdicos (una incursión escandinava en el norte de Francia), cuya presencia seguía suscitando comentarios un siglo después. A mediados del siglo XI, el conflicto había dado paso a la adaptación. Los normandos se convirtieron en franceses cultural y lingüísticamente; y la denominación étnica se podía aplicar a todos los habitantes del ducado, incluidos los campesinos y los aristócratas de rango inferior de origen franco/francés. A veces se mantenía la ficción de que todos ellos eran descendientes de los piratas originales de Rollo, pero, en la práctica, se admitía que los normandos habían sido un grupo dispar desde el principio. La crónica de Dudon sobre la fundación del ducado insiste precisamente en esto. Es solo en el momento de la conversión de Rollo y su asentamiento cuando su variopinta banda de invasores se convierte en un pueblo unificado, ya no de nórdicos, sino de

normandos.[15]

A medida que sus descendientes se labraban una carrera fuera del ducado, fue surgiendo una diáspora definida por los lazos con una patria común y la alegación (real o imaginada) de que sus orígenes se remontaban al norte de Escandinavia. Sin embargo, del mismo modo que la identidad normanda había evolucionado en Ruan y sus alrededores, también lo hizo cuando los aristócratas normandos se afincaron en el extranjero. No solo fueron y conquistaron, también se asentaron y echaron raíces. A veces estos vínculos eran muy personales, como cuando los normandos se casaron con mujeres locales en Italia (Sichelgaita), Gales (Nest) e Irlanda (Aífe).[16]En otras ocasiones eran menos tangibles, pero no menos significativos, como cuando los condes de Hereford llamaron a su nuevo castillo Montgomery, por su hogar normando original, o cuando Guiscardo puso a su hijo mayor el nombre griego de Marcos. Poco a poco, los normandos se iban convirtiendo en ingleses, escoceses y sicilianos.

Se trataba en parte de una cuestión numérica. En ninguna de las regiones en las que se asentaron fueron una mayoría y la integración fue más rápida en lugares como Cataluña e Italia, donde los lugareños superaban con creces en número a los normandos. Sin embargo, igual de importante era su ubicuidad. Como estaban en todas partes, la identidad normanda en sí significaba relativamente poco. Más importantes fueron las afinidades locales, con Sicilia, la Marca y (sobre todo) Inglaterra y Escocia.

Por tanto, los normandos históricos son sujetos extraordinariamente resbaladizos. En parte, esta es la razón de que los historiadores modernos hayan hablado a veces de un «mito normando»: la idea, propagada activamente por los historiadores de la Edad Media, de que las conquistas normandas formaban parte de un proceso unificado, la expresión de una voluntad innata de dominar. Para estos especialistas, la unidad normanda es en gran medida ilusoria, un producto de la fértil imaginación de los normandos.[17]Sin embargo, aunque estos eran un producto de su propia creación de mitos, no eran ni mucho menos los únicos. Lo mismo se podría decir de los ingleses, los galeses y los franceses; de hecho, de todas las identidades nacionales de la Edad Media.[18]No obstante, lo que distinguía a la identidad normanda era que estaba vinculada a una región en la que ya no vivían la mayoría de los normandos. Es lo que

la hizo tan influyente y, a la postre, tan efímera.

Su legado más duradero consistió en conectar e integrar grandes zonas de Europa y el Mediterráneo. Gracias a ellos, era un mundo en el que se podía encontrar a miembros de la misma familia en Gales, Italia y Tierra Santa. A Inglaterra, Irlanda, Gales y Escocia los normandos llevaron los castillos, el servicio de los caballeros y la cultura caballeresca, introduciendo en estas regiones las prácticas políticas y culturales de la Europa continental. A Sicilia y el sur de Italia llevaron unos lazos más estrechos con el papa y con Roma, lo que aseguró que estas regiones formaran parte de la Europa occidental católica en lugar de los mundos islámico y ortodoxo del sur y el este del Mediterráneo.[19]

Al final, los normandos fueron víctimas de su propio éxito. Pasaron a formar parte del tejido de la sociedad europea hasta tal punto, que apenas se hacían notar. Habían desaparecido y pronto serían olvidados.

Agradecimientos

Aunque un libro pueda llevar el nombre de un único autor, la escritura tiene inevitablemente algo de esfuerzo de equipo y yo he sido excepcionalmente afortunado con el mío. Debo dar las gracias antes que nada a mi antigua agente Tessa David, que fue la primera en animarme a probar suerte con la escritura popular y cuya aportación ayudó a dar forma al proyecto en los primeros meses cruciales. Espero que el producto final esté a la altura de sus elevadas expectativas. Estoy igualmente agradecido a Laurie Robertson, que sustituyó a Tessa, primero para cubrir la baja por maternidad y después de forma permanente.

Mi editor en John Murray, Joe Zigmond, mostró pronto entusiasmo por el proyecto y ha ayudado mucho en el proceso de redacción y revisión. Mi correctora, Candida Brazil, también hizo maravillas con un manuscrito bastante preliminar, mientras que la colega de Joe, Caroline Westmore, intervino valientemente para que el texto entrara en la fase de producción. También estoy agradecido a los muchos colegas académicos que han compartido ideas, comentarios y trabajos en curso. Mi agradecimiento especial a los que leyeron y comentaron los distintos capítulos: Marc Morris, Graham Loud, Gregory Lippiatt, Lizzie Boyle, Colin Veach, Ben Guy, Alice Taylor, Matthew Hammond, Andrew Buc, Mike Humphreys y Lucas Villegas-Aristizabal.

Como siempre, mi mayor deuda es con mi familia. Mi esposa, Catherine Flavelle, me ha aconsejado en cada paso del camino, incluido ayudarme con revisiones urgentes en el último minuto. La tolerancia que ha mostrado con un marido que se embarca en otro libro ha sido más que notable. Estoy igualmente agradecido a nuestras hijas, Clara y Lettie, cuyas sonrisas y risas (y ocasionales chillidos y aullidos) me han acompañado en el proceso de escritura desde el principio. Les dedico el libro a ellas con la esperanza de que algún día lo lean.

Créditos de las imágenes

Imágenes 1 y 2, © British Library London / Bridgeman / ACI; imágenes 3, 4, 5, 15 y 16, © Bridgeman / ACI; imagen 6, © Shawshots / ACI; imagen 7, © Mary Evans Picture Library / ACI; imagen 8, © 2022 Exeter Cathedral. All Rights Reserved; imagen 9, © mauriti / ACI us images GmbH / Alamy; imagen 10, © Stefano Ember / Shutterstock; imagen 11, © Stefano Valeri / Alamy / ACI; imagen 12, © Scottish School / ACI; imagen 13, © Tuul and Bruno Morandi / Alamy / ACI; e imagen 14, © Prisma by Dukas Presseagentur GmbH / Alamy / ACI.

1. La reina Emma y el rey Canuto entregan una cruz al New Minster de Winchester.

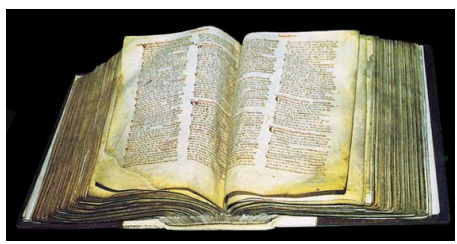
2. El autor anónimo del Encomium Emmae presenta su obra a la reina Emma. Sus dos hijos, Hardeknut y Eduardo, esperan detrás.

3. La muerte de Eduardo el Confesor tal y como aparece representada en el tapiz de Bayeux. Haroldo Godwinson y la reina Edith figuran entre las personas que están a su lado.

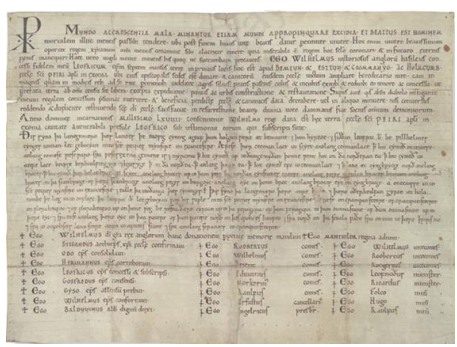
4. El cortejo fúnebre de Eduardo de camino a la recién construida iglesia abacial de Westminster.

5. La vívida representación en el tapiz de la flota normanda cruzando el canal.

6. La escena de la muerte de Haroldo. ¿Es el hombre con una flecha en el ojo o al que está derribando un caballero normando?



7. Great Domesday, el producto más impresionante del censo masivo del Conquistador de 1086.



8. Carta del Conquistador para el obispado de Exeter (1069). Por su

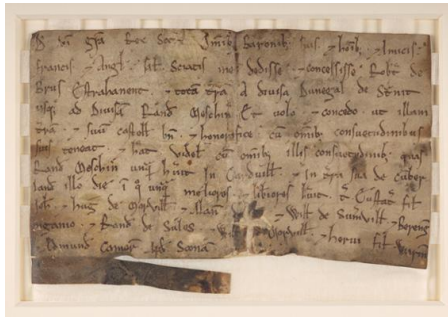
aspecto y diseño se parece en todo a un documento previo a la conquista, pero los nombres de los testigos principales son todos normandos.

9. Interior de la catedral de Durham. Nótense las molduras en los arcos y la bóveda de crucería características.

10. Las murallas de Dirraquio (actual Durrës), que resistieron valerosamente a Roberto Guiscardo y Bohemondo.

11. Coronación de Roger II por Cristo. Panel de mosaico en Santa Maria dell'Ammiraglio, Palermo.

12. El ábside de Santa Maria dell'Ammiraglio, la iglesia principal del nuevo reino de Sicilia de Roger II.



13. Carta de David I de Escocia concediendo Annandale a Roberto I de Brus (1124).

14. Château Gaillard, el inexpugnable castillo de Ricardo Corazón de León.

15. La tumba del rey Juan, catedral de Worcester. El león a sus pies dobla la espada con su mandíbula, una posible alusión a su apodo «Espada Blanda».

16. El emperador Federico II sentado majestuosamente. De uno de los primeros manuscritos de su tratado sobre cetrería.

Notas

Abreviaturas

ASC: Anglo-Saxon Chronicle (Crónica anglosajona, citada por manuscrito y año)

BL: British Library (Biblioteca Británica), Londres

PL: Patrologia Cursus Completus, Series (Latina) Prima, ed. J.-P. Migne, 221 vols. (París, 1844-1864)

TNA: The National Archives (Archivos Nacionales), Londres

1. R. Bartlett, *The Making of Europe: Conquest, Colonization and Cultural Change, 950-1350* (Londres, Penguin, 1994) [hay trad. cast.: *La formación de Europa: conquista, colonización y cambio cultural, 950-1350*, Publicacions de la Universitat de València, 2003]; R. R. Davies, *First English Empire: Power and Identities in the British Isles 1093-1343* (Oxford, Oxford University Press, 2000)

1. Dudon de St-Quentin, *Historia Normannorum*, II.25-9, ed. J. Lair (Caen, 1865).

2. Sobre Dudon: B. Pohl, *Dudo of St Quentin's Historia Normannorum: History, Tradition and Memory* (Woodbridge, Boydell Press, 2015); sobre sus crónicas: J. L. Nelson, «Normandy's Early History since *Normandy before 1066*», en *Normandy and its Neighbours, 900-1250: Essays for David Bates*, eds. D. Crouch y K. Thompson (Turnhout, Brepols, 2011), 3-15, 9-12; y sobre el lugar: *Dudo of St Quentin: History of the Normans*, trad. E. Christiansen (Woodbridge, Boydell Press, 1998), 195 n. 201.

3. Excelentes introducciones a los vikingos son N. Price, *The Children of Ash and Elm: A History of the Vikings* (Londres, Allen Lane, 2020) [hay trad. cast.: *Vikingos: la historia definitiva de los pueblos del norte*, Ático de los Libros, 2020]; y C. Jarman, *River Kings: The Vikings from Scandinavia to the Silk Road* (Londres, William Collins, 2021) [hay trad. cast.: *Los reyes del río: una nueva historia de los vikingos desde Escandinavia a las Rutas de la Seda*, Ático de los Libros, 2022].

4. S. Coupland, «From Poachers to Gamekeepers: Scandinavian Warlords and Carolingian Kings», *Early Medieval Europe* 7 (1998), 85-114.

5. Véase J. Le Maho, «Rouen à l'époque des incursions Vikings (841-911)», *Bulletin de la Commission des Antiquités de la Seine Maritime* 43 (1995), 143-202, seguido de F. Neveux, *The Normans: The Conquests that Changed the Face of Europe*, trad. H. Curtis (Londres, Robinson, 2008), 55-63. Sobre la necesidad de cautela: P. Bauduin, *La première Normandie (Xe-XIe siècles)* (Caen, Presses Universitaires de Caen, 2.ª ed., 2004), 110-112; Nelson, «Normandy's Early History», 12-15. Sobre la actividad de los vikingos en Francia occidental (Francia) y Bretaña: J. L. Nelson, «The Frankish Empire», en *The Oxford Illustrated History of the Vikings*, ed. P. H. Sawyer (Oxford, Oxford University Press, 1997), 19-47; N. S. Price, *The Vikings in Brittany* (Londres, Viking Society for Northern Research, 1989).

6. *Recueil des actes de Charles III le Simple, roi de France (893-923)*, ed. P. Lauer (París, Imprimerie Nationale, 1940-1949), n.os 51, 53, 92. La primera y la última carta se conservan en París, Archives Nationales, K 16/5, y París, Archives Nationales, K 16/9. Sobre la última en contexto, véase G. Koziol, *The Politics of Memory and Identity in Carolingian Royal Diplomas: The West Frankish Kingdom (840-987)* (Turnhout, Brepols, 2012), 436-439. Véase también F. Lifshitz, «The Migration of Neustrian Relics in the Viking Age: The Myth of Voluntary Exodus, the Reality of Coercion and Theft», *Early Medieval Europe* 4 (1995), 175-192.

7. Flodoardo, *Annales*, *s.a.* 923-924, ed. P. Lauer (París, 1906). Sobre la política de Carlos: F. McNair, «After Soissons: The Last Years of Charles the Simple (923-9)», *Reti Medievali Rivista* 18.ii (2017), 29-48, esp. 38-40.

8. Flodoardo, *Historia Remensis ecclesiae*, IV.14, ed. M. Stratmann, Monumenta Germaniae Historica: Scriptores 36 (Hanover, Hahnsche Buchhandlung, 1998).

9. L. Abrams, «Early Normandy», *Anglo-Norman Studies* 35 (2013), 45-64.

10. Cf. M. Townend, *Language and History in Viking Age England: Linguistic Relations between Speakers of Old Norse and Old English* (Turnhout, Brepols, 2002), esp. 181-211.

11. Richer of Saint-Remi, *Historiae*, I.4, ed. H. Hoffmann, Monumenta Germaniae Historica: Scriptores 38 (Hanover, Hahnsche Buchhandlung, 2000). Véase también D. Bates, *Normandy Before 1066* (Londres, Pearson, 1982); F. Lifshitz, «La Normandie carolingienne, essai sur la continuité, avec utilisation de sources négligées», *Annales de Normandie* 48 (1998), 505-552; R. Allen, «The Norman Episcopate 989-1110» (tesis doctoral, Universidad de Glasgow, 2009), 6-28.

12. Flodoardo, *Annales*, *s.a.* 923.

13. Flodoardo, *Historia Remensis ecclesiae*, IV.14.

14. *PL*, cxxxii, cols. 661-674, y Nelson, «Normandy's Early History», 4-9; M.-C. Isaïa, «Hagiographie et pastorale: la collectioncanonique d'Hervé archevêque de Rheims (m. 922)», *Melanges de Science Religieuse* 67 (2010), 27-48.

15. E. van Houts, «Exogamy and Miscegenation in the Norman Worlds», en *The Normans and the «Norman Edge»: Peoples, Polities and Identities on the Frontiers of Medieval Europe*, ed. K. J. Stringer y A. Jotischky (Londres, Routledge, 2019), 129-147.

16. E. van Houts, «The *Planctus* on the Death of William Longsword (943) as a Source for Tenth-Century Culture in Normandy and Aquitaine», *Anglo-Norman Studies* 36 (2014), 1-22, con edición del texto en 18-20. El *Planctus*, la única fuente estrictamente contemporánea de que disponemos, afirma que Guillermo nació «al otro lado del mar» (*transmarino*), pero que su madre era francesa en lugar de galesa o irlandesa (según van Houts), lo que podría ser el caso en vista del nombre de Guillermo. De hecho, el *Planctus* simplemente dice que nació en el extranjero, no que su madre fuera extranjera. Dicho esto, es posible que Guillermo fuera un nombre de pila (Rollo había adoptado el nombre de Roberto al convertirse).

17. F. McNair, «The Politics of Being Norman in the Reign of Richard the Fearless, Duke of Normandy (r. 942-996)», *Early Medieval Europe* 23 (2015), 308-328. Véase también Bates, *Normandy*, 13-15.

1. Dudon de St-Quentin, *Historia Normannorum*, III.61-63. Véase también Flodoardo, *Annales*, *s.a.* 943.

2. McNair, «Politics of Being Norman».

3. M. Hagger, «How the West Was Won: The Norman Dukes and the Cotentin, *c*. 987-1087», *Journal of Medieval History* 28 (2002), 20-55, esp. 20-23.

4. Pohl, *Dudo*, 109-124.

5. M. Fauroux, «Deux Autographes de Dudon de Saint-Quentin (1011, 1015)», *Bibliothèque de l'Ecole des Chartes* 111 (1953), 229-234. Sobre otras dos posibilidades, véanse *Recueil des actes des ducs de Normandie de 911 à 1066*, ed. M. Fauroux (Caron, 1961), n. os 11, 58; y E. Z. Tabuteau, *Transfers of Property in Eleventh-Century Normandy* (Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1988), 7-8.

6. Bauduin, *La première Normandie*, 75-83.

7. M. Hagger, *Norman Rule in Normandy, 911-1144* (Woodbridge, Boydell Press, 2017), 266-288.

8. B. Pohl, «Poetry, Punctuation and Performance: Was There an Aural Context for Dudo of Saint-Quentin's *Historia Normannorum*?», *Tabularia* 15 (2016), 177-216. Más general: A. Plassmann, «*Tellus Normannica* und *dux Dacorum* bei Dudo von St-Quentin: Land und Herrscher als Integrationsfaktor fur die Normandie», en *Die Suche nach den Ursprungen: Von der Bedeutung des fruhen Mittelalters*, ed. W. Pohl (Viena, Verlag der Osterreichischen Akademie der Wissenschaften, 2004), 233-251; R. Canosa, *Etnogenesi normanne e identità variabili: il retroterra culturale dei Normanni d'Italia fra Scandinavia e Normandia* (Turín, Silvio Zamorani, 2009), 41-64.

9. *Recueil des actes des ducs*, ed. Fauroux, n.os 15, 18. La última se conserva como Ruan, Archives départmentales de la Seine-Maritime, 14 H 917 B. Véase también K. Cross, *Heirs of the Vikings: History and Identity in Normandy and England, c.950-c.1015* (Woodbridge, Boydell Press, 2018), 165-168.

10. J. Benham, «The Earliest Arbitration Treaty? A Re-Assessment of the Anglo-Norman Treaty of 991», *Historical Research* 93 (2020), 189-204.

11. *ASC* CDE 1001 <*ASC* CDE 1001>, ed. C. Plummer, *Two of the Saxon Chronicles Parallel,* 2 vols. (Oxford, Clarendon Press, 1892-9); Guillermo de Jumièges, *Gesta Normannorum ducum*, V. 4, ed. E. M. C. van Houts (Oxford, Oxford University Press, 1992-1995).

12. Dudon de St-Quentin, *Historia Normannorum*, I.68.

13. Richer of Saint-Remi, *Historiae*, IV.108. Véase, análogamente, *Ibid.*, II.20, 28, 30.

14. P. Bauduin, «Richard II de Normandie: figure princière et transferts culturels (fin dixième-début onzième siècle)», *Anglo-Norman Studies* 37 (2015), 53-82. Véase también Pohl, *Dudo*, 156-223; Cross, *Heirs of the Vikings*, 61-84.

1. P. Stafford, «The King's Wife in Wessex 800-1066», *Past and Present* 91 (1981), 3-27.

2. Sobre la fecha: S. Keynes, *The Diplomas of King Æthelred «the Unready»: A Study in Their Use as Historical Evidence* (Cambridge, Cambridge University Press, 1980), 210 n. 203; L. Roach, «Ælfthryth-England's First Queen», *BBC History Magazine*, mayo de 2017, 38-41.

3. Los mejores ensayos sobre la vida y el reinado de Emma son P. Stafford, *Queen Emma and Queen Edith: Queenship and Women's Power in Eleventh-Century England* (Oxford, Blackwell, 1997), 209-254; S. Keynes, «Introduction to the 1998 Reprint», en *Encomium Emmae reginae*, ed. A. Campbell (Cambridge, Cambridge University Press, 1998), [xxxiii]-[xxxiv].

4. *ASC* CDE 1003.

5. *Ibid.*, 1002. Véase L. Roach, *Æthelred the Unready* (New Haven, CT, Yale University Press, 2016), 191-200.

6. *ASC* CDE 1013.

7. S. Keynes, «The Æthelings in Normandy», *Anglo-Norman Studies* 13 (1991), 173-205, en 176-177, 181-183.

8. Keynes, «Introduction», en *Encomium Emmae reginae*, ed. Campbell, [xxii]-[xxix]. Sobre el reinado de Canuto, veáse T. Bolton, *Cnut the Great* (New Haven, CT, Yale University Press, 2017).

9. BL Stowe 944, fol. 6r., y C. E. Karkov, *Ruler Portraits of Anglo-Saxon England* (Woodbridge, Boydell Press, 2004), 121-145.

10. Henry of Huntingdon, *Historia Anglorum*, VI.2, ed. D. Greenaway (Oxford, Clarendon Press, 1996).

11. E. Treharne, *Living Through Conquest: The Politics of Early English, 1020-1220* (Oxford, Oxford University Press, 2012), 9-90; Bolton, *Cnut the Great*, 92-128.

12. A. Kennedy, «Cnut's Law Code of 1018», *Anglo-Saxon England* 11 (1983), 57-81.

13. T. Bolton, «Ælfgifu of Northampton: Cnut the Great's "Other Woman"», *Nottingham Medieval Studies* 51 (2007), 247-269. Acerca de las normas sobre el matrimonio: D. d'Avray, *Papacy, Monarchy and Marriage 860-1600* (Cambridge, Cambridge University Press, 2015); S. McDougall, *Royal Bastards: The Birth of Illegitimacy, 800-1230* (Oxford, Oxford University Press, 2016).

14. Sobre Godwin y Leofric: S. Keynes, «Cnut's Earls», en *The Reign of Cnut: King of England, Denmark and Norway*, ed. A. R. Rumble (Londres, Leicester University Press, 1994), 43-88, esp. 84-87.

15. P. Sawyer, «Scandinavia in the Eleventh and Twelfth Centuries», en *The New Cambridge Medieval History*, iv, *c.1024-c.1198*, eds. D. Luscombe y J. Riley-Smith, (Cambridge, Cambridge University Press, 2004), vol. ii, 290-303, en 296-297.

16. *Encomium Emmae reginae*, III.2-6, y Stafford *Queen Emma*, 241-242, 245; Keynes, «Introduction», [xxxiii]-[xxxiv], [lxii]-[lxv].

17. P. Grierson, «The Relations between England and Flanders before the Norman Conquest», *Transactions of the Royal Historical Society*, 4th ser. 23 (1941), 71-112; E. Oksanen, *Flanders and the Anglo-Norman World, 1066-1216* (Cambridge, Cambridge University Press, 2012), 7-18.

18. *Encomium Emmae reginae*, III.8-9.

19. BL Add. 33241, fol. 1v. Véase Karkov, *Ruler Portraits*, 146-155.

1. J. R. Maddicott, «Edward the Confessor's Return to England in 1041», *English History Review* 119 (2004), 650-666.

2. M. K. Lawson, «Harthacnut [Hardecanute] (*c*.1018-1042)», *Oxford Dictionary of National Biography*, xxv, 602-603. Véase también S. Keynes y R. Love, «Earl Godwin's Ship», *Anglo-Saxon England* 38 (2009), 185-223.

3. *Recueil des actes des ducs*, ed. Fauroux, n.os 69-70, 76, 85, y Keynes, «Æthelings in Normandy»; E. van Houts, «Edward and Normandy», en *Edward the Confessor: The Man and the Legend*, ed. R. Mortimer (Woodbridge, Boydell Press, 2009), 63-76, en 68-70.

4. T. Licence, *Edward the Confessor* (New Haven, CT, Yale University Press, 2020), 80-118; D. Woodman, *Edward the Confessor: The Sainted King* (Londres, Allen Lane, 2020), 21-36.

5. Sobre Raúl y Godgifu: A. Williams, «The King's Nephew: The Family and Career of Ralph, Earl of Hereford», en *Studies in Medieval History Presented to R. Allen Brown*, ed. C. Harper-Bill, C. Holdsworth y J. L. Nelson (Woodbridge, Boydell Press, 1991), 327-343; Van Houts, «Edward and Normandy», 63-68.

6. T. Licence, «Robert of Jumièges, Archbishop in Exile (1052-5)», *Anglo-Saxon England* 42 (2013), 311-329.

7. Guillermo de Poitiers, *Gesta Guillelmi*, I.14, ed. y trad. R. H. C. Davis y M. Chibnall (Oxford, Oxford University Press, 1998); Guillermo de Jumièges, *Gesta Normannorum ducum*, VII.13(31); Eadmer, *Historia novorum in Anglia*, I, ed. M. Rule, Rolls Series (Londres, 1884), 5-7. Cf. G. Garnett, *Conquered England: Kingship, Succession, and Tenure 1066-1166* (Oxford, Oxford University Press, 2007), 1-44.

8. *ASC* C 1051, D 1052 (= 1051), E 1048 (= 1051).

9. *Vita Ædwardi regis*, I.3, ed. y trad. F. Barlow, *The Life of Edward Who Rests at Westminster* (Oxford y Nueva York, Oxford University Press, ed. rev., 1992). Sobre esta: T. Licence, «The Date and Authorship of the *Vita Ædwardi regis*», *Anglo-Saxon England* 44 (2016), 259-285.

10. *ASC* E 1048 (= 1051), D 1052 (= 1052); *Vita Ædwardi regis*, I.3, y Stafford, *Queen Emma*, 262-6. Cf. S. Foot, *Veiled Women* (Aldershot, Ashgate, 2000), ii, 215-231.

11. S. Baxter, *The Earls of Mercia: Lordship and Power in Late Anglo-Saxon England* (Oxford, Oxford University Press, 2007), esp. 17-60; Licence, *Edward the Confessor*, 160-248.

12. J. Blair, *Building Anglo-Saxon England* (Princeton, NJ, Princeton University Press, 2018), 399-400. Sobre el contexto más amplio: *Ibid.*, 387-400.

13. S. Keynes, «Giso, Bishop of Wells (1062-88)», *Anglo-Norman Studies* 19 (1997), 203-270, en 205-213; B. Savill, «Prelude to Forgery: Baldwin of Bury meets Pope Alexander II», *English Historical Review* 132 (2017), 795-822, en 814-815.

14. C. P. Lewis, «The French in England before the Conquest», *Anglo-Norman Studies* 17 (1995), 123-144.

15. *Vita Ædwardi regis*, I.11.

16. BL Stowe 944, fol. 29r., y T. Licence, «Edward the Confessor and the Succession Question: A Fresh Look at the Sources», *Anglo-Norman Studies* 39 (2017), 113-127. Véase también S. Baxter, «Edward the Confessor and the Succession Question», en *Edward the Confessor*, ed. Mortimer, 77-118.

17. K. Ubl, «Der kinderlose Konig. Ein Testfall fur die Ausdiff erenzierung des Politischen im 11. Jahrhundert», *Historische Zeitung* 292 (2011), 323-363.

18. Guillermo de Malmesbury, *Gesta pontificum Anglorum*, I.73, ed. y trad. M. Winterbottom (Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2007). Cf. Guillermo de Malmesbury, *Gesta regum Anglorum*, I.228, ed. y trad. R. A. B. Mynors, R. M. Thomson y M. Winterbottom (Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1998).

19. E. Fernie, «Edward the Confessor's Westminster Abbey», en *Edward the Confessor*, ed. Mortimer, 139-150. Véase también E. Fernie, *The Architecture of Norman England* (Oxford, Oxford University Press, 2002); Blair, *Building Anglo-Saxon England*, 402-404.

1. Orderico Vital, *Historia ecclesiastica*, VII.16, ed. y trad. M. Chibnall (Oxford, Oxford University Press, 1969-1980); Guillermo de Malmesbury, *Gesta regum Anglorum*, III.283. Para el debate: D. Bates, *William the Conqueror* (New Haven, CT, Yale University Press, 2016), 483-512.

2. E. M. C. van Houts, «The Origins of Herleva, Mother of William the Conqueror», *English Historical Review* 101 (1986), 399-404.

3. S. McDougall, *Royal Bastards: The Birth of Illegitimacy, 800-1230* (Oxford, Oxford University Press, 2016). Véase también D. Bates, «The Conqueror's Adolescence», *Anglo-Norman Studies* 25 (2003), 1-18.

4. Hugo de Flavigny, *Chronicon*, s.a. 1047, ed. G. H. Pertz, Monumenta Germaniae Historica: Scriptores 8 (Hanover, 1845); Guillermo de Jumièges, *Gesta Normannorum ducum*, VII.3(6). En general: Bates, *William*, 53-54; y sobre la Tregua: G. Koziol, *The Peace of God* (Leeds, Arc Medieval Press, 2018), 89-127.

5. Van Houts, «Origins of Herleva».

6. *ASC* D 1052 (= 1051), y P. Stafford, *After Alfred: Anglo-Saxon Chronicles and Chroniclers, 900-1150* (Oxford, Oxford University Press, 2020), 222-227, 233-367. Véase también Garnett, *Conquered England* (Oxford, Oxford University Press, 2007), 7-9, 40-44; Bates, *William*, 108-22.

7. Bates, *William*, 129-133.

8. *Ibid.*, 144-145. Véase también J. Gillingham, «William the Bastard at War», *Studies in Medieval History Presented to R. Allen Brown*, ed. C. Harper-Bill, C. Holdsworth y J. L. Nelson (Woodbridge, Boydell Press, 1989), 141-158, en 151-153.

9. Cf. G. Garnett, «“Ducal” Succession in Early Normandy», en *Law and Government in Medieval England and Normandy: Essays in Honour of Sir James Holt*, ed. G. Garnett y J. Hudson (Cambridge, Cambridge University Press, 1994), 90-110.

10. Eadmer, *Historia novorum in Anglia*, 5-7, y Baxter, «Edward the Confessor», en *Edward the Confessor*, ed. Mortimer, 107-108; M. Morris, *The Norman Conquest* (Londres, Hutchinson, 2012), 116-119.

11. A. Gautier, «Harold, Harald, Guillaume et les autres: prétentions et prétendants à la succession d'Édouard le Confesseur (1042-1066)», *Annales de Normandie* 69 (2019), 29-56.

12. A. Gautier, «Comment Harold prêta serment: circonstances et interprétations d'un rituel politique», *Cahiers de civilisation medievale* 55 (2012), 33-57.

13. No obstante, véase A. Williams, «The Art of Memory: The Posthumous Reputation of King Harold II Godwineson», *Anglo-Norman Studies* 42 (2020) 29-43, en 30-31, que plantea la posibilidad de una coronación posterior.

14. Bates, *William*, 219-222. Nótense los recientes argumentos de D. Armstrong, «The Norman Conquest of England, the Papacy, and the Papal Banner», *Haskins Society Journal* 32 (2021), 47-72, que complican considerablemente la cuestión.

15. *Les Actes de Guillaume le Conquérant et de la reine Mathilde pour les abbayes caennaises*, ed. L. Musset (Caen, Société des antiquaires de Normandie, 1967), n.º 2 (= *Recueil des actes des ducs*, ed. Fauroux, n.º 231), y C. Letouzey-Réty, «Les Abbesses de la Trinité de Caen, la reine Mathilde et l'Angleterre», *Annales de Normandie* 69 (2019), 57-69. Véase también Bates, *William*, 226-228.

16. E. M. C. van Houts, «The Ship List of William the Conqueror», *Anglo-Norman Studies* 10 (1988), 159-183.

17. Véase, de fecha más reciente, J. Gillingham, «1066 and Warfare: The Context and Place (Senlac) of the Battle of Hastings», en *1066 in Perspective*, ed. D. Bates (Leeds, Royal Armouries, 2018), 109-122, en 114-115.

18. Guillermo de Malmesbury, *Gesta regum Anglorum*, III.262.

19. Guillermo de Poitiers, *Gesta Giullelmi*, II.6, y Morris, *Norman Conquest*, 166-168.

20. *ASC* E 1066, TNA, E 31/1/3 (Little Domesday), fol. 14r.

21. B. S. Bachrach, «Some Observations on the Military Administration of the Norman Conquest», *Anglo-Norman Studies* 8 (1986), 1-25.

22. M. Strickland, «Military Technology and Conquest: The Anomaly of Anglo-Saxon England», *Anglo-Norman Studies* 18 (1997), 353-382, y «La Chevalerie des Normands? La conquête et la conduite de la guerre dans le monde normand», en *911-2011: penser les mondes normands médiévaux*, ed. D. Bates y P. Bauduin (Caen, Presses Universitaires de Caen, 2016), 293-308.

23. *Carmen de Hastingae proelio*, ll. 533-50, ed. C. Morton y H. Muntz (Oxford, Oxford University Press, 1972).

24. Amatus de Montecassino, *Ystoire de li Normant*, I.3, ed. M. Guéret-Laferté (París, Champion, 2011). Sobre la muerte de Haroldo, véase M. K. Lawson, *The Battle of Hastings* (3.ª ed., publicada online, 2016: https://archive.org/details/LawsonBattleofHastings3rdedn), 181-186, 203-213; Bates, *William*, 241-242. Sobre Amatus: G. A. Loud, «Introduction», en *Amatus of Montecassino: The History of the Normans*, trad. P. N. Dunbar y G. A. Loud (Woodbridge, Boydell Press, 2004), 1-42.

1. Guillermo de Malmesbury, *Gesta regum Anglorum*, III.247; Juan de Worcester, *Chronicon, s.a.* 1066, ed. R. R. Darlington y P. McGurk (Oxford, Oxford University Press, 1995-1998).

2. *ASC* D 1066. Sobre la campaña posterior a Hastings: P. Dalton, «After Hastings: William the Conqueror's Invasion Campaign, 15 October-25 December 1066», *Viator* 48 (2017), 139-178.

3. Juan de Worcester, *Chronicon, s.a.* 1066. Su fuente es una copia de la *Crónica* similar a la versión D, redactada en los círculos de Ealdred. El silencio de este último podría reflejar nuevas sensibilidades tras el ascenso de Guillermo al trono a finales de 1066, cuando el arzobispo, que también ungió a Guillermo, tenía motivos de sobra para restar importancia a su implicación anterior en el régimen de Haroldo.

4. Garnett, *Conquered England*, 33-44. Véase también Bates, *William*, 221-223.

5. Guillermo de Poitiers, *Gesta Guillelmi*, I.14.

6. *Ibid.* I.41.

7. *Councils and Synods With Other Documents Relating to the English Church, 871-1204*, ed. D. Whitelock, M. Brett y C. N. L. Brooke (Oxford, Oxford University Press, 1981), ii, 581-514, y Garnett, *Conquered England*, 5-9. Véase también S. Hamilton, *The Practice of Penance, 900-1050* (Woodbridge, Boydell Press, 2001), 194-196.

8. *Regesta regum Anglo-Normannorum: The Acta of William I (1066-87),* ed. D. Bates (Oxford, Clarendon Press, 1998), n.º 180.

9. *Anglo-Saxon Writs*, ed. F. E. Harmer (Manchester, Manchester University Press, 1952), n.º 71. Es significativo que fuera a favor de Giso de Wells: S. Keynes, «Giso, Bishop of Wells (1061-88)», *Anglo-Norman Studies*, 19 (1997), 203-271; G. Garnett, *The Norman Conquest: A Very Short Introduction* (Oxford, Oxford University Press, 2009), 50-52. Más general: Garnett, *Conquered England*, 9-18.

10. C. Lewis, «Audacity and Ambition in Early Norman England and the Big Stuff of the Conquest», *Anglo-Norman Studies* 40 (2018), 25-51, en 37-38, 49-51.

11. TNA E 31/2/2 (Great Domesday Book), fol. 100v.

12. Véase los artículos más recientes de S. Baxter, «The Domesday Controversy: A Review and a New Interpretation», *Haskins Society Journal* 29 (2018), 225-293, y «How and Why was Domesday Made?», *English Historical Review* 135 (2020), 1085-1131.

13. TNA E 31/2/2 (Great Domesday Book), fol. 38r.

1. C. Hicks, *The Bayeux Tapestry: The Life Story of a Masterpiece* (Londres, Chatto & Windus, 2006). Las mejores guías recientes sobre el tapiz son P. Bouet y F. Neveux, *La Tapisserie de Bayeux: révélation et mystères d'une broderie du Moyen Âge* (Rennes, Ouest-France, 2013); L. Provero, *Dalla guerra alla pace: L'Arazzo di Bayeux e la conquista normanna dell'Inghilterra (secolo XI)* (Florencia, Firenze University Press, 2020); D. Musgrove y M. Lewis, *The Story of the Bayeux Tapestry: Unravelling the Norman Conquest* (Londres, Thames & Hudson, 2021).

2. R. Gameson, «The Origins, Art, and Message of the Bayeux Tapestry», en *The Study of the Bayeux Tapestry*, ed. R. Gameson (Woodbridge, Boydell Press, 1997), 157-211, at 161-74; C. Hart, «The Bayeux Tapestry and Schools of Illumination at Canterbury», *Anglo-Norman Studies* 22 (2000), 117-167.

3. C. Norton, «Viewing the Bayeux Tapestry, Now and Then», *Journal of the British Archaeological Association* 172 (2019), 52-89. Véase también C. Norton, «The Helmet and the Crown: The Bayeux Tapestry, Bishop Odo and William the Conqueror», *Anglo-Norman Studies* 43 (2021), 123-149.

4. N. Brooks y H. E. Walker, «The Authority and Interpretation of the Bayeux Tapestry», *Anglo-Norman Studies* 1 (1979), 1-34, 191-199; S. Lewis, *The Rhetoric of Power in the Bayeux Tapestry* (Cambridge, Cambridge University Press, 1999), 116-131; H. M. Thomas, «Turold, Wadard and Vitalis: Why are They on the Bayeux Tapestry?», *Anglo-Norman Studies* 28 (2016), 181-197. Entre la (vasta) bibliografía adicional, se ofrecen perspectivas especialmente valiosas en D. J. Bernstein, *The Mystery of the Bayeux Tapestry* (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1986); H. E. J. Cowdrey, «Towards an Interpretation of the Bayeux Tapestry», *Anglo-Norman Studies* 10 (1988), 49-65; Gameson, «Origins, Art and Message»; L. Ashe, *Fiction and History in England, 1066-1200* (Cambridge, Cambridge University Press, 2007), 35-49; Bouet y Neveux, *Tapisserie de Bayeux*; Musgrove y Lewis, *Story of the Bayeux Tapestry*.

5. Gameson, «Origins, Art and Message», 172-174.

6. Cowdrey, «Towards an Interpretation».

7. Baudri de Bourgueil (Baldricus Burgulianus), *Carmina*, l. 463, Editiones Heidelbergenses 19, ed. K. Hilbert (Heidelberg, Universitatsverlag Winter, 1979).

8. Cf. N. Marafioti, *The King's Body: Burial and Succession in Late Anglo-Saxon England* (Toronto, University of Toronto Press, 2014), 232-239.

9. Orderico Vital, *Historia ecclesiastica*, VII.15.

10. *Recueil des actes des ducs*, ed. Fauroux, n.os 227 (Odón), 229 (Odón y Roberto), 230 (Roberto), 231 (Odón).

11. Van Houts, «Ship List». Véase también C. W. Hollister, «The Greater Domesday Tenants-in-Chief», en *Domesday Studies*, ed. J. C. Holt (Woodbridge, Boydell Press, 1987), 219-248, en 221-222, 243.

12. C. M. Nakashian, *Warrior Churchmen of Medieval England, 1000-1250: Theory and Reality* (Woodbridge, Boydell Press, 2016), 125-157; D. M. G. Gerrard, *The Church at War: The Military Activities of Bishops, Abbots and other Clergy in England, c.900-1200* (Londres, Routledge, 2017), 35-40.

13. William of Poitiers, *Gesta Guillelmi*, II.14, 37. Véase también D. R. Bates, «The Character and Career of Odo, Bishop of Bayeux (1049/50-1097)», *Speculum* 50 (1975), 1-20.

14. Orderico Vital, *Historia ecclesiastica*, VII.8; Guillermo de Malmesbury, *Gesta regum Anglorum*, III.277; Guibert de Nogent, *Dei gesta per Francos*, VII.15, ed. R. B. C. Huygens, Corpus Christianorum: Continuatio Medievalis 127A (Turnhout, Brepols, 1996). Véase Bates, *William*, 441-445.

1. J. Gillingham, *The English in the Twelfth Century: Imperialism, National Identity and Political Values* (Woodbridge, Boydell Press, 2000), 209-231; M. Strickland, *War and Chivalry: The Conduct and Perception of War in England and Normandy, 1066-1217* (Cambridge, Cambridge University Press, 1996).

2. Guillermo de Poitiers, *Gesta Guillelmi*, II.32.

3. H. J. Tanner, «The Expansion of the Power and Influence of the Counts of Boulogne under Eustace II», *Anglo-Norman Studies* 14 (1992), 251-286, esp. 272-274. Cf. R. Fleming, *Kings and Lords in Conquest England* (Cambridge, Cambridge University Press, 1991), 217-226.

4. R. Higham, «William the Conqueror's Siege of Exeter in 1068», *Transactions of the Devonshire Association*, 146 (2014), 93-132.

5. Exeter, D.C. 2528, *Regesta*, ed. Bates, n.º 138. Véase también T. Gale, J. Langdon y N. Leishman, «Piety and Political Accommodation in Norman England: The Case of the South-West», *Haskins Society Journal* 18 (2007), 110-131. Una serie similar de cartas, que también recuerdan mucho a las del Confesor, fueron promulgadas poco después del asedio en 1068: *Regesta*, ed. Bates, n.os 181, 286, y S. Keynes, «Regenbald the Chancellor (*sic*)», *Anglo-Norman Studies* 10 (1988), 185-222, en 218-220.

6. Sobre Eadnoth y su familia: A. Williams, *The English and the Norman Conquest* (Woodbridge, Boydell Press, 1995), 119-122.

7. Morris, *Norman Conquest*, 217-218.

8. Orderico Vital, *Historia Ecclesiastica*, IV.214-18. Los movimientos de Edgardo son difíciles de reconstruir. No atestigua las cartas que Guillermo promulgó en su corte en Pentecostés (en las que aparecen Edwin y Morcar), por lo que a menudo se sugiere que había buscado refugio en la corte de Malcolm: *Regesta*, ed. Bates, n. os 181, 286, y N. Hooper, «Edgar the Ætheling: Anglo-Saxon Prince, Rebel and Crusader», *Anglo-Saxon England* 14 (1985), 197-214, en 204. Sin embargo, Edgardo nunca había atestiguado las cartas del Confesor, por lo que no está claro por qué de pronto debería atestiguar las del Conquistador.

9. *ASC* D 1069; Orderico Vital, *Historia ecclesiastica*, IV.228. Véase también N. Arnold, «The Defeat of the Sons of Harold in 1069», *Transactions of the Devonshire Association* 145 (2013), 33-56.

10. Guillermo de Malmesbury, *Gesta Pontificum*, III.99.

11. Bates, *William*, 313-21. Cf. D. M. Palliser, «Domesday Book and the “Harrying of the North”», *Northern History* 29 (1993), 1-23.

12. Bates, *William*, 297, 350-351. Véase también Williams, *English and the Norman Conquest*; H. M. Thomas, «The Significance and Fate of the Native English Landholders of 1086», *English Historical Review* 118 (2003), 303-334.

13. Garnett, *Norman Conquest*, 73-89; Fleming, *Kings and Lords*, 215-31; S. Baxter y C. P. Lewis, «Domesday Book and the Transformation of English Landed Society, 1066-86», *Anglo-Saxon England* 46 (2017), 343-403.

14. *The Chronicle of Walter of Guisborough*, ed. H. Rothwell (Londres, Offices of the Royal Historical Society, 1957), 216, y M. Clanchy, *From Memory to Written Record: England, 1066-1307* (Chichester, Wiley-Blackwell, 3.ª ed., 2012), 41-45. Más general: N. Vincent, «More Tales of the Conquest», en *Normandy and its Neighbours*, ed. Crouch and Thompson, 271-301, en 290-299.

1. F. Barlow, *The English Church 1000-1066: A History of the Later Anglo-Saxon Church* (Londres, Longman, 1979). Véase también M. F. Giandrea, Episcopal Culture in Late Anglo-Saxon England (Woodbridge, Boydell Press, 2007).

2. H. E. J. Cowdrey, *Lanfranc: Scholar, Monk, and Archbishop* (Oxford, Oxford University Press, 2002), 29-45.

3. Cf. La carta de Alejandro a Guillermo: *PL*, cxlvi, col. 1413, y H. E. J. Cowdrey, «Lanfranc, the Papacy and Canterbury» (1993), repr. y citado en H. E. J. Cowdrey, *Popes and Church Reform in the 11th Century* (Aldershot, Routledge, 2000), n.º X, 449-456.

4. Para las fuentes pertinentes (con debate): *Councils and Synods*, ed. Whitelock, Brett and Brooke, ii, 563-581.

5. H. Vollrath, *Die Synoden Englands bis 1066* (Paderborn, Ferdinand Schöningh, 1986), 193-290. Véase también C. Cubitt, «Bishops and Councils in Late Saxon England: The Intersection of Secular and Ecclesiastical Law», en *Recht und Gericht in Kirche und Welt um 900*, ed. W. Hartmann (Múnich, Oldenbourg, 2007), 151-167.

6. Cowdrey, *Lanfranc*, 1-28.

7. Garnett, *Conquered England*, 33-44.

8. *The Letters of Lanfranc, Archbishop of Canterbury*, ed. H. Clover y M. Gibson (Oxford, Oxford University Press, 1979), n. º 1.

9. *Acta Lanfranci*, ed. J. Bately, *The Anglo-Saxon Chronicle: MS A* (Cambridge, D. S. Brewer, 1986), 84.

10. La guía esencial sigue siendo Fernie, *Architecture of Norman England*, 89-193. Véase también Garnett, *Norman Conquest*, 91-114; R. Gem, *Studies in English Pre-Romanesque and Romanesque Architecture* (Londres, Pindar Press, 2003).

11. Fernie, *Architecture*, 98-102.

12. Raoul Glaber, *Historiarum libri quinque*, III.13, ed. y trad. J. France, *Rodulfus Glaber Opera* (Oxford, Oxford University Press, 1989). Véase J. Howe, *Before the Gregorian Reform: The Latin Church at the Turn of the First Millennium* (Ithaca, NY, Cornell University Press, 2016), 86-111.

13. Fernie, *Architecture*, 121. Véase también Lewis, «Audacity and Ambition», 28-30; E. Fernie, «1066 and Ecclesiastical Architecture», en *1066 in Perspective*, ed. Bates, 187-203, n. 194-197; R. Plant, «Ecclesiastical Architecture, *c*.1050 to *c*.1200», en *A Companion to the Anglo-Norman World*, ed. C. Harper-Bill y E. van Houts (Woodbridge, Boydell Press, 2003), 215-253, en 229-230.

14. Garnett, *Norman Conquest*, 103-104. Véase también Fernie, *Architecture*, 292, 294.

15. Fernie, *Architecture*, 131-140. Véase también M. Thurlby, «The Roles of the Patron and the Master Mason in the First Design of the Romanesque Cathedral of Durham», en *Anglo-Norman Durham: 1093-1193*, ed. D. Rollason, M. Harvey y M. Prestwich (Woodbridge, Boydell Press, 1994), 161-184.

16. J. Bilson, «Durham Cathedral, the Chronology of its Vaults», *Archaeological Journal* 2.ª ser. 29 (1922), 101-160, en 101.

17. O. H. Creighton, «1066 and the Landscape», en *1066 in Perspective*, ed. Bates, 213-237, en 219-223.

18. *ASC* E 1086.

19. Cf. M. G. Shapland, *Anglo-Saxon Towers of Lordship* (Oxford, Oxford University Press, 2019); D. Roffe, «Castle Construction, Conquest and Compensation», *Anglo-Norman Studies*, 41 (2019), 175-192.

20. R. Eales, «Royal Power and Castles in Norman England», en *Medieval Knighthood* 3 (1990), 49-78, en 54-57.

1. Guillermo de Malmesbury, *Gesta regum Anglorum*, III.262.

2. G. A. Loud, *The Age of Robert Guiscard: Southern Italy and the Norman Conquest* (Londres, Longman, 2000), 81-91.

3. F. Panarelli, «Goffredo Malaterra», *Dizionario biografico degli Italiani*, 57 (2001), 541-545. Cf. K. B. Wolf, *Making History: The Normans and Their Historians in Eleventh-Century Italy* (Fildadelfia, PA, University of Philadelphia Press, 1995), 143-171.

4. Godofredo de Malaterra, *De rebus gestis Rogerii Calabriae et Siciliae comitis et Roberti Guiscardi ducis fratris eius*, I.5-6, ed. E. Pontieri (Bolonia, N. Zanichelli, 2.ª ed., 1927-1928).

5. Amatus de Montecassino, *Ystoire de li Normant*, I.16-21.

6. Guillermo de Apulia, *Gesta Roberti Wiscardi*, I, ll. 11-57, ed. M. Mathieu (Palermo, Istituto Siciliano di Studi Bizantini e Neoellenici, 1961).

7. Adémar de Chabannes, *Chronicon*, III.55, ed. P. Bourgain, y R. Landes y G. Pon, Corpus Christianorum: Continuatio Medievalis 129 (Turnhout; Brepols, 1999); Raoul Glaber, *Historiae*, III.3-4.

8. H. Hoffmann, «Die Anfänge der Normannen in Süditalien», *Quellen und Forschungen aus italienischen Archiven und Bibliotheken*, 49 (1969), 95-144; Loud, *Age of Robert Guiscard*, 61-66. Cf. J. France, «The Occasion of the Coming of the Normans to Southern Italy», *Journal of Medieval History* 17 (1991), 185-205.

9. G. A. Loud, «Southern Italy in the Tenth Century», en *The New Cambridge Medieval History*, ii, *c. 900-1024*, ed. T. Reuter (Cambridge, Cambridge University Press, 1999), 624-645, en 636-641.

10. P. Frankopan, *The First Crusade: The Call from the East* (Londres, Bodley Head, 2012), 57-70 [hay trad. cast.: *La Primera Cruzada: La llamada de Oriente*, Crítica, 2022]; A. Kaldellis, *Streams of Gold, Rivers of Blood: The Rise and Fall of Byzantium, 955 A.D. to the First Crusade* (Oxford, Oxford University Press, 2017), 231-279.

11. Godofredo de Malaterra, *De rebus gestis*, I.7.

1. Guillermo de Malmesbury, *Gesta regum Anglorum*, III.262. (La traducción es mía, adaptada de la de Thomson y Winterbottom.)

2. Amatus, *Ystoire de li Normant*, III.9.

3. *Ibid.*, IV.18. Cf. Godofredo de Malaterra, *De rebus gestis*, I.16-17. Para un debate: G. A. Loud, «Anna Komnena and her Sources for the Normans of Southern Italy» (1991), repr. en G. A. Loud, *Conquerors and Churchmen in Norman Italy* (Aldershot, Routledge, 1999), n. º XIII, 54-56; H. Taviani-Carozzi, *La Terreur du monde: Robert Guiscard et la conquête normande en Italie, mythe et histoire* (París, Fayard, 1996), 184-192.

4. Amatus, *Ystoire de li Normant*, III.11.

5. Malaterra, *De rebus gestis*, I.13; Guillermo de Apulia, *Gesta Roberti Wiscardi*, II, ll. 78-80. Cf. Amatus, *Ystoire de li Normant*, III.15-19.

6. Guillermo de Apulia, *Gesta Roberti Wiscardi*, II, ll. 82-266; Amatus, *Ystoire de li Normant*, III.39-41, y C. Guzzo, «La battaglia di Civitate: un rilettura», *Archivio normanno-svevo* 5 (2017), 69-83.

7. Sobre esto y lo que sigue: Loud, *Age of Robert Guiscard*, 119-130.

8. P. Skinner, «“Halt! Be Men!”: Sikelgaita of Salerno, Gender and the Norman Conquest of Southern Italy», *Gender and History* 12 (2000), 622-641.

9. C. Hervé-Cummereuc, «La Calabre dans l'état normand d'Italie du sud (XIe-XIIe siècles)», *Annales de Normandie* 45 (1995), 2-25. Véase también Taviani-Carozzi, *Terreur du mond*, 255-259.

10. G. M. Cantarella, «Liaisons dangereuses: il papato e i Normanni», in *Il papato e i Normanni: temporale e spirituale in età normanna*, ed. E. D'Angelo (Florencia, SISMEL edizioni del Galluzzo, 2011), 45-58.

11. Sobre la participación alemana: G. A. Loud, «German Emperors and Southern Italy during the Tenth and Eleventh Centuries», en *«Quei maledetti Normanni»: studi offerti a Errico Cuozzo per i suoi settant'anni da Colleghi, Allievi, Amici*, ed. J.-M. Martin y R. Alaggio (Nápoles, Centro Europeo di Studi Normanni, 2016), 583-605.

12. H. E. J. Cowdrey, *The Age of Abbot Desiderius: Montecassino, the Papacy, and the Normans in the Eleventh and Early Twelfth Centuries* (Oxford, Clarendon Press, 1983), 107-176.

13. *Le Liber censuum de l'église romaine*, ed. P. Fabre y L. Duchesne (París, Bibliothèque des écoles françaises d'Athènes et de Rome, 1889-1952), i, 421-422. Cf. Guillermo de Apulia, *Gesta Roberti Wiscardi*, II, ll. 400-405.

14. Guillermo de Apulia, *Gesta Roberti Wiscardi*, III, ll. 132-8. Véase C. D. Stanton, *Norman Naval Operations in the Mediterranean* (Woodbridge, Boydell Press, 2011), esp. 40-44, y «The Norman Kingdom of Sicily: Projecting Power by Sea», en *Warfare in the Norman Mediterranean*, ed. G. Theotokis (Woodbridge, Boydell Press, 2020), 177-194.

15. Taviani-Carozzi, *Terreur du mond*, 373-378; Loud, *Age of Robert Guiscard*, 163-165; J. C. Birk, *Norman Kings of Sicily and the Rise of the Anti-Islamic Critique: Baptized Sultans* (Londres, Palgrave Macmillan, 2016), 33-138; M. King, «Holy War in the Central Mediterranean: The Case of the Zirids and the Normans», en *The Normans in the Mediterranean*, ed. E. A. Winkler y L. Fitzgerald (Turnhout, Brepols, 2021), 229-247. Cf. P. E. Chevedden, «"A Crusade from the Start": The Norman Conquest of Islamic Sicily, 1060-91», *Al-Masāq* 22 (2010), 191-225.

16. Taviani-Carozzi, *Terreur du mond*, 349-388; Loud, *Age of Robert Guiscard*, 165-185; Metcalfe, *Muslims*, 99-108.

17. Godofredo de Malaterra, *De rebus gestis*, III.31, 36.

1. A. Kaldellis, *Romanland: Ethnicity and Empire in Byzantium* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 2019); P. Sarris, *Byzantium: A Very Short Introduction* (Oxford, Oxford University Press, 2015), esp. 19-40, 94-113.

2. Kaldellis, *Streams of Gold*, 21-228.

3. A. D. Beihammer, *Byzantium and the Emergence of Muslim-Turkish Anatolia, ca. 1040-1130* (Abingdon, Routledge, 2017), esp. 49-168. Véase también S. Vryonis, *Decline of Medieval Hellenism in Asia Minor and the Process of Islamization from the Eleventh Through the Fifteenth Century* (Berkeley, CA, University of California Press, 1971), 69-142.

4. Kaldellis, *Streams of Gold*, 171-173; J. Shepard, «Byzantium's Last Sicilian Expedition: Scylitzes' Testimony», *Rivista di studi bizantini e neoellenici* n.s. 14-16 (1977-1979), 145-159.

5. Juan Escilitzes, *Synopsis Historiarum*, XXIII.4, ed. J. Thurn (Berlín, De Gruyter, 1973); Anna Komnena, *Alexias*, I.5, ed. D. R. Reinsch y A. Kambylis (Berlín, De Gruyter, 2001); *Skylitzes Continuatus*, VI.21, ed. y trad. E. McGeer, *Byzantium in the Time of Troubles: The Continuation of the Chronicle of John Skylitzes (1057-1079)* (Leiden, Brill, 2020). Véase también J. Shepard, «The Uses of Franks in Eleventh-Century Byzantium», *Anglo-Norman Studies* 15 (1993), 275-305, en 283-284.

6. G. Theotokis, «Rus, Varangian and Frankish Mercenaries in the Service of the Byzantine Emperors (9th-11th C.)», *Byzantina Symmeikta* 22 (2012), 126-156, en 142. Véase también Shepard, «Uses of Franks», 285-287.

7. Miguel Psellos, *Chronographia*, VII.24, ed. S. Impellizzeri (Milán, Fondazione Lorenzo Valla, 1984); Anna Komnena, *Alexias*, V.6.

8. Guillermo de Apulia, *Gesta Roberti Wiscardi*, II. ll. 46-74; William of Poitiers, *Gest Guillelmi*, I.59.

9. Escilitzes, *Synopsis Historiarum*, XXIII.4. Sobre la cerrera de Hervé: J.-C. Cheynet, «Le Rôle des Occidentaux dans l'armée byzantine avant la Première Croisade», en *Byzanz und das Abendland im 10. und 11. Jahrhundert*, ed. E. Konstantinou (Colonia, Böhlau, 1997), 111-128, en 119-121.

10. W. Seibt, «Übernahm der französische Normanne Hervé (Erbebios Phrangopolos) nach der Katastrophe von Manzikert das Kommando über) die verbliebene Ostarmee?», *Studies in Byzantine Sigillography* 10 (2006), 89-96. Mateo de Edesa (Matt'ēos Uṙhayec'i) documenta la tradición alternativa según la cual murió ahogado por orden de Constantino IX Ducas: T. L. Andrews, *Matt'ēos Uṙhayec'i and His Chronicle: History as Apocalypse in a Crossroads of Cultures* (Leiden, Brill, 2016), 93-94.

11. Amatus, *Ystoire de li Normant*, I.5-8. Sobre el «comandante de la caballería de Roma»: J. F. O'Callaghan, *Reconquest and Crusade in Medieval Spain* (Filadelfia, PA, University of Pennsylvania Press, 2004), 26 (con el n. º 13).

12. Miguel Ataliates, *Historia*, c. 18, ed. I. Pérez Martín y trad. A. Kaldellis y D. Krallis (Cambridge, MA, Harvard University Press, 2012). Véase también Kaldellis, *Streams of Gold*, 243.

13. Ataliates, *Historia*, c. 21. Cf. Psellos, *Chronographia*, VII.39. Para el debate: Shepard, «Uses of Franks», 297-298.

14. Sobre el tamaño de las fuerzas imperiales (y, en particular, los *tagmata*): J. F. Haldon, *Warfare, State and Society in the Byzantine World, 565-1204* (Londres, Routledge, 1999), 103-104.

15. Amatus, *Ystoire de li Normant*, I.9.

16. Nuestras principales fuentes para la rebelión son Ataliates, *Historia*, c. 23; y Nicéforo Brienio, *Historiarum libri quattuor*, II.4, 14-24, ed. P. Gautier (Bruselas, Byzantion, 1975). Véase también Kaldellis, *Streams of Gold*, 256-261; Beihammer, *Emergence of Muslim-Turkish Anatolia*, 208-213.

17. L. Neville, *Heroes and Romans in Twelfth-Century Byzantium: The Material for History of Nikephoros Bryennios* (Cambridge, Cambridge University Press, 2012), 46-59.

1. Ana Comneno, *Alexias*, XIII.10 [hay trad. cast.: *La Alexíada*, Ático de los Libros, 2016].

2. Amatus, *Ystoire de li Normant*, VII.7-8, 20, y Taviani-Carozzi, *Terreur du monde*, 317-321.

3. H. Bibicou, «Une Page d'histoire diplomatique de Byzanze au XIe siècle: Michel VII Doukas, Robert Guiscard et la pension de dignitaires», *Byzantion* 29/30 (1959-1960), 43-74. Véase también Amatus, *Ystoire de li Normant*, VII.26.

4. Ana Comneno, *Alexias*, XIII.10.

5. Sobre Bohemundo: L. Russo, *Boemondo: figlio del Guiscardo e principe di Antiochia* (Avellino, Sellino, 2008); G. Theotokis, *Bohemond of Taranto: Crusader and Conqueror* (Barnsley, Pen & Sword, 2021).

6. Y.-M. Bercé, Le Roi cache: sauveurs et imposteurs: mythes politiques populaires dans l'Europe modern (París, Fayard, 1990); R. Bartlett, Blood Royal: Dynastic Politics in Medieval Europe (Cambridge, Cambridge University Press, 2020), 360-378.

7. G. Theotokis, *The Norman Campaigns in the Balkans, 1081-1108* (Woodbridge, Boydell Press, 2014), 137-184. Véase, también, Loud, *Age of Robert Guiscard*, 213-223; Taviani-Carozzi, *Terreur du monde*, 424-449, 468-485; Russo, *Boemondo*, 20-28; Theotokis, *Bohemond*, 19-61.

8. Ana Comneno, *Alexias*, III.9.

9. Guillermo de Apulia, *Gesta Roberti Wiscardi*, IV, ll. 270-505; Godofredo de Malaterra, *De rebus gestis*, III.26-28.

10. Guillermo de Apulia, *Gesta Roberti Wiscardi*, IV, ll. 506-526; Godofredo de Malaterra, *De rebus gestis*, III.33-34. Sobre los temores de los bizantinos a este respecto: A. Kolia-Dermitrazi, «The Norman Factor in the Gradual Alienation of East and West», en *The Fourth Crusade Revisited*, ed. P. Piatti (Ciudad del Vaticano, Liberia editrice vaticana, 2008), 32-53, en 41-42.

11. Además de las obras ya citadas: M. Angold, *The Byzantine Empire, 1025-1204* (Londres, Longman, 2.ª ed., 1997), 129-131; P. Stephenson, *Byzantium's Balkan Frontier: A Political Study of the Northern Balkans, 900-1204* (Cambridge, Cambridge University Press, 2000), 165-172.

12. Guillermo de Apulia, *Gesta Roberti Wiscardi*, V, ll. 143-228. Véase también Anna Komnena, *Alexias*, VI.5-6.

1. Se pueden encontrar buenas resúmenes en J. France, *Victory in the East: A Military History of the First Crusade* (Cambridge, Cambridge University Press, 1994); T. Asbridge, *The First Crusade: A New History* (Oxford, Oxford University Press, 2004) [hay trad. cast.: *La primera cruzada: una nueva historia*, Ático de los Libros, 2021]; C. Tyerman, *God's War: A History of the Crusades* (Londres, Allen Lane, 2006), 27-164 [hay trad. cast.: *Las guerras de Dios: una nueva historia de las Cruzadas*, Crítica, 2007]. Para nuevas perspectivas estimulantes, véanse J. Rubenstein, *Armies of Heaven: The First Crusade and the Quest for Apocalypse* (Nueva York, Basic Books, 2011) [hay trad. cast.: *Los ejércitos del cielo: la primera cruzada y la búsqueda del apocalipsis*, Editorial Pasado y Presente, 2012]; Frankopan, *Call from the East*; M. Wittow, «Pirenne, Muhammad, and Bohemond: Before Orientalism», en *Crusading Europe: Essays in Honour of Christopher Tyerman*, ed. G. E. M. Lippiatt y J. L. Bird (Turnhout, Brepols, 2019), 17-49; Kaldellis, *Streams of Gold*, 280-301.

2. L. Kjaer, «Conquests, Family Traditions and the First Crusade», *Journal of Medieval History* 45 (2019), 553-579. Véase también Kaldellis, *Streams of Gold*, 283-287.

3. Tyerman, *God's War*, 110-111.

4. Frankopan, *Call from the East*, 57-70. Sobre los planes de Groegrio VII: H. E. J. Cowdrey, «Pope Gregory VII's "Crusading" Plans of 1074» (1982), repr. en H. E. J Cowdrey, *Popes, Monks and Crusaders* (Londres, Hambledon Continuum, 1984), n. º X; y sobre las causas más profundas de la cruzada en Europa: C. Erdmann, *The Origin of the Idea of Crusade*, trad. M. W. Baldwin y W. Goffart (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1977); M. Bull, *Knightly Piety and the Lay Response to the First Crusade: The Limousin and Gascony c. 970-c. 1130* (Oxford, Clarendon Press, 1993); Tyerman, *God's War*, 27-57.

5. Frankopan, *Call from the East*, 71-86; Kaldellis, *Streams of Gold*, 287-289.

6. H. E. J. Cowdrey, «Pope Urban II's Preaching of the First Crusade» (1970), repr. en Cowdrey, *Popes, Monks and Crusaders*, n. º XVI.

7. J. Flori, *Pierre l'Ermite et la première croisade* (París, Fayard, 1999); R. Chazan, *In the Year 1096: The First Crusade and the Jews* (Filadelfia, PA, Jewish Publication Society, 1996). Véase también R. Chazan, «"Let Not a Remnant or a Residue Escape": Millenarian Enthusiasm in the First Crusade», *Speculum* 84 (2009), 289-313.

8. *Gesta Francorum et aliorum Hierosolimitanorum*, I.4, ed. R. Hill (Oxford, Oxford University Press, 1962); Godofredo de Malaterra, *De rebus gestis*, IV.24; *Codice diplomatico barese,* v.1, *Le pergamene di S. Nicola di Bari (1075-1194),* ed. F. Nitti di Vito (Bari, Commissione provinciale di archaeologia e storia patri, 1902), n.º 22, y Russo, *Boemondo*, 59-62. Sobre las dudas: France, *Victory in the East*, 82; Tyerman, *God's War,* 76-77; Frankopan, *Call from the East*, 109-110. Véase también L. Russo, «Norman Participation in the First Crusade: A Re-examination», en *Warfare in the Norman Mediterranean,* ed. G. Theotokis (Woodbridge, Boydell Press, 2020), 195-209; A. V. Murray, «The Enemy Within: Bohemond, Byzantium and the Subversion of the First Crusade», en *Crusading and Pilgrimage in the Norman World,* ed. K. Hurlock y P. Oldfield (Woodbridge, Boydell Press, 2015), 32-47, en 35-37, quien (como Russo) está dispuesto a confiar en el anónimo en este caso.

9. J. Shepard, «When Greek meets Greek: Alexius Comnenus and Bohemond in 1097-98», *Byzantine and Modern Greek Studies* 12 (1988), 185-277. Véase también J. H. Pryor, «The Oaths of the Leaders of the First Crusade to Emperor Alexius I Comnenus: Fealty, Homage - πίστις, δουλεία», *Parergon* 2 (1984), 111-141.

10. Ana Comneno, *Alexias*, XI.3.

11. S. B. Edgington, *Baldwin I of Jerusalem, 1100-1118* (Londres, Routledge, 2019), 38-58. Cf. Frankopan, *Call from the East*, 150-153.

12. Frankopan, *Call from the East*, 157-172; Murray, «Enemy Within», 41-47.

13. Sobre la batalla: France, *Victory in the East*, 260-96; sobre la reliquia: J. Riley-Smith, *The First Crusade and the Idea of Crusading* (Londres, Athlone Press, 1986), 95-98; T. Asbridge, «The Holy Lance of Antioch: Power, Devotion and Memory on the First Crusade», *Reading Medieval Studies* 33 (2007), 3-36; y sobre la repercusión de la victoria: Rubenstein, *Armies of Heaven*, 205-227; A. D. Buck, «"Weighed by Such a Great Calamity, They were Cleansed for their Sins": Remembering the Siege and Capture of Antioch», en *Remembering the Crusades in Medieval Texts and Songs*, ed. A. D. Buck y T. W. Smith (Cardiff, University of Wales Press, 2019), 1-16.

14. T. S. Asbridge, *The Creation of the Principality of Antioch, 1098-1130* (Woodbridge, Boydell Press, 2000), 129-154, 163-180; A. V. Murray, «The Nobility of the Principality of Antioch, 1098-1187: Names, Origins and Identity», en *Normans and the "Norman Edge"*, ed. Stringer y Jotischky, 162-190; A. D. Buck, *The Principality of Antioch and its Frontiers in the Twelfth Century* (Woodbridge, Boydell Press, 2017), 62-85.

15. A. V. Murray, «Norman Settlement in the Latin Kingdom of Jerusalem, 1099-1131», *Archivio normanno-svevo* 1 (2008), 61-86.

16. G. A. Loud, «Norman Italy and the Holy Land» (1992), repr. en Loud, *Conquerors and Churchmen*, n. º XIV; L. Russo, «Bad Crusaders? The Normans of Southern Italy and the Crusading Movement in the Twelfth Century», *Anglo-Norman Studies* 38 (2016), 169-180; P. Z. Hailstone, *Recalcitrant Crusaders? The Relationship Between Southern Italy and Sicily, Crusading and the Crusader States, c. 1060–1198* (Abingdon, Routledge, 2020).

17. N. Paul, *To Follow in Their Footsteps: The Crusades and Family Memory in the High Middle Ages* (Ithaca, NY, Cornell University Press, 2012).

18. Guillermo de Tiro, *Chronicon*, XI.29, ed. R. B. C. Huygens (Turnhout, Brepols, 1986), y Murray, «Norman Settlement», 75-80. Véase también Edgington, *Baldwin I*, 182-185.

19. Véase, también, Buck, *Principality of Antioch*, 69-77, 88-101.

20. L. Russo, «Il viaggio di Boemondo d'Altavilla in Francia (1106): un riesame», *Archivio storico italiano* 163 (2005), 3-42; J. Rubenstein, *Nebuchadnezzar's Dream: The Crusades, Apocalyptic Prophecy, and the End of History* (Oxford, Oxford University Press, 2019), 7-20.

21. B. Whalen, «God's Will or Not? Bohemond's Campaign Against the Byzantine Empire (1105-1108)», en *Crusades: Medieval Worlds in Conflict*, ed. T. F. Madden et al. (Farnham, Ashgate, 2010), 111-126. Véase también Russo, *Boemondo*, 177-195; Theotokis, *Norman Campaigns*, 200-214; J. Harris, *Byzantium and the Crusades* (Londres, Bloomsbury, 2.ª ed., 2014), 80-85.

1. *Biblioteca Arabo-Sicula*, ed. y trad. (al italiano) M. Amari (Turín, 1880), i, 450-452; Godofredo de Malaterra, *De rebus gestis*, IV.3. Lamentablemente, la única traducción al inglés es parcial y comienza en los años de la primera cruzada: *The Chronicle of Ibn al-Athīr for the Crusading Period*, trad. D. S. Richards (Farnham, Ashgate, 2006-2008). Sobre la campaña: H. E. J. Cowdrey, «The Mahdia Campaign of 1087» (1977), repr. en Cowdrey, *Popes, Monks and Crusaders*, n. º XII.

2. F. Micheau, «Le *Kitāb al-kāmil fī l-tā'rīkh* d'Ibn al-Athīr: entre chronique et histoire», *Studia Islamica* 104/5 (2007), 81-101.

3. D. Abulafia, *The Great Sea: A Human History of the Mediterranean* (Londres, Allen Lane, 2011), 241-369 [hay trad. cast.: *El gran mar: una historia humana del Mediterráneo*, Crítica, 2013]. Véase también M. McCormick, *Origins of the European Economy: Communications and Commerce AD 300-900* (Cambridge, Cambridge University Press, 2001).

4. D. Abulafia, «The Norman Kingdom of Africa and Norman Expeditions to Majorca and the Muslim Mediterranean», *Anglo-Norman Studies* 7 (1985), 26-49, en 26-30. Véase también, D. Abulafia, «The Crown and the Economy under Roger II and His Successors», *Dumbarton Oaks Papers* 37 (1983), 1-14, esp. 3-5; C. Dalli, «Bridging Europe and Africa: Norman Sicily's Other Kingdom», en *Bridging the Gaps: Sources, Methodology and Approaches to Religion in History*, ed. J. Carvalho (Pisa, Pisa University Press, 2008), 77-94, en 80-84.

5. J. Johns, *Arabic Administration in Norman Sicily: The Royal Dīwān* (Cambridge, Cambridge University Press, 2002), 80-90, 215-218, 282-283; B. A. Catlos, «Who was Philip of Mahdia and Why Did He Have to Die? Confessional Identity and Political Power in the Twelfth-Century Mediterranean», *Mediterranean Chronicle* 1 (2011), 73-103; Birk, *Norman Kings of Sicily*, 139-171. Más general: C. D. Stanton, «Roger de Hauteville, Amir of Sicily», *Mediterranean Historical Review* 25 (2010), 113-132.

6. Stanton, *Norman Naval Operations*, 61-62, 65-66, 75.

7. H. Houben, *Roger II of Sicily: A Ruler between East and West*, trad. G. A. Loud y D. Milburn (Cambridge, Cambridge University Press, 2002), 8-50.

8. *Ibid.*, 60-75.

9. *Annales Erphesfurtenses*, s.a. 1135, ed. O. Holder-Egger, Monumenta Erphesfurtensia saec. XII. XIII. XIV (Hanover, Hahn, 1899).

10. Metcalfe, *Muslims*, 160-180. Véase también M. King, «The Norman Kingdom of Africa and the Medieval Mediterranean» (tesis doctoral, University of Minnesota, 2018), 102-135.

11. Ibn al-Athīr, *Chronicle, s.a.* 544 (=A.D. 1149-1150), trad. D. S. Richards, ii, 32.

12. J. Johns, «*Malik Infrīqiya*: The Norman Kingdom of Africa and the Fāṭimids», *Libyan Studies* 18 (1987), 89-101. Véase también M. King, «The Norman Kings of Africa?», *Haskins Society Journal* 28 (2016), 143-166.

13. Metcalfe, *Muslims*, 172-178; King, «Norman Kingdom», 135-145.

14. Hugo Falcandus, *Liber de regno Sicilie*, ed. G. B. Siragusa (Roma, 1897), 27-28. Véase también, G. A. Loud, «William the Bad or William the Unlucky? Kingship in Sicily 1154-1166», *Haskins Society Journal* 8 (1996), 99-114.

15. Hugo Falcandus, *Liber de regno Sicilie*, 6.

16. D. Abulafia, «The End of Muslim Sicily», en *Muslims under Latin Rule*, ed. J. Powell (Princeton, NJ, Princeton University Press, 1990), 103-133. Véase también Metcalfe, *Muslims*, 181-192; Birk, *Norman Kings*, 265-324.

1. *Vita Giffini filii Conani*, caps. 10-13, ed. y trad. P. Russell (Cardiff, 2005).

2. M. Lieberman, *The March of Wales, 1067-1300: A Borderland of Medieval Britain* (Cardiff, University of Wales Press, 2008). Véase también R. R. Davies, *The Age of Conquest: Wales 1063-1415* (Oxford, Oxford University Press, 1987), 24-110; M. Lieberman, «The Medieval "Marches" of Normandy and Wales», *English Historical Review* 125 (2010), 1357-1381.

3. T. M. Charles-Edwards, *Wales and the Britons 350-1064* (Oxford, Oxford University Press, 2013), 552-569; B. Guy, «The Pattern of English Policy Towards Wales in the Tenth and Eleventh Centuries», *Offa's Dyke Journal* 4 (próximamente en 2022).

4. K. L. Maund, «The Welsh Family Alliances of Earl Ælfgar of Mercia and his Family in the mid-Eleventh Century», *Anglo-Norman Studies* 11 (1989), 181-190. Véase también K. L. Maund, *Ireland, Wales, and England in the Eleventh Century* (Woodbridge, Boydell Press, 1991), 120-155; Baxter, *Earls of Mercia*, 42, 46-47, 58-59, 86-87; C. P. Lewis, «The Shape of the Norman Principality of Gwynedd», en *Normans and the «Norman Edge»*, ed. Stringer y Jotischky, 100-128; R. Thomas, «The View from Wales: Anglo-Welsh Relations in the Time of England's Conquests», en *Conquests in Eleventh-Century England: 1016, 1066*, ed. L. Ashe y E. J. Ward (Woodbridge, Boydell Press, 2020), 287-306.

5. Cf. D. Stephenson, *Medieval Wales c. 1050-1332: Centuries of Ambiguity* (Cardiff, University of Wales Press, 2019), 48.

6. Davies, *Age of Conquest*, 88-92; Lieberman, *March of Wales*, 18-20.

7. C. P. Lewis, «Hugh d'Avranches (*d.* 1101)», en *Oxford Dictionary of National Biography*, iii, 1-3.

8. C. P. Lewis, «The Formation of the Honor of Chester», *Journal of the Chester Archaeological Society* 71 (1991), 37-68. Véase también C. P. Lewis, «The Early Earls of Norman England», *Anglo-Norman Studies* 13 (1990), 207-222, esp. 219.

9. TNA E 31/2/2 (Great Domesday Book), fol. 269r. Véase Lewis, «Principality of Gwynedd».

10. Véase J. R. Davies, «Aspects of Church Reform in Wales, *c*.1093-*c*.1223», *Anglo-Norman Studies* 30 (2008), 85-99.

11. *Brut y Tywysogion or the Chronicle of Princes: Peniarth MS 20 Version, s.a.* 1090 (=1093), ed. y trad. T. Jones (Cardiff, University of Wales Press, 1941-1952); Juan de Worcester, *Chronicon, s.a.* 1093.

12. *Gruffudd ap Cynan: A Collaborative Biography*, ed. K. L. Maund (Woodbridge, Boydell Press, 1997). Véase también Maund, *Ireland, Wales, and England*, 82-90, 141-155; Thomas, «View from Wales», 297-305.

13. Orderico Vital, *Historia ecclesiastica*, VI.2.

14. *Ibid.,* VIII.3.

15. Matthew Paris, *Chronica majora, s.a.* 1250, ed. H. R. Luard, (Londres, 1872-1880).

16. R. R. Davies, «Kings, Lords and Liberties in the March of Wales, 1066-1272», *Transactions of the Royal Historical Society*, 5.º ser., 29 (1979), 41-61. Véase también Davies, *Age of Conquest*, 82-107, 271-288; Stephenson, *Medieval Wales*, 10-12, 63-83; Lieberman, *March of Wales*.

17. *Cartae et alia munimenta quae ad dominium de Glamorganicia pertinent*, ed. G. T. Clark (Cardiff, University of Wales Press, 1910), ii, 554.

18. H. Fulton, «Negotiating Welshness: Multilingualism in Wales Before and After 1066», en *Conceptualizing Multilingualism in England, c. 800-c. 1250*, ed. E. M. Tyler (Turnhout: Brepols, 2012), 145-170.

1. D. Crouch, «The Slow Death of Kingship in Glamorgan, 1067-1158», *Morgannwg* 29 (1985), 20-41; A. G. Williams, «Norman Lordship in South-East Wales during the Reign of William I», *Welsh History Review* 16 (1993), 445-466. Véase también Bates, *William the Conqueror*, 430-432.

2. K. L. Maund, «Bernard de Neufmarché (d. 1121-5?)», en *Oxford Dictionary of National Biography*, xl, 459. Véase también Maund, *Ireland, Wales, and England*, 148-150.

3. Lieberman, *Medieval March of Wales*, 107-112.

4. Sobre esto, véase Stephenson, *Medieval Wales*, 35-62, 85-120.

5. Gillingham, *English in the Twelfth Century*, 19-39; R. [R.] Davies, *The Matter of Britain and the Matter of England* (Oxford, Clarendon Press, 1996). Véase también Davies, *First English Empire*, 32-53; H. Pryce, «British or Welsh? National Identity in Twelfth-Century Wales», *English Historical Review* 116 (2001), 775-801.

6. H. Pryce, «Welsh Rulers and European Change, *c*.1100-1282», en *Power and Identity in the Middle Ages: Essays in Memory of Rees Davies*, ed. H. Pryce y J. Watts (Oxford, Oxford University Press, 2007), 37-51. Véase también C. Insley, «Kings, Lords, Charters, and the Political Culture of Twelfth-Century Wales», *Anglo-Norman Studies* 30 (2008), 133-153.

1. S. Lay, *The Reconquest Kings of Portugal: Political and Cultural Reorientation on the Medieval Frontier* (Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2009), 71-102. Véase también J. Mattoso, *D. Afonso Henriques* (Lisboa, Temas & Debates, 2006); K. V. Jensen, *Crusading at the Edges of Europe: Denmark and Portugal c. 1000.-c. 1250* (Londres, Routledge, 2017), 130-153.

2. *De expugnatione Lyxbonensi*, ed. y trad. C. W. David (Nueva York, NY, Columbia University Press, 1936), y C. R. Cheney, «The Authorship of the *De expugnatione Lyxbonensi*», *Speculum* 7 (1932), 395-397. Véase también H. Livermore, «The "Conquest of Lisbon" and its Author», *Portuguese Studies* 6 (1990), 1-16, con las reservas expresadas por C. West, «All in the Same Boat? East Anglia, the North Sea World and the 1147 Expedition to Lisbon», en *East Anglia and its North Sea World in the Middle Ages*, ed. D. Bates y R. Liddiard (Woodbridge, Boydell Press, 2013), 287-300, en 290-291.

3. J. Phillips, *The Second Crusade: Extending the Frontiers of Christendom* (New Haven, CT, Yale University Press, 2007), 61-98. Véase también Rubenstein, *Nebuchadnezzar's Dream*, 101-122.

4. *De expugnatione Lyxbonensi,* ed. David, 56.

5. *Ibid.,* 58-68. Sobre los detalles de la visita a Compostela: S. B. Edgington, «The Lisbon Letter of the Second Crusade», *Historical Research* 69 (1996), 328-339, en 337.

6. *De expugnatione Lyxbonensi*, ed. David, 68-84. Véase también A. Forey, «The Siege of Lisbon and the Second Crusade», *Portuguese Studies* 20 (2004), 1-13.

7. L. Villegas-Aristizábal, «Revisiting the Anglo-Norman Crusaders' Failed Attempt to Conquer Lisbon *c*.1142», *Portuguese Studies* 29 (2013), 7-20.

8. *De expugnatione Lyxbonensi*, ed. David, 106-110. He adaptado mis traducciones a partir de las de David. Véase también B. Pohl, «Keeping it in the Family: Re-Reading Anglo-Norman Historiography in the Face of Cultural Memory, Tradition and Heritage», en *Norman Tradition and Transcultural Heritage: Exchange of Cultures in the "Norman" Peripheries of Medieval Europe*, ed. S. Burkhardt y T. Foerster (Farnham, Ashgate, 2013), 219-251.

9. G. Constable, «The Second Crusade as Seen by Contemporaries», *Traditio* 9 (1953), 213-279, esp. 221-229.

10. *Les Annales de Saint-Pierre de Gand et de Saint-Amand*, ed. P. Grierson (Bruselas, Palacio de las Academias, 1937), 111-112. Véase G. Constable, «A Note on the Route of the Anglo-Flemish Crusaders of 1147», *Speculum* 28 (1953), 525-526.

11. Caffaro, *Ystoria captionis Almerie et Turtuose*, ed. L. T. Belgrano, Fonti per la storia d'Italia (Roma, 1890), 79-89; *Chronica regia Colonensis, s.a.* 1148, ed. G. Waitz, Monumenta Germaniae Historica: Scriptores rerum Germanicarum in usum scholarum 18 (Hanover, 2.ª ed., 1880).

12. A. Virgili, «*Angli cum multis aliis alienigenis*: Crusade Settlers in Tortosa (Second Half of the Twelfth Century)», *Journal of Medieval History* 35 (2009), 297-312. Véase también L. Villegas-Aristizábal, «Anglo-Norman Intervention in the Conquest and Settlement of Tortosa, 1148-1180», *Crusades* 8 (2009), 63-129.

13. Adémar de Chabannes, *Chronicon*, III.55; *Chronique de Saint-Pierre-le-Vif de Sens*, ed. R.-H. Bautier y M Gilles (París, Éditions du Centre national de la recherche scientifique, 1979), 112-114. Véase también L. Musset, «Aux Origines d'une classe dirigeante: les Tosny, grands barons normands du Xe au XIIIe siècle», *Francia* 5 (1977), 45-80, en 52-56; M. Aurell, *Les Noces du comte: mariage et pouvoir en Catalogne (785-1213)* (París, Publications de la Sorbonne, 1995), 56-58; L. Villegas-Aristizábal, «Roger of Tosny's Adventures in the County of Barcelona», *Nottingham Medieval Studies* 52 (2008), 5-16.

14. L. Villegas-Aristizábal, «The Changing Priorities in the Norman Incursions into the Iberian Peninsula's Muslim-Christian Frontiers, *c*.1018-*c*.1191», en *Normans in the Mediterranean*, ed. Winkler and Fitzgerald, 81-119.

15. L. H. Nelson, «Rotrou of Perche and the Aragonese Reconquest», *Traditio* 26 (1970), 113-133; L. Villegas-Aristizábal, «Norman and Anglo-Norman Participation in the Iberian Reconquista *c*. 1018-*c*.1248» (tesis doctoral, University of Nottingham, 2007), 112-133.

16. L. J. McCrank, «Norman Crusaders in the Catalan Reconquest: Robert Burdet and the Principality of Tarragona, 1129-55», *Journal of Medieval History* 7 (1981), 67-82.

1. *PL*, cxcv, cols 711-738. Sobre los problemas con esta edición: D. Broun, «Attitudes of *Gall* to *Gaedhel* in Scotland before John of Fordun», en *Mìorun Mòr nan Gall, «The Great Ill-Will of the Lowlander?» Lowland Perceptions of the Highlands*, ed. D. Broun y M. MacGregor (Glasgow, University of Glasgow, 2007), 49-82, en 69 n. 60.

2. G. Molyneaux, *The Formation of the English Kingdom in the Tenth Century* (Oxford, Oxford University Press, 2015), esp. 15-47.

3. R. Fletcher, *Bloodfeud: Murder and Revenge in Anglo-Saxon England* (Londres, Allen Lane, 2002), 31-57; *Charters of Northern Houses*, ed. D. Woodman, Anglo-Saxon Charters 16 (Oxford, Oxford University Press/British Academy, 2012), 9-16.

4. *Monasticon Anglicanum*, ed. W. Dugdale *et al.* (Londres, Longman, Hurst, Rees, Orme and Brown, 1817-1830), iii, 313. David X. Carpenter señala que el texto es una falsificación en la próxima edición crítica de las cartas de Guillermo II y Enrique I (realizada con Richard Sharpe).

5. A. Woolf, *From Pictland to Alba, 789-1070* (Edimburgo, Edinburgh University Press, 2007), esp. 312-350; D. Broun, *Scottish Independence and the Idea of Britain: From the Picts to Alexander III* (Edimburgo, Edinburgh University Press, 2007), 71-97; T. M. Charles-Edwards, «Picts and Scots», *Innes Review* 59 (2008), 168-188. Sobre Strathclyde: F. Edmonds, «The Expansion of the Kingdom of Strathclyde», *Early Medieval Europe* 23 (2015), 43-66.

6. N. McGuigan, *Máel Coluim III «Canmore»: An Eleventh-Century Scottish King* (Edimburgo, John Donald, 2021), 167-207; D. Broun, «Southern Scotland as Part of the Scottish Kingdom: The Evidence of the Earliest Charters», en *The Battle of Carham: A Thousand Years On*, ed. N. McGuigan y A. Woolf (Edimburgo, John Donald, 2018), 33-49.

7. M. Strickland, «Securing the North: Invasion and the Strategy of Defence in Twelfth-Century Anglo-Scottish Warfare», *Anglo-Norman Studies* 12 (1990), 177-198.

8. McGuigan, *Máel Coluim III*.

9. Broun, *Scottish Independence*, 101-103; Bates, *William the Conqueror*, 360-362, 425-427.

10. R. Oram, *Domination and Lordship: Scotland, 1070-1230* (Edimburgo, Edinburgh University Press, 2011), 56-57. Sobre los hijos ilegítimos de Enrique I: K. Thompson, «Affairs of State: The Illegitimate Children of Henry I», *Journal of Medieval History* 29 (2003), 129-151.

11. A. Taylor, *The Shape of the State in Medieval Scotland, 1124-1290* (Oxford, Oxford University Press, 2016).

12. *PL*, cxcv, cols 711-738, y Broun, «Attitudes of *Gall* to *Gaedhel*», en 69-71.

13. Guillermo de Malmesbury, *Gesta regum Anglorum*, V.400, y B. Weiler, «William of Malmesbury on Kingship», *History* 95 (2005), 3-22, en 9-10. Véase también, Weiler, «William of Malmesbury, King Henry I, and the *Gesta regum Anglorum*», *Anglo-Norman Studies* 31 (2009), 157-176.

14. Simeón de Durham, *Historia regum Anglorum*, ed. T. Arnold, *Symeonis monachi omnia opera*, ii (Londres, Longman, 1885), 191-192.

15. Juan de Hexham, *Historia*, cap. 4, ed. T. Arnold, *Symeonis monachi omnia opera*, ii (Londres, Longman, 1885); Ricardo de Hexham, *De gestis regis Stephani, s.a.* 1138, ed. R. Howlett, *Chronicles of the Reigns of Stephen, Henry I, and Richard I*, iii (Londres, Longman, 1886); Elredo de Rieval, *Relatio de standardo*, ed. Howlett, *Chronicles of the Reigns*, iii, 181-199; Juan de Worcester, *Chronicon, s.a.* 1138.

16. *Jordan Fantosme's Chronicle*, ll. 1,175-178, ed. R. C. Johnston (Oxford, Oxford University Press, 1981); Guillermo de Newburgh, *Historia regum Anglicarum*, II.23, ed. y trad. P. G. Walsh y M. J. Kennedy (Warminster, Aris & Phillips, 1998-2007). Véase también, Bartlett, *Making of Europe*, 78-82; Gillingham, *English in the Twelfth Century*, 14-15, 41-58, 101-103; Strickland, *War and Chivalry*, 291-329, 337-340.

17. G. W. S. Barrow, *The Anglo-Norman Era in Scottish History* (Oxford, Oxford University Press, 1980); A. Grant, «At the Northern Edge: Alba and the Normans», en *Norman Expansion: Connections, Continuities and Contrasts*, ed. K. J. Stringer y A. Jotischky (Farnham, Ashgate, 2013), 49-85; J. A. Green, «The Normans in the North», en *Normans and the «Norman Edge»*, ed. Stringer and Jotischky, 53-75.

18. Broun, «Attitudes of *Gall* to *Gaedhel*».

19. Davies, *Domination and Conquest*, 50-51. Véase también, B. Weiler, «Knighting, Homage, and the Meaning of Ritual: The Kings of England and Their Neighbors in the Thirteenth Century», *Viator* 37 (2006), 275-300.

20. P. Dalton, *Conquest, Anarchy and Lordship: Yorkshire, 1066-1154* (Cambridge, Cambridge University Press, 1994), 88, 92-94, 96.

21. *Regesta Regum Anglo-Normannorum*, ii, *1100-1135*, ed. C. Johnson y H. A. Cronne (Oxford, Clarendon Press, 1956), n.º 648. Véase también, J. A. Green, «David I and Henry I», *Scottish Historical Review* 75 (1996), 1-19.

22. *The Charters of David I: The Written Acts of David I, King of Scots, 1124-53, and of his Son, Henry, Earl of Northumberland, 1139-52,* ed. G. W. S. Barrow (Woodbridge, Boydell Press, 1999), n.º 16, y Oram, *Domination and Lordship,* 65-66; Broun, «Southern Scotland», 42-45; R. Sharpe, «People and Languages in Eleventh- and Twelfth-Century Britain and Ireland: Reading the Charter Evidence», en *The Reality Behind Charter Diplomacy in Anglo-Norman Britain,* ed. D. Broun (Glasgow, University of Glasgow, 2011), 1-119, en 71-78.

23. Barrow, *Anglo-Norman Era*, 61-90. Véase también R. M. Blakely, *The Brus Family in England and Scotland, 1100-1295* (Woodbridge, Boydell Press, 2005), 8-27.

1. Guillermo de Newburgh, *Historia rerum Anglicarum*, I.25.

2. V. Chandler, «Ada de Warenne, Queen Mother of Scotland (*c*. 1123-1178)», *Scottish Historical Review* 60 (1981), 119-139; J. A. Nelson, «Queens and Queenship in Scotland, *circa* 1067-1286» (tesis doctoral inédita, King's College London, 2007), 91-125. Cf. D. Crouch, *The Beaumont Twins: The Roots and Branches of Power in the Twelfth Century* (Cambridge, Cambridge University Press, 1986), 29-51; E. van Houts, «The Warenne View of the Past, 1066-1203», *Anglo-Norman Studies* 26 (2004), 103-122.

3. Barrow, *Anglo-Norman Era*, 61-117; K. J. Stringer, «Aspects of the Norman Diaspora in Northern England and Southern Scotland», en *Normans and the "Norman Edge"*, ed. Stringer y Jotischky, 9-47.

4. Cf. J. Bannerman, «The King's Poet and the Inauguration of Alexander III», *Scottish Historical Review* 68 (1989), 120-149, esp. 124-127, 132-133.

5. E. J. Ward, «Child Kingship in England, Scotland, France, and Germany, *c.*1050-*c.*1250» (tesis doctoral inédita, University of Cambridge, 2017), 31-33, 161-164. Véase también, Bartlett, *Blood Royal*, 114-123.

6. *A Scottish Chronicle Known as the Chronicle of Holyrood*, ed. M. O. Anderson y A. O. Anderson (Edimburgo, Scottish History Society, 1938), 124-125, y Oram, *Domination and Lordship*, 109-114.

7. C. J. Neville, «The Beginnings of Royal Pardon in Scotland», *Journal of Medieval History* 42 (2016), 559-587.

8. BL Cotton Charter, xviii, 45 (*Charters of David I*, ed. Barrow, n.º 16). Para una reproducción: G. W. S. Barrow, *Scotland and its Neighbours in the Middle Ages* (Londres, Hambledon Continuum, 1992), pl. 1a. Sobre las cláusulas de dirección: R. Sharpe, «Address and Delivery in Anglo-Norman Royal Charters», en *Charters and Charter Scholarship in Britain and Ireland*, ed. M.-T. Flanagan y J. A. Green (Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2005), 32-52.

9. D. Broun, «The Writing of Charters in Scotland and Ireland in the Twelfth Century», en *Charters and the Use of the Written Word in Medieval Society*, ed. K. J. Heidecker (Turnhout, Brepols, 2000), 113-131; «The Adoptions of Brieves in Scotland», en *Charters and Charter Scholarship*, ed. Flanagan and Green, 164-183. Cf. H. Pryce, «Culture, Power and the Charters of Welsh Rulers», en *Charters and Charter Scholarship*, ed. Flanagan y Green, 184-202; Insley, «Kings, Lords, Charters».

10. D. Baker, «“A Nursery of Saints”: St Margaret of Scotland Reconsidered», *Studies in Church History: Subsidia* 1 (1978), 119-141; G. W. S. Barrow, «Scottish Rulers and the Religious Orders, 1070-1153», *Transactions of the Royal Historical Society,* 5.ª ser., 3 (1953), 77-100. Véase también Broun, «Writing of Charters».

11. Taylor, *Shape of the State*.

12. *Charters of David I*, ed. Barrow, n.º 16; *Regesta regum Scottorum*, ii, *The Acts of William I, 1165-214*, ed. G. W. S. Barrow y W. W. Scott (Edimburgo, Edinburgh University Press, 1971), n.º 80. Véase Taylor, *Shape of the State*, 50-51, 177-184; S. Reynolds, «Fiefs and Vassals in Scotland: A View from Outside» (2003), repr. en S. Reynolds, *The Middle Ages without Feudalism: Essays in Criticism and Comparison on the Medieval West* (Farnham, Ashgate, 2012), n.º iv; H. MacQueen, «Tears of Legal Historian: Scottish Feudalism and the *ius commune*», *Juridical Review* (2003), 1-28.

13. Davies, First English Empire, 170.

1. Gerardo de Gales, *Topographia Hibernie*, ed. J. J. O'Meara, *Proceedings of the Royal Irish Academy* 52 (1948-1950), 113-178, en 176-177. Sobre las ambiciones de Giraldus Cambrensis: Bartlett, *Gerald of Wales*, 54-62.

2. *ASC* 1086 E (= 1087), ed. S. Irvine, *The Anglo-Saxon Chronicle: MS E* (Cambridge, Cambridge University Press, 2004). Véase también Davies, *First English Empire*, 4-30.

3. Gerardo de Gales, *Itinerarium Kambrie*, II.1, ed. J. S. Brewer, *Giraldi Cambrensis: Opera*, 8 vols. (Londres, 1861-1891); Guillermo de Malmesbury, *Gesta regum Anglorum*, V.409.

4. Charles-Edwards, *Wales and the Britons*, 583-598; Broun, *Scottish Independence*, 124-157; D. Ó Corráin, *The Irish Church, its Reform and the English Invasion* (Dublín, 2017), 5-42.

5. Ó Corráin, *Irish Church*, 58-64; Cowdrey, *Lanfranc*, 144-147; M. T. Flanagan, *Irish Society, Anglo-Norman Settlers, Angevin Kingship: Interactions in Ireland in the Late Twelfth Century* (Oxford, Oxford University Press, 1989), 7-55; M. Philpott, «Some Interactions between the English and Irish Churches», *Anglo-Norman Studies* 20 (1998), 187-204; M. Brett, «Canterbury's Perspective on Church Reform in Ireland, 1070-1115», en *Ireland and Europe in the Twelfth Century: Reform and Renewal*, ed. D. Bracken y D. Ó Riain-Raedel (Dublín, Four Courts Press, 2006), 13-35.

6. *The Letters of Lanfranc, Archbishop of Canterbury*, ed. H. Clover y M. Gibson (Oxford, Oxford University Press, 1979), n.os 9-10. Sobre sus orígenes y formación, véase Brett, «Canterbury's Perspective», 33-35, y la respuesta en E. Boyle, «The Twelfth-Century English Transmission of a Poem on the Threefold Division of the Mind, Attributed to Patrick of Dublin (d. 1084)», en «*A Fantastic and Abstruse Latinity?*» *Hiberno-Continental Cultural and Literary Interactions in the Middle Ages*, ed. W. R. Keller y D. Schlüter (Münster, Nodus Publikationen, 2017), 102-116, en 104-106.

7. Roberto de Torigny, *Chronica, s.a.* 1155, ed. T. N. Bisson, *The Chronography of Robert of Torigni* (Oxford, Oxford University Press, 2020); *Sigeberti Gemblacensis chronographiae auctarium Affligemense, s.a.* 1156, ed. P. Gorissen (Bruselas, Palacio de las Academias, 1952), y C. Veach, «Henry II and the Ideological Foundations of Angevin Rule in Ireland», *Irish Historical Studies* 42 (2018), 1-25, en 5-6.

8. A. Duggan, «The Making of a Myth: Giraldus Cambrensis, *Laudabiliter*, and Henry II's Lordship of Ireland», *Studies in Medieval and Renaissance History*, 3.ª ser., 4 (2007), 107-170.

9. *The Letters and Charters of Henry II*, ed. N. Vincent (Oxford, Oxford University Press, 2020), n.º 1468. Aunque el documento en sí es sospechoso (probablemente una falsificación realizada por Gerardo de Gales), la concesión de permiso de Enrique para reclutar en Bristol es perfectamente plausible (y se menciona en otras fuentes)

10. Cf. Oskanen, *Flanders and the Anglo-Norman World*, 179-218.

11. *Letters and Charters*, ed. Vincent, n.os 691, 1071, 1986, 2006, 2653, y Flanagan, *Irish Society*, 112-117, 121-123; N. Vincent, «Did Henry II Have a Policy Towards the Earls?», en *War, Government and Aristocracy in the British Isles, c.1150–1500*, ed. C. Given-Wilson *et al*. (Woodbridge, Boydell Press, 2008), 1-25 en 9.

12. I. Warntjes, «Regnal Succession in Early Medieval Ireland», *Journal of Medieval History* 30 (2004), 377-410.

13. M. T. Flanagan, «Negotiating Across Legal and Cultural Borders: Aífe, Daughter of Diarmait Mac Murchada, King of Leinster, and Marriage, Motherhood and Widowhood in Twelfth-Century Ireland and England», *Peritia* 30 (2019), 71-95. Véase también Flanagan, *Irish Society*, 112-136.

14. C. Downham, *Medieval Ireland* (Cambridge: Cambridge University Press, 2017), 81-113, 238-278.

1. Gerardo de Gales, *Expugnatio Hibernica*, caps. 13-15, ed. y trad. A. B. Scott y F. X. Martin (Dublín, Royal Irish Academy, 1978).

2. *Ibid.,* cap. 28. Nótese que *Letters and Charters*, ed. Vincent, n.º 1882, ofrece una posible confirmación de lo que dice Gerardo.

3. *Letters and Charters of Henry II*, ed. Vincent, n.º 786. Véase también *Ibid.,* n.os 244, 1011, 1076, 1133, 1434, y el debate en Flanagan, *Irish Society*, 114, 121-123.

4. Para perspectivas diferentes (en gran parte complementarias): Gerardo de Gales, *Expugnatio Hibernica*, caps. 30-32; *La Geste des Engleis en Yreland*, ll. 2,577-756, ed. E. Mullaly (Dublín, Four Courts Press, 2002), 119-123. Véase Flanagan, *Irish Society*, 167-228.

5. S. Duffy, «Ireland's Hastings: The Anglo-Norman Conquest of Dublin», *Anglo-Norman Studies* 20 (1998), 69-85.

6. P. Gleeson, «Making Provincial Kingship in Early Ireland: Cashel and the Creation of Munster», en *Power and Place in Europe in the Early Middle Ages*, ed. J. Carroll, A. Reynolds y B. Yorke (Oxford, Oxford University Press, 2019), 346-368.

7. D. P. McCarthy, *The Irish Annals: Their Genesis, Evolution and History* (Dublín, Four Courts Press, 2008), 188-196; N. Evans, *The Present and the Past in Medieval Irish Chronicles* (Woodbridge, Boydell Press, 2010), 45-66.

8. M. T. Flanagan, «Henry II, the Council of Cashel and the Irish Bishops», *Peritia* 10 (1996), 184-211.

9. Ó Corráin, *Irish Church*, 104-15. Véase también M. T. Flanagan, *The Transformation of the Irish Church in the Twelfth and Thirteenth Centuries* (Woodbridge, Boydell Press, 2010).

10. Veach, «Henry II». Véase también N. Vincent, «Angevin Ireland», en *The Cambridge History of Ireland*, i, *600-1550*, ed. B. Smith (Cambridge, Cambridge University Press, 2018), 185-221, en 209-211.

11. Ó Corráin, *Irish Church*, 108-109.

12. N. Vincent, «Regional Variations in the Charters of King Henry II (1154-89)», en *Charters and Charter Scholarship in Britain and Ireland*, ed. Flanagan y Green, 70-106, en 74-75. Cabe destacar en particular que la fórmula no aparece en la cesión de Dublín por Enrique II a los hombres de Bristol: *Letters and Charters*, ed. Vincent, n.º 313.

13. *Letters and Charters*, ed. Vincent, n.º 1440.

14. C. Veach, *Lordship in Four Realms: The Lacy Family, 1166-1241* (Manchester, Manchester University Press, 2014), 33.

15. *Expugnatio Hibernica*, cap. 41; *Mac Cartaig's Book, s.a.* 1173, ed. S. Ó hInnse, *Miscellaneous Irish Annals (A.D. 1114-1437)* (Dublín, Dublin Institute for Advanced Studies, 1947).

16. Veach, *Lordship in Four Realms*, 31-32.

17. Gerardo de Gales, *Expugnatio Hibernica*, caps. 13-15, y Gillingham, *English in the Twelfth Century*, 41-42; M. Saunton, *The Historians of Angevin England* (Oxford, Oxford University Press, 2017), 96-100; C. Veach, «Aristocratic Violence and the English Invasion of Ireland», en *The English Invasion of Ireland*, ed. S. Duffy y P. Crooks (próximamente). Sobre Gerardo y su familia: H. Pryce, «Giraldus and the Geraldines», en *The Geraldines and Medieval Ireland: The Making of a Myth*, ed. P. Crooks y S. Duffy (Dublín, Four Courts Press, 2016), 53-68; C. Veach, «The Geraldines and the Conquest of Ireland», en *Ibid.,* 69-92, en 69-77.

18. Saunton, *Historians of Angevin England*, 353-361.

19. Veach, «Henry II», 17-21.

20. H. M. Thomas, *The English and the Normans: Ethnic Hostility, Assimilation, and Identity 1066-c.1220* (Oxford, Oxford University Press, 2003). Véase también Sharpe, «Peoples and Languages», 19-21.

21. Gillingham, *English in the Twelfth Century*, 145-160.

22. Veach, *Lordship in Four Realms,* 47-73

23. S. Church, *King John: England, Magna Carta and the Making of a Tyrant* (Londres, Macmillan, 2015), 9-32.

24. C. Veach, «King John and Royal Control in Ireland: Why William de Briouze had to be Destroyed», *English Historical Review* 129 (2014), 1051-1078.

1. *Annales de Margam, s.a.* 1202, ed. H. R. Luard, *Annales Monastici*, i, Rolls Series (1864), 1-40, y M. Morris, *King John: Treachery, Tyranny and the Road to Magna Carta* (Londres, Hutchinson, 2015), 153.

2. Morris, *King John*, 7-13, 39-45. Véase también M. Powicke, *The Loss of Normandy, 1189-1204: Studies in the History of the Angevin Empire* (Manchester, Manchester University Press, 2.ª ed., 1960), 253-256.

3. D. Power, «La Chute de la Normandie ducale (1202-4): un réexamen», en *La guerre en Normandie (XIe-XVe siècle)*, ed. A. Curry y V. Gazeau (Caen, Presses universitaires de Caen, 2020), 37-62.

4. N. Vincent, *John: An Evil King?* (Londres, Allen Lane, 2020), 100-101.

5. T. K. Moore, «The Loss of Normandy and the Invention of *Terre Normannorum*, 1204», *English Historical Review* 125 (2010), 1071-1109; D. Crouch, *William Marshal* (Londres, Routledge, 3ª ed., 2016), 109-116.

6. J. A. Green, «Unity and Disunity in the Anglo-Norman State», *Historical Research* 62 (1989), 115-134, esp. 130-133; D. Crouch, «Normans and Anglo-Normans: A Divided Aristocracy?», en *England and Normandy in the Middle Ages*, ed. D. Bates y A. Curry (Londres, Hambledon Continuum, 1994), 51-67.

7. N. Vincent, *Peter des Roches: An Alien in English Politics, 1205-1238* (Cambridge, Cambridge University Press, 1996), esp. 34-41.

8. Church, *King John*, 140-143; Morris, *King John*, 96-99.

9. G. Duby, *The Legend of Bouvines: War, Religion and Culture in the Middle Ages*, trad. C. Tihanyi (Oxford, Polity Press, 1990); J. France, «The Battle of Bouvines 27 July 1214», en *The Medieval Way of War: Studies in Medieval Military History in Honor of Bernard S. Bachrach*, ed. G. I. Halfond (Farnham, Ashgate, 2015), 251-271.

10. J. C. Holt, *The Northerners: A Study in the Reign of King John* (Oxford, Clarendon Press, ed. rev., 1992), 100.

11. D. Carpenter, *Magna Carta* (Londres, Penguin, 2015).

12. N. C. Vincent, «English Liberties, Magna Carta (1215) and the Spanish Connection», en *1212-1214, el trienio que hizo a Europa* (Pamplona, Institución Príncipe de Viana D.L, 2011), 243-262.

13. Carpenter, *Magna Carta*, 235-244. Véase también Veach, «King John».

14. Davies, *First English Empire*, 20-30, 74-88, 142-171. Véase también C. Veach, «The Angevin Empire in the British Isles», en *The Angevin Empire: New Interpretations*, ed. S. D. Church y M. Strickland (próximamente).

1. La identidad siciliana de Federico se aprecia claramente en D. Abulafia, *Frederick II: A Medieval Emperor* (Londres, Allen Lane, 1988); y O. B. Rader, *Friedrich II: Ein Sizilianer auf dem Kaiserthron: Eine Biographie* (Múnich, C. H. Beck, 2010).

2. Pedro de Eboli, *Liber ad honorem Augusti*, II.43, ll. 1,377-8, ed. M. Strähl, *Petrus de Ebulo: Liber ad honorem Augusti sive de rebus Siculis. Codex 120 II der Burgerbibliothek Bern* (Sigmaringen, Jan Thorbecke, 1994); *Annales Casinenses, s.a.* 1195, ed. G. H. Pertz, Monumenta Germaniae Historica: Scriptores 19 (Hanover, 1866); *Iohannis Codagnelli Annales Placentini, s.a.* 1211, 1212, 1226, ed. O. Holder-Egger (Hanover, Impensis Bibliopolii Hahniani, 1901), y W. Stürner, *Friedrich II. 1194-1250* (Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, ed. rev. 2009), i, 41-49; Abulafia, *Frederick II*, 90. Cf. Rader, Friedrich II., 50.

3. P. Csendes, *Heinrich VI* (Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1993), 144-158; T. Foerster, «*Romanorum et regni Sicilie imperator*. Zum Anspruch Kaiser Heinrichs VI. auf das normannische Königreich Sizilien», *Archiv für Diplomatik* 54 (2008), 37-46.

4. T. Kölzer, «Constanza d'Altavilla», en *Dizionario Biografico degli Italiani*, xxx (Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1984), 346-356.

5. G. Baaken, «Die Verhandlungen zwischen Kaiser Heinrich VI. und Papst Coelestin III. in den Jahren 1195-1197», *Deutsches Archiv* 27 (1971), 457-513; B. Bolton, «Celestine III and the Defence of the Patrimony», en *Pope Celestine III (1191-1198): Diplomat and Pastor*, ed. J. Doran y D. J. Smith (Aldershot, Ashgate, 2008), 317-353.

6. DD Ks 43, 44, en *Die Urkunden der Kaiserin Konstanze*, ed. T. Közler, Monumenta Germaniae Historica: Diplomata regum et imperatorum Germaniae 11.3 (Hanover, Hahnsche Buchhandlung, 1990).

7. B. Wiedemann, «Papal Authority and Power during the Minority of Emperor Frederick II», en *Authority and Power in the Medieval Church, c. 1000-c. 1500*, ed. T. W. Smith (Turnhout, Brepols, 2020), 67-77.

8. Stürner, *Friedrich II.*, i, 85-105.

9. Rader, *Friedrich II*.

10. B. Schneidmüller, *Die Welfen: Herrschaft und Erinnerung (819-1252)* (Stuttgart, Urban-Taschenbücher, 2000), 263-267.

11. T. Broekmann, *Rigor iustitiae: Herrschaft, Recht und Terror im normannisch-staufischen Süden (1050-1250),* (Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2005); T. Foerster, «Imperial Tradition and Norman Heritage: Cultures of Violence and Cruelty», en *Norman Tradition*, ed. Burkhardt y Foerster, 161-188.

12. Broekmann, *Rigor iustitiae*, 260-368; B. Weiler, *Kingship, Rebellion and Political Culture: England and Germany, c.1215-c.1250* (Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2007), esp. 3-10, 39-75.

13. Broekmann, *Rigor iustitiae*, 25-259. Véase también Strickland, «La Chevalerie des Normands?»; Foerster, «Imperial Tradition».

14. E. Kantorowicz, *Kaiser Friedrich der Zweite* (Berlín, Bondi, 1927-1931), y M. Ruehl, «"In This Time without Emperors": The Politics of Ernst Kantorowicz's Kaiser Friedrich der Zweite Reconsidered», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* 63 (2000), 187-242; R. E. Lerner, *Ernst Kantorowicz: A Life* (Princeton, NJ, Princeton University Press, 2017), esp. 68-116.

15. S. Sønnesyn, «The Rise of the Normans as Ethnopoiesis», en *Norman Tradition*, ed. Burkhardt and Foerster, 203-218.

16. Van Houts, «Exogamy».

17. R. H. C. Davis, *The Normans and Their Myth* (Londres, Thames & Hudson, 1976).

18. G. A. Loud, «The “Gens Normanorum” – Myth or Reality?», *Anglo-Norman Studies* 4 (1982), 104-116, 204-206; A. Plassmann, *Origo gentis. Identitäts- und Legitimitätsstiftung in früh- und hochmittelalterlichen Herkunftserzählungen* (Berlín, De Gruyter, 2006). Véase también M. Bennett, «Norman Conquests: Nature, Nurture, *Normanitas*», en *Normans in the Mediterranean*, ed. Winkler and Fitzgerald, 43-65.

19. Bartlett, *Making of Europe*. Véase también D. C. Douglas, *The Norman Achievement 1050-1100* (Berkeley, CA, University of California Press, 1969), y *The Norman Fate 1100-1154* (Berkeley, CA, University of California Press, 1976).

Normandos. Los vikingos que crearon Europa
Levi Roach

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: Empires of the Normans. Makers of Europe, Conquerors of Asia

© Levi Roach, 2022

© de la traducción, Yolanda Fontal, 2023

© de los mapas, Rosie Collins

© del diseño de la cubierta, Jon Murray Press UK Hodder & Stoughton
© de la ilustración de la cubierta, Michal812 / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero 2023

ISBN: 978-84-9199-509-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!